

María Seoane

EL ENIGMA PERROTTA

DE HIJO DEL PODER A INFORMANTE DEL ERP.
LA HISTORIA SECRETA DEL DUEÑO DE
EL CRONISTA COMERCIAL DESAPARECIDO
POR LA DICTADURA MILITAR

Sudamericana

Seoane, María
El enigma Perrotta. - 1ª ed. - Buenos Aires : Sudamericana,
2011.

464 p. ; 23x16 cm. - (Investigación periodística)

ISBN 978-950-07-3675-6

1. Investigación Periodística. I. Título
CDD 070.44

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 2011, Random House Mondadori S.A.
Humberto I 531, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-950-07-3675-6

Esta edición de 6.000 ejemplares
se terminó de imprimir en Printing Books S.A.,
Mario Bravo 835, Avellaneda, Buenos Aires,
en el mes de octubre de 2011.

A mi hijo Alexis, siempre.
A Ari Lijalad y Tomás Pont, por la esperanza.
A Isidoro Gilbert, por la sabiduría.

DE PROFESIÓN, PERIODISTA

La primera vez que tomé contacto con la historia de Perrotta ocurrió en el invierno de 1997, más precisamente en junio, en la redacción del diario *Clarín*, donde trabajaba como editora. Una tarde me convocó el prosecretario general de redacción y luego editor general, Ricardo Kirschbaum, para mostrarme unos papeles: era una desgrabación mecanografiada, con letra casi ilegible saturada de tinta, plagada de faltas de ortografía, y con nombres y preguntas entrecortadas de difícil comprensión. Se me dijo que esos papeles podían provenir de los archivos del Batallón 601 de la Inteligencia del Ejército y que se referían a los interrogatorios al director de *El Cronista Comercial*, Rafael “Cacho” Perrotta, desaparecido exactamente veinte años antes, en junio de 1977. Se me dijo que en la noche del 2 de junio, en el programa Fenómeno de América 2 conducido por Mauro Viale con la producción periodística de Fabián Doman, se emitiría un informe sobre una historia jamás contada, por lo menos en la TV. Doman —a quien conocí cuando él era encargado de prensa de María Julia Alsogaray— dijo que en el diario estaba la periodista indicada para “decodificar” esos documentos, por mi conocimiento de la historia de la guerrilla guevarista, ya que había escrito el libro *Todo o nada*, la historia pública y privada de Mario Roberto Santucho, jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Esos

papeles señalaban que el secuestro y desaparición de Perrotta tenían que ver con sus vinculaciones con la Inteligencia del ERP y daban cierta explicación a su historia, pues junto con Jacobo Timerman habían sido dos dueños de medios de comunicación secuestrados durante la dictadura por sus supuestos contactos con la guerrilla. No recuerdo en detalle cómo apareció el nombre de Juan Bautista "Tata" Yofre —periodista y ex jefe de la SIDE durante 1989 y 1990 en el gobierno de Carlos Menem— como facilitador de esos papeles. Sí recuerdo lo siguiente: mi libro *Todo o nada* fue publicado en octubre de 1991; unos meses más tarde, Yofre me invitó a tomar un café en la esquina del Círculo Militar en Plaza San Martín. Luego de elogiar el libro, se mostró realmente intrigado por saber por qué yo no había hecho hincapié en la "guerra de inteligencia" de los años setenta. Le contesté que mi único objetivo era comprender los motivos de miles de jóvenes argentinos para tomar el camino de las armas; que explicar por qué nuestra sociedad había lanzado a una generación, valiente y comprometida hasta los huesos, por el camino de la violencia política era también la manera de evitar que aquella tragedia se repitiera en el futuro. Yofre me preguntó entonces si yo había conseguido tener acceso a documentos de la inteligencia guerrillera y si tenía interés en escribir sobre eso. Le contesté que no. Fue la última vez que tuve noticias de él, aunque varias veces lo llamé en años posteriores para solicitarle información periodística sobre otros papeles calientes —que dijo no tener— y cierta referencia al caso Perrotta para este libro.

Volviendo al invierno del 97, puedo recordar también que en aquel tiempo varios colegas manifestaban cierto estupor ante el rumor insistente de que los archivos del 601 estaban "en venta" por medio millón de dólares, y

sin duda incluían los interrogatorios bajo tortura de Perrotta. Provocaba escozor esa posibilidad, porque aquellos archivos —cuya existencia era reiteradamente negada por el poder militar residual y en actividad— eran requeridos desesperadamente por todos los organismos humanitarios para avanzar en el esclarecimiento de los crímenes de la dictadura, tapiado por las leyes de impunidad —Obediencia Debida, Punto Final— y el indulto, que ya regían. Se decía que los archivos de la represión no habían sido destruidos y la existencia de esos papeles sobre Perrotta lo confirmaba. También recuerdo la sorpresa de que documentos pertenecientes al Estado pudieran provenir de un ex jefe de la SIDE que en 2007 y 2008 publicó dos libros con abundante información oficial secreta sobre los años de plomo, y que podrían no haber surgido —dijeron con desconfianza algunos colegas— de una sesuda y ardua investigación periodística. De todas maneras, el destino de aquellos documentos continúa siendo un enigma pero algunas de sus pistas se describen al final de este libro.

Lo cierto es que para los periodistas que intervinieron en esta historia sobre el caso Perrotta —Kirschbaum y el entonces secretario general de redacción, Roberto Guareschi—, el acuerdo con el enviado de Viale era que yo ayudaba a “decodificar” esos documentos, es decir, a traducirlos para su difusión en su programa de TV, y el diario podía publicarlos la mañana posterior al programa, reservándose el derecho de criticarlo si derrapaba, como se suponía, en el amarillismo descarnado. Así ocurrió: *Clarín* difundió en tapa el caso Perrotta con un despliegue de investigación y testimonios realizados bajo mi responsabilidad periodística, y también criticó el programa. Ambos periodistas habían conocido y trabajado con Perrotta en los años setenta en *El Cro-*

nista Comercial. Tenían un interés genuino en conocer qué había ocurrido con él. Le debo a Isidoro Gilbert y a Kirschbaum el haberme sugerido escribir este libro años más tarde, en 2005, ya que desde ese tiempo comencé a pensar que el destino de Perrotta sintetizaba las aristas más perversas del estado terrorista y las paradojas en la conciencia de muchos argentinos, que proviniendo de clases sociales altas abrazaron el tormentoso camino revolucionario en los años setenta. Perrotta pertenecía a la elite empresarial, y era un hijo del poder económico y político de la primera mitad del siglo XX. Integraba el círculo de la alta sociedad porteña. Era un católico ferviente que pudo ser peronista pero fue un liberal cabal, amigo de los gobiernos cívico-militares anteriores al de 1976, y que derivó del humanismo católico al marxismo. Quienes lo conocieron aseguran que fue, sobre todo, un hombre sensible y solidario. Y un empresario periodístico que revolucionó el medio que le tocó dirigir. El proceso de transformación que llevó a Perrotta a vincularse con la guerrilla guevarista como uno de sus principales informantes es el misterio que intenta desentrañar este libro, pues su caso es único. También porque sobre él se desplegó la microfísica de la represión, con todas y cada una de las lacras del terrorismo de Estado comandado por un general, Jorge Videla, y un empresario, José Alfredo Martínez de Hoz: secuestros extorsivos, saqueo de bienes, torturas y asesinatos. Por ser tan singular, confieso que es difícil comprender por qué el caso Perrotta fue negado sistemáticamente, hasta el punto de hacer desaparecer hasta hoy la historia del más importante director de *El Cronista Comercial*.

Pero la memoria vuelve por sus fueros, porque la sangre es indeleble. Entonces, unos pocos papeles borrosos aparecidos una tarde, como aquellos del Batallón

de Inteligencia 601, pueden ser, de repente, el rastro perfecto para que ahora sepamos quién fue y qué sucedió con ese hombre.

MARÍA SEOANE
Buenos Aires, otoño de 2011

UNO

EL LABERINTO

A las tres de la tarde del lunes 13 de junio de 1977, después de levantarse de una siesta, Rafael Perrotta salió de su casa de la calle Quintana, en el barrio de Recoleta. Aquella mañana, como siempre, había leído los diarios con avidez. ¿Habría hecho una mueca al ver en *El Cronista Comercial* que el general Jorge Rafael Videla y el almirante Emilio Massera habían decidido romper relaciones con la República Democrática de Corea, o al ver cómo su amigo, el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, explicaba que en la Argentina no había un gobierno dictatorial que oprimía o perseguía a personas sólo por el hecho de que sus ideas fueran contrarias al régimen? Y luego, ¿habrá salido de su casa, como dijo, con el propósito de cumplir con la caminata diaria recomendada por su médico? Tal vez, porque estaba vestido con un traje derecho, de casimir espigado claro, una camisa de voile color pastel y zapatos abotinados marrones marca Bally. Llevaba, como siempre, la alianza de oro: "Elena Bengolea 21.IX.1946", y un reloj Omega de acero inoxidable; un bolsito con sus documentos, la agenda telefónica, dinero, varios juegos de llaves, unos anteojos para sol y otros plegables para leer. Aunque había pronóstico de lluvia sobre Buenos Aires, salió sin paraguas.

Dos horas pueden ser eternas. Pueden, por ejemplo, convertirse en la frontera imprecisa y azarosa entre el ser y la nada. Entre la vida y la muerte. Entre lo real y lo irreal. Pueden marcar el paso de la calle a una cueva, al limbo, a la oscuridad sin fin. Porque a las 17.30 sonó el teléfono en Quintana 537. Preguntaron por la mujer de Perrotta; Elena Josefina Bengolea, dijeron. No estaba. Atendió su hijo Rafael María.

—Soy Carlos. Tenemos secuestrado a Rafael Perrotta.

—¡Andate a la puta que te parió! —gritó Rafael y colgó.

El teléfono volvió a sonar.

—No lo tome en joda. Esto va en serio. La prueba está en el baño de hombres del bar La Fe, en Santa Fe y Ayacucho. Ni se le ocurra llamar a la Policía o a la prensa porque matamos al viejo. Deme un nuevo número para comunicarnos —exigió Carlos.

Rafael hizo silencio: necesitaba unos minutos para poder aceptar que el tipo del teléfono decía la verdad. No podía comprobarlo aún. No tenía noticias de su padre. Por las dudas, siguió el juego.

—No tenemos un nuevo número —respondió Rafael.

—Lo vamos a llamar a la casa de su hermano Santiago en Figueroa Alcorta.

Rafael entendió que sabían mucho de su familia. Pero no todo.

—No hay teléfono ahí —dijo.

—¿Usted tiene teléfono?

—No.

—Ya vamos a buscar dónde llamarlo —dijo Carlos y cortó.

A su regreso, Elena escuchó el relato de Rafael. Intentaron calmarse, demorar la pesadilla. Pero no podían dar con Perrotta. Como sucede en estos trances, pasaron pri-

mero de la incredulidad a la desesperación y luego a la acción frenética de pedir ayuda. Comenzaron con los amigos que frecuentaba Perrotta. Trataron de ubicar a Massera, a Martínez de Hoz y al general Jorge Carlos Olivera Róvere, por entonces secretario general del Estado Mayor General del Ejército. A la búsqueda se sumó el hijo menor de los Perrotta, Santiago. Cerca de las 18.40, ambos hermanos salieron rumbo al bar La Fe. A las 19 sonó de nuevo el teléfono. Atendió Elena. Era Carlos, que reiteró las amenazas y prometió llamar en una hora. A las 19.30 Rafael y Santiago regresaron con las manos vacías: no encontraron ningún mensaje en el bar. Elena, en tanto, se comunicó con la esposa del general Olivera Róvere y con Martínez de Hoz, que aceptó reunirse esa misma noche con Santiago. Elena ya había escuchado los consejos del general Jorge von Stecher: lo más seguro era contratar a la agencia de seguridad Intermundo para negociar con los captores. Cuando Carlos volvió a llamar a las 20.30, los Perrotta ya estaban rodeados de buenos amigos y familiares: Guido Caserta, Enrique Loza Semprun y la hermana de Elena, María Rosa. Atendió Rafael. Lo sorprendió cierta cordialidad de Carlos.

—No había ningún mensaje en el bar —dijo Rafael.

—Tendrá una nueva prueba. El próximo llamado será a la casa de su ex mujer. Su padre nos dará el teléfono. Tiene una hora para llegar hasta ahí con 200 mil dólares.

Entre las 21.45 y las 22, Rafael se instaló en el domicilio indicado. Carlos volvió a llamar. Era evidente que los secuestradores tenían la ficha completa de la familia. Carlos le indicó que fuera al bar a buscar la prueba de que tenían a su padre.

—Ya sabe —amenazó— si hablan, el viejo muere. Son 200 mil dólares. El plazo para entregar el rescate es el jueves 16.

—No disponemos de tal cantidad de dinero —dijo Rafael.

—Yo creo que sí —aseguró Carlos y cortó.

Rafael y Guido Caserta volvieron al bar La Fe. El mensaje estaba escrito en el margen superior de la tapa de un ejemplar de ese día del diario vespertino *La Razón*: “Rafa: estoy bien; cumplí instrucciones recibidas y a recibir. Estoy tranquilo. Cacho”. Junto al diario habían dejado la medalla de socio del Jockey Club de Perrotta. Para Rafael, era una prueba irrefutable. Hacia la medianoche, Carlos volvió a llamar.

—¿Vio que va en serio? —ironizó—. Queremos 200 mil dólares para el jueves. El doctor Perrotta está de acuerdo con esta cantidad. Vamos a estar en contacto, usted tiene que estar en este teléfono todos los días, de 11 a 12 y de 20 a 21. Todos los días, ¿me entiende?

Fue la última comunicación del 13 de junio. No lejos de allí, Santiago se reunía con Martínez de Hoz. El “tío Joe”, como a veces lo llamaba Perrotta, sugirió que la familia hablara con el ministro del Interior, el general Albano Harguindeguy.

Aún no lo sabían, pero los enviaban a una vía muerta. Porque esa tarde nubosa del otoño del 77, una patota militar había arrastrado a Perrotta detrás de los portones negros del Batallón 601 de la inteligencia militar, a pocas cuadras del bar La Fe, para torturarlo hasta que diera nombres, direcciones, fechas, citas; hasta que pidiera *perdón*, *perdón*, *señor*, *perdón*, como un adolescente pescado *in fraganti* en ritos prohibidos. ¿O mientras unos extorsionaban a la familia otros ya lo habían depositado en ese reino de tinieblas que era Campo de Mayo? ¿O lo habían tirado en otra cueva polvorienta, impenetrable a la condición humana, donde Perrotta no pudo o no quiso creer en esa maldita suerte que lo llevaba a ser abandonado por sus

viejos amigos de parrandas y juegos de golf y de tenis, de tertulias en el Jockey Club y en los salones preferidos de la oligarquía? ¿Fue allí donde dijo llamarse Rafael Andrés Tomás Perrotta Pereyra, alias "Cacho", ser empresario periodístico, heredero y dueño de *El Cronista Comercial*, hijo de una familia riquísima de la elite porteña, alumno de los mejores colegios y ferviente católico; donde confesó haber cambiado de fe y dejado de adorar al dios iracundo del dinero por un Cristo caído como el Che? ¿Fue allí donde se arrepintió de haber tenido citas clandestinas con el jefe de la guerrilla guevarista del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Mario Roberto Santucho, el enemigo público número uno del régimen, asesinado después de resistir a balazos la emboscada de una patrulla militar en julio de 1976? ¿Fue en ese pozo sin tiempo ni nombres propios que Perrotta se imaginó víctima de una interna militar entre sus amigos de la Marina y sus amigos del Ejército?, ¿donde creyó que por un puñado de dólares podrían dejarlo con vida? ¿Pensó Perrotta, en esos días de oscuridad, en todo lo que lo llevó a espiar a sus pares para pasarle información a la guerrilla guevarista, a grabar en su memoria cientos de charlas con empresarios, diplomáticos y presidentes extranjeros, a registrar los pasos de los jerarcas del régimen militar, Massera, el general López Aufranc, el estanciero Martínez de Hoz, el lobista-periodista Mariano Grondona, el embajador de los Estados Unidos John Lodge? ¿Lo hizo? ¿Negó haberlo hecho? Y si lo hizo, ¿tuvo tiempo de pensar por qué?, ¿de saber por qué?

Los expedientes judiciales y testimonios que reconstruyen la desaparición de Rafael Perrotta muestran la demoledora evidencia de los hechos. No sólo para avanzar sobre los motivos de un crimen, sino también para entender el periodismo al que apostó, ciertas opciones morales, sus deseos de trascendencia en tiempos violentos y

las complicidades, traiciones y silencios por las que ingresó a la noche y niebla de una historia negada por años. Son registros, relatos, papeles, memorias, que se desgranán como pistas sedientas sobre el destino de ese hombre cuya vida y cuya muerte, ahora lo sabemos, no se corresponderán jamás.

Dos

TINTA DEL CENTENARIO

Siguió el consejo de Martínez de Hoz y a las nueve de la mañana del martes 14 de junio de 1977, Santiago Perrotta entró al Ministerio del Interior para entrevistarse con Harguindeguy, dueño y señor de vida y destinos, y pieza clave en la jerarquía dictatorial, compañero de armas de Videla. Harguindeguy no lo recibió. Lo derivó al suboficial mayor Juan José Trentadue, su secretario privado y asistente personal quien, cuando fuera llamado a declarar ante la justicia en 1985, no recordará esa entrevista. Y así comenzó, aquella mañana, el peregrinaje desesperado de Santiago, una cadena de derivaciones hacia una vía muerta: Trentadue lo mandó a ver al subjefe de la Policía Federal, el comisario Antonio Mingorance, ya pertinaz violador de vidas y bienes, quien a su vez lo dejó en manos de sus subordinados, los subcomisarios Héctor Aldo Lezcano y el jefe de la división de defraudaciones y estafas, Orlando Heriberto Zannini. Santiago les contó los detalles de la extorsión. Habló de su padre, de las amenazas recibidas por los secuestradores. Los policías le aconsejaron violar la ley:

—No haga la denuncia formal, para evitar filtraciones. De cualquier manera, la Policía actuará de oficio —mintió Zannini que, como sus jefes, años después tampoco recordará haber hablado con Santiago Perrotta.

Elena Bengolea no sólo rezaba e imploraba al viejo amigo de su marido, el sacerdote y director de la revista católica Criterio, Jorge Mejía —que ya había partido para el Vaticano a ejercer su ministerio— para que intercediera ante el Episcopado. Mejía no tuvo éxito: el silencio eclesial era una parte de la faena dictatorial. Pero Elena, católica ferviente y proveniente del mundo de la burguesía porteña, no entendía de esas lides. Había logrado comunicarse con el general Olivera Róvere, secretario general del Ejército, que le prometió enviar un coche a buscarla para que se entrevistaran en el Comando en Jefe del Ejército a las seis de la tarde. Por supuesto, Elena no sabía nada de ese hombre, excepto que tenía poder. Como vicecomandante del I Cuerpo del Ejército, Olivera Róvere era la mano derecha del jefe máximo de la represión, el general Guillermo Suárez Mason, y su delegado más brutal en los centros clandestinos de detención que funcionaban en la Capital Federal. Olivera Róvere ya era, cuando Elena se entrevistó con él, un secuestrador y asesino serial de miles de personas. Entre otras hazañas, en mayo acababa de pasar a secuestro y degüello al escritor Haroldo Conti. Rafael, en tanto, había concentrado su tarea en la relación con los secuestradores. A la hora señalada, las catorce del martes 14, no hubo noticias en la casa de su ex mujer. Ni él, ni su madre, ni su hermano Santiago, ni los amigos íntimos de la familia suponían que los caminos que tomaban los conducían a un nido de víboras. Los conducían al centro de operaciones del terror más que a dar con Cacho Perrotta. Siguieron, entonces, la cadena sugerida por el general Von Stecher y se entrevistaron con el comisario Jorge Silvio Colotto, ex colaborador del comisario Alberto Villar, que había saltado por los aires tras un atentado de la guerrilla peronista Montoneros en 1974 por ser, entre otras cosas, el cerebro —junto a José López Rega, ex ministro y secretario

de Isabel Perón, a quien los militares tenían presa— de la banda terrorista parapolicial y paramilitar de ultraderecha conocida como la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Para Rafael esos personajes pertenecían a un mundo que desconocía y temía. Al atardecer, acompañó a su madre a la entrevista con Olivera Róvere quien, siguiendo la cadena de esa burocracia mortal, los esperaba junto al coronel Ricardo Flores Jouvet, el cual a su vez los puso en contacto con otro coronel, Manuel Alejandro Morelli. Flores le dio a Elena el teléfono personal de Morelli (37-6341). No lo sabían, pero al fin llegaban al portero del serpentario. Era subjefe del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE), y estaba a cargo del Centro Clandestino de Detención que funcionaba en la Superintendencia de Seguridad Federal, ubicada en Moreno 1417, en plena ciudad. Cuando Elena se comunicó, Morelli le informó que el miércoles en la mañana dos personas de su confianza irían hasta la casa de los Perrotta. Rafael salió del comando dispuesto a pedir un préstamo para pagar el rescate, convencido de que pronto volvería a ver a su padre. Tanto despliegue de poder tendría alguna consecuencia. A las 20, cumplió con la orden de los secuestradores de esperar el llamado en casa de su ex mujer, pero no se produjo.

Es seguro que a la misma hora del silencio de los secuestradores, en una cueva cercana, esposado y tiritando de frío, con una capucha asfixiándolo, a Cacho Perrotta le exigieron que contara la historia de su empresa y de esa fortuna personal que ahora le exigían a cambio de su vida. Es probable que les haya relatado (sólo probable: se asegura que la conmoción de un torturado hace explotar su memoria) que la dinastía Perrotta al frente de *El Cronista Comercial* se había cristalizado en 1920, cuando la empresa

pasó a llamarse Institución Informativa Perrotta, aunque su nombre legal era Rafael Severino Perrotta y Cía., con Zambrini y Carlos Liberatore aún como asociados. Ésa era la consecuencia de una protohistoria que había arrancado a comienzos del siglo XX, cuando don Rafael Severino Perrotta, hijo de inmigrantes del sur de Italia, desembarcó en 1907 en la empresa Institución Informativa La Comercial. Desde 1892, los comerciantes Guillermo Dankert, Antonio Martín Giménez y un tercero llamado Papite se asociaron para fundar una compañía que ofreciera servicios de información financiera para empresas y bancos. La idea no era nueva en el mundo, y la Argentina solía reproducir con cierto atraso los éxitos de ultramar, pero los años finales de la primera gran depresión del capitalismo en 1890, que hizo tambalear el caótico sistema de la Revolución Industrial, imponían cierta vigilancia sobre las inversiones. La época generaba millonarios en horas y mendigos en minutos. Por eso, la información segura era vital para la Bolsa pero también para la vida. La Comercial se expandió rápido, con sucursales en Buenos Aires, Rosario, Mendoza, Bahía Blanca y luego en Río de Janeiro. La prehistoria de esa empresa narra que Dankert se asoció con el empresario alemán Guillermo Schimmelpfeng, cuya convicción era convertir la influencia de la información financiera en una herramienta determinante en el desarrollo del comercio mundial, para lo cual había fundado la *Auskunftei W. Schimmelpfeng* en Frankfurt y la había extendido a todo el mundo capitalista, con eje en dos países: Alemania e Inglaterra. Schimmelpfeng creía, en esos tiempos de telégrafo y teléfono recién incorporados a la comunicación, que se necesitaba una red de corresponsales —miles— para registrar cada movimiento, cada contrato, cada operación que pudiera aportar información para determinar qué hacer con el dinero y, sobre

todo, cómo cuidarlo. La lista de empresas que abrió en los más importantes centros urbanos del mundo es inmensa. Lo cierto es que la función de agente informativo (o consultor financiero) se transformó en una profesión respetada y valorada. La agencia de Schimmelpfeng contaba para 1908 con 85 oficinas propias. Y en la Argentina, como única sede en Sudamérica, estaba La Comercial, que en los primeros años del siglo XX seguía siendo un buen negocio, mantenido a pesar de los vaivenes políticos y económicos que atravesaba el país. La especulación en la Bolsa de Comercio se sumó a la crisis económica de una Argentina endeudada y saqueada, cuyo timón político estaba en manos de la entente conservadora encabezada por el general Julio Argentino Roca. En esos años, los Perrotta se repartieron por el mundo desde el puerto de Sorrento. Unos partieron hacia los Estados Unidos; otros, hacia Uruguay y la Argentina. Con distinta fortuna. A Severino Perrotta le alcanzó para sumarse como socio a La Comercial por tener, además de la plata, la brillante idea de crear una publicación institucional de y para las operaciones financieras y, en verdad, para todo tipo de negocios. Así nació *El Cronista Comercial*, el primer diario de periodismo de negocios de la Argentina: un canal de difusión de los registros que elaboraba la Institución Informativa La Comercial, concebido como un diario cuyo objetivo era dar y sintetizar información acerca de la industria, la banca y el comercio. El nuevo órgano de asuntos mercantiles que se incorporaba a la prensa argentina se constituyó como una sociedad por acciones, conformada por los copropietarios Zambrini, Liberatore y Perrotta, con Dankert como socio comanditario. El primer ejemplar de *El Cronista Comercial* salió a la venta el 1 de noviembre de 1908 como diario de la mañana. Como director apareció Antonio Martín Giménez, y se aclaraba que era "Editado

por la Institución Informativa La Comercial fundada en 1892". La redacción y administración del diario se encontraban en Rivadavia 943. Inmediatamente debajo del director, en la primera columna de la izquierda, *El Cronista Comercial* aparecía con un sistema novedoso: la suscripción adelantada. El número inicial tenía cuatro páginas en formato sábana, con cuatro columnas cada una, característica que mantendría durante muchos años. Allí, prometía, había información clave para inversores, banqueros, empresarios, industriales, financistas, es decir, todos los hombres ligados a los negocios. Las quiebras, licitaciones, convocatorias de acreedores y los arreglos en trámite de comerciantes de la Capital y de todo el país, entre otras, se transformaron en las secciones permanentes por su incidencia e interés para toda la actividad mercantil de la época. Cuando apareció *El Cronista Comercial*, la mayor parte de los reportes era de origen nacional y la noticia recorría el camino siguiente: los corresponsales obtenían los datos y los enviaban vía telégrafo eléctrico desde las sucursales de Rosario, Mendoza y Bahía Blanca a la casa central, para que luego fuera plasmada en las páginas del diario.

Los telegramas tenían un promedio de treinta palabras y se transmitían a través de un cable terrestre que conectaba Buenos Aires con Córdoba y Rosario con Paraná. Por otra parte, el diario no contaba con imprenta propia. Se escribían las notas, se compaginaba, y luego se imprimía fuera de la redacción. Pese a toda esta estructura de trabajo, en su primer lustro de vida *El Cronista Comercial* se asemejó más a una gaceta mercantil por sus contenidos y la forma de presentarlos. Además, estaba en sintonía con todas las publicaciones de la época porque sólo contenía textos y avisos comerciales. Desde ese lugar, retrató el quehacer cotidiano y el pensamiento de quienes eran, según sus

editoriales, "las fuerzas con mayor prestigio y riqueza del país". Era un diario para los ricos. Sin embargo, los medios gráficos no le dieron la bienvenida. De las principales publicaciones de la época, sólo *La Nación* y *El País* reflejaron su salida con diferentes niveles de reticencia. Desde entonces, *El Cronista Comercial* se convierte en uno de los diarios que reflejará la historia argentina del siglo XX: en sus páginas quedará relatada gran parte de ella desde la perspectiva del mundo empresarial, mercantil y comercial. *El Cronista Comercial* reflejó el pensamiento de comerciantes y banqueros, pero también de terratenientes y estancieros. Retrató minuciosamente, por ejemplo, los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, donde el presidente José Figueroa Alcorta no escatimó gastos en fiestas populares, desfiles y revistas navales. La empresa tuvo un crecimiento exponencial. Mientras aumentaban los suscriptores ávidos por acceder a la información sensible que *El Cronista Comercial* reunía, crecía la planta de empleados. En 1911, se mudó a unas oficinas en Bartolomé Mitre 1254. El diario fue testigo de los cambios en la estructura política, económica y social. En 1916 asumió Hipólito Yrigoyen, y se inició un período de mayor crecimiento del diario. Con el gobierno radical llegaba al país un atisbo de estabilidad política y económica. Si bien la coyuntura internacional dominada por la guerra que había estallado en Europa en 1914 reducía los flujos comerciales, en la Argentina comenzaba a consolidarse el proceso de sustitución de importaciones y a generarse niveles de inversión que *El Cronista Comercial* acompañaba. Sin embargo, el director de la empresa, Antonio Martín Giménez, hacía varios años que arrastraba problemas de salud. Continuaba al frente del diario, pero de hecho quien cumplía el rol de director era Rafael Severino Perrotta, uno de los tres socios de la Institución Informativa La Comercial. A

su vez, Perrotta le había comprado a Giménez su parte, convirtiéndose en el accionista mayoritario. El 21 de abril de 1919, Giménez falleció y Severino quedó como director del diario y principal dueño de la empresa. Allí comenzó, entonces, la era de los Perrotta como empresarios periódicos, lobistas destacados del movimiento financiero, reproductores de la mirada política de la elite argentina, informantes de oficio en el mundo capitalista argentino, que se expandía con tal velocidad que el fin de la Primera Guerra Mundial parecía haber actuado como su big bang. Es probable entonces que el mayor golpe de suerte para los Perrotta fue la entrada del capitalismo en un torbellino frenético, similar al que se vivía en las costumbres y la moda en París: los años locos tenían el brillo explosivo de lo imprevisible, y por lo tanto ellos, los de *El Cronista Comercial*, daban cierta seguridad dentro del caos. Los negocios crecían y el progreso era indetenible.

¿Qué más pudo contar Cacho Perrotta a sus secuestradores aquella tarde del 13 de junio de 1977, cuando se lo llevaron en un oficio de tinieblas? Quizás haya podido reconstruir algo más de la prehistoria de la empresa, con el objetivo de salvar su vida, de extender su vida. Tal vez. Contando, por ejemplo, que luego del Centenario, La Comercial se había mudado a San Martín 439, muy cerca de la Bolsa de Comercio y en el corazón del mundo de las finanzas de la ciudad, desplegándose en dos enormes pisos decorados con *boiseries* y tallas y telégrafos y máquinas de escribir y archivos de última generación. Con la conducción de don Severino la empresa se consolidó como el principal informante económico y financiero del país. El crecimiento fue espectacular: llegó a tener legajos de un millón y medio de empresas de toda la Argentina, de Brasil y Uruguay. Sólo en la Argentina, entre 1920 y 1923, llegaron veintidós grandes empresas norteamericanas como

la General Electric, Westinghouse Electric International, Ford, Standard Oil Co. e IBM, y la mitad de ellas se habían constituido como sociedades anónimas nacionales. Severino remodeló las sucursales de Rosario, Bahía Blanca y Mendoza y contrató agentes en todo el país, en los Estados Unidos y Europa, principalmente en España. El contexto lo favorecía: ese año la Argentina crecía al 7,3 por ciento, el comercio representaba un quinto del PBI, convirtiéndose en el sector con mayor participación, seguido por la industria manufacturera y la agricultura. Severino había logrado ser un empresario próspero y también que su primogénito fuera varón, como deseaba.

Así, el 9 de septiembre de 1920 nació nuestro protagonista: Rafael Andrés Tomás Perrotta Pereyra, apodado "Cacho" de por vida. La novela familiar indica que su madre, María Ana, provenía de una familia acomodada sin prosapia. No importaba demasiado, porque ella ponía la elegancia y Severino el dinero para iniciar un larguísimo período de igualación entre el tener fortuna y el pertenecer a la elite, más precisamente, a la burguesía comercial en ascenso que adoptaba el estilo de la gente *per bene* de la oligarquía. Combinación que se descargó en la educación de Cacho Perrotta, marcado desde la cuna por esa aspiración. No sin límites. Severino fue un padre ausente. Y, según la mitología familiar, pletórico de amantes que María Ana jamás le perdonó. Es posible imaginar una escena familiar con dos padres formalmente juntos, tolerándose. Pero ella vivía para sus hijos: primero Rafael y luego Ana María, nacida el 6 de febrero 1923. Los educaba apoyada por institutrices francesas e inglesas, y estaba tan dedicada a ellos que los llevaba a la escuela y podía esperarlos hasta que salieran. La madre completaba su educación con marcas de ascenso social: los mandaba a aprender baile, les compraba buenas bicicletas para que practicara polociclo,

una especie de polo con bicicletas en lugar de caballos. El polo era el deporte predilecto de los hijos de los estancieros. La ausencia de Severino tenía consecuencias. Por ejemplo, anotó el nacimiento de su hija Ana María el 12 de febrero. Dicen que no quiso decirle a su amigo, el presidente Marcelo Torcuato de Alvear, que faltaría a una cita con él por perder tiempo en ese trámite burocrático. Severino, entonces, era un padre de fin de semana. Cacho Perrotta y su hermana disfrutaban las excursiones al diario y luego el paseo de compras en las tiendas Harrod's y Gath & Chaves. Hacia 1928, Don Severino dejó interinamente en la dirección de *El Cronista Comercial* al subdirector, el abogado Carlos Malagarriaga. El dato no es interesante en sí mismo sino porque signó la vida de Cacho Perrotta. Severino inició un viaje a Europa, que planificaron para que durara dos años, junto con esposa, sus hijos, la institutriz y el chofer. Vivieron como reyes en la costa francesa, mientras don Perrotta extendía sus negocios. No era el mejor momento para viajar: la gran crisis capitalista hizo temblar al mundo en octubre de 1929 en Wall Street. El temor los hizo regresar a Buenos Aires, y la llegada de Severino —una especie de gurú indispensable porque el mundo se había puesto caótico y peligroso— se festejó con una cena en su honor por la Bolsa de Comercio, con la asistencia del *tout* mundo financiero e industrial. Frente a la debacle económica, el diario fue un firme defensor de la sanción de una nueva Ley de Quiebras que diera amparo a los comerciantes afectados por la crisis internacional, cuando ya se generaban las primeras bancarrotas del siglo XX. Su sanción en 1933 terminó de darle a *El Cronista* el lugar de principal fuente de información financiera y mercantil. Las suscripciones crecían y redondeaban el negocio con el pago por adelantado, lo que permitía contar con el capital fresco y administrarlo con anticipación. A su vez, era

el medio que utilizaban los miembros de las sociedades u organismos ligados al poder económico, tanto agrícola como mercantil y financiero, para decidir sus inversiones.

Cacho tenía diez años cuando la crisis y el golpe de estado de 1930 asolaron a la Argentina. Asistía al colegio Julio Argentino Roca y tenía una institutriz inglesa llamada Christie Warth, más parecida a una mártir del cristianismo que a una maestra, dedicada a prepararlo a él y a su hermana para tomar su primera comunión. Una devoción pietista que el niño Perrotta, como lo llamaba la Warth, desplegaba vestido de marinerito, como la moda indicaba, y recorría la redacción de *El Cronista* con una bandeja para pedir colaboraciones a los trabajadores para la beneficencia católica. A Severino no le importaba la sensibilidad confesional de su hijo por entonces: él acumulaba poder y amantes. Pero la madre de Cacho le marcó otro destino: el distinguidísimo colegio Champagnat, de la congregación de los Hermanos Maristas, ubicado en pleno Barrio Norte porteño. Bajo el lema "Para educar hay que amar", la orden fundada en 1817 en Francia por el cura Marcelino Champagnat introdujo notables cambios en los métodos educativos: prohibió el castigo físico y moral y derrochó una pedagogía humanista moderna, acorde con la formación de las elites que la burguesía necesitaba para desplegar su hegemonía en la post-Revolución Francesa. El Champagnat en Buenos Aires tenía la clara intención de formar a jóvenes líderes católicos. Y Cacho Perrotta había comenzado el secundario a poco de producirse el primer golpe de estado del país en 1930; se educó entre rezos, el idioma francés y el miedo a Dios y la piedad para los pobres en un país que apenas tenía ocho millones de habitantes, y una crispación social que la Iglesia argentina y su elite dominante veían como una amenaza. No sólo en la Argentina sino también en el mundo: eran los tiempos en

que “il Duce” Benito Mussolini despertaba la admiración de muchos, en que el modelo autoritario era contrapuesto a la anarquía, a las atrocidades del bolchevismo y a expresiones como la rebelión —reprimida a sangre y fuego— de los obreros en la Semana Trágica de 1919. Como todas las escuelas católicas, el Champagnat se sumó a los fastos del Congreso Eucarístico, celebrado en Buenos Aires en 1934 por Eugenio Pacelli, poco después papa Pío XII, mientras gobernaba el general Agustín P. Justo y las Fuerzas Armadas y la jerarquía de la Iglesia se acercaban a una imbricación en la idea de parir una nación católica, una iglesia militante, a través de la fundación de la Acción Católica, para construir una supuesta fuerza salvadora de la nación que creían amenazada por la inmigración infectada de ideas socialistas, anarquistas y comunistas. El Episcopado argentino fue pionero en conformar esa “alianza salvadora”. Ya habían enviado tempranamente a Roma a cuatro sacerdotes, entre ellos Antonio Caggiano, considerado el padre de la Acción Católica y posterior cardenal primado de la Argentina, para estudiar el modelo italiano del ariete de los laicos católicos. En 1931 se creó la Acción Católica Argentina (ACA), y tres años más tarde fue confirmada como el brazo laico de la Iglesia. Como en el resto del mundo, esa asociación retomaba ciertas preocupaciones del Vaticano y su creación respondía a una adaptación a los nuevos tiempos, donde se imponía el liberalismo y el laicismo. En su Carta Pastoral del 15 de mayo de 1931, el Episcopado definió su nueva arma para luchar contra las “bestias” de la modernidad: “Los tiempos son duros para las almas: el paganismo de las ideas y de las costumbres se va enseñoreando de los pueblos y de los gobiernos, de las leyes, de la prensa, de las cátedras y de la vida social, de las diversiones públicas y de las relaciones domésticas; el clero es escaso y pobre de recursos; la impiedad se or-

ganiza, para hacer cada vez más eficaces, sistemáticos y formidables sus ataques. Si los hijos de Dios permanecen aislados, desorganizados e inactivos, serán arrollados por los hijos de la antigua Serpiente, que quieren establecer en el mundo el reino de aquella Bestia del Apocalipsis que promete libertad a todos los instintos materialistas. No podremos luchar contra los nuevos enemigos y contra la nueva táctica, con las armas de antaño y con la táctica de otros tiempos. La nueva organización del apostolado seglar, denominada Acción Católica, es un regalo que nos envía la divina Providencia, para ayudarnos a triunfar con mayor éxito, en las nuevas batallas del Señor”.

El joven Perrotta integró entonces ese ejército católico, juramentado en una guerra santa moderna, sin los instrumentos de la Inquisición sino con la potencia de la persuasión mística. Y con los entramados culturales y familiares, sobre todo reactivos a ciertos cambios. Su talante humanista, sin embargo, produjo no pocas sorpresas en la formación de los jóvenes católicos, que los lanzó de la ayuda social a los pobres —el apostolado laico supremo de la ACA— a la necesidad de cambios más revolucionarios. Así que Cacho Perrotta formó parte del ejército de jóvenes laicos que creían que la fe católica podía redimir a los pobres de sus sufrimientos porque, bienaventurados, de ellos sería el reino de los cielos. Claro que ese dios piadoso de las oraciones y las colectas de caridad transmutaba en un Dios iracundo cuando los obispos y capellanes militares bendecían las cruzadas violentas de las Fuerzas Armadas contra los obreros que reclamaban por sus derechos en la Patagonia. Entre el dios piadoso y el iracundo, ¿con cuál se quedaría Cacho Perrotta? Muchas de las familias que enviaban a sus hijos al Champagnat, además de cristianas, eran las más tradicionales y poderosas. Perrotta egresó en 1937 —como un buen alumno, cuyo fuerte era el idioma

francés— junto a un núcleo de jóvenes con apellidos que definían su condición de hijos de los dueños de la Argentina: Ballvé Piñero, Belgrano, Costa, Danuzzo Iturraspe, Doderó, Fonrouge, Gache Pirán, García Urriburu, Huergo, Isoldi, Ocampo, Otamendi, Paz Anchorena, Sánchez Sorondo, entre otros. Lo cierto es que para Cacho Perrotta el nacionalismo católico que lo moldeó en el Champagnat —y que en 1970 dará origen también allí a parte de los dirigentes nacionalistas católicos de la guerrilla peronista Montoneros, que usaron las instalaciones de la biblioteca del colegio para planificar el secuestro del general Pedro Eugenio Aramburu— fue el credo de su familia grande. Una pertenencia que no le fue sólo benéfica. También resultó siniestra (cuando lo familiar se torna amenazante) años después.

Ya recibido de bachiller (el analítico de sus calificaciones otorgadas por el Colegio Nacional Domingo Faustino Sarmiento, ya que el Champagnat era un incorporado a la educación pública, indica que era un buen alumno), Cacho Perrotta ingresó en 1938 a la Universidad de Buenos Aires para estudiar abogacía. Fue un año trágico para la familia. En marzo, Severino murió en su ley: de un ataque cardíaco mientras bailaba en el Golf Club de Mar del Plata, por entonces el balneario elegido por la elite. El diario quedó a cargo de Malagarriaga y las acciones de Severino pasaron a María Ana, la viuda, que ingresó al directorio de la sociedad integrado también por Zambrini y Liberatore. Esa muerte inauguró la larga saga de una sucesión en *El Cronista Comercial* más parecida, por momentos, a una batalla edípica que a una guerra comercial. Porque la viuda, que debía salir de su posición de ama de casa para lanzarse a la defensa del patrimonio familiar, lugar reservado a los hombres en la sociedad de la época, sentía que necesitaba a su lado a un

hombre para conservar el poder y los bienes heredados. Sentía —recordará Elena Bengolea años más tarde— que todo el personal quería apoderarse de *El Cronista Comercial*. Que ella no los dejaría, que para eso necesitaba un hombre a su lado. Lo buscó y lo encontró cerca. El elegido fue Duilio Anzisi, por entonces uno de los encargados de la publicidad del diario, experto en negocios y, sobre todo, un católico ferviente.

Los cambios en la alcoba de los socios no modificaron la línea editorial ni los negocios del diario, que ampliaba los suscriptores en cada edición. Y entre los columnistas revistaba lo más granado del establishment económico, político y militar del momento, desde la Sociedad Rural a la Bolsa de Comercio; desde el presidente Agustín P. Justo hasta Federico Pinedo. En 1939, Cacho Perrotta comenzó a trabajar en el diario, mientras continuaba sus estudios en leyes, realizaba algunos negocios familiares como la compra de casas y terrenos en el Sur, y no abandonaba su militancia católica. El Sur, la Patagonia, fue un lugar clave en la vida de Perrotta, primero como disfrute y luego como lobby. La aún despoblada y bellísima Villa La Angostura, al pie de la cordillera de los Andes y camino de los grandes lagos, fue el territorio de sus aventuras juveniles, durante los primeros años de la década del cuarenta. Allí, con sus amigos, emprendía viajes por la cordillera guiados por Isabelino Martínez, un baquiano que cada año los asistía para atravesar la zona de Brazo Machete. El amor de Perrotta por el Sur era tan intenso que, en 1941, cuando conoció a Elena, ella sintió que si llegaba a sugerir que la Patagonia no le gustaba terminaría abruptamente cualquier vínculo amistoso o amoroso con él. Elena llegó a la vida de Perrotta porque era compañera del secundario de su hermana Ana María, más conocida como Ani. Cursaban en el colegio Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. La presencia de

Ani en ese colegio no era casual: su historia era casi análoga a la del Champagnat, como institución educativa y evangelizadora. En el Esclavas se podía optar entre el Comercial, el Bachillerato y Selecta. Tanto Elena como Ani Perrotta estaban en Selecta, donde se estudiaba bordado, francés e italiano, entre otras materias. Eran mujeres preparadas para constituir una familia y no para independizarse de padres o maridos. El colegio organizaba quermeses a beneficio, donde asistían los hermanos y primos de las estudiantes. En una de estas actividades se conocieron Perrotta y Elena. Ambos compartieron un grupo de amigos que integraban las familias con plata y otras sin plata pero con prosapia, entre nuevos ricos y viejos patricios. Había varios amigos de Perrotta desde la época del Champagnat, como Arturo Zacarías Paz Anchorena, Jorge Manuel Santos y Leopoldo Manuel Míguez Górgolas. El grupo solía programar salidas hacia el mar, al Sur o al Tigre, para navegar. Perrotta y Elena se animaron a ser una pareja a principios del 45. Él ya podía mantenerse con lo que ganaba en el diario y la compraventa de terrenos, oficio aprendido de su padre. Era uno de los pocos jóvenes con auto propio. Lo que Elena recordará con nitidez de esos años es su compromiso religioso: Perrotta asistía a misa todos los días. Cuando comenzó el noviazgo, ella lo acompañaba. Años después, la asistencia se espaciaba a una vez por semana. Se los veía en las iglesias más ricas de la ciudad, la del Pilar o el Socorro. Y compartían la militancia en la Acción Católica Argentina: en 1946, Perrotta era presidente de la Comisión Directiva de la parroquia del Socorro, y allí se reunía una vez por semana con otros militantes de la ACA, donde influía el padre Manuel Moledo, su asesor espiritual y donde trabaría una amistad indestructible con Enrique Peltzer. Pasarían casi dos décadas hasta que Perrotta dejara de ir a misa para siempre.

Fue con ese impulso en la militancia religiosa que en la primavera boreal de 1946 Perrotta viajó a Europa a través de la Pax Romana, una organización de estudiantes universitarios católicos que se constituyó como continuadora de la Auxilium Studiorum, la entidad de ayuda a los estudiantes durante la Primera Guerra Mundial. Pax Romana había nacido en julio de 1921 en Friburgo, y era impulsada principalmente desde España, Holanda y Suiza con el objetivo público de promover los vínculos entre estudiantes católicos de todo el mundo, pero, a su vez, con la convicción de mantener la influencia de la Iglesia en esos países. El Proyecto de Filosofía en Español lo define así: "El nombre que se adoptó para esta organización permite sospechar que sus ideólogos, entendiendo a la Iglesia de Roma como continuadora del Imperio Romano, buscaban encontrar el modo de mantener la paz (tras los enfrentamientos entre bárbaros de la entonces Gran Guerra) recurriendo a una nueva dominación romana, pero convenientemente cristianizada y además en su versión católica". En las décadas del 20 y del 30 había organizado dieciséis congresos en distintos países de Europa. Perrotta viajó entonces a España para asistir al XIX Congreso de Pax Romana, entre el 21 de junio y el 4 de julio de 1946. Su ligazón con esta movida católica marcaba su decidido anticomunismo de esa época, y cierta simpatía por el fascismo franquista, aislado entonces en Europa, porque la ONU había condenado las atrocidades del régimen español de la Guerra y posguerra Civil. El Congreso de Pax Romana ofrecía al nacional-catolicismo una oportunidad inmejorable de presencia internacional, que además de servir para fomentar los lazos políticos con las repúblicas hispánicas, con el respaldo de la Iglesia de Roma, permitía continuar, desde posiciones propias, la lucha contra el comunismo. Y Perrotta no era ajeno a los clivajes en la geopolítica europea. Elena Ben-

golea lo recordó así: "Él era católico practicante cuando yo lo conocí, y nazi. Yo era todo lo contrario, es decir, practicante era, pero en la guerra yo estaba a favor de los ingleses y él, a favor de los alemanes". Tras su paso por España, Perrotta siguió viaje a Italia: una foto frente al Coliseo romano atestigua su presencia en septiembre de 1946. Por supuesto, dado su alineamiento con el Eje y su nacionalismo católico, es probable que Perrotta haya votado por el peronismo en febrero de 1946, antes de partir a Europa. Juan Domingo Perón ganó las elecciones con el 52 por ciento de los votos, e inició su primer período presidencial marcado por una profunda transformación en torno de los derechos políticos, económicos y sociales de la gran mayoría de los argentinos. Una carta pastoral, previa a las elecciones de 1946, había recomendado a los católicos votar en contra de los partidos que auspiciaban la separación de la Iglesia y el Estado, la enseñanza laica y el divorcio. De esta manera, la Iglesia se había manifestado a favor de Perón y en contra de la Unión Democrática, cuyo programa de reformas contemplaba esos proyectos motorizados por comunistas, radicales y socialistas. El 21 de noviembre de 1946, Perrotta y Elena se casaron por civil. Los testigos fueron José Mariano Astigueta, Juan Martín Biedma, Eduardo Costa, Mario Díaz Colodrero, María Julia Ballesterio, Beatriz Mantilla García y Alejandro Cabanna. El 16 de diciembre lo hicieron por iglesia. La luna de miel fue en Bariloche. Perrotta tenía, entonces, veintisiete años. La fiesta fue exuberante, como lo sería su vida cotidiana. No sabía siquiera hacer un té, pero era capaz de pedir la comida en los mejores restaurantes y atestar la heladera, más que para dos, para un batallón. Así había vivido: no cambiaría jamás.

El Cronista Comercial se mantuvo como vocero de los grandes financistas y empresarios. Eso no se alteró a pesar

de la incordiosa relación del peronismo con la prensa. De los seis matutinos, sólo dos, *Democracia* y *El Laborista*, habían apoyado la fórmula Juan Perón y Hortensio Quijano. Los otros cuatro, *La Prensa*, *La Nación*, *El Mundo* y *Clarín*, se embarcaron en una inocultable propaganda a favor de José Tamborini y Enrique Mosca, candidatos de la Unión Democrática, la alianza de comunistas, socialistas, demócratas cristianos y radicales contra el peronismo, apadrinados por la embajada de los Estados Unidos. También se alinearon en ese frente tres de los cuatro vespertinos: *La Razón*, *Crítica* y *Noticias Gráficas*. El restante, *La Época*, había torcido su prédica radical algunos meses después del golpe militar de 1943, cuando Eduardo Colom, su propietario, se alineó con el coronel Perón. Durante el 46, se produjeron en *El Cronista Comercial* cambios decisivos. La madre de Perrotta se había casado finalmente con Duilio Anzisi, lo que supuso su ingreso pleno a la propiedad societaria. Pasó a ser el director del diario en remplazo de Malagarriaga. El directorio tomó la decisión de separar el diario de otras operatorias financieras. Creó dos empresas paralelas, bajo control de la familia Perrotta, que mantenía la mayoría del paquete accionario en sus manos. La primera empresa se llamó Institución Informativa Perrotta, Anzisi y Cía. SRL. La segunda, *El Cronista Comercial* SRL, que conservó la redacción en el corazón financiero de Buenos Aires. El enfrentamiento de Perrotta con el marido de su madre a partir de entonces fue en aumento, ya que se sentía desplazado de la sociedad. Los tres socios, Anzisi, Zambrini y María Ana de Perrotta conducían la empresa sin él. Carlos Liberatore, el otro de los socios fundadores y gerente general del diario durante treinta años, renunció. *El Cronista* se imprimirá por años en la imprenta de Argentinisches Tageblatt (AT), el diario en alemán de la familia Alemann, que durante la Segunda

Guerra Mundial mantuvo una firme posición antinazi. Ese taller utilizaba la fundición y las linotipos como técnica, y esto era lo que importaba. La posición filonazi que aún mantenía Perrotta no interfería en los negocios. Eran pocas las imprentas disponibles. En mayo del 47, después de diez años, Perrotta se graduó como abogado, una profesión que sólo ejercerá puertas adentro de su empresa. El 16 de septiembre nació su primer hijo, Rafael María. Entonces, ese día no tenía ninguna significación para Perrotta ni para el peronismo ascendente.

Pero lo tendría ocho años más tarde, porque el peronismo modificaría la estructura política, económica, cultural y social del país. La Argentina plebeya, la de los “descamisados” y “cabecitas negras”, las clases medias en ascenso a través de la educación pública sostenida a rajatabla por el Estado, los derechos políticos, económicos y sociales negados durante décadas en la república conservadora, quedaron plasmados en la Constitución de 1949. Fue el año en que *El Cronista Comercial* encaró su primer relanzamiento. Sin dejar de ser un diario básicamente económico, comenzó a sumar en sus ediciones información sobre otras temáticas, como las secciones de Política y Sociedad. En medio de la discusión en torno a la nueva Carta Magna, difundió un artículo formulado por el Consejo Directivo de la Cámara Juvenil de Comercio, donde se exponían los pensamientos de la entidad. Su publicación mostraba la coincidencia con el pensamiento que sostenía el diario. Tras dejar abierto un interrogante sobre los beneficios que traería una nueva Constitución y sostener que debía mantener el espíritu de los constituyentes de 1853, planteaba la garantía de las libertades individuales como objetivo supremo del Estado, en una visión centrada en el individuo, que rechazaba ideas colectivistas y promovía la limitación de los poderes del Presidente a “fiscalizar pero

no interferir, en la esfera de la acción e iniciativa privadas”. Dichas posturas reflejaban la discusión clave de la política argentina: qué modelo de país construir y si el gobierno surgido del voto popular sólo podía dedicarse a administrar a favor del negocio de las empresas o corporaciones o a intervenir en la economía de tal manera que el Estado fuera rector del desarrollo e igualador de las posibilidades de todos los ciudadanos. El debate, que contiene la idea central de solidaridad y justicia en las relaciones sociales, se extenderá hasta el siglo XXI, es decir, hasta el presente mismo de este libro. Volviendo a 1949, el 15 de marzo *El Cronista Comercial* anunciaba la presencia de Perón en el Congreso para jurar la nueva Constitución, que se hallaba lejos de las aspiraciones de los jóvenes de la Cámara Juvenil y de cualquier empresario que no pensara en la evolución de mercado interno como soporte del desarrollo nacional. Si bien el peronismo se había conformado en una alianza policlasista entre militares, empresarios, trabajadores y la Iglesia —que con el tiempo se fue desmembrando— y el mismo Perón sostenía la necesidad de la cooperación entre el trabajo y el capital, la esencia de la Constitución de 1949 abría una esperanza para modificar la estructura económica y social de la Argentina. Su mentor e ideólogo fue Arturo Enrique Sampay, un abogado inicialmente militante yrigoyenista pero que en 1945 había adherido al peronismo para luego desempeñar varios cargos medios en el gobierno. Estudioso de la historia y las constituciones, en el plano económico Sampay sostenía: “La propiedad no es inviolable ni siquiera intocable, sino simplemente respetable a condición de que sea útil no solamente al propietario sino a la colectividad”. Estos conceptos quedaron plasmados en varios artículos, como el 39, donde se sostenía que “El capital debe estar al servicio de la economía nacional y tener como principal objeto el bienestar social.

Sus diversas formas de explotación no pueden contrariar los fines de beneficio común del pueblo argentino”; y el 40, que profundizaba un poco más, al afirmar que el Estado podía intervenir y monopolizar ciertas actividades económicas, que tenía propiedad imprescriptible e inalienable sobre los recursos naturales, así como propiedad originaria de los servicios públicos. Conceptos como la intervención del Estado en la economía o su monopolio sobre los servicios públicos, así como alusiones a la expropiación, a la inalienabilidad de los recursos naturales y a la función social de la propiedad, no comulgaban con el pensamiento empresarial liberal, que sólo buscaba la cercanía e intervención del Estado para proteger sus negocios, pero nunca para controlarlos. Se reformaron 56 de los 110 artículos de la Constitución de 1853, que convalidaban las nuevas concepciones políticas, económicas y sociales del Estado. Así quedaron explicitados los derechos del niño y de los trabajadores, aunque no el derecho a la huelga; la legalización de los cambios económicos, especialmente la política de nacionalizaciones del comercio exterior, los combustibles y el transporte. En el orden político, se implantó la reelección presidencial y el voto directo en los comicios nacionales. El 16 de marzo Perón juró la Carta Magna. Al día siguiente, *El Cronista Comercial* sacó una nota al respecto. Con el título “En lúcida ceremonia juró ayer el primer mandatario la nueva Constitución”, publicó una breve crónica de apenas dos párrafos con un relato del acto, y donde reconocía la asistencia de “un numeroso público que testimonió elocuentemente su adhesión al acto del juramento de la nueva Constitución”. Si con este acontecimiento el diario publicó escuetos comentarios, un mes más tarde dejó en claro su visión del Estado y cuáles eran algunos de los intereses de los que oficiaba de vocero. El 3 de diciembre Perón había pronunciado un discurso ante

los productores agropecuarios. El 18, en un editorial titulado "Fundamento básico e insustituible", sostuvo que si bien el rumbo económico era promisorio, ese fundamento básico e insustituible de la economía argentina era la producción agropecuaria. La posición del diario era clara: reconocía la necesidad de la industrialización, supeditando sin embargo la economía del país al desarrollo agropecuario. La negativa a la intervención del Estado era en realidad el reclamo de que sólo interviniera para sostener el crecimiento de ese sector —una pretensión que se repitió a lo largo de la historia argentina—, pero sin establecer retenciones que "atacaran" su poder de acumulación y concentración de la riqueza.

Perrotta estaba, por entonces, en otros menesteres. El 12 de diciembre de 1949 nació su segundo hijo, Santiago Alfonso. Con apenas treinta años, en los primeros meses de 1950 asumió como codirector del diario. Compartía el cargo con Anzisi, su padrastro, con quien ya se había planteado una guerra íntima y sorda. Nunca dejó de sentir que el marido de su madre le había arrebatado la empresa familiar. La situación era compleja: para sacarlo del diario debía sacarlo primero de la cama de la madre. Por entonces, la época los obligaba a una participación común de escritos y contactos. Perrotta tenía un ritmo de trabajo intenso. Salía de su casa cerca de las 10 y media de la mañana y trabajaba hasta la medianoche. Como dueño del diario, Perrotta estaba más ligado a la cuestión editorial y Anzisi a la comercial. Anzisi se dedicó cada vez más a incrementar la importancia de *El Cronista Comercial* en los círculos de influencia que a participar de la vida de la redacción, que derivaba en manos de los editores y periodistas. Los dueños de los diarios eran, sobre todo, lobistas. Hasta 1952, la relación de Perrotta y de *El Cronista Comercial* con Perón estuvo marcada por el vínculo del peronismo con la Iglesia,

de la que el editor seguía siendo un fiel soldado. Por eso, en los primeros tiempos, apoyó gran parte de las medidas del gobierno. Las grietas más importantes en ese vínculo provinieron de la supremacía del Estado en la regulación de la vieja matriz pastoril y en la conflictiva relación del peronismo con la prensa. El gobierno se cerraba sobre sí mismo ante las críticas impiadosas de la oposición y la censura se endurecía, llegando a expropiar el diario *La Prensa*. A mediados de 1951, el encrespamiento de la oposición con el peronismo crecía, en especial con los ataques a Evita, que no sólo era la Pasionaria del régimen sino quien expresaba ideas más radicalizadas y las defendía visceralmente. Creía que el peronismo no debía limitarse a hacer desaparecer la lucha de clases y sustituirla por la cooperación entre capital y trabajo. En el libro *La razón de mi vida* dejó constancia: “Yo, sin embargo, por mi manera de ser, no siempre estoy en ese justo punto de equilibrio. Lo reconozco. Casi siempre para mí la justicia está un poco más allá de la mitad del camino... ¡Más cerca de los trabajadores que de los patrones! (...) Soy sectaria, sí. No lo niego; y ya lo he dicho. Pero ¿podrá negarme alguien ese derecho? ¿Podrá negarse a los trabajadores el humilde privilegio de que yo esté más con ellos que con sus patrones? (...) Mi sectarismo es además un desagravio y una reparación. Durante un siglo los privilegiados fueron los explotadores de la clase obrera. ¡Hace falta que eso sea equilibrado con otro siglo en que los privilegiados sean los trabajadores!”

Lo cierto es que Evita comenzó a ser atacada no sólo por la elite conservadora, también por la Iglesia Católica —no por su tarea social sino porque numerosas instituciones de caridad habían dejado de estar bajo su órbita y sus fondos eran administrados por el Estado— y por los militares, que nunca aceptaron del todo su relación con Perón. A partir de los primeros síntomas de crisis econó-

mica, la presión por desplazarla de la escena política fue en aumento. Perón respaldó a Evita, quien tenía el apoyo de la CGT y de sus descamisados, y a su vez contaba con la Fundación Eva Perón y otros sectores del gobierno. Pero las presiones no se detendrían. La convocatoria del Cabildo Abierto Justicialista para el 22 de agosto fue retomada por *El Cronista Comercial*, que ese mismo día publicó una nota titulada "Magníficos contornos tendrá el Cabildo del justicialismo". Allí caracterizaba a Evita como "la infatigable propulsora de la ayuda social" y anticipaba lo que sería un acto extraordinario al que acudirían miles de trabajadores "deseosos de expresar lo que es un estado de conciencia: la reelección de Perón y la candidatura a la vicepresidencia de la señora Eva Perón". Tras detallar cuestiones organizativas del acto, comunicaba que, al igual que otros gremios, el Sindicato Argentino de Prensa había decretado un paro simbólico desde las 18:15 a las 18:30 en la redacción, y de 2 a 2:15 en la imprenta, para asegurar la salida de los diarios de ese día y del siguiente. Alrededor de un millón de personas coparon la avenida 9 de Julio para pedirles a Perón y a Evita que aceptaran integrar juntos la fórmula presidencial. Evita tomó la palabra y pronunció un discurso memorable: "Yo siempre haré lo que diga el pueblo, pero yo les digo a los compañeros trabajadores que así como hace cinco años dije que prefería ser Evita antes de ser la esposa del presidente, si ser Evita era dicho para calmar un dolor en algún hogar de mi Patria, hoy digo que prefiero ser Evita, porque siendo Evita sé que siempre me llevarán muy dentro de su corazón. ¡Qué gloria, qué honor, a qué más puede aspirar un ciudadano o una ciudadana que al amor del pueblo argentino!"

Las presiones eran fuertes de ambos lados. Quienes se oponían tenían cierta influencia sobre Perón. Quienes se habían movilizado para incluir en la fórmula presidencial

a su abanderada no querían resignarse. El discurso preliminar del secretario general de la CGT, José Espejo, no había hecho más que avivar el fuego que surgía desde la multitud, que clamaba por la presencia de Evita para que aceptara la candidatura. El pedido de un cuarto intermedio y la postergación de la decisión fueron inútiles. La situación quedó plasmada en las páginas de *El Cronista Comercial*, que le dedicó un amplio espacio a la crónica minuciosa de la jornada, al detalle del diálogo entre Evita y sus descamisados, y arriesgó a compararla con hechos históricos como el Cabildo de Mayo de 1810 y el 17 de octubre de 1945, “días ambos en que el pueblo de la ciudad, en función y representación del pueblo todo de la patria, supo manifestar cuál era su irrevocable voluntad y señalar la ruta de los grandes destinos de la Nación”. Evita, sin embargo, terminó renunciando a la candidatura a través de un comunicado radial el 31 de agosto. A partir de ese momento, comenzó la cuenta regresiva para el derrocamiento de Perón. El 28 de septiembre, un intento de golpe de estado encabezado por el general Benjamín Menéndez fue rápidamente sofocado. La CGT declaró un paro de 24 horas y Perón convocó al pueblo a la Plaza de Mayo. *El Cronista Comercial* informó sobre el intento militar y se mantuvo a favor del gobierno, calificando a los golpistas de “ambiciosos y carentes de patriotismo”. Criticó la sedición en los editoriales de los días subsiguientes.

Pero el diario respondía por suscripción y sus clientes —la exclusiva clase de propietarios terratenientes que derivaban recursos a las finanzas— le temían a ese peronismo apasionado y transformador. Perrotta trataba de hacer registrar en los editoriales esa inquietud, por ejemplo, hablando del aumento desmedido del consumo de carne de los argentinos, que rebanaba las succulentas fortunas de la exportación. El 8 de enero de 1952, publicó en el edi-

torial titulado "Nuestro consumo de carne" que si bien "el pueblo argentino es el mejor alimentado del mundo y aun dando por bueno este elevado índice de nuestro consumo interno de carne, debe considerarse el hecho de que dicho producto representa en nuestra economía un valorpreciado de exportación (...) y, con ella, la adquisición de divisas que nos son necesarias para completar el ciclo productivo (...) Racionalizar dicho consumo resulta una muy prudente exigencia que, ciertamente, vale mucho más que abocarse al peligro de un problemático racionamiento del producto". El tema parecía algo banal, pero distaba de serlo. Las cuestiones relacionadas con la exportación eran ideas centrales para *El Cronista Comercial* y marcaban su postura frente a las asociaciones empresarias a las que Perrotta comenzaba a buscar en sus relaciones públicas. Poco más tarde, el 19 de febrero, Perón estableció la veda al consumo de carne en determinados días de la semana.

Seguir los editoriales de Perrotta ese año clave de 1952 es recorrer la trayectoria de las ambigüedades y desmesuras que la clase dominante argentina tomó respecto a la profundización de la economía de bienestar del peronismo, y las inquinas que el modelo producía. Perrotta aún apoyaba a Perón y promovía el debate sobre el Segundo Plan Quinquenal, que se estaba confeccionando ante la inminente crisis económica que se avecinaba y cuyo mayor exponente era la creciente inflación. *El Cronista Comercial* sostenía que el éxito del Primer Plan Quinquenal en el desarrollo industrial y especialmente metalúrgico había sido importante para el ahorro de divisas en la importación de productos manufacturados. Advertía: "Todo problema económico acarrea un problema social que le es correlativo", como era el del equilibrio entre el campo y la ciudad, desfasado por la migración hacia los centros urbanos de trabajadores rurales en búsqueda de mejores niveles económicos y de

vida. Basándose en esto, sostenía que en el Segundo Plan Quinquenal la producción debía aumentarse con el mismo número de trabajadores industriales y promover el desarrollo de maquinaria agraria. A pesar del creciente papel del mercado interno y del proceso de industrialización, el país estaba lejos de haber logrado el grado de autonomía económica buscado. La independencia económica, uno de los tres pilares fundamentales del peronismo, se veía amenazada ante la dependencia de combustibles y maquinarias importadas, necesarias para sostener la industrialización. La advertencia que hacía *El Cronista Comercial* estaba fundamentada. La inflación se había duplicado de 1950 a 1951 —pasó del 15,6 al 36,7 por ciento— y en 1952 se ubicaba en el 38,8 por ciento. Esto, en directa vinculación con la caída de los precios de los productos agrícolas, que afectaba profundamente la distribución del ingreso, llevó a Perón a lanzar un Plan de Estabilización, cuyo objetivo principal era detener la inflación y con la austeridad tanto estatal como individual como herramienta principal. El Plan sería complementado por diversas medidas como el racionamiento de los combustibles, el congelamiento de precios, la intervención del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) y, finalmente, el lanzamiento del Segundo Plan Quinquenal.

Perrotta y su diario se sumaron a la campaña para sostener el Plan de Estabilización. El diario mantuvo un apoyo a la iniciativa presidencial a la vez que sostenía la necesaria cooperación de todos los sectores: “Nosotros acompañamos al Primer Magistrado en su fe en el pueblo argentino, que habrá de colaborar con ardoroso entusiasmo en el cumplimiento del programa de mayor producción que se le ha fijado”. El 4 de junio Perón asumió su segundo mandato presidencial con un 63,9 por ciento de los votos. *El Cronista Comercial* aún lo apoyaba, pero

el desgaste del gobierno y la crisis económica comenzaban a resquebrajar la alianza que lo sostenía. A esto se sumó la muerte de Evita, que dejaba al peronismo sin una de sus figuras prominentes. El escritor uruguayo Eduardo Galeano describió con maestría en su libro *Memoria del fuego I* qué significó ese parteaguas en la historia del peronismo: “¡Viva el cáncer!, escribió alguna mano enemiga en un muro de Buenos Aires. La odiaban, la odian los bien comidos: por pobre, por mujer, por insolente. Ella los desafía hablando y los ofendía viviendo. Nacida para sirvienta, o a lo sumo para actriz de melodramas baratos, Evita se había salido de su lugar. La querían, la quieren los malqueridos; por su boca ellos decían y maldecían. Además Evita era el hada rubia que abrazaba al leproso y al haraposito y daba paz al desesperado, el incesante manantial que prodigaba empleos y colchones, zapatos y máquinas de coser, dentaduras postizas, ajuars de novia. Los míseros recibían estas caridades desde al lado, no desde arriba, aunque Evita luciera joyas despampanantes y en pleno verano ostentara abrigos de visón. No es que le perdonaran el lujo: se lo celebraban. No se sentía el pueblo humillado sino vengado por sus atavíos de reina. Ante el cuerpo de Evita, rodeado de claveles blancos, desfila el pueblo llorando. Día tras día, noche tras noche, la hilera de antorchas: una caravana de dos semanas de largo. Suspiran, aliviados, los usureros, los mercaderes, los señores de la tierra. Muerta Evita, el presidente Perón es un cuchillo sin filo”. *El Cronista Comercial* realizó un seguimiento de la salud de Evita durante las semanas previas. Evita murió el 26 de julio a las 20.25, en medio del dolor popular más masivo que se recuerde en la historia argentina. Poco antes había entrado en coma. “Dolor del pueblo”, tituló en su editorial *El Cronista Comercial* al día siguiente, cuando le dedicó casi toda la edición: “La República duele hoy con dolor de pueblo, con

el más intenso y desgarrador de los dolores, que es el de la muchedumbre anónima de los humildes, de los necesitados, de los huérfanos, de los niños, de los ancianos, de los trabajadores con quienes Eva Perón había confundido su destino, hechas suyas sus aspiraciones, enjugado sus lágrimas, sobrellevado el peso de sus infortunios, dándose en absoluta y total inmolación, depositaria de todas sus tristezas y ahora sonriente de todas sus esperanzas. ¡Destino singular, único el de esta mujer! (...) EL CRONISTA COMERCIAL se inclina con piedad y reverencia sobre esta tumba que la Providencia ha abierto en sus inescrutables designios y acompaña hondamente al pueblo de la República y al hombre por él puesto para regir sus designios en la angustiosa expresión de un dolor que traspasa todos los corazones". A pesar de representar como vehículo de los negocios a los sectores más concentrados de la economía, Perrotta dedicó los días siguientes la mayor parte de los editoriales a seguir esa conmoción nacional.

Fue poco después de la muerte de Evita que Perrotta se sumó a un emprendimiento inmobiliario en Villa La Angostura, que será decisivo en su posterior despliegue como parte de la elite argentina. El arquitecto Alejandro Bustillo había comprado un centenar de hectáreas sobre el lago Nahuel Huapi para construir su casa. Su marca recorría todo el país, en las casas particulares de las familias Martínez de Hoz, Rocca, Dorrego y Carhué y de Victoria Ocampo, del Banco Tornquist (1925), el Museo Nacional de Bellas Artes (1932), el casino y la urbanización de la playa Bristol de Mar del Plata (1939) y su obra máxima, el edificio del Banco de la Nación. Bustillo participó también en la construcción de numerosas obras en Río Negro y Neuquén. En 1948 había finalizado la residencia "El Messidor", en Villa La Angostura, lugar donde fueron reclusos más tarde los Presidentes derrocados del siglo XX.

Sin embargo, cuando Perón comenzó las expropiaciones de determinadas zonas paisajísticas para que funcionaran como Parques Nacionales, un grupo de conocidos de Perrotta convenció a Bustillo de que les vendiera sus hectáreas sobre el Nahuel Huapi, antes de que se las expropiaran. Perrotta se sumó al reparto para armar un barrio exclusivo. Conocía la zona: había sido el territorio preferido de vacaciones. Lo llamaron Cumelén, y se convirtió en un lugar extremadamente distinguido y privado, clave para conspiraciones de todo tipo.

En el verano boreal del 52, Perrotta encaró un viaje a Italia con toda su familia. Elena Bengolea y sus hijos recuerdan algunas travesías y cómo se transformaban en increíbles aventuras, dadas las características de Perrotta. Su mujer convivía con su inutilidad para cualquier tarea de la casa que requiriera un poco de trabajo manual o físico. En ese viaje a la Italia aún devastada por la posguerra, los turistas eran el blanco preferido para encontrar algo de dinero ante la crisis económica que vivía el país. Uno de los métodos que utilizaban era pinchar neumáticos para distraer la atención y arrebatarles lo que dejaran en el auto por descuido. Perrotta no fue la excepción.

—¿Y ahora vas a llamar a alguien para que te la cambie?
—le preguntó Elena cuando descubrieron la rueda pinchada.

—No, la cambiamos nosotros —contestó convencido.

Sin embargo, el truco funcionó. Elena se olvidó la cartera con el dinero y los pasaportes en el auto y se los robaron. Perrotta se enfureció porque su mujer había violado la recomendación de dejar los documentos en el hotel.

—No importa. Conozco a alguien que nos va a ayudar
—dijo.

Elena se quedó llorando en el auto, y unas prostitutas se acercaron para consolarla, como en una película del

neorrealismo italiano. Perrotta hizo la denuncia. “¿Le hicieron el truco de la goma?”, le dijeron los policías habituados a esos embustes. Con los pasaportes recuperados siguieron el viaje planeado. Una de las citas de Perrotta en Roma fue con sus contactos en el Vaticano. No existen otros registros que hablen de ese viaje más allá de la memoria familiar, a veces banal.

De regreso a la Argentina, Perrotta no dio muestras de haber modificado su relación con el peronismo. El Segundo Plan Quinquenal contó con el apoyo editorial de su diario. A pesar de las dificultades económicas, producto de los cambios en la economía mundial de posguerra —en especial por “la omisión del mercado argentino en las asignaciones del Plan Marshall”, según escribió en febrero del 53, y por el impacto de las malas cosechas—, *El Cronista Comercial* sostenía su optimismo frente al plan de gobierno. Tenía motivos: su fortuna personal crecía aunque sus peleas con su padrastro por relaciones no siempre santas con personajes del peronismo, como el financista Jorge Antonio, no le dieran tregua. En 1953, los empresarios agrupados especialmente en la Confederación General Económica (CGE), representantes de la incipiente burguesía nacional, y que habían apoyado a Perón desde el comienzo de su gestión comenzaron a verse desplazados por “la aparición, muy cerca del poder, de otro tipo de empresario, con perfil aventurero, entregado a negocios diversos —comerciales, importadores—, a veces en alianza con empresas del viejo país agroexportador, otras, usufructuando algunos mecanismos del Estado como los permisos de cambio”, escribió Norberto Galasso. Para Perrotta, uno de ellos era Jorge Antonio, que en 1950 había conseguido los permisos de importación de automóviles de la fábrica alemana Mercedes Benz y en 1952 ya era presidente de su filial en la Argentina, instalada el 6 de septiembre de

1951. Durante esos años, Antonio ya se encontraba muy cerca de Perón, que lo apoyó para la instalación de una fábrica de camiones en el país, un gran negocio a favor de Antonio, inaceptable para muchos empresarios. Perrotta estaba furioso con Anzisi porque se había agenciado un auto Mercedes Benz como prebenda. No es posible asegurarlo pero lo más probable era que su molestia pasara por otros motivos, dado que Perrotta también solía aprovechar las ventajas de ser codueño de un diario para cuestiones personales. Los testimonios familiares recuerdan la compra de unos Opel, sabiendo que al día siguiente iban a subir de precio, pues contaba con información privilegiada. Aunque también es dudoso afirmar que su labilidad moral consistiera en estas transacciones comerciales. Era claro que Perrotta ya en esa época tenía otros negocios: se dedicaba a la compraventa de inmuebles, a arrendar un campo de engorde de novillos en Trenque Lauquen o a viajar en avionetas anfibia para aterrizar en la costa de Montevideo, en Pocitos, y encarar algunas operaciones inmobiliarias. Es sospechoso que la memoria familiar recuerde este último caso más como una operación secreta no tan vinculada a lo comercial. ¿Se trataba de un blanqueo de dinero para sacarlo del país sin pagar impuestos o de una participación de Perrotta en ciertos núcleos de exiliados antiperonistas que ya comenzaban a instalar su cuartel general opositor luego del golpe de estado fallido del general Menéndez contra Perón en 1951? La novela familiar reduciría el enigma: "a mi marido le gustaba tener negocios y ganar plata. Y era bueno en eso". Pero el derrotero de Perrotta lo amplía. En 1954, *El Cronista Comercial* aún apoyaba las medidas económicas, pero pronto la relación con el peronismo cambió. El Gobierno había iniciado contactos para avanzar hacia el autoabastecimiento de petróleo y gas: proyectaba firmar contratos con las empresas

estadounidenses Atlas Corporation y Dresser Industries. En junio, Perrotta pidió se dejara constancia de su posición en el editorial "El petróleo argentino", porque consideraba vital el autoabastecimiento en materia energética para no entrar "en el círculo vicioso de trabajar para comprar petróleo con que seguir trabajando para volverlo a comprar; y así indefinidamente. No arraigará nuestra independencia económica en tanto no nos independicemos de las fuentes energéticas foráneas, explorando debidamente nuestras propias fuentes, esto es verdadero nacionalismo. Si para lograrlo necesitamos del capital extranjero, de los técnicos especializados extranjeros, vengan aquí unos y otros en buena hora; pero vengan con los recaudos que salvaguarden nuestro dominio eminente sobre las minas, el imperativo de nuestra soberanía sobre la más mínima porción del territorio: vengan a trabajar con nosotros en beneficio de la comunidad y obtengan la ganancia que racional y legítimamente les corresponde, como buenos servidores que van a ser de la magna obra de la recuperación nacional". Los contratos formalmente no se firmaron con estas empresas sino con la Compañía California Argentina de Petróleo S.A. y con la Standard Oil de California.

Si bien el apoyo de *El Cronista Comercial* a la política económica había sido constante debido a coincidencias en ciertas premisas económicas básicas, como el autoabastecimiento de combustible o el fomento de las exportaciones, el respaldo de Perrotta al peronismo tenía otro origen: se sostenía por el romance de la Iglesia Católica con el peronismo. Pero este romance estaba por terminar, al transformarse la Iglesia en el ariete del golpe de estado. La relación con la Iglesia, los grandes de la burguesía industrial y terrateniente, se había resquebrajado. Y Perrotta fue, a pesar de sus simpatías con el peronismo, un soldado del Episcopado nacional. El proceso fue arduo, porque la oposición

liberal conservadora encontró, más allá de sus desvalidas filas partidarias —socialistas, radicales y liberales de toda condición—, a la madre que la cobijara: la santa Iglesia. Y el conflicto de la Iglesia con el peronismo —que sirve para entender a Perrotta— tuvo varias causas. La Iglesia había mantenido inicialmente una buena relación con Perón, que había incorporado a numerosos miembros de los círculos católicos en cargos importantes de su gobierno, y en 1947 había ratificado la enseñanza religiosa. Pero el conflicto que coaguló hacia la estrategia del derrocamiento de Perón fue que la Iglesia argentina respondió a la estrategia del Vaticano de impulsar la creación de partidos anticomunistas y prooccidentales de masas. Y en 1954 fundó el Partido Demócrata Cristiano. El choque, iniciado con la crítica del gobierno a las actividades políticas de algunos curas, pronto adquirió niveles institucionales. En septiembre de 1954 la Acción Católica organizó una marcha masiva de estudiantes secundarios en Córdoba para competir con una concentración de estudiantes peronistas. Perón acusó a la Iglesia de pretender infiltrarse en los sindicatos y en las organizaciones estudiantiles. El gobierno, a sabiendas ya de que se defendía de una conspiración en marcha, respondió no sólo con el arresto y la deportación de algunos sacerdotes e ilegalizando la Acción Católica. Derogó la ley que imponía la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, suprimió las festividades religiosas, eliminó las subvenciones a la enseñanza privada confesional e impulsó una ley de divorcio. También sancionó leyes que equiparaban a los hijos “legítimos” con los extramatrimoniales y facultó a las provincias y a la ciudad de Buenos Aires a legalizar la prostitución. Además, propició la separación de la Iglesia del Estado, lo que hubiera significado el fin del sostén económico estatal al culto católico. El historiador de Economía Mario Rapoport, escribió: “En suma, se tra-

taba de una batería de disposiciones que, sin previa preparación de la opinión pública, creó problemas de conciencia en parte de la grey católica, que respondió volcándose a la oposición y acompañando al conservadurismo que venía caracterizando a sectores de la clase media desde la emergencia del peronismo y al proverbial antiperonismo de las clases altas". Es decir, la cúpula de la Iglesia apañó la escalada contra el peronismo, le restó a aquellos nacionalistas católicos que lo habían apoyado, y luego horrorizado con sus políticas sociales, y en 1954 comenzó a tejer el renovado vínculo entre la cruz y la espada, cuando su conspiración se entrelazó con la que ya estaba en marcha en las Fuerzas Armadas, sobre todo en manos de algunos de los más encumbrados nacionalistas católicos, como el contralmirante Aníbal Olivieri, ministro de Marina, el arma más antiperonista.

Perrotta y su familia participaron de estos enfrentamientos. Había sido peronista porque era, precisamente, católico. Su fidelidad estaba allí, en las filas del ejército laico del jefe del Episcopado, el cardenal primado monseñor Santiago Luis Copello, arzobispo de Buenos Aires. Así que el 8 de junio de 1955 participó junto a toda su familia de la procesión de Corpus Christi, que rumbo al Congreso lanzó su desafío final al gobierno con consignas que se resumieron en el famoso "Cristo Vence", ultimátum y preanuncio del violento final de ese vínculo político. A partir de esto, se multiplicaron actos de los católicos en todo el país como parte de una escalada que derivó en una tragedia el 16 de junio de 1955, cuando la aviación naval bombardeó Plaza de Mayo con el objetivo de asesinar a Perón, pero terminó masacrando a civiles desarmados, en una operación que fue su bautismo de fuego, como si se tratara de un ejército de ocupación extranjero. El signo V exhibido por los aviones en sus fuselajes significaba

“Cristo Vence”. La consigna fundamental de la insurrección era “Dios es justo”. El plan trazado por la Marina contaba también con un apoyo de aeronáutica militar y tenía como objetivo el control de la Casa Rosada por grupos de Infantería de Marina. Éstos coordinarían sus acciones con comandos civiles organizados en los alrededores de la Plaza de Mayo, convocados por Mario Amadeo y Luis María de Pablo Pardo, y cuyo jefe sería el capitán Walter Viader. En los grupos había conservadores, nacionalistas, socialistas y radicales, entre otros. Perrotta formó parte de los comandos civiles en el área de prensa, ya que en su casa se armaban y ocultaban los panfletos golpistas. La mañana del 16 de junio lo convocaron para combatir contra la “segunda tiranía” de Perón. Le dieron un revólver, que calzó para defender la Catedral Metropolitana si la atacaban “las hordas peronistas”, mientras fumaba, esa jornada, más de 120 cigarrillos rubios Chesterfield sin filtro, por el pánico que le produjo montar guardia en las escalinatas de la Catedral. O, quizá, por haber presenciado esa carnicería que se descargó contra otros argentinos desarmados porque los aviones de la Marina bombardearon y ametrallaron la Plaza de Mayo y sus alrededores, dejando un saldo de más de trescientos muertos y cientos de heridos. El golpe se frustró porque el Ejército y la Aeronáutica no se plegaron. La respuesta peronista no se hizo esperar. Al atardecer, grupos partidarios prendieron fuego a la Curia, contigua a la Catedral, y a ocho iglesias en Buenos Aires, y saquearon los altares. Entre las iglesias quemadas estaban la Iglesia Nuestra Señora de las Victorias y la Parroquia Nuestra Señora del Socorro, a las que Perrotta solía asistir a misa. Es posible que la matanza haya generado en él sensaciones contradictorias. O simplemente cubría sus espaldas. O en verdad no intuía la materialidad criminal que se incubaba en el odio antiperonista. Porque su diario, al día siguiente,

tituló: "Ha sido sofocado ayer un movimiento subversivo", y en el editorial escribió: "Jornada de dolor y de gloria". Decía: "Apenas repuestos de la horrible impresión causada por los acontecimientos de que ha sido escenario nuestra capital"; criticaba que los marinos "rompiendo todo juramento, traicionando toda fe, hayan descargado sobre el pueblo (...) la carga mortífera de esas bombas". Luego resaltaba el discurso de Perón y repudiaba a los marinos, cuya mayoría había fugado a Uruguay.

El Gobierno reprimió: expulsó sacerdotes, hizo tribunales militares contra los insurrectos. El Vaticano excomulgó a Perón, y la fracción militar golpista aceleró la conspiración, que incluía el visto bueno de los Estados Unidos, muy interesado en contar con un gobierno "sin pretensiones" nacionalistas tan temidas cuando en 1945 puso a su embajador Spruille Braden a impulsar la alianza opositora contra Perón. Los trabajadores, por su parte, se disponían a defender al gobierno incluso con las armas. Perón llamó a la pacificación, pero ya era tarde. Los comandos civiles integrados por jóvenes políticos y universitarios de las clases altas contribuían a la violencia antiperonista con atentados. La espiral golpista no se detuvo. La noche del 15 de septiembre de 1955, Perrotta anunció en la cena:

—Mañana hay revolución. Así que prepárense: los llevo a la quinta de San Miguel. Allí van a estar seguros.

Era el día del cumpleaños de su hijo Rafael.

El 16 de septiembre Perón fue derrocado y obligado a un exilio de casi diecisiete años. Durante varios días siguieron los enfrentamientos, debido a la resistencia de los obreros peronistas al golpe militar. La autodenominada Revolución Libertadora, eufemismo que escondía el signo de una Restauración Conservadora, contenía fuertes elementos clericales y nacionalistas, según expresaba su nuevo jefe, el general Eduardo Lonardi, que celebraba la

victoria como “un milagro”. El 21 y 22 de septiembre *El Cronista Comercial* no circuló porque se suspendieron las actividades económicas, financieras, judiciales y postales. Al reaparecer el 23 publicó un gran recuadro en la tapa titulado “Deberes de la Paz”, donde sostenía la imposibilidad de realizar un análisis de los hechos ocurridos en los días precedentes por su proximidad, pero luego definía el momento como un “albor de paz fecunda que apunta hoy sobre el suelo de la patria, en esta hora de victoria de todos los argentinos”. Dedicaba el resto del artículo para hablarles a los empresarios y a los trabajadores. A los primeros les decía que, además de preocuparse por las ganancias, “el factor humano habrá de tener en todo cálculo gravitación capital” y advertía: “Las conquistas sociales alcanzadas (durante el peronismo), savia nutricia del aparato despótico, deberán patentizarse como pobres migajas de lo que un orden social verdaderamente sano y justo logra en estricta justicia. Las condiciones óptimas de labor, la remuneración generosa, el respeto integral de la persona humana, que no han faltado nunca en la consideración de nuestros empresarios, habrán de constituir en lo futuro básica preocupación. (...) Una economía vigorosa no puede nunca lograrse en la lucha de clases. (...) La misión del hombre de empresa en esta hora de grandes esperanzas cobra una trascendencia como nunca la tuvo en nuestra historia”. A los trabajadores les dedicaba el final del editorial, donde los llamaba a participar en esta nueva etapa de “una obra de común elevación, de común bienestar”, para luego exponer cuál era su visión respecto de la relación que habían tenido con Perón. Para *El Cronista Comercial*, quedaba claro que la relación de los obreros con Perón había sido de exclusivo paternalismo y demagogia, que el líder se había aprovechado de las masas obreras y que su exilio los liberaba de la dependencia y la pérdida de sus conquistas.

El antiperonismo se colaba por las páginas del diario y recibía entonces a la autodenominada Revolución Libertadora con optimismo. La conspiración contra Perón fue dirigida por los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu y el contraalmirante Isaac Rojas. Perrotta creyó llegado el tiempo de forjar relaciones en los círculos políticos, económicos y militares ahora en el poder. Su éxito fue relativo, porque cuando la restauración conservadora violenta dejó de lado la piadosa y falaz consigna de Lonardi de que no habría "ni vencedores ni vencidos" y asumió Aramburu para desperonizar la Argentina, con una represión sin cuartel, Perrotta se quedó sin grandes amigos en ese poder más descarnado: los grupos nacionalistas católicos cercanos a él habían apoyado a Lonardi. Pero su diario se alineó con la nueva etapa. Acompañó la adhesión de la Argentina a los acuerdos de Bretton Woods en abril de 1956, una de las primeras medidas importantes de Aramburu, que significaba el ingreso de la Argentina al Fondo Monetario Internacional (FMI) y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). Y comenzó a definir al gobierno peronista derrocado como una dictadura que se había aislado del mundo. Para Perrotta, tanto el FMI como el BIRF eran instituciones que venían a impulsar la economía de los países devastados por la guerra, bajo el paraguas del Plan Marshall lanzado por Estados Unidos en 1947, del que Argentina había quedado fuera. Este Plan, si bien colaboró con el resurgimiento europeo, supuso en realidad la consolidación de la hegemonía política, económica y militar norteamericana sobre la base del control sobre las economías europeas y, sobre todo a partir de 1950, para desplegar su poderío militar, base de la carrera armamentista de la Guerra Fría. Instituciones como el FMI y BIRF representaban arietes de esta estrategia. La principal oposición surgió del bloque socialista,

hegemonizado por los soviéticos, que creó instituciones análogas para contrarrestarlas, como el Cominform.

Perrotta era anticomunista. Pensaba que la Argentina debía estar entre las naciones occidentales y cristianas. No había cambiado en 1958, cuando el desarrollista Arturo Frondizi ganó la presidencia de la nación en un pacto con Perón en el exilio en Venezuela, concretado por Rogelio Frigerio. El 23 de febrero la fórmula Arturo Frondizi-Alejandro Gómez obtuvo el 41,4 por ciento de los sufragios. Perrotta estaba en Mar del Plata de vacaciones, y desde allí acompañó la expectativa que generaba el retorno democrático, a pesar de la proscripción del peronismo y la inauguración de la tutela militar sobre los gobiernos electos. La publicidad del pacto con Perón despertaba recelos en los sectores militares más antiperonistas y marcaría a fondo el período de transición. Frondizi asumió el 1 de mayo en el Congreso Nacional. El contexto de su asunción no era el mejor. En el plano político, con el peronismo proscripto, cualquier equilibrio era inestable. En el plano económico, Frondizi encarnaba el pensamiento desarrollista que consideraba la necesidad del ahorro de divisas para el impulso de la industria pesada, esencial para dar paso a la industria liviana que, a su vez, permitiría profundizar la sustitución de importaciones. El plan desarrollista se resumía en la fórmula "carne más petróleo, igual a acero". Es decir: Argentina tenía que aprovechar sus ventajas comparativas en torno de las exportaciones agropecuarias, a la vez que buscaba el autoabastecimiento de petróleo para ahorrar las divisas invertidas en importarlo. La punta de lanza del plan fue "La batalla del petróleo"; sin embargo, al no contar el Estado con el capital suficiente para invertir en nuevas exploraciones, sería necesario incentivar la llegada de capital extranjero. A partir de esto, se podría desarrollar la industria pesada, en especial la siderurgia. La situación

económica, en principio, no lo acompañaba. Ya en 1959, el PBI cayó un 6,4 por ciento y la industria descendió un 10,2 por ciento. A su vez, en 1958 se había desatado una fuerte inflación. La reconversión capitalista argentina, que abandonaba lentamente el estado de bienestar del peronismo, sólo traería sobresaltos por décadas, con pocos períodos de distensión. El factor político, es decir una sociedad sometida a la proscripción de la fuerza mayoritaria, era el telón de fondo de cualquier deseo de gobernabilidad.

Los vínculos de Perrotta durante el frondizismo fueron secundarios. No era amigo de Frondizi ni de Frigerio. Algunos de sus compañeros universitarios ocupaban puestos en la Cancillería, lanzados a ser diplomáticos de carrera. El máximo nivel de acercamiento con la cúpula desarrollista fue cuando trabó amistad con Ismael Bruno Quijano, ministro de Trabajo y Seguridad Social, o con Carlos González, secretario privado de Frondizi, y en cuya casa compartieron alguna cena con el Presidente. En esta nueva etapa, una cosa era segura: Perrotta sabía que para ampliar la fuerza de su diario debía modificar su perfil. Se abocó a esa tarea no sin lanzar, ahora sí, una batalla sin cuartel contra el marido de su madre, Anzisi. Además, la crisis económica del 59 lo encontró buscando inversores para salvar al diario de la quiebra. Tenía dos pilares profesionales: el secretario de Redacción era Manuel José Bernal, y Oscar D'Apice se ocupaba de la sección de Quiebras, que por entonces seguía teniendo una gran importancia. Así que ese año Perrotta convocó a Aníbal Braga Menéndez, un abogado que se convertiría en un hombre esencial en la estructura y los cambios que se produjeron en el diario entre fines de los 50 y la primera mitad de los 60. Luego de terminar sus estudios, Braga Menéndez comenzó a trabajar en el estudio del abogado Mario Amadeo, el nacionalista católico que había sido uno de los organizadores de los comandos

civiles durante las jornadas del 16 de junio de 1955 y canciller del gobierno provisional del general Lonardi apenas por 49 días. Amadeo resultó desplazado por las pugnas internas de la Revolución Libertadora que culminaron con el reemplazo de Lonardi por el general Aramburu. Durante su gestión llevó adelante las negociaciones para que se concretara el exilio de Perón en Paraguay, y fue recordado por haber impedido que éste cayera al agua cuando subía a una lancha que lo iba a trasladar hasta la cañonera paraguaya que lo llevaría al exilio. Años más tarde, en 1972, Amadeo participó en el Frente Cívico de Liberación Nacional (FRECILINA), cuyo objetivo era lograr el retorno del peronismo al poder. Como cliente del estudio jurídico de Amadeo, Perrotta pidió ayuda para solucionar los graves problemas de aportes jubilatorios que tenía el diario. Braga Menéndez tomó el trabajo, a pesar de que en términos profesionales no le interesaba dedicarse a temas previsionales. Lo hizo con éxito. Perrotta terminó contratándolo como administrador del diario. El próximo acto, sabía, era la batalla por la dirección que compartía con su padrastro. Sólo una modificación de la estructura societaria de la empresa editora "Institución Informativa Perrotta, Anzisi y Cía.", en la que no tenía la mayoría accionaria, le daría todo el poder. Debía transformar a esa SRL en una Sociedad Anónima para obtener el control mayoritario. El 20 de mayo reunió a Braga Menéndez, Enrique Peltzer, Guillermo Eduardo Basombrio, Alejandro Raúl Lamarque, María Rosa Bengolea, Eduardo Roca, Julio Raúl Moreno, Alejandro Jaime Mejía, Alfonso Carlos de LaFerrere y Silvia Berzins en el estudio del escribano José Luis Puggiari. A Peltzer lo designaron para presidir la reunión, cuyo objetivo era constituir la Sociedad Anónima de Ediciones e Impresiones (SADEI). Perrotta era amigo de Peltzer desde sus años en la Acción Católica, padrino de

uno de sus hijos, y compartían los fines de semana. María Rosa Bengolea era su cuñada; Eduardo Roca, un amigo desde los años universitarios. En la reunión establecieron el capital social y la titularidad de las acciones clase A y clase B; el poder de los nuevos socios: Peltzer y Basombrio; Lamarque; Braga Menéndez y María Rosa Bengolea; Roca; Moreno y Mejía; y Laferrere y Berzins, agrupados por orden de tenencia de acciones. Se había emitido sólo una parte de las acciones, por tanto las posibilidades de Perrotta de integrarlas le daría todo el poder en el futuro. Luego eligieron a los miembros del directorio de SADEI. El presidente, Peltzer; los directores, Braga Menéndez y Roca, ambos abogados, que quedaban autorizados a solicitar al Poder Ejecutivo el reconocimiento de la personería jurídica de la sociedad y, de ser necesario, hacerle las modificaciones necesarias. El síndico titular, Basombrio, y el suplente, Lamarque. Finalmente, firmaron los estatutos de la sociedad y SADEI quedó constituida. Los testigos fueron Héctor Vicente Pozo y José Cuadern. Según su artículo tercero, "El objeto de la sociedad es la edición, impresión y distribución de libros, revistas, diarios, periódicos y, en general, de toda clase de publicaciones artísticas, literarias, técnicas, científicas o comerciales, así como realizar toda clase de trabajos de imprenta, por cuenta propia o de terceros". SADEI obtuvo la autorización del Poder Ejecutivo por el decreto 8.715 del 22 de julio de 1959, firmado por Frondizi y su ministro de Educación y Justicia, Luis Rafael Mac Kay, y quedó registrada en el expediente 10.145 de la Inspección General de Justicia. La SRL se mantuvo, pero con el tiempo se liquidó a favor de Perrotta. ¿Cómo consiguió Perrotta transformarse en el accionista mayoritario? Gracias a la intervención del ingeniero Enrique Cánepa, quien se había recibido a los veintidós años en el Politécnico de Zurich, en Suiza, y había regresado a la Argentina

en 1914. Ingresó a la Dirección Nacional de Minas, y en 1915 fue enviado a Plaza Huincul, provincia de Neuquén, en búsqueda de petróleo. Allí se encontró con el geólogo alemán Juan Keidel. En 1916 inició los trabajos de perforación. Luego de dos años, el 29 de octubre de 1918 encontró petróleo, convirtiéndose en uno de los pioneros a nivel nacional. En diciembre de 1959, Cánepa le dio 20 mil dólares a Perrotta, con lo que logró tener el control total de la nueva sociedad. El paso de la SRL a la SA fue decisivo y traumático. Perrotta se había salido con la suya, y Braga Menéndez tuvo que hacer grandes esfuerzos —casi los últimos, porque dejó el diario en 1964 por disidencias en la administración— para contener a Anzisi y a la madre de Perrotta para que se adaptaran al cambio. Sin embargo, era claro que el capital que tenían en la SRL no lo podrían mantener en la SA, ya que Perrotta contaría con posibilidades de aumentar su capital, y ellos no.

Así que, al ingresar a la década del sesenta, Perrotta logró pararse como el elegido para dirigir los destinos de *El Cronista Comercial*. Y, también, trazar los vínculos necesarios para que el diario comenzara a ser reconocido como una pieza del poder.

TRES

EN NOMBRE DEL PADRE

Dijeron que los enviaba el coronel Morelli. El miércoles 15 de junio de 1977 a las 10.30, el subcomisario Iglesias y el inspector Arran de la Policía Federal llegaron a la casa de Perrotta. Ambos, se supo años más tarde por el informe de la Policía Federal en el expediente 47.465 enviado a un juez, eran nombres falsos. La familia les explicó lo que había pasado hasta el momento. Iglesias y Arran hicieron algunas preguntas, en especial sobre otros antecedentes que pudieran estar relacionados, como los problemas económicos del diario, si se habían producido amenazas telefónicas o llamadas extrañas. A las 11.10, "Carlos" llamó a la casa de Perrotta (41-4835). Cuando Rafael atendió, le reclamó que no hubiera cumplido las instrucciones de esperar en casa de su ex mujer. Los policías escuchaban la conversación a través de una extensión del teléfono y la grababan.

—Sí, lo que pasa es que no anda el teléfono de allá. Estaba sin tono. Por eso me quedé acá para que ustedes me llamaran acá, para que ustedes me llamaran.

—Hoy llamé —dijo Carlos.

—Suená, pero allá no suena.

—¿Qué?

—Allá no tiene tono. Tendría que buscar otro teléfono, en la casa de algún amigo. Si quiere yo voy allá y probamos,

pero lo que pasa es que ayer estuve esperando. Como ustedes no llamaron y el teléfono no tenía tono me vine para acá.

— Yo lo llamo a las doce en punto al otro teléfono — dijo tajante Carlos.

— ¿Al otro teléfono? Bueno, a las doce voy a estar allá.

Cuando colgó, Iglesias le recomendó que por el momento no ofreciera nada y que tratara de alargar al máximo las conversaciones para poder rastrearlas. A las 11.30 Rafael atendió el llamado de Carlos en la casa de su ex mujer (41-5013), y grabó la conversación.

— Estuve con el doctor Perrotta esta mañana. Está bien de salud, y le estamos dando sus medicamentos.

Rafael tomó aliento: le dijo que no disponía del dinero para el rescate y menos en tan poco tiempo. Carlos no le creyó.

— Le pido que me crea. Hablé con amigos míos en busca de algún apoyo financiero. Parece como si yo tuviera lepra ahora, porque todos me dicen “mirá, en este momento no podemos”, “voy a tratar”, “te contesto mañana”, etcétera. Le pido por favor que me dé un poco de tiempo porque hasta ahora no he logrado juntar nada. Tal vez podría juntar 50 millones de pesos (unos 130 mil dólares) con lo que hay en el banco. Pero esa suma que usted me pide de ninguna manera está dentro de nuestras posibilidades. Tengo que pedir prestado, ¿se da cuenta?

— ¿Sabe lo que pasa si...? — dijo Carlos con cierta furia contenida.

— Sí, sí, perdóneme — interrumpió Rafael —, yo realmente no le puedo... no tengo la plata... Si yo tuviera la plata lo primero que haría sería dársela, pero no... yo no puedo fabricar la plata en 48 horas como usted me pide, ¿se da cuenta? Yo le garantizo que no puedo disponer de ese dinero y mi padre no le puede haber dicho otra cosa porque él lo sabe perfectamente.

En ese momento se cortó la comunicación. Rafael volvió a la casa de sus padres y les relató la conversación a la familia y a los policías, y les hizo escuchar la grabación. Los policías dispusieron la intervención de todos los teléfonos, y le indicaron a Rafael que había actuado correctamente y que siguiera en esa línea.

Tres horas después, el comisario Colotto le confirmó a Rafael que la investigación quedaría a cargo del coronel Morelli y sus hombres.

La extorsión tenía vía libre para la banda lateral de la represión.

La foto está tomada en el verano de 1960, en Villa La Angostura. Perrotta, como un cazador triunfante, con ese perfil quebrado y pelo lacio, de estatura mediana, con un palo de golf al hombro, es un empresario dedicado plenamente al disfrute. En esa época, solía tomarse dos meses de vacaciones con su familia. Pero ya hacía tiempo que la obsesión por desplegarse como un empresario periodístico lo asaltaba día y noche: se comunicaba por teléfono a manivela —el único de Villa La Angostura— o por telegramas, que le enviaban todos los días desde Buenos Aires. Los datos: el saldo del banco, cuántas altas y bajas de sucursales se habían registrado, cuántos centímetros de publicidad se publicaban. Jugar al golf, entonces, no implicaba desconexión: los vecinos de Cumelén murmuraban: “Ahí viene Cacho con sus diarios”. Leía todos los diarios del momento, en especial *Le Monde Diplomatique*.

Las vacaciones de ese verano se completaron en Buenos Aires, en la quinta de San Miguel, ubicada detrás de la guarnición de Campo de Mayo. No existen relatos que indiquen qué hizo Perrotta ese verano en Villa La Angostura. Sí se sabe que en la quinta de San Miguel jugaba

al polo y que solía invitar a familias amigas, como la de Enrique Peltzer, y cuando los hijos de Perrotta crecieron también solían ir con sus compañeros. Uno de ellos era Emiliano Costa, compañero de Rafael. Costa era hijo de un marino que tras participar de la sublevación fracasada de 1951 contra Perón debió refugiarse con su familia en Uruguay. Él, sin embargo, tenía una vocación humanista que lo llevaba a acercarse a Elena, la mujer de Perrotta —a quien los amigos de la familia llamaban Beba— que había estudiado Arqueología. Costa conoció bien a Perrotta, no sólo en ese tiempo, sino también lo trató luego como periodista cuando ingresó a *El Cronista*. Para entonces Costa había dejado el antiperonismo, revistaba en el peronismo revolucionario y estaba en pareja con Victoria Walsh, la hija del escritor Rodolfo Walsh, asesinada en 1975.

La relación de Rafael —afectado por una poliometitis leve— con su padre no era un edén. Había algo de *bon vivant* en Perrotta, de apostador en el límite. Podía jurar que debía hacer economía, pero correr a comprarse una lancha para navegar en el lago Nahuel Huapi. O vender y comprar frenéticamente autos nuevos y usados; o la desmesura de comer y fumar cigarros importados en los mejores clubes —como el Círculo de Armas y el Jockey Club— reductos de cierta burguesía vieja y en ascenso. En todo caso, solares de conspiración política y de tráfico de influencias. Él explicaba su obsesión por circular: su tarea era el lobby, conseguir entre los ricos a clientes cada vez más fieles de su diario. A su manera, lo logró.

La década del sesenta fue el comienzo del boom de *El Cronista Comercial*. Se iniciaba una renovación del periodismo argentino a todo nivel, inspirada en los diarios y semanarios al estilo *Time*. Perrotta decidió, entonces, construir su poder parado sobre el diario. Pasó de ser apenas de cuatro hojas, con datos sobre quiebras

y convocatorias, a incorporar columnistas e intelectuales especializados en economía. Para esos cambios, hacia mediados de 1961, impulsó más modificaciones sobre la empresa. El directorio de SADEI se reunió la mañana del 28 de abril, aún bajo la presidencia de Peltzer. Debían elegir autoridades. Perrotta propuso siete directores: Anzisi, Roca, Peltzer, Braga Menéndez, Astigueta, su madre y él. El único incorporado al directorio que no figuraba dentro del grupo fundador de SADEI era José Mariano Astigueta, un buen amigo de Perrotta, su testigo de casamiento, y que había viajado con él al Congreso de Pax Romana en España en 1946. El trípode de poder en la sociedad quedó constituido por Anzisi, presidente, Perrotta, director delegado, y Braga Menéndez, administrador general. Junto con Anzisi, en el área de publicidad trabajaba Ernesto Grossman, un publicista que conseguía grandes entradas de anunciantes para el diario pero que, a cambio, se quedaba con una comisión del 35 por ciento. Era un hombre capaz y leal, pero no perdonaba una deuda por más mínima que fuera. A Perrotta no le caía bien, y sus comisiones le parecían excesivas. Pero fue indispensable para dotar —junto con la emisión de nuevas acciones— del cash necesario para continuar los cambios en el diario, porque a pesar del impulso comercial la situación política agregaba la cuota maldita de inestabilidad económica tan temida.

El gobierno de Frondizi entraba en la recta final. Rotos los pactos con el peronismo, implementado el Plan Conintes (Conmoción Interior del Estado) para reprimir la protesta social, agotado el esquema de ajuste salvaje que llevaba adelante el ministro de Economía, el ingeniero Álvaro Alsogaray, Perrotta se encontró negociando sus vínculos debilitados con el frondicismo vía el nuevo ministro, Roberto Alemann. Tanto él como su sucesor, el ultrali-

beral Carlos Coll Benegas, eran columnistas de *El Cronista Comercial*, lo que ataba a su diario a las posturas políticas del establishment, furioso en esos días por la visita secreta a Buenos Aires de Ernesto "Che" Guevara, el 18 de agosto de 1961, invitado por el mismísimo Frondizi. El Che había participado de la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) que se había desarrollado en la ciudad uruguaya de Punta del Este, donde hizo una fuerte crítica a la postura de la Organización de Estados Americanos (OEA) frente a la cuestión cubana por la influencia de los Estados Unidos y lanzó un desafío a la independencia de los países del Tercer Mundo. Los militares, árbitros absolutos del poder luego del golpe contra el peronismo en 1955, realizaron un nuevo planteo —de los treinta y cuatro que harían hasta derrocarlo— para condicionar aun más a Frondizi. Perrotta se plegó, entonces, al rechazo a la visita del Che. Su diario tituló: "Visita no grata". Criticaba: "Ayer la opinión pública argentina se enteró absorta de que acababa de arribar al país, previa visa de nuestra embajada en Montevideo —que naturalmente habría consultado antes a la Cancillería— el ciudadano argentino Ernesto 'Che' Guevara, otrora 'joven iracundo' entre las organizaciones estudiantiles argentinas, y hoy, zar de las finanzas del novísimo satélite de la Unión Soviética". Para *El Cronista Comercial*, volcado totalmente al apoyo del bloque occidental bajo la hegemonía de los Estados Unidos, esto era inaceptable. Si bien destacaban que, en las formas discursivas, el Che era "más inteligente y menos espectacular que las que suele ostentar Fidel, su novedosa actitud de acercamiento, contemporización y aparente viraje hacia la OEA en modo alguno deben llamar a engaño a los espíritus avisados. Cuba asistió con el decidido propósito de hacerse escuchar en su verborragia antiimperialista y, eventualmente, de barrer dólares para adentro si

fuera el caso". *El Cronista Comercial* tenía algunas críticas al carácter marcadamente anticomunista de la Alianza para el Progreso, que dejaba supeditadas las necesidades de los países de Latinoamérica aliados a Estados Unidos. Sin embargo, era la visita del Che lo que indignaba a sus directores: "(...) lo que no tiene explicación visible es la visita intempestiva del Che Guevara a la que fuera su patria, que no puede sino avergonzarse de verle hoy convertido en prohombre de una república socialista después de haber abandonado definitivamente la casta hidalga de hombres libres de que ha sido siempre cuna el suelo argentino. Bien esté investido de rango diplomático, bien detente blasones de alto mérito ganado en la puja por el mando dentro del nuevo satélite rojo del Caribe, la trayectoria de tal personaje no puede significar otra cosa que sonrojo para los argentinos bien nacidos que ven en él un motivo de escarnio para la patria y de ludibrio para la nacionalidad. (...) Ignoramos las razones de alta política que habrán pesado para que el primer magistrado recibiera al indeseable huésped. (...) Ninguna de las hipótesis que se nos presentan como tales hacen viable esta desgraciada visita que ofende a la hidalguía argentina desde el momento mismo en que el ministro de Industria de Cuba ha hollado con sus pies el territorio nacional", escribió Perrotta en la edición del 19 de agosto de 1961. Es más, justificó también el malestar militar con Frondizi: "La reacción de las Fuerzas Armadas se produjo con la precisión y la rapidez de un movimiento reflejo en un organismo sano. Lo cual ha de resultar altamente reconfortante para cuantos confían en el factor de poder militar como instancia última capaz de garantizar la línea fundamental de la política argentina con respecto al conflicto mundial planteado por la acción del comunismo y sus movimientos paralelos". El gobierno de Frondizi logró mantener la posición abstencionista de la Argentina

ante la resolución que expulsó a Cuba de la OEA, que se aprobó el 31 de enero de 1962 en la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores en Punta del Este. La resolución sostenía que “la adhesión de cualquier miembro de la Organización de los Estados Americanos al marxismo-leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano y el alineamiento de tal Gobierno con el bloque comunista quebranta la unidad y solidaridad del hemisferio”. Sin embargo, Frondizi fue acorralado por los militares y finalmente rompió las relaciones con el gobierno cubano el 9 de febrero con el fin de evitar un intento golpista, que no tardó en llegar igualmente, cuando el 18 de marzo de 1962 triunfó en las elecciones de la provincia de Buenos Aires el candidato de la Unión Popular, Andrés Framini. La cúpula golpista de las Fuerzas Armadas exigió desconocer la elección e intervenir la provincia. Tras varios días de intensas negociaciones y de tensión permanente, Frondizi —que había dinamitado por miedo o convicción todas las alianzas que lo sostenían en el poder— fue derrocado el 29 de marzo, y conducido a la isla Martín García. Asumió en su lugar el presidente provisional del Senado, José María Guido. Perrotta se sintió cómodo con este gobierno. Tenía especial vínculo con el ministro del Interior, Rodolfo Martínez, pero sus aliados básicos estaban en el Ministerio de Economía. Esa trinchera era de los liberales antiperonistas: Federico Pinedo, Álvaro Alsogaray, Roberto Alemann y José Alfredo Martínez de Hoz. Su socio y amigo, Astigueta, fue catapultado al Ministerio de Educación y luego a Defensa. En el reparto, a Alemann le tocó recalar como embajador en los Estados Unidos.

En tanto, mientras sus amigos ascendían a cargos centrales en esos gobiernos manchados por la proscripción, la represión y los ajustes económicos, Perrotta se sumaba a la ola de planear, con la modestia de su periódico financiero,

la conformación de una entidad que reuniera a los empresarios de los diarios del país: querían no sólo independencia del poder político, sino también poder de lobby. El 8 de julio de 1962, los directivos de los principales diarios del país se reunieron para tratar el tema. Con todo, Perrotta no fue invitado. *El Cronista Comercial* no era considerado aún dentro de los grandes diarios, fuera por su calidad periodística o por su volumen económico. Sin embargo, compartía una característica con la mayoría de los grandes diarios: eran empresas de larga tradición familiar. *Clarín* era de Roberto Noble, que lo había fundado en 1945 tras vender una estancia para poder aportar la inversión inicial del emprendimiento. Alberto Gainza Paz era heredero de *La Prensa*, fundado el 18 de octubre de 1869, y que había sido devuelta por la Revolución Libertadora tras la expropiación peronista. La familia Mitre aún tenía el control de *La Nación*, fundada el 4 de enero de 1870 por el ex presidente Bartolomé Mitre. En diarios del interior del país, la historia se repetía. De la reunión participaron Juan Santos Valmaggia (subdirector de *La Nación*), Alberto Gainza Paz (*La Prensa*), Ricardo Peralta Ramos (*La Razón*), Luis Clur (*Clarín*), Roberto Romero (*El Tribuno*), Francisco Rizzuto (revista *Veritas*), Humberto Pérez (*El Territorio*), José F. L. Castiglione (*El Liberal* de Santiago del Estero), Jorge Eguía (*Comercio y Justicia*), Ramón Rosa Olmos (fundador de *La Unión* de Catamarca), Diego Zamit (fundador de *Crónica* de Comodoro Rivadavia), Riobó Caputto (*El Litoral* de Santa Fe), Pedro Sánchez (*La Nueva Provincia* de Bahía Blanca), Juan Nieto, Antonio Maciel (*La Voz del Pueblo* de Tres Arroyos), Jorge Remonda Ruibal (*La Voz del Interior* de Córdoba) y Virgilio Albanese (*La Tribuna* de Rosario). La iniciativa prosperó. En octubre se realizó la XVIII Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) en Santiago de Chile, a la cual

asistieron gran parte de los directivos de los diarios que se habían reunido con esa inquietud. El 24, firmaron allí un acta de acuerdo para que apenas regresaran a la Argentina, se reunieran los diarios del interior del país y fundaran una sociedad que los agrupara. La Asamblea General Constitutiva de esa organización se realizó el 14 de diciembre de 1962. Rizzuto, de la revista *Veritas*, fue el encargado de motorizar la convocatoria. Se llevó a cabo en el Círculo de Prensa, y a partir de entonces quedó conformada la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA). Perrotta no participó de la fundación de la misma, pero el 29 de noviembre de 1963 *El Cronista Comercial* ingresó a la asociación. Muchos diarios enviaban a sus secretarios de redacción o subdirectores, pero Perrotta decidió representar él mismo al diario desde su ingreso. En cambio, no le interesaba la Asociación de Editores de Diarios de Buenos Aires (AEDBA), pese a que *El Cronista Comercial* tenía la vicepresidencia y enviaba al administrador Braga Menéndez, que durante años la desempeñó. La presidencia la ocupaba *La Nación* y la secretaría, *Clarín*.

Por ese entonces Perrotta estaba enfrascado en un negocio importante. *El Avisador Mercantil* era la competencia de *El Cronista Comercial*. Perrotta siempre lo había querido comprar; por un lado, para eliminar la competencia y, por el otro, para agrandar su diario y comenzar a transformarlo en lo que él quería: un periódico nuevo, de opinión, que dejara de lado la gacetilla mercantil. El traspaso fue muy fácil y no le costó casi nada. El acuerdo con los dueños de *El Avisador Mercantil* consistía en que los pagos de los suscriptores que pasaban a manos de *El Cronista Comercial* eran parte del convenio, es decir, Perrotta lo adquirió casi gratis y lo pagó con los mismos suscriptores que ya tenía *El Avisador Mercantil*. Pasó entonces de cuatro mil suscripciones a seis mil. Lo más importante:

tenía ya el monopolio de las gacetas mercantiles del país. Perrotta quería hacer un gran diario. Nadie le hacía competencia como gaceta mercantil diaria, y sólo quedaba dentro del rubro especializado en economía el semanario *El Economista*. La prensa económica era escasa, pero Perrotta ansiaba un diario diferente. En los años de Frondizi —señaló el periodista Daniel Muchnik—, “los ministerios manejaban su información a través de sus oficinas de prensa mediante boletines de prensa. Los únicos que se apartaban un poco de esa línea eran medios especializados como *The Economic Survey*, *El Cronista Comercial* y *El Economista*”. Admiraba tres diarios: *Le Monde*, *Financial Times* y el *Wall Street Journal*. Este último tenía una historia similar a la de *El Cronista Comercial*. En 1962, Perrotta viajó a Nueva York y se entrevistó con el representante del *Wall Street Journal* en la SIP, el editor principal Bernard Kilgore, quien le hizo descubrir la producción de suscripciones a gran escala: el *Wall Street Journal* tenía un *call center* gigantesco, con cientos de telefonistas que vendían suscripciones. Perrotta se deslumbró: intentaría por todos los medios ir en esa dirección. Y contó con la amistad de Kilgore durante muchos años.

Así que entre 1962 y 1963 Perrotta aumentó sus acciones en SADEI y desplazó cada vez más a Anzisi y a su madre. Para que el diario dejara de ser una gacetilla mercantil de pocas hojas incorporó a un grupo de jóvenes periodistas, en su mayoría economistas, pero también especialistas en otros temas, e inició la transformación de los contenidos y la estructura del diario. Junto a Peltzer y Astigueta, que además de ser sus amigos eran parte del directorio de SADEI, en septiembre de 1962 se incorporó Jorge Riaboi que, con apenas veintiún años, era el más joven del diario. Comenzó en el archivo, pero pronto ascendió a redactor y se convertiría en uno de los artífices del cambio

de rumbo del diario. Se unieron a Riaboi una camada de jóvenes economistas como Santiago Murray, Carlos Armelín, Juan Carlos Gaillard, Héctor "Tito" Amadeo y Francisco Sercovich. También entró Daniel Larriqueta, un economista que había militado en las agrupaciones reformistas de la universidad, donde había conocido a Riaboi. Perrotta lo recibió en su oficina —Larriqueta llegó con el uniforme verde oliva porque estaba realizando el servicio militar— y le encargó un artículo sobre algún tema que manejara bien. Larriqueta eligió escribir sobre la industria automotriz: ya despuntaba como un joven asesor del empresario autopartista Julio Broner, socio y amigo cercano de José Ber Gelbard, jefe de la ascendente Confederación General Económica (CGE) que reunía a los burgueses nacionales de la industria y el comercio. Entre los nombres de la época circulaban periodistas y colaboradores permanentes del diario, unos de perfil académico, como Carlos Floria, o especializados como César Magrini, en cultura, y Carlos Alemián o Heriberto Schiro, un filósofo que solía escribir editoriales, y Sergio Cerón, que registraba las noticias gremiales.

Al abrir el diario a distintas crónicas, además de la información financiera y económica, Perrotta sabía que la toma de decisiones no dependía sólo del valor de un título que cotizara en Bolsa. La cultura política indicaba que cuanto más complejo era el damero de posibilidades, cuanto más informados estuvieran los que debían tomar decisiones, se hacía más dinero. Era más barato conocer también de ópera, decía, a la hora de invertir, que sólo saber cuánto costaba lo que se debía comprar. "El valor agregado", repetía. Quería hacer crítica de cine, teatro, pintura y, si era posible, incluso de golf y otros deportes. En tanto, lo obsesionaba aumentar la publicidad de su periódico. Incorporó a un joven que sería clave en los años

venideros, Alejandro Samek, hijo de Alejandra Boero, una notable actriz y directora que revolucionó la manera de hacer teatro. Alejandro, de familia de comunistas, fue su primer cajero. Perrotta sabía, también, que necesitaba formar un cuerpo de elite. La resolución fue que el diario creciera sin incorporar mucho personal, pero el que estaba, debía tener salarios muy altos. Pronto, el staff lo integró un grupo destacado: Samek, "Tito" Amadeo, Gaillard y Riaboi. Y mientras dejaba la diaria en sus manos, Perrotta hacía lo suyo: circulaba por embajadas, ministerios, cuarteles, clubes y universidades. El primer equipo de los años sesenta de *El Cronista Comercial* tenía claras directivas —por instrucción de Perrotta— de parecerse al *Financial Times*. Y que no se podía editorializar a favor o en contra de la industria automotriz ni de la tabacalera, porque eran los dos grandes avisadores. No había censura para los periodistas, pero sí límites impuestos por los anunciantes. Un asunto común a toda la prensa comercial. Años después, esta actitud frente a las empresas que pautaban publicidad en el diario se modificaría.

La gran revolución en la prensa, sin embargo, no la haría Perrotta. El 13 de noviembre había aparecido *Primera Plana*, un emprendimiento encabezado por Jacobo Timerman. Basado en la idea original de la revista norteamericana *Time*, Timerman logró conformar una redacción de jóvenes talentosos entre los que se contaban Tomás Eloy Martínez, Ramiro de Casasbellas, Luis González O'Donnell, Rodolfo Pandolfi, Julián Delgado y Osiris Troiani, a los que ofreció los mejores sueldos del mercado. En *Primera Plana* Timerman aplicó una de sus máximas predilectas: se debía escribir de economía desde una visión ideológica de derecha, de política hacia el centro y de cultura hacia la izquierda. *Primera Plana* transformó el periodismo argentino. Al poco tiempo ya vendía más

de 60.000 ejemplares semanales. Perrotta sabía del talento de Timerman: es más, lo usaba como inspiración para avanzar muchos casilleros en su proyecto de diario. Para eso debía quedarse sin lastres con la empresa. “Lo mío no será una tragedia griega”, prometió a su mujer. Pero debía, estaba claro, terminar con el marido de su madre, Anzisi, un hombre que Larriqueta describió así: “Lo llamábamos Gansópolis. Un señor con grandes bolsas debajo de sus ojos, pelado, con un cogote largo y una cara medio redonda, una gran panza. Siempre con las uñas barnizadas. No era un dandy. Era un cajetilla del tango. Con una perla, el traje muy almidonado, muy perfumado. Y que tenía opiniones banales sobre todo. Era socio del Jockey, iba a todas partes, tenía amigos, y a través de eso gestionaba los avisos”.

El 22 de marzo de 1962 se realizó una Asamblea Extraordinaria de SADEI en la sede de *El Cronista Comercial*. Perrotta, que seguía siendo director delegado, propuso que se aumentara el máximo de miembros del directorio de siete a nueve, propuesta que se aceptó por unanimidad de los accionistas presentes, aprobada por el ministro de Educación y Justicia de Guido, Alberto Rodríguez Galán, el 27 de noviembre de ese año. Esto permitía el ingreso de nuevos accionistas al directorio, como Jorge Nágera y María Bengolea —cuñada de Perrotta— que habían adquirido acciones de la sociedad. Anzisi, en los papeles todavía era presidente del directorio de SADEI. Pero Perrotta se iba quedando de a poco con el control de la sociedad. Su próximo paso fue tirar lastre, o sea, decidir si se seguía con el viejo sistema de que *El Cronista Comercial* creciera por la venta de avisos o se intensificaba la redacción para hacerlo influyente y, por ende, conseguir como elemento implícito el salto comercial. Perrotta decidió prescindir de Grossman y comenzó a crear una pequeña estruc-

tura publicitaria dentro del diario, para quitarle clientes a Grossman y tener relación directa de empresa a empresa. Generó un equipo de productores y designó a Héctor Ríos como gerente. En junio de 1963 ingresó al diario Jaime López Recalde, quien durante muchos años fue un hombre clave en la prensa de la CGE, amigo de Gelbard, y tiempo después revistó como oficial de prensa de la Embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires. Lo había recomendado Héctor Repetti, el jefe de distribución, ya que se conocían del *Correo de la Tarde*, un vespertino fundado en 1958 por Francisco Manrique, marino y ex jefe de la Casa Militar en tiempos de la dictadura de Aramburu. Los cambios en la redacción también implicaban modificaciones en el sistema de impresión. Perrotta había reemplazado a la imprenta del *Argentinisches Tageblatt* de los Alemann por la Cooperativa Obrera Gráfica Talleres Argentinos Limitada (COGTAL), sobre la avenida Rivadavia 767. *El Cronista Comercial* aún no contaba con talleres propios. En COGTAL se realizaba la composición e impresión con el sistema tipográfico o "en caliente", dirigida por D'Apice, que estaba a cargo del cierre. La tecnología aún no se había revolucionado: seguía los patrones de las últimas décadas, con transmisiones a través de cable submarino, teletipos, composición en caliente y señales de radio precarias. La dinámica del diario se mantenía casi constante desde su fundación. Se distribuía exclusivamente entre los suscriptores a través del correo. Repetti tenía como ayudantes a los hermanos Brusco, que apenas detenida la rotativa etiquetaban los ejemplares y preparaban los paquetes para los envíos. La distribución para Capital Federal y Gran Buenos Aires se canalizaba a través del Correo Central. El diario aún mantenía la sección de Quiebras, a cargo de Francisco Diviesti y un grupo de colaboradores. Bancos y cooperativas de créditos dependían de esta información que surgía de

un puntilloso fichero con datos sobre la Bolsa y distintos mercados. El diario ya contaba con ocho páginas, pero los lunes aumentaba a diez debido a la inclusión de un sector de política internacional llamado "Panorama del Exterior", con información de las agencias que tenía contratadas el diario en el exterior: ANSA, DPA, IEB y France Press.

La muerte de la madre de Perrotta a mediados de 1963 despejó su camino —por lo menos en costos afectivos— para la ofensiva final contra Anzisi, aunque el proceso estaría más ligado a su constitución como referente de la elite que como mandamás exclusivo del diario puertas adentro. El gobierno provisional de José María Guido había llamado a elecciones para el 7 de julio, en las que la fórmula de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), integrada por Arturo Humberto Illia y Carlos Perette obtuvo apenas un 22 por ciento de los votos. Perón, tras la experiencia del apoyo a Frondizi, instó a votar en blanco. En ese momento, Guido —que lamentaba dejar inconclusa la tarea de ajuste brutal solicitada por el establishment— le ofreció a Illia realizar una serie de medidas económicas para que el débil gobierno radical no tuviera que ejecutarlas al asumir. La propuesta central era, otra vez, implementar una devaluación para preservar la rentabilidad del sector agroexportador a costa de la pérdida adquisitiva del salario. Illia no aceptó, pero Perrotta colaboró para lograr que el radicalismo le diera luz verde al plan. Había conectado a Luis María Otero Monsegur, presidente del Banco Central, con quien supuestamente sería su sucesor, Félix Gilberto Elizalde. Larriqueta confirmó esas gestiones de Perrotta y recordó que Illia luego hizo exactamente lo contrario a lo que le sugería Guido.

Ya en pleno gobierno de Illia, en 1964 *El Cronista Comercial* se mudó a Esmeralda 668. Perrotta había obtenido un préstamo del Banco Ciudad para comprar los

400 metros cuadrados de la planta baja, y estableció ese local como propio para la redacción del diario. Ese año, se terminaron las vacaciones de dos meses. Los cambios en el diario y el crecimiento de las relaciones que iba forjando Perrotta convirtieron su trabajo en un lobby permanente. Sin embargo, la familia Perrotta no dejaba de viajar, muchas veces invitada por los servicios diplomáticos de diversos países. A Perrotta le gustaba esa circulación por el poder. Es más, su familia sabía que le fascinaba. Cierta *glamour* para seducir, y para lo que se lo educó. De niño había tomado clases de baile y dominaba el tango, el fox-trot, la milonga, las rancheras. En esas ocasiones en que visitaba las embajadas, en los cócteles, mostraba sus dotes. Solía invitar a bailar a las esposas de los embajadores para iniciar un acercamiento más familiar con las oficinas políticas o comerciales extranjeras.

Entre 1964 y 1967, entonces, Perrotta estuvo íntegramente dedicado a la construcción de su propio personaje, más importante por el poder de lobby que ejercía su diario. La movida incluía numerosos viajes, sobre todo a Europa. Durante una visita a Italia, Perrotta decidió llegar a Sorrento, lugar de sus antepasados. Lo sorprendió —y se sintió importante— cuando en las paredes vio pintadas que decían: “Muera Giovanni XXIII, viva Giovanni Perrotta”. Giovanni XXIII era el papa Juan XXIII. Giovanni Perrotta era el capo comunista de la zona. Le pareció tan divertido que tomó fotos para el álbum familiar.

Seguramente esos viajes influyeron en la formación y el derrotero intelectual de Perrotta en los dorados y revolucionarios años sesenta. Se sabe, por ejemplo, que siempre había sido un gran lector. Por entonces leía en francés a Pierre Teilhard de Chardin, sacerdote, paleontólogo y filósofo, cuyas ideas reformulaban los conceptos evolucionistas extendiéndolos a la realidad espiritual, transfor-

mándolo en un evolucionismo teleológico. Esas lecturas le permitían tener siempre un vínculo fluido con su gran amigo, Jorge Mejía, quien desde el Vaticano lo recordó así: "Nos conocimos cuando ambos éramos muy jóvenes, con ocasión ante todo de su interés religioso (yo era un sacerdote que recién completaba sus estudios); teníamos algunos amigos comunes y nos comunicamos a causa de un viaje suyo y de otros jóvenes a España, al final de la Guerra Civil. Se apreciaba enseguida su excelente educación, su fino trato humano, su disposición para la amistad, su nobleza de carácter y su generosidad. Me escuchaba mucho y dialogaba conmigo sobre sus preocupaciones y eventuales dudas. Todo ello en el contexto de una sincera y profunda amistad". Mejía había realizado el doctorado en teología en la Universidad Santo Tomás de Aquino de Roma, que dependía del Vaticano, donde fue compañero de Karol Wojtyła, ungido papa Juan Pablo II en 1978. Era a su vez licenciado en Ciencias Bíblicas, egresado del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, y se destacó por sus estudios e investigaciones en Sagradas Escrituras y documentos históricos en Jerusalén. Pero, además del catolicismo, Perrotta y Mejía tenían otras coincidencias. Eran amantes de la música y solían encontrarse en el Teatro Colón, donde Perrotta era abonado. También compartieron un viaje por Egipto. Elena Bengolea se había dedicado a la arqueología, y le interesaba la rama bíblica. Visitó Tierra Santa junto al padre Mejía, y luego se encontraron con Perrotta en El Cairo. Además, desde 1955 Mejía era director de la revista católica *Criterio*, que se editaba desde 1928, cargo que mantuvo hasta 1977 cuando, amenazado de muerte, se exilió en Roma. Es seguro que Mejía influyó definitivamente en la visión humanista católica de Perrotta. Su amistad marcó sin duda la adscripción de Perrotta al auge de la doctrina social de la Iglesia de mediados de los años

sesenta. Eran tiempos del Concilio Vaticano II, impulsado por el papa Juan XXIII, durante los cuales se sucedieron cambios de gran importancia en la modernización de la Iglesia, que justificaban el derecho de los pobres a alzarse contra la violencia de la injusticia. El Concilio —que duró hasta 1965 a pesar de la temprana muerte de Juan XXIII, el 3 de junio de 1963, y su reemplazo por Paulo VI— encarnó una fuerte transformación tanto religiosa como social y política de la Iglesia, y sus repercusiones tuvieron especial eco en Latinoamérica, cuyos sacerdotes saltaron las barreras pastorales para ejercer el magisterio entre los pobres, imbuidos de algo más que la resignación cristiana. ¿La sensibilidad de Perrotta para con esa doctrina fue un trampolín secreto, tal vez, para su aceptación y comprensión de las luchas contra la injusticia social más tarde? No es posible saberlo: acaso intuirlo, por la marea revolucionaria de la época en la que la Iglesia del Concilio de Medellín cumplió un papel central en el proceso de luchas por la liberación nacional y social en América latina en los años sesenta.

Pero la aún magmática ideología liberal de Perrotta —en tránsito hacia otros destinos— no modificaba el comportamiento empresario del toma y daca y de tramoyas comerciales. El episodio marca por años la historia de la compra y venta del papel de diario en la Argentina, aún entrado el siglo XXI. Por entonces, el papel para diario que se producía en el país era de muy mala calidad, y *El Cronista Comercial* utilizaba papel importado de países nórdicos como Suecia o Noruega a través de la firma de Francisco Lera. En un momento dado, la empresa importadora le hizo una propuesta a Perrotta: les ofrecían un descuento a través de una comisión que rondaba el 10 por ciento de cada transacción, que sería depositado en un banco en Uruguay a nombre de los ac-

cionistas del diario, es decir, Perrotta, su madre y Anzisi. Perrotta aceptó, aunque por poco tiempo.

Luego de terminar la secundaria, en 1964 Rafael María comenzó a trabajar en el diario con su padre. Vendía suscripciones en los barrios de San Telmo y La Boca. El trabajo no era fácil, muchos pequeños empresarios no creían necesario suscribirse a los servicios de *El Cronista Comercial*. Sin embargo, por esos años el desarrollo de las comunicaciones obligaba a muchos comerciantes, en especial a aquellos cuyos negocios estaban vinculados a la exportación e importación, a contar con un servicio sobre la evolución de los precios internacionales, de las fluctuaciones monetarias, es decir, del tipo de datos que reunía y sintetizaba *El Cronista Comercial*. Éstos eranpreciados, y ocurría que algunos empresarios o comerciantes se hacían pasar por enviados de *El Cronista Comercial* para obtener información de otras empresas. Ante tal situación, el diario aclaró a sus lectores que no tenía colaboradores de ese tipo. La batalla comercial daba para todo tipo de zancadillas.

Al igual que lo sucedido con Frondizi, Perrotta no apoyaría abiertamente al gobierno de Illia. Riaboi recordó: “Básicamente, Perrotta nunca dejó de ser oficialista, excepto con los radicales”. Con los militares al acecho y la prensa decidida a hacerse un festín con algunas características personales de Illia, el gobierno pronto estuvo jaqueado por varios flancos. Eran los inicios de 1966, y diversos factores convergían hacia una nueva intervención militar: las Fuerzas Armadas continuaban siendo los árbitros malditos del rumbo político desde 1930 y con furia renovada desde 1955. El gobierno de Illia, jaqueado por la crisis de legitimidad, los planteos sindicales y las reacciones de las multinacionales vinculadas a la industria farmacéutica —especialmente a raíz de la ley de medicamentos, más conocida como ley Oñativa—, iba camino a un nuevo

golpe militar. Dentro del movimiento obrero comenzaba a profundizarse el enfrentamiento entre los que se llamarían colaboracionistas o participacionistas, los dialoguistas y aquellos sindicatos más combativos. Esta disputa dentro del sindicalismo peronista hacía más confusa la situación. El enfrentamiento entre Perón en el exilio de Madrid y el líder metalúrgico Augusto Timoteo Vandor llevaría a una primera ruptura dentro de las 62 Organizaciones Peronistas, quedando dividida en dos fracciones: "Leales a Perón", dirigida por Vandor, y "De pie junto a Perón", con Alonso, Lorenzo Pepe, Amado Olmos y gremios como AOT, SMATA, FOTIA, Federación del Caucho, Federación de Sanidad y Sindicato de Obreros Navales. El clima se hizo cada vez más tenso. A las rencillas sindicales se sumaron las de otros sectores, que seguían presionando al gobierno ante la crisis económica iniciada a fines de 1965. A principios de 1966 el gobierno había fijado un tope en los aumentos de salarios del 15 por ciento pero en abril modificó la Ley 11.729 para limitar los despidos. Esto lo acercó circunstancialmente a la CGT, pero lo enfrentó a los empresarios. Como casi toda la prensa, *El Cronista Comercial* colaboró con el desprestigio del gobierno de Illia, aunque su influencia en la opinión pública era mucho menor que la de los grandes diarios o revistas. Los militares habían comprendido la importancia de las campañas de acción psicológica para la preparación de un clima favorable a sus objetivos golpistas, y los diarios y revistas contribuyeron a instalarlo. Algunas publicaciones dieron detalles del futuro golpe de estado con increíble precisión. *Confirmado*, el nuevo emprendimiento de Timerman tras dejar *Primera Plana*, tuvo un rol destacado en esta campaña, de lo cual Timerman se arrepintió más tarde. Cuando ya el gobierno radical tambaleaba, en enero de 1966, *El Cronista Comercial* auspició un programa periodístico en el cual participa-

rían Bernardo Grinspun, secretario ejecutivo del Consejo Nacional de Desarrollo y director del Banco Central, y el ex ministro de Economía Alsogaray. Las autoridades de la Comisión Administradora de Radios y Canal 7 impidieron la difusión, y Riaboi, que para entonces ya era subdirector del diario, envió una nota al presidente de la SIP, Jack Howard, denunciando una restricción a la libertad de expresión. En la nota le pedían que "realice las gestiones pertinentes que permitan enderezar este desvío de la senda de la democracia y la libertad". Al igual que Timerman, atacaban al gobierno sin piedad forzando su caída, pero lo hacían en nombre de la libertad de prensa.

Perrotta conocía la fecha del golpe y tenía ciertas impresiones sobre el general Juan Carlos Onganía, que se perfilaba como el cabecilla de la fracción golpista. Carlos Floria, que por esos días había obtenido una beca para recorrer varias universidades en Estados Unidos, entre ellas las de Princeton y Yale, recibió los comentarios de Perrotta en una carta enviada el 9 de febrero. Por esos años, en los Estados Unidos comenzaba a tomar forma la llamada Teoría de la Simulación, una versión más sofisticada de la Teoría de los Juegos para análisis político, económico y militar, que servía como instrumento de análisis de valoración táctica y estratégica en distintos campos. En este tipo de investigación los participantes elegían jugar un rol determinado, describirlo y actuar de la forma en que este personaje lo hubiese hecho. Floria eligió el rol de un militar argentino, y basándose en la carta que recibió de Perrotta, describió al personaje tal como éste delineaba a Onganía. Perrotta le había manifestado su preocupación acerca del peronismo y del "peligro sindical" que podía significar la intervención militar, comentando que la posición de Onganía en torno de la relación con Estados Unidos era más que favorable y que el sistema político argentino estaba en

crisis. Floria también estaba al tanto de las posturas de *El Cronista Comercial* frente al rumbo económico de Illia, pero le respondió que según sus contactos con los economistas de Harvard que actuaban dentro del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), el gobierno radical aún tenía crédito en materia económica a pesar de su esquema precario y modesto. En la carta a Perrotta fechada el 24 de febrero de 1966, Floria respondió: "Desde el punto de vista norteamericano, es difícil predecir qué apoyo se daría a un cambio violento en la Argentina".

Lo cierto es que el juego de Perrotta estaba echado: ese verano del 66, por las páginas de *El Cronista Comercial* transitaban exponentes de la oposición a Illia que, con diversos argumentos, especialmente económicos, destruían los pocos cimientos que aún quedaban del gobierno radical. En su editorial del 1 de junio, *El Cronista Comercial* criticaba abiertamente la política económica, en especial la prórroga de la Ley de Emergencia Económica y la Ley 11.729. A continuación, publicaba un artículo de Aldo Ferrer, donde criticaba el "insuficiente financiamiento de la inversión pública, los vicios de la organización de varias empresas (públicas) y la lentitud en la preparación de los proyectos de inversión", señalando estos motivos como causas del deterioro de los servicios básicos como transporte y comunicaciones y la posición rezagada del país respecto de la infraestructura industrial. Al día siguiente publicaba un editorial titulado "El país necesita estadísticas", donde criticaba a la Dirección Nacional de Estadística y Censos. El diario acusaba al gobierno de negar los elementos necesarios para que la Dirección pudiera hacer su trabajo y lo instaba a buscar la confianza de los empresarios. Luego era el turno de Alsogaray, que retomaba las críticas del diario a la prórroga de la emergencia económica trazando una analogía con la implementación de

ésta y la del estado de sitio. Para Alsogaray, el estado de sitio sólo perjudicaba “a los elementos antisociales, a los terroristas, a los delincuentes políticos y a quienes se colocan al margen de la ley para atacar el orden constituido. Bajo estado de sitio el ciudadano corriente, respetuoso de la Constitución y de las leyes, no tiene mucho que temer y no ‘siente’, en realidad, que esté amenazada su libertad”. El estado de emergencia económica era menos soportable y cercenaba más libertades que el estado de sitio. Representaba así el pensamiento empresarial que no soportaba el control ni la dirección estatal en la economía. El 15 de junio *El Cronista Comercial* insistía con este título: “Qué hay detrás del reajuste del 15 por ciento”. Tal como lo venía haciendo, junto al editorial publicó la nota de un economista, esta vez de Coll Benegas, quien había pilotado el Ministerio de Economía los dos últimos meses de la presidencia de Frondizi. En su artículo, titulado “Cómo salir del estancamiento”, Coll Benegas criticaba la política oficial de inflación controlada, ya que esto afectaba la planificación empresarial, y sostenía la necesidad de terminar con la inflación a través del congelamiento de salarios, la reducción de los subsidios a empresas públicas y la modificación del sistema de créditos. En síntesis, la política económica de Illia no servía. En abril, sin embargo, el ministro Juan Carlos Pugliese declaró que no tenían proyectados cambios en los planes económicos. Illia resistía el pedido de ajuste liberal típico. Al establishment le quedaba el golpe militar directo. El ministro de Defensa Leopoldo Suárez negó los rumores de un quiebre constitucional, pero su gestación ya era un hecho. Illia estaba cercado. Por el lado de los empresarios, Gelbard, presidente de la CGE, le pedía al gobierno la anulación de la Ley 11.729, que había conseguido limitar los despidos, y obtuvo el apoyo de numerosos dirigentes empresarios, mientras que

los sindicatos amenazaron con una huelga si Illia accedía a esta demanda. Las internas sindicales estaban cada vez más crispadas, y estallaron con el asesinato del dirigente metalúrgico Rosendo García por parte de Vador, durante un tiroteo en la confitería La Real de Avellaneda, a raíz del cual murieron también Domingo Blajaquis y Juan José Salazar. Los rumores del golpe se extendieron. Illia llamó a defender la libertad y la Constitución, aseguró que el país podía resistir un golpe militar y acusó a las revistas *Primera Plana*, *Confirmado*, *Atlántida* e *Imagen* de incitar el alzamiento militar. Los militares, la CGT, las empresas periodísticas, los pequeños y medianos industriales y comerciantes, y las multinacionales dispararon fuego graneado contra Illia.

Perrotta, en tanto, conspiraba. Larriqueta recordó que se había implicado mucho en las negociaciones y conversaciones preparatorias del golpe. “Un día viene y nos dice: ‘Me voy a reunir con el que va a ser presidente de la República, el general Onganía, y mañana les cuento lo que va a pasar’. Al día siguiente viene. ‘Bueno, me reuní con Onganía, ya está todo preparado para reemplazar a Illia.’ Contó que como director del diario económico le preguntó cuáles iban a ser las líneas directrices de su política económica. Y Onganía contestó: ‘Voy a gobernar con las encíclicas’. Esto lo contaba Perrotta riéndose, porque en esa mesa de profesionales decir eso quería decir ‘no tengo la menor idea’. Esto era el futuro según Onganía, y ya sabíamos qué clase de personaje era.” La noche previa al golpe de estado, Perrotta había reunido al pequeño grupo con el que solía tomar algunas decisiones en los talleres de COGTAL. Estaban Riaboi, D’Apice, Larriqueta y Eduardo Videla Palacios. Larriqueta recordó: “Esa noche teníamos un cronista en la Casa de Gobierno, otro en Congreso y otro en Palermo. Hablábamos todo

el tiempo para ver qué pasaba. El problema del diario esa noche era si hacíamos un editorial saludando el golpe o defendiendo al gobierno de Illia. Y en función de los mensajes que recibíamos de los cronistas íbamos a decidir. Ya estaba D'Apice de secretario de Redacción, y Perrotta nos tenía que decir a último momento qué hacíamos. Como yo era el redactor más rápido, era el encargado de escribir el editorial en un sentido o en otro. Habíamos votado en la mesa de redacción cuál iba a ser la posición. Con Eduardo Videla Palacios, los partidarios de la defensa del gobierno constitucional habíamos perdido la votación 3 a 2. Habían votado en contra Perrotta, D'Apice y Riaboi, que eran los partidarios del golpe. Cuando finalmente se decidió que el golpe ganaba, me senté y fui haciendo el editorial en la línea que él quería y me sacaban párrafo por párrafo las hojas y se las llevaban para armar. Perrotta estaba al lado poniéndome las hojas. Me ponía una hoja, y cuando ponía punto y aparte me la sacaba y ponía la otra. A toda velocidad. Una vez que estaba compuesta fuimos a leer la hoja y a hacer las correcciones correspondientes". Por la tarde del 27, el ministro del Interior, Juan Palmero, había asegurado que Illia seguía en sus funciones. *El Cronista Comercial* informaba que Illia había dispuesto la remoción del teniente general Pistarini para asumir personalmente el cargo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, pero Perrotta ya estaba enterado por fuentes extraoficiales de los pormenores del inminente golpe.

La mañana del 28 de junio de 1966, *El Cronista Comercial* publicó: "Al cierre de nuestra edición, el país vivía horas críticas. La situación política y militar signaba un momento crucial en la vida argentina, mientras acontecimientos que se definen con las horas convertían a la Casa Rosada en el punto axial de la vida argentina". Este editorial hacía referencia a los cambios producidos en las Fuerzas

Armadas el día anterior. El general de división Carlos Augusto Caro había sido destituido como comandante del II Cuerpo del Ejército, el teniente general Pascual Pistarini desconocía la autoridad del secretario de Guerra, el general Eduardo Castro Sánchez, y los militares acuartelaron a las tropas y ocuparon radios para evitar cualquier transmisión gubernamental. Illia seguía en la Casa de Gobierno junto a su gabinete, sus colaboradores y diputados y senadores radicales. A las 5.10 irrumpieron en el despacho presidencial el general Julio Alsogaray, el jefe de la Casa Militar brigadier Rodolfo Pío Otero, y el coronel Luis Perlinger junto con un grupo de soldados. Tras una fuerte discusión de Illia, primero con el general Alsogaray y luego con Perlinger, finalmente el despacho presidencial fue desalojado. La última muestra de dignidad de Illia implicó no dejarse trasladar por los militares: tomó un taxi en la puerta de la Casa Rosada. Perrotta y su diario recibieron el golpe como "una etapa nueva en la ajetreada historia política de nuestra Argentina contemporánea". Habían encabezado la sedición el teniente general Pistarini, el almirante Benigno Varela y el brigadier mayor Adolfo Teodoro Álvarez, pero el hombre fuerte de las Fuerzas Armadas era el vencedor de la crisis entre azules y colorados, al frente de los primeros, el ex comandante en jefe del Ejército proveniente del arma de Caballería, general Onganía. El golpe ponía fin al período de democracia tutelada para iniciar un nuevo retorno hacia la represión y el liberalismo ortodoxo.

Los militares, en la voz de Onganía, plantearon que esta nueva etapa tenía "objetivos pero no plazos". A diferencia de los anteriores golpes de estado, la autodenominada Revolución Argentina no sólo desplazó a un gobierno constitucional, si bien con poca legitimidad, sino que a través del "Estatuto de la Revolución Argentina" destituyó a todas las autoridades nacionales, provinciales,

municipales y a la Corte Suprema, eliminó la división de poderes concentrando todas las facultades en el presidente de la Nación, que nombraría a los gobernadores provinciales y municipales, que a su vez harían lo propio a nivel provincial y local. La Junta de Comandantes nombró Presidente a Onganía sin fijarle un plazo determinado, y éste se rodeó tanto de liberales como de nacionalistas católicos. Su gabinete quedó conformado por: Jorge Néstor Salimei en Economía y Trabajo, Nicanor Costa Méndez en Relaciones Internacionales y Culto, Antonio Lanusse en Defensa, Dardo Pérez Guilhou en Educación, Enrique Martínez Paz en Interior, Roberto Petracca en Bienestar Social y Conrado Etchebarne en Justicia. Rapaport señaló: "El perfil ideológico del gobierno era bifronte: antiliberal en lo político y ortodoxamente liberal en lo económico". En su concepción, Onganía buscaba en primera instancia modernizar el país y promover el desarrollo industrial, lo cual consideraba que debía complementarse con una política represiva que evitara cualquier oposición. La dirección económica estaría claramente destinada a favorecer al gran empresariado nacional y a las multinacionales. Muchos gremios fueron intervenidos, entre ellos los ferroviarios y los portuarios, y comerciantes y pequeñas empresas se vieron afectados por esta política que la dictadura llamó modernizadora, pero que en verdad consistía en una extranjerización y reconcentración monopólica. Onganía planteó un esquema de tres tiempos, primero el económico, luego el social y finalmente el político, que llevaban como complemento necesario una profundización de la represión hacia los sindicatos, los partidos, las universidades, la cultura y la prensa, es decir, hacia todos los reductos de resistencia popular, orquestada especialmente desde el Consejo Nacional de Seguridad (CONASE) y la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE).

El Cronista Comercial realizó una extensa crónica de la asunción de Onganía, resaltando la expectativa que generaba el nuevo rumbo que tomaba el país. Sin embargo, el editorial del 29, al día siguiente del asalto al gobierno, trató sobre temas económicos. Fue el 30 cuando, en alusión al golpe, lo tituló: "La suprema responsabilidad". Sobre la situación previa al derrocamiento insistía en las deficiencias económicas. Luego afirmaba que "no se ha producido la mera caída de un gobierno, sino el desplazamiento de un sistema. Las Fuerzas Armadas han tomado la responsabilidad de hacer viables los postergados objetivos nacionales por vía revolucionaria; es decir, han dado su pronunciamiento propio sobre los medios para alcanzarlos". Para el diario, el golpe era una oportunidad para cristalizar sus críticas a las políticas económicas de Illia, así como la posibilidad de dar fin a la antinomia peronismo-antiperonismo que desde 1955 había imposibilitado la unidad nacional, idea que muchas veces repetía Perrotta como si fuera la esencia de un mal argentino. Era la visión liberal que portaba aquellos años, cruzados por el fundamentalismo anti-comunista de la Guerra Fría y atravesado por la crisis del capitalismo de posguerra.

Junio del 66 terminó con un ajuste interno: era el juego del estanciero en el que Perrotta iría por todo el poder en la empresa. Se reunió el directorio de SADEI, aún bajo la presidencia de Anzisi, quien planteó la necesidad de emitir más acciones, moción que fue secundada por Riaboi y aprobada por unanimidad. La reunión duró una hora, y Perrotta lograba con esto avanzar aun más sobre la sociedad. Había incorporado a Cánepa y a Riaboi al directorio. Poco después, el 10 de agosto, los socios mayoritarios de SADEI se reunieron en las oficinas de Esmeralda 668. Anzisi propuso elevar al capital autorizado de la sociedad y Riaboi consideró que se debía aumentar cinco

veces el capital permitido. No es importante dar las cifras en pesos de esos movimientos, pues los cambios de moneda a lo largo de los años tornarían imposible cualquier comparación. Lo importante es que la propuesta fue aceptada por la Asamblea General de Accionistas, convocada en forma extraordinaria para el 30 de agosto. Esto permitía la emisión de más acciones y, por ende, la posibilidad de Perrotta de aumentar su poder en la sociedad. Para ese entonces se habían sumado como accionistas Guillermo Gallo, un contador que fue durante varios años auditor de la Sociedad, y Ricardo Okita, el contador del diario. Sin embargo, era Perrotta quien controlaba la mayor cantidad de acciones y de capital dentro de la sociedad. El capital que tenía a nombre suyo en la empresa entre acciones Clase A y Clase B, duplicaba el de Anzisi y superaba el de Cánepa, y además, su mujer, Elena, contaba también con un porcentaje importante. Entre ambos controlaban, en síntesis, el 70 por ciento de la sociedad.

Como había sucedido con el gobierno de Guido, Perrotta estuvo en sintonía con el de Onganía. Se identificaba con la idea del orden pretoriano, porque lo necesitaba para crecer en sus negocios. Era, por entonces, un tipo de derecha. No le interesaba ni creía en la democracia, valor desconocido tanto en su práctica empresarial como en la política. Postulaba, al estilo mafioso, un gobierno de amigos; así había sido siempre la relación de la burguesía con el Estado: un toma y daca, en las sombras. Perrotta fue educado de esa forma. Así se manejaba la elite argentina. Él no era una excepción por entonces. Para Riaboi, Perrotta tenía la tendencia a mimetizarse con la gente del poder, no sólo para tener acceso, sino convencido de que la manera de tenerlo era simpatizar con sus líneas. Todo el grupo que rodeaba a Perrotta, y algunos amigos, provenían del nacionalismo católico: allí estaba su amigo Mariano Grondona,

colaborador del diario, que además le prestó letra al comunicado del golpe de estado que le tocó leer a un joven capitán llamado Ramón Camps.

Por lo tanto, los amigos de Perrotta conspiraban gustosos. Los editoriales que siguieron en los primeros días del gobierno de Onganía versaron sobre temas económicos específicos, como las políticas que según *El Cronista Comercial* debían implementarse con las empresas estatales —y en especial con Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) y la Empresa de Ferrocarriles Argentinos—, las nuevas políticas impositivas, el sistema jubilatorio, a la vez que registraba las alzas en la Bolsa producidas tras el derrocamiento de Illia, las expectativas en el mercado cambiario. Acompañaban la mayoría de los editoriales unas notas de Carlos Brignone sobre diversos aspectos económicos. Brignone tuvo su época de gloria al ser nombrado presidente del Banco Central desde agosto de 1971 hasta julio de 1972. Por otro lado, Perrotta justificó como “el uso de las facultades legislativas conferidas por el Estatuto de la Revolución Argentina” la sanción del Decreto 16.894 por el cual eran prohibidos los partidos políticos. No sin cierto decoro: se omitieron los comentarios.

Onganía había elegido a Salimei para pilotear el “tiempo económico”. Era un empresario de la industria alimentaria, de formación católica y no tan vinculado al liberalismo. Su nombramiento había sorprendido a todos los participantes del complot golpista, ya que esperaban la designación de alguien que representara fielmente a los sectores más liberales. Salimei tenía cuarenta años, provenía del Colegio La Salle y era uno de los fundadores de Sasetru, junto a Juan Ángel Seitun y Jorge Trucco Aguinaga. Sasetru fabricaba el 20 por ciento del aceite de lino del país y manejaba además otras empresas, ligadas tanto al agro como al sector financiero. El historiador tucumano

Roberto Di Pucci analizó que "Salimei arribó al poder apadrinado conjuntamente por el general Eduardo Señorans y por el 'capitán-ingeniero' Alsogaray. Señorans era conmitón suyo en los 'Cursillos de la Cristiandad', así como su empleado en Sasetru; y Salimei había sido discípulo de Alsogaray en los cursos del Instituto de Economía Social de Mercado, que pregonó el padre del liberalismo y furibundo crítico de la economía planificada y la participación del Estado, el austríaco Friedrich von Hayek. Un tercer padrino de Salimei era el coronel Juan Francisco Guevara, que comandaba la secta 'La Ciudad Católica', de corte integrista y fascista — matriz de la OAS francesa, la organización terrorista que se opuso a la liberación de Argelia y al fin del colonialismo — y en cuyas filas también revistaba Salimei". Onganía tuvo el apoyo de la Unión Industrial Argentina (UIA), vocera de las grandes empresas nacionales y trasnacionales. Muchos dirigentes de la UIA ocuparon cargos importantes dentro del esquema económico-militar. En un principio, también contó con el aval de la CGE. La Cámara Argentina de Comercio manifestó su apoyo al golpe militar en una solicitada en *El Cronista Comercial*. Lo mismo sucedía con los miembros de la Sociedad Rural. Durante la gestión de Onganía fue cuando más participación tuvo en los puestos de gobierno, contando con cinco ministros, trece secretarios, subsecretarios o ejecutivos de empresas nacionales y nueve directivos de bancos oficiales, entre otros. El 30 de julio, *El Cronista Comercial* dedicó su editorial a un saludo para la Sociedad Rural, que cumplía cien años de vida. Onganía planeaba quedarse en el poder sin plazos. En el plano económico, Salimei por un lado y la represión por el otro ponían un freno a los reclamos sindicales y políticos. El militar quería completar un proceso de industrialización basado en el capital extranjero, para lo cual necesitaba ahogar cualquier

rebelión popular. El 15 de julio de 1966 el gobierno de Estados Unidos reconoció a Onganía como Presidente y éste orientó a su vez su política exterior hacia un alineamiento con las líneas de la Doctrina de Seguridad Nacional, que se sustentaba bajo la hipótesis de que los enemigos no se encontraban fuera sino dentro de la nación, instaurando una guerra interna permanente.

La política económica de Salimei fue constantemente atacada por voceros de los sectores liberales como Alsogaray —que había sido nombrado embajador en Washington—, Alemann y Martínez de Hoz. A Perrotta tampoco le gustaba Salimei. Varias veces le escribió a Jorge Hugo Herrera Vegas, por entonces un joven diplomático destinado al consulado en Londres, donde estaba haciendo un curso de Finanzas y Relaciones Internacionales en la London School of Economics and Political Science. “Recibí dos cartas tuyas casi seguidas en las que el tema fundamental es tu ‘dislike’ (disgusto) hacia ese señor con nombre de embutido que dirige nuestra economía”, le respondió Herrera Vegas en una carta, fechada el 10 de octubre de 1966, donde además le enviaba información confidencial acerca de cuestiones vinculadas a la exportación de granos y le pedía indicaciones sobre futuras colaboraciones con el diario desde Londres.

Pocas voces se alzaron en contra de Onganía. Junto a la UCR, la única institución que se había pronunciado en contra del golpe fue la UBA, a través de un comunicado de su Consejo Superior. El viernes 29 de julio Onganía promulgó el Decreto-Ley 16.912 a través del cual se intervenían las universidades nacionales, se anulaba el gobierno tripartito de docentes, estudiantes y graduados y subordinaba las autoridades de las ocho altas casas de estudio al Ministerio de Educación, transformando a sus rectores y decanos en meros interventores. A su vez, convirtió este

Ministerio en una Secretaría dependiente del Ministerio del Interior. El decreto establecía un plazo de 48 horas para su acatamiento. El rector de la UBA, el ingeniero civil Hilario Fernández Long, llamó a una reunión del Consejo Superior, que rechazó el decreto. En Exactas, los estudiantes y docentes decidieron tomar el edificio. Lo mismo sucedió en Filosofía y Letras, Ingeniería y Arquitectura y Urbanismo. La represión no tardó en llegar: Onganía ni siquiera esperó el plazo de 48 horas que él mismo había dado. La noche del mismo 29 se inició la Operación Escarmiento, ideada por los generales Mario Adolfo Fonseca y Eduardo Señorans, el jefe de la Policía Federal y el titular de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), respectivamente. El operativo comenzó en las facultades de Filosofía y Letras, Ingeniería y Arquitectura y Urbanismo, en donde hubo alrededor de 130 detenidos. Pero fue en Exactas donde se desató la más violenta represión y se registraron la mayor cantidad de detenidos. La Operación Escarmiento pasó a la historia como "La noche de los bastones largos", e inició la más prolongada crisis de la investigación científica y tecnológica aplicada al desarrollo económico y, lo esencial, iniciaba el período de oscurantismo y violencia que obligó a cientos de jóvenes a buscar el camino de las armas para forzar el regreso de la libertad y la democracia.

Tal vez Perrotta percibió este peligro. Acaso lo temió, o tal vez su conciencia de buen burgués podía justificar la represión a los obreros, pero sentía como propia la represión a los estudiantes y científicos, a la gente bien pensante. *El Cronista Comercial* no le dio mucha importancia y apenas nombró los conflictos en la universidad en forma residual. Sin embargo, Perrotta les comentó a varios amigos que no estaba de acuerdo con la intervención universitaria. Pero estas críticas no lo alejaban de sus coincidencias bá-

sicas con la política económica —entre ellas el apoyo a la devaluación—, más allá de que no tenía la mejor impresión de Salimei, y no dejaba de editorializar o darle amplia cobertura a cuestiones relacionadas con este tema.

A Perrotta se lo había escuchado hacer un análisis del discurso de Onganía ante periodistas acreditados en la Casa Rosada, destacando que más allá de los anuncios técnicos, se vislumbraban en el mensaje “ciertas líneas de estructura del pensamiento presidencial. En este orden de ideas, el pensamiento presidencial aparece condicionado por una preocupación ética”. Resaltaba una frase de Onganía: “Las opciones políticas se reducen siempre, en último término, a una concepción moral”. Es decir, el diario sostenía que “los gobernantes deben aceptar el hecho de que no existe elección política que no contenga un elemento moral. Es lo que concilia persona humana y bien común. Y es lo que puede resolver de la mejor manera posible la relación más difícil de este tiempo: la de autoridad con la libertad”. Eso creía Perrotta, entonces. Salimei, sin embargo, duró poco en el gobierno: el 3 de enero de 1967 fue desplazado y dos días después asumía Adalbert Krieger Vasena. Con él, la UIA afianzó su presencia dentro del equipo económico. Krieger Vasena era nieto del dueño de los talleres Vasena, donde se había originado la protesta obrera que terminó en la masacre de la Semana Trágica en 1919, que *El Cronista Comercial* —en manos de Severino Perrotta— comentara en sus páginas criticando los perjuicios de la huelga para el comercio. El nuevo ministro había sido miembro de la Comisión de Estudios Económicos de la UIA y tenía fuertes vínculos con los organismos y empresas internacionales. Estaba relacionado además con el Atlantic Community Group for the Development of Latin América (ADELA), contaba con el apoyo del FMI y con excelentes relaciones con empresas norteamericanas.

Krieger Vasena le agradaba a Perrotta. Se consideraban amigos. Le envió una nota de felicitación, que el funcionario agradeció. Durante su gestión, *El Cronista Comercial* se plantó como uno de los voceros de su política económica. El ministro había lanzado un plan con un conjunto de medidas entre las cuales estaba una sobredevaluación compensada del peso, cuyo objetivo era terminar con la especulación en torno de futuras devaluaciones. El objetivo, en realidad, era atraer capitales extranjeros que encontrarían más conveniente producir en el país, y sobre todo girar divisas más baratas al exterior. Es decir, una fuga legal y garantizada de ganancias. El eje Onganía-Krieger Vasena sería el inicio de un nuevo plan de restauración conservadora y en cierta forma anticipó algunos lineamientos de los programas económicos del neoliberalismo de mediados de la década de los 70, basados en un tipo de cambio fijo, apertura a los capitales externos, política monetaria pasiva y disminución de aranceles a la importación. Dado que el programa demandaba un ingreso continuo de capitales externos, la tasa de interés estaba por encima de los niveles internacionales, lo que era muy atractivo para las inversiones de corto plazo y los préstamos al gobierno, pero no estimulaba el ingreso de capitales de riesgo.

En tanto, en *El Cronista Comercial* comenzaban a verse algunos cambios. Varias notas aparecían firmadas, aunque con seudónimos. Casi todos los ministros de Economía que hubo en el país, así como secretarios de comercio, ex cancilleres y otros altos funcionarios, escribieron en *El Cronista*, con o sin seudónimo, al igual que lo hicieron en *La Nación*, recuerda Riaboi. "Por ejemplo, en *El Cronista* escribió, al igual que en *La Nación*, un tipo que fue ministro de Finanzas de la Revolución Libertadora, que se llamaba René Bergés, y tenía el seudónimo de Ignoto Pastor. Y después Brignone, que fue presidente del Banco

Central y que también era escritor de cuentos, escribía con muchos seudónimos, como Julio Verde". Al diario se sumó la sección de información agraria a cargo de Carlos Grondona, y otra de humor gráfico en la contratapa coordinada por Luis Medrano. Era claro que Perrotta comenzaba a perfilar el diario hacia donde quería. El 11 de enero de 1967 recibió una carta de su amigo Kilgore, del *Wall Street Journal*. Le agradecía el saludo enviado para Navidad, le deseaba un buen año y le pedía que le avisara si él o algún miembro de *El Cronista Comercial* visitaban Nueva York. Para Perrotta, ese diario era un faro. Mientras profesionalizaba la redacción, Perrotta era reconocido por sus empleados sobre todo como "un buen tipo", capaz de gestos de una solidaridad conmovedora. Samek pensó que después del golpe militar y con el sindicato intervenido, Perrotta lo iba a echar. Todo lo contrario. Le dieron un suplemento que Samek desarrolló con éxito, y poco más tarde le ofreció ser coordinador general del diario. Era un trabajo complejo, ya que tenía que hacer de nexo entre la publicidad y la redacción, históricamente enfrentadas. Por un lado, los vendedores de publicidad se quejaban porque los periodistas no sacaban las "notas chivo" que les permitieran vender más publicidad. Los periodistas, en su mayoría, se negaban a tales prácticas. Lo logró, a la vez que su vínculo y su influencia sobre Perrotta crecieron.

Cuando aún no había expirado 1967, parecían claros los alineamientos de *El Cronista Comercial* respecto de la política económica. Pero no con la identidad ideológica de la llamada pomposamente "Revolución Argentina". Un texto inédito, fechado en mayo de 1967, que se conservó en los archivos personales de Perrotta, da cuenta de una reunión *off the record* entre Santiago Pita Romero, el periodista acreditado en Casa de Gobierno, junto con colegas

de otros medios y Onganía. El tema que lo desvelaba era "la prensa". Onganía dijo, entre otras cosas, que la suya era una "revolución consentida porque nadie se ha opuesto. Incluso los sectores políticos han colaborado para con el gobierno. Los presos... los políticos, no se oponen".

Los periodistas sabían que eso no era así. Se estaba no sólo lejos de la paz social, sino muy cerca del inicio de una violencia indetenible. Desde el día cero del gobierno militar se habían producido numerosos enfrentamientos con sectores políticos y sindicales. A poco de asumir clausuró la revista *Tía Vicenta*, que había participado de la campaña de desprestigio a Illia pero que seguía con sus burlas hacia Onganía al retratarlo como una morsa. La intervención en las universidades en "La noche de los bastones largos" del 28 de julio de 1966 proyectó a la resistencia estudiantil a las calles. En agosto de 1966 huelgas y enfrentamientos violentos se producían en Córdoba y en Buenos Aires, mientras que en septiembre una bomba había explotado en la casa de Alsogaray. El 12 de septiembre fue asesinado el estudiante Santiago Pampillón, tras ser herido en una manifestación, y el 28 el grupo nacionalista Cóndor, comandado por Alejandro Giovenco, Dardo Cabo y Cristina Verrier, secuestró un avión de Aerolíneas Argentinas para obligarlo a aterrizar en Malvinas, reclamando por la soberanía. Se habían sucedido varios conflictos con los trabajadores portuarios y con su máximo dirigente, Eustaquio Tolosa, así como huelgas ferroviarias, y la CGT cerró el año 66 con una huelga general. En enero de 1967 el dirigente textil Andrés Framini había desafiado al gobierno anticipando la resistencia callejera del peronismo. Hilda Natalia Guerrero de Molina fue asesinada por la Policía durante una manifestación de obreros del azúcar en Tucumán. Frondizi se manifestó en contra de la política económica militar, y la CGT lanzó en febrero su plan de

lucha, que motivó la ruptura de relaciones con el gobierno. En marzo Onganía había firmado la Ley de Defensa Nacional y en abril intervino la Unión Ferroviaria. Un mes después, estaba llevando preso a Illia por sus declaraciones contra el golpe militar. El tiempo “de desensillar hasta que aclare”, la consigna inicial lanzada por Perón desde su exilio en Madrid, llegaba a su fin.

Pero esa mañana de mayo de 1967, con los periodistas en Casa de Gobierno, Onganía continuaba asegurando que la Revolución Argentina apenas estaba comenzando. Y que había una certera libertad de prensa.

—Yo he invitado a los políticos y a los directores de diarios a que vengan a verme para dialogar... y no han venido a verme ninguno de unos ni de otros —se quejó Onganía.

—Señor Presidente, los diarios dialogan con el gobierno a través de sus páginas, pero no personalmente —señaló uno de los periodistas.

—Ése no es el significado de la palabra diálogo —respondió Onganía.

Para Pita Romero era claro el motivo de la reunión: Onganía había querido remarcarles cómo veía la relación de su gobierno con el periodismo. Es decir, marcar las reglas que deseaba imponer al periodismo sin declararlas públicamente. Pita Romero le dio su impresión a Perrotta: para él, Onganía estaba muy compenetrado en su función y tenía extrema confianza en todo lo que planteaba, sin ocultar sus propias dificultades ni las de los otros. Pero la libertad de prensa era una quimera. La dictadura no tardó en prohibir todo: desde la ópera *Bombarzo* de Alberto Ginastera, basada en el libro de Manuel Mujica Lainez, hasta el semanario *Prensa Confidencial*, dirigido por Jorge Vago, la revista nacionalista *Azul y Blanco*, dirigida por Marcelo Sánchez Sorondo. Y los cierres y allanamientos a imprentas legales y por supuesto clan-

destinas —que comenzaron a florecer como hongos— no se detuvieron.

El resultado de aquella reunión fue claro: Perrotta entendió que debía proteger a sus periodistas de la censura y del gobierno. Pero él lo haría como un empresario. En los cócteles, en sus negocios. Con sus contactos cuerpo a cuerpo. El 24 noviembre de 1967 dejó de compartir los editoriales con Anzisi: su padrastro había renunciado y Perrotta quedó ya como único director de *El Cronista Comercial*.

CUATRO

UN CRONISTA PARA EL PODER

El jueves 16 de junio de 1977 vencía el plazo establecido por los extorsionadores para pagar el rescate. A las 10, el falso inspector Arran llegó a la casa de Perrotta junto a otro policía que traía dos radios portátiles. Para las comunicaciones, Arran se identificaría como "Águila I" y el otro como "Águila II". Al cabo de una hora comenzaron el rastreo, pero no hubo ningún llamado. Mientras tanto, Santiago Perrotta fue al Departamento de Policía para informarles al comisario Mingorance y a los oficiales Lezcano y Zannini que el coronel Morelli quedaba a cargo de la investigación. Durante el resto del día no se produjeron novedades.

Recién a las ocho de la noche del viernes 17 Rafael recibió el llamado de Carlos en casa de su ex mujer: le dijo que debía buscar un nuevo mensaje en el restaurante El Ceibal, en Callao y Santa Fe. Rafael insistió en la imposibilidad de pagar el rescate de 200.000 dólares.

—El domingo a la noche nos vamos a contactar de nuevo. Y a partir del lunes le vamos a agregar 5.000 dólares por cada día de atraso en el pago —castigó Carlos.

Rafael llegó a El Ceibal: lo intimidó ver un coche Falcon blanco en la puerta.

—¿Qué pasa que todos quieren ir al baño hoy? —preguntó el mozo.

En el baño, en una página de Clarín, se leía: "Rafa: estoy bien. Cacho". Curiosamente, el mensaje estaba escrito sobre una convocatoria a un curso sobre hipertensión arterial convocado para esa tarde. Con el mensaje en la mano, Rafael llamó al inspector Arran. Éste le dijo que habían escuchado la conversación con Carlos y localizado el teléfono desde donde llamó, pero que no se lo habían pasado aún. El inspector Arran le propuso encontrarse fuera de la casa de Perrotta. Quedaron en verse al día siguiente en la casa de Rafael, en Paraguay 3433. Ese mismo día, la Superintendencia de Seguridad Federal recibió un mensaje con el título de "Reservado muy urgente". Era el parte N° 06283/3088 de la SIDE, redactado con mayúsculas y con el apellido de Perrotta mal escrito: "Se tiene conocimiento que en el día de ayer ha sido secuestrado el ex director de El Cronista Comercial, Sr. Rafael Perrota por una Bds (banda de delincuentes subversivos). Se pide un millón de dólares de rescate. Los familiares no han realizado ninguna denuncia presumiéndose que se iniciarán tratativas con los secuestradores".

En la mañana del sábado, Rafael recibió un mensaje de Arran, que le volvía a indicar que extendiera las conversaciones para poder rastrearlas. A las once llamó Carlos a la casa de su ex mujer. La línea no funcionaba bien, y tardaron en escucharse con claridad. Rafael le aseguró que tendría noticias sobre el pago el martes por la tarde, después de una reunión. Luego, le pidió un listado de los medicamentos que le estaban dando a Perrotta.

—Sabe qué pasa, Carlos, como yo no soy el único que está en este episodio sino que está mi madre, y está bastante nerviosa, yo le agradecería que usted tuviera la gentileza de permitirme chequear la lista de remedios, para corroborar que le estén dando los mismos remedios que él estaba tomando.

Carlos le dijo que al día siguiente recibirían una carta. El domingo 19 junio de 1977, sin embargo, no hubo ninguna comunicación.

“Por agradable y feliz coincidencia, nuestro Cumelén está situado a seis kilómetros de Villa La Angostura, lo que nos permitió tener el honor de estar durante la primera parte de nuestro veraneo con el Presidente y la señora de Onganía y de ser invitados a su casa en ‘tout petit comité’ (solos). También les permitió a ellos tener el gusto de comer un riquísimo *saumon fumée* pescado por uno de mis encantadores niñitos y que por feliz coincidencia había terminado de ahumarse”, le escribió Perrotta a su amigo Carlos Ortiz de Rozas, ya embajador en Viena, encantado con haber coincidido esas vacaciones nada menos que con el Presidente. Esta carta del 18 de febrero de 1968 muestra un Perrotta integrado sin fisuras con el establishment político y económico de la dictadura de Onganía. A fines de diciembre del 67 había viajado con su familia hacia Cumelén, donde pasaron Año Nuevo. Como siempre, recibía allí todos los datos acerca de la evolución del diario y la correspondencia, que le reenviaba su secretaria. Su trabajo en torno de las relaciones públicas nunca cesaba. En la misma carta, Perrotta se mostraba orgulloso de circular con sólo decir su nombre por el tablero de ajedrez del poder militar. “En estos meses de verano, aquí como en la China (Formosa) suele no pasar nada; o mejor dicho algunos incautos piensan que no pasa nada y se equivocan porque es precisamente gracias a los ‘resorts d’été’ y a los cortos períodos de descanso bonaerense, entre el llegar de un lago y el salir para otro que se tiene oportunidad de ver gente, afianzar relaciones y mantener el nivel de información siempre ‘on the top’ (al máximo)”.

Durante su estancia en Cumelén, Perrotta había arreglado, por ejemplo, una reunión con el canciller Costa Méndez, a quien llamaba “Canoro”, y que le permitía tener un mapa más acabado de la diplomacia del régimen. Ese verano Perrotta había triangulado sus vacaciones en los puntos en donde se concentraba el veraneo de los sectores más ricos de la Argentina: Villa La Angostura-Chapadmalal-Punta del Este. Hizo un salto a Buenos Aires, a mediados de enero, para presidir una asamblea de accionistas de SADEI. El objetivo era hacer un nuevo aumento del capital social de la empresa y la emisión de más acciones. Además de Perrotta, participaron varios accionistas, entre ellos D’Apice, el nuevo administrador del diario Adalberto Orecchia, el contador Okita, el subdirector Riaboi y su cuñada María Rosa Bengolea. “En estos viajes y en estos calores porteños encontré a mucha gente y he hablado bastante y escuchado más, para no perder la costumbre”, le confió a Ortiz de Rozas. Su método era escuchar, acumular la información, venderla, hacerla circular para obtener más información es decir, más poder. Y ése fue el núcleo de su existencia como hombre clave de una época, en el bando que eligiera revistar.

La relación con el gobierno de Onganía, por tanto, no sólo era fluida. Él *era parte* de ese poder. Allí estaban sus viejos y nuevos amigos: representantes del nacionalismo católico, cursillistas de todo tipo, anticomunistas cerriles y liberales ortodoxos. Perrotta también había participado a su manera de la fundación del Ateneo de la República, cuyos integrantes pregonaban, desde 1962 —como sostén doctrinario de los militares que asaltaban el poder—, estar “orientados por la moral cristiana, la tradición nacional y las virtudes republicanas”. Se proponían ser el laboratorio técnico e intelectual de las Fuerzas Armadas, para acompañarlas en la toma del poder. Allí estaban, entre otros,

Santiago de Estrada, Mario Amadeo, Costa Méndez, José María de Estrada, César Pico, Máximo Etchecopar, Mario Díaz Colodrero, Oscar Puiggrós, Guillermo Borda y Enrique Pearson. Dentro del gobierno, Perrotta tenía relación con su amigo Díaz Colodrero, que era el secretario de Gobierno, y con Costa Méndez. También con Rafael García Mata y Lorenzo Raggio, que ocuparon sucesivamente el cargo de secretario de Agricultura y Ganadería. Otros contactos tenían cargos diplomáticos. Roca, otrora participante activo de SADEL, era embajador ante la OEA. Mario Amadeo, aquel que había organizado las milicias civiles en 1955 para derrocar a Perón, fue nombrado como jefe de la embajada en Brasil. Su amigo Ortiz de Rozas era el representante en Viena. A los diplomáticos y amigos en el exterior les enviaba *El Cronista Comercial*, que ellos agradecían en cada carta, pues les permitía tener noticias frescas de la Argentina. Desde Viena, Ortiz de Rozas le escribió: "No soy afecto a halagar oídos, por más amigos que ellos sean. Pero en verdad *El Cronista Comercial* está mejor cada día que pasa. Los artículos sobre los asuntos económicos de actualidad son excelentes; los resúmenes políticos, buenísimos; y los análisis de las aspectos más trascendentales para el país, de todo tipo, una inmejorable fuente de información, seria y objetiva. Estamos encantados de recibirlo y más que agradecidos por tu generosidad. Además, me llega con una extraordinaria puntualidad. A veces 36 horas después de su publicación. Te advierto que aquí los lee todo el mundo. Por ser el destinatario y quien gana más sueldo, primero me toca leerlos a mí. Luego los paso a los funcionarios (que si me demoro apenas un día en traérselos me los reclaman airados) y después, al personal argentino de la embajada. Finalmente, se los coloca en la sala especial de la Sección Consular a disposición de los austríacos que quieren consultar la situa-

ción económica nacional y de los compatriotas que están de paso por Viena. En síntesis, se les extrae hasta la última gota de provecho”.

La correspondencia con Ortiz de Rozas es intensa por entonces. Y revela el entrelazamiento de los vínculos de Perrotta con el establishment político, militar y económico de la dictadura. Entre sus amigos militares, se destacaba la familiaridad con el general Alcides “el Pibe” López Aufranc, comandante del III Cuerpo de Ejército, con Francisco Imaz y José Eugenio Blanco, interventor de la provincia de Mendoza. Los brigadieres generales que más frecuentaba eran Eduardo McLoughlin y Ezequiel Martínez. Había “amigos” entre militares de rango medio como el presidente de Líneas Marítimas Argentinas (ELMA), el capitán de navío (retirado) Guillermo Jorge Rawson, y el brigadier Ernesto Axel Niethardt, director general de Circulación Aérea y Aeródromos. Estas conexiones de Perrotta quedaron descriptas en una carta que le envió Ortiz de Rozas desde Viena a fines de diciembre 1967: “En la lista de ascensos de las FF.AA. he advertido, con gran placer, que tus amigos castrenses ocupan las más altas jerarquías. Recuerdo a los que conocí en tu casa hace justo un año. Si mi memoria no me falla me parece que dos o tres de los comensales son hoy flamantes generales. Es decir que, sin perjuicio de tus dotes personales y el ascendiente que en virtud de ellos ejerces, en razón de tus amistades eres también lo que en época del conservadurismo argentino se llamaba ‘un hombre de influencia’. Después de los ensayos y libros sobre temas sociales y políticos que nos han propinado con entusiasmo los norteamericanos y que con más entusiasmo aún han asimilado nuestros ensayistas y escritores, se ha dejado de lado aquella denominación tan simpática para sustituirla por la de ‘sectores de poder’ o ‘grupos de presión’. Así pues, mi afición por lo

tradicional debe resignarse y *mutatis mutandi*, debo manifestarte que sin duda integras esos núcleos tan poderosos”.

Perrotta tenía acceso a la intrincada lucha de poder que desplegaba dentro del gobierno militar. Estaba preocupado por la situación respecto del ambiente en Buenos Aires. El 5 de marzo de 1968, Onganía reunió a oficiales de las FF.AA. y a funcionarios de su gobierno en la residencia presidencial de Olivos. Allí formuló un examen crítico de lo realizado hasta el momento y pidió que se profundizara la Revolución Argentina. Así pasó revista a la oposición peronista, el inicio de la guerrilla de Taco Ralo en Tucumán y a la creciente ola de resistencia popular a la dictadura. Puertas adentro, la crisis en el Ministerio de Defensa, con la salida de Antonio Lanusse y el ingreso del ingeniero —ex integrante de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial— Emilio Federico van Peborgh, otro amigo de Perrotta, para quien el discurso de Onganía había complicado la situación. Sabía que le atribuían la autoría del discurso a Roberto Roth, por entonces secretario legal y técnico de Onganía, a quien Perrotta describía como “el Frigerio sin negocios de este régimen”. En abril del 68, le escribió a Ortiz de Rozas: “Este discurso no hizo sino confirmar lo que en esos mismos círculos se temía, sobre la fuerte influencia de lo que se ha dado en llamar sectores negativos, sobre el Presidente”. Los sectores negativos eran aquellos que los militares que habían acompañado a Onganía en el golpe del 28 de junio querían desplazar del gobierno, entre los que se contaban el ministro del Interior, Guillermo Borda; el ministro de Bienestar Social, Julio Álvarez; el secretario de la Presidencia, Héctor Repetto; el secretario de Prensa y Turismo, Federico Frischknecht; el secretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, y el jefe de la SIDE, Señorans. En caso de que no se produjeran estos desplazamientos,

Perrotta pensaba que “el poder presidencial deberá endurecerse para actuar en oposición al sentir de una parte de las fuerzas”. Ortiz de Rozas pensaba que no había que tener tanta prisa con los recambios en las funciones públicas, una práctica que para él impedía el asentamiento en los cargos para una mayor capacidad y coordinación en la acción de gobierno. Según le comentaron sus contactos en las altas jerarquías castrenses, Perrotta sabía que el discurso de Onganía había sido recibido como la posibilidad de apartarse de los objetivos impuestos por los militares que lo secundaron al derrocar a Illia, que eran la supuesta “modernización” del país para restablecer el orden democrático en el plazo más breve posible. “Lo que trato de explicarte —le dijo a Ortiz de Rozas— es que tal institución está absolutamente decidida a no fracasar en su propósito, y no está dispuesta a no ser escuchada por más tiempo en lo que hace a la eliminación de los funcionarios que se consideren obstáculos para lograr los objetivos propuestos. Creo que nuestro amigo Canoro (el canciller Costa Méndez) puede todavía tener éxito en lograr cambiar la voluntad presidencial y decidirlo a desprenderse por propia iniciativa de los hombres obstáculo.” Perrotta criticaba a su vez la postura de uno de sus amigos, Díaz Colodrero, “que como político podría hacer algo por la consolidación del Presidente, (pero) sigue creyendo en el nacionalismo del Ejército y en lo que le dicen un par de amigos que tiene en las altas jerarquías militares, perfectamente individualizados por los altos mandos, y que no son representativos del sentir de la institución”. A través de la correspondencia, Perrotta conspiraba, y era consciente de los riesgos. “Por razones obvias, te agradeceré que si conversas sobre el contenido de la carta con alguno de tus colegas, omitas mencionar su procedencia”, le pidió a Ortiz de Rozas.

El recambio dentro del régimen en verdad tenía su motor en la imposibilidad de mantener bajo siete llaves la crisis política y económica. Dentro del sindicalismo había fuertes disidencias entre los diversos sectores más cercanos al gobierno y los más combativos. El “dialoguismo” de Vandor producía cada vez más rechazo en corrientes internas dentro de la CGT. La ruptura estaba cerca. Se convocó al Congreso Normalizador Amado Olmos. El sector vandorista no pudo evitar que participaran los sindicatos más combativos y numerosos, aun aquellos que estaban intervenidos. El Congreso se realizó entre el 28 y el 30 de marzo, y la ruptura quedó cristalizada: por un lado surgió la CGT de los Argentinos (CGTA), encabezada por el dirigente gráfico Raimundo Ongaro; por el otro, la CGT Azopardo, dominada por el vandorismo. Ongaro y Perrotta se conocían: el dirigente gráfico trabajaba en COGTAL cuando comenzaron a imprimir allí *El Cronista Comercial*. Perrotta también veía cierta impaciencia en el país por la política económica. Pensaba que Krieger Vasena tenía poca disposición a escuchar consejos, sumado a ciertos rasgos personalistas, y que algunos de sus colaboradores poseían poca categoría para el lugar esencial que ocupaban en la conducción económica. Sin embargo, Perrotta mantuvo su confianza en el gobierno de Onganía, y acompañó desde el diario la política económica. La misión del Banco Mundial arribada al país a principios de febrero, y que en marzo anunció la concesión de un crédito de 70 millones de dólares para el proyecto hidroeléctrico de El Chocón-Cerros Colorados, era para Perrotta un fuerte aliento al rumbo de la economía y le daba un respiro en las discusiones internas entre las fracciones militares. “Es, para muchos (masa popular más FF.AA.) un símbolo de nuestra capacidad de realización, de nuestra definitiva derrota a la frustración. Por eso es que el anuncio de marras le ha ser-

vido a nuestra conducción económica para ponerse firme frente al sector nacionalista de este auténtico gobierno de coalición del que disfrutamos.” Era la posición que imprimía en *El Cronista Comercial*.

El 26 de marzo de 1968 Perrotta llamó a su amigo Roca, que seguía como embajador ante la OEA. Ambos habían compartido la adhesión al golpe encabezado por Onganía. Le manifestó su preocupación por las internas militares. Sin embargo, a Roca le preocupaba también otro asunto: dentro de la Cancillería diversos rumores auguraban su renuncia al cargo para volver a la actividad privada como abogado en el Estudio Moltedo, fundado en 1925 por el doctor Rodolfo Moltedo, que trabajaba especialmente con grandes empresas nacionales y extranjeras. Roca confirmó la existencia de los trascendidos en sus charlas con Costa Méndez. Tenía pensado terminar las tareas pendientes en Washington y renunciar, pero desistió para no perjudicar al Canciller en su disputa interna. “Acepté la designación porque era un lugar que sabía sería de trabajo y, sobre todo en los primeros meses, de mucha incertidumbre acerca de cómo sería recibido nuestro no democrático país”, le escribió a Perrotta. A pesar de la vinculación con Costa Méndez, Roca sentía el boicot de la línea ministerial. Perrotta no le daba tanta importancia a las internas en la Cancillería: “Creo que hay que tomarlas y valorarlas por lo que son; avatares de la vida burocrática, con toda su carga de celo profesional, pequeñez, e incomunicación o errores de interpretación, más bien en la comunicación. No debes dar por el pito más de lo que el pito vale... De una cosa estoy seguro y es que tu amistad con Canoro y con otros amigos tuyos de la Cancillería y de fuera de ella ha de salir fortalecida tu experiencia diplomática. Tu labor como Embajador deja un saldo más que positivo para nuestro país, y eso es lo más importante”. Como solía hacer con sus conocidos

que vivían o viajaban al exterior, le hizo un pedido especial: que le comprara en Estados Unidos un juego de diez palos de golf, que detalló exhaustivamente en marca y modelo: "1 juego de 4 maderas (1, 3, 4, 5 marca Mac Gregor Tourney medium Flex, swing wage D2; 1 putter también Mac Gregor Acushnet; 1 juego de fierros marca Spalding Executive, compuesto de hierros 2-3-4-5-6-7-8-9, pitching wadge y sand iron". También le recomendó la compra en la casa Sharrow de Nueva York. Como Roca tardó en hacerlo, el cheque enviado por Perrotta para el pago se venció. Roca le prometió que los palos llegarían por intermedio de un militar. Y cumplió.

En abril fue designado Rodolfo Martelli al frente del Banco Industrial. Era vicepresidente de Ducilo SA, la filial argentina de E.I. du Pont de Nemours, una gigantesca empresa química ligada a uno de los mayores monopolios mineros del mundo como era The National Lead Corporation. "La industria química argentina está ahora en un proceso de concentración acelerada, de manera que poseer el control del Banco Industrial, es tener también la llave maestra del proceso de concentración", denunció el semanario CGT, el órgano de difusión de la CGTA dirigido por Rodolfo Walsh, que realizó una serie de notas acerca del acceso al gobierno de representantes de grandes transnacionales, cuya investigación a cargo del periodista Rogelio García Lupo dio como resultado un libro imprescindible: *Mercenarios y monopolios*. Perrotta era la cabeza de ratón de esa movida: acaso un verdadero cronista del poder cuya ilusión al contar la Historia era sentirse parte de ese poder. Era un juego de espejos donde Perrotta, aunque no lo sabía entonces, quedaría atrapado. Porque hablar sobre el poder no era, ni sería nunca, igual a tenerlo.

La relación de la dictadura con la prensa, al promediar 1968, era obviamente tormentosa. La censura se multiplicó

incluso contra publicaciones que habían participado en la campaña contra Illia o que eran de tendencia nacionalista más que de izquierda. Como se dijo, Onganía había clausurado el semanario *Tía Vicenta* y cancelado el permiso de venta del uruguayo *Marcha*. Luego, cerró la revista *El Cívico* de Jorge Vago, que se sumaba a las anteriores de *Azul y Blanco*, de Marcelo Sánchez Sorondo, *Prensa Confidencial* y *Prensa Libre*. La Corte Suprema había levantado la censura sobre varias, pero la costumbre de silenciar no se detuvo. En agosto de 1968, Perrotta no daba señales de que debiera enfrentarse a esta situación. Se encontraba instalado en su papel de acomodado cronista de la burocracia dictatorial y de sus amigos del establishment económico. En septiembre, Ortiz de Rozas lo convocó para que usara ese poder en su auxilio. Hasta ese momento, el país no tenía un edificio para utilizar como embajada en Austria. La delegación diplomática vivía en un hotel y atendía las relaciones con las demás representaciones en restaurantes. Ortiz de Rozas había logrado conseguir una casa para que fungiera de embajada, pero necesitaba fondos para amueblarla y no llegaban. "Como calzas vara alta en nuestra Cancillería y en los círculos áulicos del Superior Gobierno, te estaría muy agradecido si utilizaras tus múltiples recursos para darle impulso final a esta *demarche*. Tal vez una gestión o un susurro al oído de Krieger o (el secretario de Hacienda César) Bunge, ambos buenos amigos míos, serviría para que me junte a la brevedad con los \$\$. "

Un recambio central en el mundo de la diplomacia, en agosto del 68, benefició a Perrotta. Su amigo Roca reemplazó a Alsogaray como embajador en los Estados Unidos, mientras desembarcaba en el país el nuevo embajador extraordinario y plenipotenciario, Carter Lane Burgess, en reemplazo de Edwin Martin. Burgess era no sólo un militar, coronel de la Segunda Guerra Mundial; había sido

presidente de la línea aérea Trans World Airlines (TWA) y de la fábrica American Machine and Foundry Company, entre otros cargos vinculados al Pentágono. Llegaba a la Argentina en momentos de un imbricamiento entre el poder dictatorial y las corporaciones extranjeras, en especial norteamericanas. Era un importante representante de las grandes corporaciones estadounidenses. A pesar de que cuando llegó a la Argentina, Burgess no hablaba español, Perrotta logró una relación permanente con él. Por lo menos, el embajador no dudó en recomendarlo a importantes hombres de negocios en el viaje que Perrotta realizó a los Estados Unidos a principios de octubre del 68. En 1967 había fallecido su amigo Kilgore, director del *Wall Street Journal*, y Perrotta quería retomar la relación con ese diario. Burgess hizo los contactos necesarios. Le envió una carta a Harold Boeschstein, presidente de la Owens Corning Fiberglass Corporation, un gigante de la industria del plástico. En ella, Burgess aseguraba que *El Cronista Comercial* era el *Wall Street Journal* de la Argentina, y le pedía a Boeschstein que lo ayudara en el contacto con los nuevos directores del diario neoyorquino. Burgess le escribió a Boeschstein: "El Dr. Perrotta es un excepcional líder de esta gran nación y es un verdadero creyente en la libre empresa, en tu misma línea de pensamiento. Espero que te unas pronto a su legión de empresarios amigos. Argentina está haciendo un gran progreso y mucho del estímulo viene del Doctor". ¿Era obvio que "el gran progreso de la Argentina" era alejarse cada vez más del estado de bienestar peronista e ingresar a la etapa de la "libertad del mercado", como deidad anticipatoria de neoliberalismo cerril hacia donde se encaminaban las dictaduras latinoamericanas? No era evidente todavía pero sí claro que la etapa de exportación de capitales del imperio de la posguerra necesitaba de un estado permisivo con la

radicación del capital extranjero y el giro de sus ganancias a las casas matrices, además de establecer monopolios por áreas de la producción industrial. Más adelante, Burgess le anticipaba a Boeschenstein que Perrotta tenía previsto viajar también a Washington, y le pedía que lo contactara con Rod Markley de Ford. "En vista de los intereses de Ford en Argentina estoy seguro que Rod va a querer saber de la presencia del Dr. Perrotta en Washington."

El recambio en las cúpulas militares —ascendieron el general Alejandro Lanusse, el almirante Pedro Gnavi y el brigadier Jorge Martínez Zubiría— dio cuenta del encrepamiento de la situación política cuando expiraba el 68. El pase a la oposición callejera, pacífica y violenta, de vastos sectores de la clase obrera y el estudiantado, anticipó un 1969 crítico para el régimen. Lanusse era el oficial del Ejército con más prestigio, y era considerado el cuadro más político de esa elite de militares vinculados a familias patricias. A pesar de ser un antiperonista cerril, Lanusse entendía que, tal vez, debía negociarse con el peronismo. Preso en 1951 en el intento de golpe de estado contra Perón, luego se había plegado a los golpistas del 55; y algo más, era uno de los pocos que había participado de las tratativas con el papa Pío XII en 1956 cuando Aramburu decidió hacer desaparecer el cadáver de Eva Perón en una tumba de Milán.

En esa realidad, cambiante, plena de conspiraciones y crispada social y políticamente, la estrella de Perrotta estaba en ascenso pero también se centraba en que la fiesta de los 60 años de *El Cronista Comercial* —el 1 de noviembre de 1968— lo encontrara en pleno proceso de reorganización del diario. Quería, deseaba, que alguna vez pudiera sacarlo a la calle. Mientras tanto, a medida que aumentaba a paso firme las suscripciones, haría los cambios necesarios para modernizarlo tanto en la forma como en el con-

tenido. Compró un edificio en la calle Alsina 547, en un remate. Una oportunidad única, aunque, para la estructura de *El Cronista Comercial*, era inmenso. Apenas trabajaban allí setenta personas. El edificio tenía seis pisos: en el primero funcionaba la publicidad; en el segundo, la administración. La redacción estaba en el tercero y en el cuarto el subdirector, pero luego fue ocupado por la sección de Suplementos. El quinto piso se destinaba a la oficina de Perrotta: un escritorio, unas mesitas para reuniones, una mampara, un pequeño diván y un baño personal. Su secretaria Clelia Pan permanecía afuera. Los almuerzos en el comedor del sexto piso serían memorables. Por él pasaron políticos, militares y empresarios, los mayores referentes políticos y económicos de esos años. Perrotta había contratado un chofer, don Irmay Castro, que tenía devoción de secretario fiel. Además, el comedor contaba con un mozo apto para todo servicio y una pareja de porteros custodiaba la recepción. El diario ya encaraba los temas con mayor profundidad política. Poco a poco comenzaban a sumarse periodistas con una prosa más destacada, como Luis Garasino, Roberto Fernández Taboada, Miguel Pi de la Serra, Horacio Finoli, Julio Scaramella —que tenía importantes contactos en la UIA—, José “Pepe” Treviño, Carmen Rivarola, Jorge Morales, Amílcar Fidanza, Fernando Mas, entre otros. Igualmente, no era una redacción desmesurada. La familia Rivarola no pasará inadvertida en esos años. Militantes socialistas, Carmen y Pepe Treviño, habrían influido en Perrotta para que comprendiera que la ideología socialista, justiciera y humanista, se parecía mucho al primer cristianismo. Pero sobre todo, que el socialismo tenía bastante de liberal y poco o casi nada de peronista. Era un lenguaje que Perrotta lograba entender y aceptar como propio.

Lo cierto es que Perrotta aparentaba tener ya dos vidas:

una, que lo introducía lentamente en ciertas ideas revolucionarias, ajenas a su clase social, pero que lo seducía con los antiguos sentimientos que conservaba —de piedad y solidaridad con los desposeídos— desde los tiempos de su militancia católica. No es posible definir en qué momento exacto comenzó a frecuentar a su amigo Carlos Mugica; sin embargo, entre la politización creciente de la redacción de su diario y la amistad con uno de los hombres que más influyó para la creación del movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, Perrotta inicia muy lentamente un viraje en sus convicciones.

Mientras esto ocurría, transitaba su otra vida, la pública, como un hijo exitoso del régimen. En ocasión del cumpleaños del diario le llovieron felicitaciones de Onganía, de Krieger Vasena, que él agradeció rápidamente, y que describen sin eufemismos su apoyo al economista preferido del establishment. "Le agradezco a Ud. muy particularmente sus expresiones de adhesión y los elogiosos conceptos expresados en su nota de salutación, que interpreto muy especialmente dada la coincidencia de los objetivos defendidos por esta publicación y la tarea de transformación de la economía nacional en la que se halla Ud. empeñado con tanto coraje y patriotismo." El canciller Costa Méndez se adhirió a las felicitaciones, así como su amigo Roca, que había participado en la organización del diario. Entre los encumbrados funcionarios del gobierno, también envió sus felicitaciones Elvio Baldinelli, secretario de Comercio Exterior, con quien Perrotta tenía una estrecha relación. "Los valores del periodismo especializado en un renglón de tan vital importancia para la vida nacional ejercido con la altura y honestidad con que ese diario lo hace constituyen un leal servicio al país." Perrotta mandó publicarlo en la página dos del diario. También se sumaron al coro de los homenajes el secretario de Industria

y Comercio, Raúl Peyceré; de Agricultura, Rafael García Mata; de Energía y Combustibles, ingeniero Luis María Gotelli; de Hacienda, César Bunge (uno de los titulares de Bunge & Born), y el presidente del Banco Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, Saturnino Llorente. La cata-rata de saludos no llegó sólo de parte del gobierno: todas las entidades patronales estuvieron presentes, entre ellas la Cámara Argentina de Comercio (CAC), presidida por Jorge Oría; la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, enca-bezada por Federico Peña. También el dueño de Bunge y Born, Jorge Born; los diplomáticos Jean de Guébriant, consejero de prensa de la embajada de Francia; Gustavo Medeiros Querejazu, embajador de Bolivia, y Ricardo Zorraquín Becú, embajador argentino en Perú. Las au-toridades de ADEPA, Juan Valmaggia y Antonio Maciel, le enviaron una carta de felicitación por el aniversario y por las modificaciones y la ampliación de contenidos del diario. Rizzuto, otro de los fundadores de ADEPA y di-rector de la revista *Veritas*, se unió al coro de entusiastas, junto al director Louis Uchitelle, de la influyente Asso-ciated Press.

Un mundo donde Perrotta se movía como pez en el agua era el de la diplomacia. Había cultivado una relación especial con el embajador Paolo Tallarigo, con quien se en-tendía en italiano, y le oficiaba de facilitador de nexos con los funcionarios de la dictadura. Eso ocurrió, por ejemplo, en noviembre del 68, durante la inauguración de la Expo-sición Industrial Italiana, cuando vinculó a Baldinelli y a Mario Veltrone, entonces representante del comercio ex-terior italiano. Perrotta parecía un cortesano experimen-tado: los embajadores de Francia y Sudáfrica le estaban muy agradecidos por diversas gestiones, y con el emba-jador estadounidense Burgess privilegiaba la relación al punto de guardar copia de la carta que Perrotta le enviara

en diciembre del 68 por la hazaña del Apolo VIII, el primer vuelo espacial que logró ver la cara oculta de la Luna.

A pesar de sentirse en peligro por las internas en la cúpula del régimen entre funcionarios civiles y militares, Perrotta extendió sus buenos oficios para mediar entre ellos. En el sexto piso de *El Cronista Comercial* invitó a almorzar a Díaz Colodrero, Jorge Alberto Mazzinghi, Peltzer, Eduardo Miguel y Ángel Centeno, un médico dirigente que condujo la ACA entre 1954 y 1958, los años más duros de la oposición al peronismo y de la conspiración para derrocarlo. Centeno había trabajado durante el gobierno de Frondizi en imbricar las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica, y se lo consideraba —junto a Santiago de Estrada— el hacedor del acuerdo por el cual el Estado argentino dejaba la pretensión de incidir en la designación de obispos sólo a cambio de que la Iglesia hiciera una prenotificación oficiosa de la designación. La gestión, que había avanzado durante el gobierno de Illia gracias al trabajo del canciller Miguel Ángel Zavala Ortiz, tal vez en pago por los servicios prestados en el golpe contra Perón, se concretó finalmente con Onganía y las intervenciones de Costa Méndez. Al igual que Mazzinghi, su amigo “Quique” Peltzer trabajaba en la Cancillería como director de Planeamiento. Díaz Colodrero, Peltzer y Centeno pertenecían al Ateneo de la República. En esa comida se zanjaron algunas diferencias que Colodrero tenía con Perrotta sobre el curso del gobierno, plasmadas en columnas de opinión en el diario: “Resultó agradable como en los ‘good old times’”, le escribió más tarde Perrotta a Roca. La frase revela su orgullo por desplegar cierta sofisticación e ilusión de ser un protagonista del poder en tiempos del onganiato.

El verano del 69 Perrotta lo pasó entre Buenos Aires y Cumelén. Cada vez que volvía a la ciudad, se repetían sus almuerzos en el diario. La correspondencia de en-

tonces, que en él se parecía casi a un diario personal, revela el apoyo a su amigo Krieger Vasena —que prometía una era de prosperidad— mientras Onganía, en medio de una ola de protestas obreras y estudiantiles crecientes, repetía que faltaba mucho “para el tiempo político”. Perrotta no estuvo ausente, en marzo, a la despedida que Costa Méndez le organizó a Burgess, y en la que tampoco faltaron los ex embajadores en los Estados Unidos. Alemann y Alsogaray. Perrotta creía que esa fiesta y esos invitados demostraban —según le escribió a Roca— que “la Argentina era un país grande y civilizado”. Y agregó: “Es una lástima que se vaya (Burgess) porque es un buen amigo de la Argentina”. Por supuesto, festejó sin nostalgia la llegada del embajador John Davis Lodge y mantuvo con él y con el encargado de negocios de la embajada, Leonard Saccio, un vínculo más intenso que con Burgess. Esto se vio reflejado en la línea editorial de *El Cronista Comercial*, especialmente al iniciarse el otoño del 69, cuando Perrotta apuró los cambios en la diagramación del diario y en su difusión, aunque aún seguía vendiéndose por suscripción. Para eso decidió contratar a Gowland Publicidad, creada en 1958 por Pablo Gowland, y donde en 1964, gracias a la iniciativa del publicista David Ratto, se destacaban por utilizar equipos creativos, tal como se hacía en las grandes empresas de publicidad norteamericanas. Sobre el tipo de clientes, Pablo Gowland los definirá en un reportaje muchos años después. “Era la época en que las cuentas se conseguían jugando al golf, y la figura de los dueños de las agencias se asociaba a los dandys. Eran ejecutivos pero además eran cultores del estilo *bon vivant*.” La descripción reflejaba, también, el perfil de Perrotta, que desplegó una amistad duradera con Gowland. En el proceso de instalar con fuerza el diario, el nexo entre Perrotta y el publicista fue

Alejandro Samek. "Antes de lanzarlo a la calle queríamos cambiarle la imagen. Entonces hablamos de qué tipo de publicidad debíamos hacer. Diseñamos una campaña terrible. En uno de los primeros avisos aparecía una foto de Fidel Castro y lo imaginaba leyendo *El Cronista Comercial*. También se hizo publicidad en televisión, aún en blanco y negro. Todas esas cosas que hicimos sacudieron el árbol de los que compraban *El Cronista Comercial*. ¡Esos avisos para un diario que había sido de convocatorias y quiebras por suscripción! Siempre le decía a Cacho que había que cambiar el diario, porque era una especie de castillo feudal, y que ya no era la época de los castillos feudales. Y él iba aceptando, pero la redacción de esa época no ayudaba mucho." La resistencia de la redacción, sin embargo, no detuvo a Perrotta. No le alcanzaba el diario por suscripción. Samek recordó: "No era un negocio tan redondo. Él siempre había querido tener un diario de calidad. Desde el punto de vista económico, su modelo era el *Financial Times*. Desde el punto de vista periodístico, su modelo era el *Wall Street Journal*. Él siempre soñó con un gran diario de información moderno. Entonces la estructura del diario fue creciendo en virtud de lo que él soñaba que quería hacer, pero económicamente el diario había que sustentarlo. No tenía los auspiciantes y los suscriptores no alcanzaban. Me acuerdo que se decía que el diario tenía 25 mil suscriptores. Mentira, nunca los tuvo. Teníamos 7, 8, a lo sumo 13 mil en el mejor de los casos. Y todo un equipo de cobradores. Y todos esos suscriptores se fueron muriendo, porque la información que el diario daba la podían obtener por otro lado. Él quería un diario más grande. La estructura del diario creció, pero la estructura comercial no. Entonces había que tomar medidas". Perrotta tenía que conseguir más publicidad. El equipo comandado por Ríos buscaba auspiciantes, pero

la poca distribución del diario era una traba. Los hombres de negocios tomaban en cuenta los lectores potenciales en función de los diarios en la calle, y las pocas páginas de *El Cronista Comercial* que llegaban por suscripción no eran un atractivo para los empresarios que buscaban publicitar sus productos. Perrotta quería las pautas comerciales de las empresas —de alimentos, gaseosas, ropa, electrodomésticos, autos, etc.— no las pautas institucionales que simplemente le ponían un aviso de apoyo cada tanto. Entonces, le pidió a Samek:

—Andá a ver a Gelbard y decile que me tiene que ayudar.

Samek fue hasta las oficinas de Gelbard en FATE, la fábrica de neumáticos fundada por los hermanos Madanes, a la que se había sumado a fines del primer gobierno peronista. Perrotta tenía una pequeña publicidad de Firestone, la empresa de neumáticos norteamericana que, junto con Goodyear, habían dominado el mercado hasta la aparición de FATE.

—Dígale a Perrotta que con la distribución que saca no es negocio poner avisos comerciales. Le podemos poner algún aviso institucional —respondió Gelbard. Se refería a la CGE, que conducía desde la década del 50.

Perrotta estaba en una disyuntiva: o relegaba su proyecto y volvía a la gaceta mercantil por suscripción —que hubiera implicado, entre otras cosas, una reducción de personal—, o avanzaba hacia la distribución en la calle para obtener las pautas publicitarias que quería y, así, emprender el camino hacia el diario soñado. Tal vez por eso inició un raid frenético con sus relaciones sociales, cada vez más amplias y dispares. En mayo del 69, el presidente de la Bolsa de Comercio, Federico Peña, lo invitó a incorporarse como socio honorario: "Para el caso de una aceptación de su parte, me ofrezco a firmar su solicitud de ingreso, la

que quedaría exenta de cumplimentar las tramitaciones establecidas por las reglamentaciones en vigencia". Perrotta estaba orgulloso, pero demoró la decisión hasta febrero de 1970, cuando se inscribió como "periodista".

"El país era un 'polvorín seco' en mayo del 69 y sólo se necesitaba una mecha para encenderlo", escribió el historiador Julio Godio. Y esa mecha fueron los estudiantes universitarios. Las movilizaciones recibían el apoyo de las clases medias urbanas, empobrecidas por la política económica del régimen, y de núcleos de trabajadores sindicalizados que canalizaban su protesta social al margen de las organizaciones sindicales, salvo los sindicatos alineados en la CGT de los Argentinos (CGTA), cuyo dirigente, Ongaro, había sido encarcelado. Ese mes se sucedieron las protestas obreras con epicentro en los sindicatos automotrices en Córdoba contra el recorte del sábado inglés. La represión de la dictadura hizo el resto: asesinó al estudiante Juan José Cabral en Corrientes y hubo miles de detenidos por las protestas a lo largo y ancho del país. Debieron suspenderse los festejos del 25 de Mayo, mientras el movimiento obrero cordobés marchó a un paro general dirigido por el secretario general del Sindicato de Luz y Fuerza, el comunista Agustín Tosco, y el peronista Elpidio Torres, dirigente de SMATA. El 29 de mayo estalló el Cordobazo, la insurrección popular más prolongada ocurrida luego del derrocamiento de Perón. Hubo 34 muertos, 400 heridos y 2.000 presos.

El mundo de relaciones de Perrotta podía resquebrajarse porque tambaleaba el gobierno de Onganía. El 11 de junio renunció todo el gabinete. Krieger Vasena fue reemplazado por José María Dagnino Pastore. El mismo día, Krieger Vasena le escribió a Perrotta: "Por la presente, deseo manifestarle mi reconocimiento por la colaboración prestada durante casi dos años y medio, a través de

la difusión y el comentario de los actos relativos al programa económico del gobierno de la Revolución Argentina. Sin esa valiosa colaboración, indispensable para informar y orientar a la opinión pública, la labor del hombre de gobierno sería imposible. Por ello he considerado que era una obligación expresarle hoy mi agradecimiento". A tono con esta carta, *El Cronista Comercial* registró el recambio ministerial con relatos detallados pero sin notas de opinión. Lo mismo ocurrió el 1 de julio de 1969 con la declaración de estado de sitio de la dictadura y el asesinato de Vandor, que ajustó cuentas entre la juventud revolucionaria peronista en ascenso y quienes consideraban "traidores". El diario tampoco abrió opinión —sólo registró— sobre la clausura de la revista *Primera Plana*, que había publicado en tapa el enfrentamiento que asomaba entre Onganía y quien deseaba sucederlo: Lanusse, jefe del Ejército y el único que parecía asomar como número uno para moverse en el complejo y crispado juego en que se había transformado la política. El dilema era quién de ellos, en las Fuerzas Armadas, podía controlar la protesta popular y mantener la insostenible proscripción del peronismo.

Antes de partir a Europa con Elena Bengolea, en agosto del 69, Perrotta realizó cambios —que serían transitorios— en la diagramación del diario: incluyó el sumario en la tapa y la nota editorial pasó de la página ocho a la tres. Una modificación que implicaba darle prioridad a las posturas políticas frente a la coyuntura. Para el viaje contó con la ayuda de Michael Hadow, embajador británico en Buenos Aires. Según registra la memoria familiar, Perrotta estaba muy interesado en analizar la prensa de los ingleses. "Y en comprar corbatas en el mejor lugar de Londres", recordó su hijo Rafael. En su paso por Italia pudo entrevistarse con directivos de la Fiat, entre ellos, Aurelio Peccei, encargado del desarrollo de ultramar de la empresa en la posguerra.

Tal vez por eso, a su regreso a Buenos Aires no fue extraño recibir una carta de Oberdan Sallustro, turinés por adopción —nacido en Paraguay—, que fue enviado a la Argentina en 1947. Sallustro fue el discípulo más brillante de Peccei, ambos miembros de la Democracia Cristiana italiana. La verdadera clave del éxito de la automotriz, por entonces, era el talento de Sallustro para tejer relaciones con el poder político, económico y militar en el país: él y Perrotta se parecían. Para 1968 Sallustro tenía importantes vínculos con la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa ligada a la Acción Católica, y era miembro del Consejo Empresario Argentino (CEA), un núcleo ultraliberal conformado en 1967 con el objetivo de incidir en el gobierno y también de oponerse a la CGE. El CEA estaba integrado, entre otros, por Martínez de Hoz (SRA), Arturo Acevedo (Acindar), Francisco Soldati y Mario Hirsch (B&B), todos imbricados con la gran burguesía terrateniente y agroexportadora, socios del capital extranjero, en industrias vinculadas al campo de la siderurgia, petroquímica, automotriz y petrolero, y reyes en el mundo de las finanzas, especialmente en la Bolsa de Comercio y el directorio de los principales bancos extranjeros. Los modelos económicos de la CGE y del CEA estaban enfrentados desde el origen. La CGE, representante de la llamada "burguesía nacional" —comerciantes, industriales medios y banca cooperativa—, cuya existencia dependía de un Estado asociado y protector, y de un mercado interno consolidado a través de salarios altos; el CEA, portavoz de las grandes empresas y bancos asociados al capital extranjero, cuyo objetivo era la miniaturización del Estado, y el destino de sus rentas y realización de sus ganancias ligadas al mercado externo. La tensión entre una economía industrial doméstica, expansiva, con fuerte impulso de la agroindustria de los primeros, contrastaba con la matriz agroex-

portadora de los segundos. La alternancia en el poder de estos modelos será fuente de crisis económicas y violencia política: en el fondo del tema estaba la redistribución del ingreso en la Argentina y su destino como sociedad.

Pragmático como Perrotta, los vínculos de Sallustro se extendían desde Onganía a Martínez de Hoz, desde Gelbard hasta monseñor Jerónimo Podestá, y compartían la misma visión del desarrollo económico e industrial. El 29 de septiembre de 1969, Sallustro le envió un regalo a Perrotta: era el libro *Ante el abismo*, de Peccei, por entonces ya presidente de Fiat-Concord, que trataba sobre la brecha tecnológica entre los Estados Unidos y el resto del mundo, y retomaba las ideas debatidas en el Club de Roma, un “think tank” global —antecesor del G-7— del que Peccei era fundador. Tanto para Sallustro como para Perrotta, la vía intermedia entre el modelo CEA y CGE —especialmente porque vender autos y diarios dependía de un mercado interno potente— era una postura aconsejable. Los dos circulaban en ambos mundos, pero pertenecían a la estirpe selecta de los mandamases. A fines de 1969 Perrotta firmó junto a ellos una bandeja de plata con la que homenajearon al ex embajador norteamericano Burgess. Los otros nombres revelaban con quiénes compartía ideas y destino comercial por entonces el dueño de *El Cronista Comercial*: Roberto Alemann, Horacio y Mariano Beccar Varela, Jorge Born, Alfredo Bracht (de Bracht SA, un gigante de las empresas exportadores de *commodities*), Armando Braun (dueño de la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia), Teodosio Brea (un abogado entre cuyos clientes estaban las Industrias Kaiser Argentina —IKA— y Nobleza Piccardo), Carlos Dietl (Industrial petroquímico, primer presidente del CEA), Benito Esmerode (vicepresidente segundo del Rotary Club de Buenos Aires), Luis Firpo Miró (presidente de la Sociedad Rural),

Luis Gotelli (secretario de Energía y Combustibles), Oscar Imbellone (de Refinerías de Maíz SAIC), Rodolfo Martelli (presidente del Banco Industrial), Martínez de Hoz, Julio Pueyrredón (Banco Popular Argentino), Agustín Rocca (Techint) y Francisco Soldati. La única mujer era Jeanette Arata de Erize, presidenta del Mozarteum Argentino. Burgess les contestó con una carta general donde agradecía la bandeja y les aseguraba que mantenía su idea de que la Argentina era un gran país destinado a tener un rol preponderante dentro del bloque occidental, pero a Perrotta le escribió a continuación una carta particular, facilitándole contactos en los Estados Unidos. Desde el regreso a su país Burgess trabajaba en el directorio de American Airlines y en The Morgan Guaranty Trust Company, y era el presidente y jefe ejecutivo de la National Corporation for Housing Partnerships, una gran corporación para la construcción de viviendas que reunía a los ejecutivos de las más importantes corporaciones. En diciembre del 69 Perrotta le escribió en inglés para felicitarlo por sus nuevos cargos y desearle felices fiestas.

La entrada a 1970 lo encontró, entonces, en la cima de su circulación y prestigio en los círculos de poder no sólo locales sino internacionales. *El Cronista Comercial* lo reflejó en sus artículos editoriales o crónicas. Tanto como para dedicar, por ejemplo, una amplia cobertura al centésimo cumpleaños del diario *La Nación*. Pero esta Argentina del brillo en el poder contrastaba con la que se calentaba a fuego lento en la sociedad, aún bajo los efectos del Cordobazo, y en franca resistencia contra la dictadura. En marzo de 1970, un comunicado de los dueños de los diarios sentenciaba que no había libertad de prensa en el país. Onganía defendía lo indefendible. Convocó a los periodistas para dar explicaciones. Por el diario de Perrotta el enviado fue Luis Garasino, un abogado y licenciado en

Ciencias Políticas en París, que se encargaba de temas políticos. Era hermano del teniente coronel retirado Alberto Garasino, un importante cuadro intelectual del Ejército en cuestiones vinculadas a la participación militar en la política y que había sido subdirector de *Primera Plana*. Garasino llegó a ser el encargado de la sección Política, precisamente por sus aceitados vínculos con los militares. Muchos años más tarde, el periodista Claudio Uriarte describió a los periodistas destacados ante los gobiernos militares del siglo XX: "Los corresponsales militares en la Argentina configuraban una especie muy particular, el tipo de persona de la que no se sabe si es corresponsal de un diario en las Fuerzas Armadas o corresponsal de las Fuerzas Armadas en un diario. La ambigüedad no era necesariamente producto de un bajo nivel moral por parte de los corresponsales, sino del hecho de que pasaban más tiempo en la institución militar que en sus diarios y revistas, y necesitaban establecer un 'toma y daca' con los militares para poder conseguir información y 'filtraciones'. El 'toma y daca' generalmente consistía en que, a cambio de la información requerida, el militar que la suministraba o el sector al que éste pertenecía quedaba retratado bajo la mejor de las luces, y sus adversarios bajo la peor. La manipulación militar de la prensa era muy marcada y casi inevitable: cada rumor y cada pieza de verdad transmitida contenía su propia contraverdad, la razón de fondo por la cual se revelaba esa verdad. Los corresponsales, que pasaban la mayor parte del tiempo con los militares, cenaban y bebían con ellos, los visitaban de mañana en sus domicilios y luego los veían en las salas de prensa de los distintos comandos, tendían a identificarse fuertemente con la institución militar a la que habían sido destinados". Garasino, culto e informado, revistaba en esa troupe de periodistas. Del encuentro de marzo de 1970

con Onganía, envió a Perrotta un "memorándum confidencial". Según esos papeles ajados que sobrevivieron a la represión en el archivo de la familia Perrotta, participaron de la conversación periodistas de diversos medios, entre ellos: Osvaldo Tcherkaski, de la revista *Siete Días*; José Claudio Escribano, por *La Nación*; Rodolfo Pandolfi, por *Confirmado*; Fernando Morduchowicz, de *Análisis*; Bernardo Neustadt; Julio Algañaraz, por *Gente*, y periodistas de *La Prensa*, *La Razón* y *Síntesis*. Muchos de ellos, años después, revistarían en *Clarín*. Según Garasino, en la biblioteca de Onganía encontró algunas obras "herejes" para el personaje, como *El retorno de los brujos*, de Louis Pauwels o *Estudio de la Historia*, de Arnold Toynbee, pero también una biografía de San Juan Bosco. La reunión duró cuatro horas. Garasino contó su impresión: "Onganía es un hombre de poca formación intelectual, con deficiencias en el pensamiento abstracto y un vocabulario limitado". La reconstrucción de esa entrevista permite asomarse al clima de época.

Uno de los periodistas le preguntó a Onganía acerca del secuestro del cónsul paraguayo Waldemar Joaquín Sánchez, quien se desempeñaba en Ituzaingó, provincia de Corrientes, y había sido secuestrado por un comando guerrillero de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), en Buenos Aires. Pedían canjearlo por dos guerrilleros presos, Carlos Della Nave y Alejandro Baldú.

—Esto es un síntoma de la descomposición que se extiende por América latina y que ahora ataca a la Argentina —respondió Onganía—. El canje será difícil porque sólo tenemos detenida a una de las personas que reclaman los secuestradores.

Della Nave estaba detenido. Baldú, que según informaba el gobierno no se encontraba cautivo, ya había sido asesinado en la tortura.

—Señor Presidente, la responsabilidad de la conducción del país es suya y de las Fuerzas Armadas— dijo Neustadt, servicial.

—Terminantemente no. No hay ninguna responsabilidad de las Fuerzas Armadas. A partir del momento en que asumí el mando lo hice con el compromiso formal de gobernar absolutamente solo. Con estar solo no me refiero a la falta de colaboradores, sino a que la comunidad no acompaña en ningún momento y reacciona a través de sus organismos sectoriales como la UIA, CARBAP y otras, frente a las medidas de gobierno.

Garasino anotó que Onganía eludía cualquier referencia al Cordobazo, del que estaba por cumplirse el primer aniversario.

—1970 es el año del diálogo. El año que viene es el año de la participación. El diálogo ha empezado un poco tarde, pero primero queríamos elaborar un documento con el plan de Desarrollo para presentarlo al debate de la opinión pública —dijo Onganía.

Ante las preguntas de los periodistas de cómo y por qué canales o procedimientos se daría este debate con la opinión pública, Onganía se mostró vago e impreciso.

—Señor Presidente, ¿qué características tendrá una eventual salida política? —preguntó uno de los periodistas.

—Es claro que no se puede excluir a los partidos políticos de una salida política, pero éstos deben estar acompañados por organismos que representen a diversos sectores de la comunidad, y que funcionando paralelamente hagan llegar sus inquietudes e iniciativas al gobierno.

—¿No es esto una forma de corporativismo?

—No.

Luego, cuando los periodistas preguntaron su opinión sobre el obispo de Neuquén, Jaime de Nevares, que había apoyado la huelga de los obreros en la construcción de la

represa de El Chocón-Cerros Colorados, Onganía reaccionó con desagrado.

—Ese prelado se ha pasado al otro bando, es del Tercer Mundo, y su objetivo político y demagógico es convertirse en líder de la tendencia posconciliar o progresista de la Iglesia. Él trató directamente con los huelguistas y en ningún momento con las autoridades —se quejó.

—Señor Presidente —señaló Pandolfi—. Yo encontré al obispo de Nevares en la Casa Rosada, donde iba a mantener una reunión con el señor Ricardo Dold.

El fastidio de Onganía fue inocultable: Dold era su yerno, casado con su hija Sara Elsa. Lo había nombrado secretario privado de la Presidencia.

—No tengo conocimiento de esa gestión —dijo.

Luego, la entrevista giró hacia las concepciones ideológicas. Los periodistas preguntaron cómo podía ser que un gobierno que sostenía ideas nacionalistas y desarrollistas nombraba funcionarios vinculados con los intereses económicos extranjeros. Onganía lo negó. Y avanzó hacia un asunto que le preocupaba: la prensa. Dijo que los periodistas tenían “muy poca calificación profesional”.

—Me hacen las mismas preguntas que a una reina de belleza, preguntas imposibles de contestar —se lamentó.

Los periodistas le indicaron que el periodismo había crecido mucho en los últimos años, con el surgimiento de nuevos diarios, semanarios y revistas, pero Onganía sostenía que no era suficiente y confirmó que estaba en marcha un proyecto de hacer “un diario oficial, no oficialista, sino oficial”, que fuera vocero de las obras del gobierno.

—Si hay libertad de prensa, ¿por qué el gobierno no ha de gozar también de ella editando su propio diario? —expresó Onganía.

—¿Por qué se produjeron clausuras en varias publicaciones? —retrucaron los periodistas.

—Porque rebasaron los límites del impropio y del mal gusto —sentenció.

Cuando se acercaron las diez de la noche, el horario fijado para el fin de la entrevista, Onganía aceptó continuarla. El único periodista que se retiró a la hora pactada fue Neustadt. El secretario de prensa de Onganía, el coronel Luis Prémoli, no habló en toda la reunión. Tampoco Claudio Escribano ni el enviado de *La Prensa*.

Perrotta tomó los datos de este memorándum para seguir las preocupaciones del gobierno, pero nada de lo dicho allí fue reflejado en las páginas de *El Cronista Comercial*. Aún le debía fidelidad al onganiano: compartía cierto integrista religioso y el anticomunismo ferviente emanado, como una biblia mortal de la Doctrina de la Seguridad Nacional impulsada desde los Estados Unidos, desde el inicio de la Guerra Fría, a todos los ejércitos latinoamericanos, especialmente luego de la Revolución Cubana y las experiencias guerrilleras que se habían lanzado con fuerza en la Argentina. Perrotta circulaba como un personaje clave en la comunicación y tejido de influencias del régimen. Hacia marzo de 1970 recibió una carta del brigadier Ezequiel Martínez, a cargo de la Delegación Militar Argentina ante la Junta Interamericana de Defensa (JID) en Washington. Martínez quería contactarlo con Joseph Barr, presidente del American Security & Trust Company —la segunda entidad bancaria más importante de la capital norteamericana—, que había sido secretario del Tesoro durante la administración de Lyndon Johnson. Barr y Martínez se conocían a través de negocios entre ese banco y la Fuerza Aérea Argentina. Barr quería incrementar sus relaciones comerciales en estas tierras y contaba con los buenos oficios y el interés —al parecer no sólo ideológico— del brigadier. Por esos días se produjo una huelga de correos en los Estados Unidos, pero Martínez hizo todo el esfuerzo

para que Perrotta recibiera la carta y la envió tres veces por distintos recorridos. Es seguro que Perrotta se sintió indispensable y encantado cuando la misiva llegó, porque organizó de inmediato un almuerzo en el comedor del sexto piso, que se realizó finalmente el 17 de abril. Por recomendación del brigadier, invitó al nuevo secretario de Hacienda, Luis Mey. Y sumó a empresarios, diplomáticos y funcionarios, como Peter Jones, vicepresidente de la International Telephone & Telegraph (ITT), Carlos Pérez Compagnon —destacado miembro del Opus Dei, hombre clave en la economía del Episcopado argentino y creador del imperio económico petrolero Pérez Compagnon—, por entonces presidente del Banco Industrial; los banqueros Martín Aberg Cobo, presidente del Banco Tornquist y vicepresidente de la Asociación de Bancos de la Argentina (ABA), Hernando Campos Menéndez, vicepresidente del Banco Central, y José Heriberto Martínez, presidente de ABA; Jorge Oría, presidente de la CAC; Francisco Soldati (hijo), por entonces director nacional de Finanzas y a sus amigos Eduardo Roca, que había dejado su cargo diplomático en los Estados Unidos y era director del Banco Supervielle Société Générale, y Horacio García Belsunce (padre), ex presidente de la CAC y vicepresidente de Carles Financiera.

No trascendió lo hablado en esa comida. Aunque el entrelazamiento de intereses y relaciones del establishment argentino con el norteamericano se comprendía en términos geopolíticos y no sólo de negocios. La alta burguesía argentina tributaba a esa alianza: era el motor político y el diseño de país de cada una de las dictaduras posteriores al derrocamiento del peronismo. Lo cierto es que los almuerzos en el famoso comedor de *El Cronista Comercial* se habían transformado en un lugar obligado para el lobby y la conspiración. Y ahí estaba Perrotta: como anfitrión y

maestro de ceremonias de esos vínculos. Se decía, también, que quien no participaba de los almuerzos de *El Cronista Comercial* estaba fuera de los círculos importantes. No era exagerado: a comienzos de la década del 70 por allí pasaron funcionarios, dirigentes políticos, militares de alto rango, empresarios, banqueros, intelectuales, diplomáticos y embajadores extranjeros, casi todos los mediodías. A Perrotta le gustaba además cumplir con ciertas normas: su secretaria, Clelia Pan, era la encargada de diagramar las ubicaciones en la mesa, de acuerdo con los criterios que le explicaba Carlos Muñiz, encargado de los protocolos ceremoniales en la Cancillería.

Abril de 1970 no fue el mes más cruel para Perrotta: se casó su hijo Rafael y le anunciaron que le había sido concedida la Orden de Mérito de la República Italiana en grado de Comendador. Antes de aceptarla, cumplió con la formalidad de pedirle autorización a Onganía, pero mientras esperaba se produjo su relevo —en un pequeño golpe de palacio— por el general de brigada retirado Roberto Marcelo Levingston, que asumió la presidencia el 18 de junio. El canciller, Luis María de Pablo Pardo, que junto a Amadeo organizó los comandos civiles durante el bombardeo a Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, cuando intentaron asesinar a Perón, fue el encargado de autorizar a Perrotta a ser nombrado *comendatore*.

El recambio dictatorial de Onganía por Levingston estaba anunciado desde que había estallado el Cordobazo. La resistencia obrera y estudiantil se multiplicaba, y servía de fermento para el nacimiento de las organizaciones guerrilleras. En el primer aniversario del Cordobazo, el 29 de mayo de 1970, hizo su aparición pública Montoneros, por entonces un pequeño grupo de jóvenes peronistas, nacionalistas y católicos, muy influidos por la figura del cura colombiano Camilo Torres, la Teología de la Liberación,

y por Juan García Elorrio, muerto en un dudoso accidente automovilístico en febrero de ese año, fundador y director de la revista *Cristianismo y Revolución*. Ese día, el Comando Juan José Valle, integrado entre otros por Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus, Mario Eduardo Firmenich, Carlos Maguid y Norma Arrostito, secuestró al dictador Aramburu, que sometido a “un juicio revolucionario” acusado de los fusilamientos de civiles y militares en el levantamiento de Juan José Valle en 1956 y del secuestro del cadáver de Eva Perón, fue asesinado el 1 de junio. El grupo había realizado parte de las tareas de inteligencia previas desde la biblioteca del colegio Champagnat, que quedaba enfrente del edificio donde vivía Aramburu. Más allá de los detalles truculentos del asesinato, el establishment fue sacudido como si la cal viva que cubrió el cadáver del militar amenazara con corroer su propio futuro. De nada valió que Onganía impusiera la pena de muerte para actos terroristas y secuestros de personas. El Estado ejercía una violencia ilegal, pues fue parido por un golpe de estado sobre los ciudadanos que, al mismo tiempo, estaban dispuestos a derrocar al poder dictatorial. La asunción de Levingston —hasta entonces agregado militar en la embajada argentina en Washington pero que había sido jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE) en los primeros años de Onganía— no mejoraba las cosas. Su nuevo ministro de Economía, Carlos Moyano Llerena, no era un íntimo de Perrotta como Krieger Vasena. Pero había otros conocidos suyos en esta nueva aventura del régimen: el brigadier Mc Loughlin fue nombrado ministro del Interior, y Aldo Ferrer, habitual columnista de *El Cronista Comercial*, de Obras y Servicios Públicos. Los cambios de rumbo en el gobierno tenían un objetivo claro: buscar una salida política para que el estallido del volcán no cubriera de lava al sistema.

La historia argentina del siglo XX nunca había registrado semejantes tembladerales; se amenazaba el bastión del poder: el monopolio de las armas. El régimen necesitaba tiempo, recomponer sus alianzas económicas y políticas para entablillar al capitalismo argentino. La crisis económica se había transformado en una crisis política crónica que urgía a su resolución.

Ocurrió en esa encrucijada de la historia el nacimiento de dos fuerzas guerrilleras que la Historia pondría en el camino de Perrotta. O que Perrotta iría a buscar. Una fue Montoneros y la otra el PRT-ERP, siglas del Partido Revolucionario de los Trabajadores cuyo "brazo armado" era el Ejército Revolucionario del Pueblo, comandada por el contador santiagueño Mario Roberto Santucho. Con el tiempo, fueron las principales organizaciones armadas, pero habían sido precedidas por la creación de otras: las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), fundadas en 1967 con la experiencia fallida del foco guerrillero descubierto en Taco Ralo, Tucumán; las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), creadas en 1967 al calor de la lucha del Che en Bolivia por sectores disidentes del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) y del PC, entre los que figuraban Roberto Quieto y Marcos Osatinsky; Descamisados, fundada por Norberto Habegger y Horacio Mendizábal; las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), fundada en 1969 por sectores disidentes del PC y el PCR; los Comandos Populares de Liberación (CPL), integrados a principios de 1969 por militantes comunistas, peronistas y trotskistas. En 1970, poco después del asesinato de Aramburu por Montoneros, Santucho reafirmaba su convicción de la necesidad de la lucha guerrillera, por la que bregaba hacía varios años. El 29 y 30 de julio de ese año, el PRT había fundado el ERP en una reunión de medio centenar de militantes, cuya edad promedio eran veinticinco años,

y realizada en las islas Lechiguanas, en el delta del Paraná, frente a San Nicolás. Santucho sostenía que iban hacia una guerra popular prolongada, como la de Vietnam, que se había iniciado con el Cordobazo y que, sin dudas, culminaría con la victoria del socialismo en la Argentina.

Mientras Montoneros secuestraba a Aramburu y Santucho lanzaba la lucha armada desde el delta del Paraná, Perrotta seguía con la idea de cambiar *El Cronista Comercial* y transformarlo en lo que soñaba: un diario moderno, con más información e interpretación, con un amplio público que lo respetara no sólo por su información financiera y comercial sino también por el lado de la política, la cultura y el arte. A fines de julio, Perrotta almorzó con Timerman y con el comodoro Juan José Güiraldes, por entonces presidente de Aerolíneas Argentinas. Timerman había desarrollado la consultora Promociones, Financiaciones y Mandatos (Profima) junto con Güiraldes y Abrasha Rotemberg, quien lo acompañaba en todos los proyectos. En la charla se habló del futuro del gobierno y de la posibilidad de que Profima se beneficiara con las políticas de Onganía, que se había lanzado a realizar un ambicioso plan de obras públicas que incluía la represa hidroeléctrica de El Chocón-Cerros Colorados, la central nuclear Atucha y el puente Zárate-Brazo Largo. Timerman confiaba en que él aportaría las ideas, Güiraldes los contactos y, juntos, fundarían la primera firma de lobistas del país. La conversación giró, luego, hacia los proyectos editoriales, sobre todo la gestación de *La Opinión*. El tema más importante de la charla fue el lineamiento de un nuevo diario inspirado en *Le Monde*, una obsesión que ambos compartían, aunque Timerman le llevaba algo de ventaja: no era la primera vez que gestionaba un proyecto desde cero, ya lo había hecho con *Confirmado* y *Primera Plana*, mientras que Perrotta soñaba con cambiar algo

heredado que era poco más que una gacetilla mercantil. Tenían una diferencia en la personalidad: los emprendimientos de Timerman no duraban mucho, su carácter los tornaba insostenibles al cabo de dos o tres años. El diario de Perrotta, por el contrario, era una empresa familiar con el horizonte de durar por siempre. Ambos habían investigado y realizado estudios para ver la viabilidad del proyecto. Timerman tenía algunos en carpeta y otros en camino. Los dos quedaron satisfechos con la reunión. En una carta del 27 de julio de 1970, Timerman le escribió: "A la luz de las cosas que han estado ocurriendo, creo que muy pronto seremos, además de amigos, buenos clientes". "Sigo teniendo mucho interés en retomar el tema relativo al diario tipo *Le Monde*, así como en conocer sus estudios al respecto", le contestó Perrotta. Pero Timerman tenía una claridad notable respecto de adónde ir. Reivindicaba su habilidad para adaptar al público argentino modelos extranjeros, como había hecho con *Time* en *Primera Plana*. La periodista Graciela Mochkofsky lo detalló años después en su biografía de Timerman: "A los periodistas que comenzó a convocar para su nuevo proyecto, les planteó su idea: sería una copia del francés *Le Monde*: sin fotografías, con mucho texto, alta calidad de información y de análisis, títulos inteligentes, lenguaje sin eufemismos. (...) Por lo demás, la orientación ideológica sería, en teoría, la de *Primera Plana*: derecha en economía, centro en política, izquierda en cultura. (...) En los febriles meses que siguieron, estudiaron los diarios en circulación; midieron cuánto espacio y de qué forma trataban éstos cada tema".

Perrotta no tenía tan claro su proyecto. Si bien su guía también era *Le Monde*, no tenía experiencia en adaptar un modelo a las exigencias del público argentino, y desconocía las necesidades del mercado. Le había pedido a Gowland Publicidad un estudio del tema. "Hicimos una investiga-

ción de mercado que a mí me pareció excelente, a la cual papá no le dio bola”, recordó su hijo Rafael. Gowland le presentó una propuesta de crear una publicación que diera a los lectores el aspecto económico de toda la vida cotidiana. No solamente un diario dirigido a los empresarios sino a todo el mundo, y que hablara de los temas desde una perspectiva económica. La propuesta era hacer un diario en el cual todo el enfoque fuera la cuestión productiva, económica y financiera. La idea no prosperó: “Papá estaba enderezado con la cuestión de *Le Monde*. La verdad es que la propuesta de Gowland era una buena idea. Pero no se pudo hacer porque él no lo veía así. Era un tipo más político. El diario que proponían era demasiado comercial. A él le gustaba la política, le importaba la política. Todo lo demás no le importaba. La política, la economía en función de la política, la economía en función de las decisiones políticas, la economía en función del poder. Eso es lo que a él le interesaba. Y el diario era él, a diferencia de los otros, que eran el fruto de un equipo de profesionales que hacían un periódico”. Sin embargo, de la reunión entre Perrotta y Timerman se desprendía que tenían el mismo proyecto en mente y que, tal vez, pensarán en ser socios. Esto no sucedió así. Perrotta logró definir su proyecto, pero Timerman lo consolidaría poco después con mayor suerte.

Mientras terminaba de definir el esquema final del proyecto, Perrotta ensayó distintos cambios progresivos de diagramación y aumento de páginas y temas. En septiembre de ese año viajó al Vaticano para participar en la celebración del veinticinco aniversario de la ordenación sacerdotal de Mejía, con quien compartían la preocupación por una iglesia que diera cuenta de los cambios en el mundo. Mejía recordó ese viaje: “Su regalo de entonces, el reloj de pulsera Rolex que siempre uso y nunca he usado otro, me sirve de recuerdo cotidiano de la amistad que nos

unía y que está viva y vigente, como el primer día". A finales de 1970, Perrotta persistía en una línea similar a la idea de Timerman, de mayor profundidad en la información y el análisis. Se sumaron al diario varios de los integrantes del Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF), como Félix Peña, Rafael Braun, Natalio Botana y Ezequiel de Olaso, además de Floria, que seguía aportando algunas notas. Varios de ellos eran columnistas también de la revista *Criterio*, dirigida por el padre Mejía. Con esto Perrotta afirmaba la idea de modificar el perfil del diario.

Sus planes se desplegaban en un escenario de alta conflictividad. La violencia política había llegado para quedarse. No se sabía aún, pero la ola de sangre inaugurada con el derrocamiento de Perón en 1955 se extendería por casi 30 años. El balance de 1970 no pudo ser menos dramático: a principios de julio Montoneros había tomado el pueblo cordobés de La Calera y el 16 la Policía encontró el cadáver de Aramburu en la localidad de Timote, provincia de Buenos Aires. Entre fines de julio y principios de agosto se produjeron un atentado contra la Escuela Superior de Guerra y un asalto a la comisaría de Ferreyra, en Córdoba. La violencia se cobraba víctimas. El 28 de julio había desaparecido José Sabino Navarro, y un mes más tarde, el 27 de agosto, fue asesinado de catorce balazos el dirigente del vestido José Alonso. El 7 de septiembre, efectivos policiales mataron a Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, fundadores de Montoneros y responsables del secuestro y muerte de Aramburu, cuando se resistieron en William Morris, provincia de Buenos Aires. La represión se tornó indiscriminada con la generalización de la tortura como método. El 14 fueron detenidos los sacerdotes Mugica y Hernán Benítez acusados de incitar a la violencia durante los funerales de Abal Medina y Ramus. El 18 el ERP copó una comisaría en Rosario y dos policías

resultaron muertos; el 25 las FAL asaltaron un tren. Se sumaban las huelgas sindicales de gremios como el SMATA y de la CGT y manifestaciones estudiantiles. Además, la lucha interna dentro de las FF.AA. era manifiesta. El 13 de octubre Onganía rechazó la invitación de Levingston a un almuerzo en la Casa Rosada, y el mismo día renunció el ministro del Interior, Mc Loughlin, reemplazado por el brigadier Arturo Armando Cordón Aguirre. Al día siguiente siguió el mismo camino el ministro de Economía, Moyano Llerena, sucedido interinamente por Aldo Ferrer. El mensaje de fin de año de Levingston no era un buen preanuncio: expresaba que había terminado el tiempo de las palabras y llegaba el momento de la acción. Es decir: más represión. El país se transformaba, así, en una olla a presión.

Los primeros días de 1971, Perrotta viajó como todos los veranos con su familia a Cumelén, en Villa La Angostura, esta vez con el estreno de una bella casa de madera, típica del Sur, rodeada de un parque con árboles milenarios. En enero recibió allí al embajador norteamericano Lodge y a su mujer. "El almuerzo en Cumelén fue delicioso y encantador. Tú y Elena sois unos anfitriones espléndidos. El lugar nos pareció bellissimo, y Francesca y yo deseamos poder regresar allí para pasar algunos días", le escribió Lodge a pocos días de su partida. Años más tarde, Elena no podrá recordar detalles de esa visita ni qué fue lo que su marido y el embajador hablaron en sus caminatas por el parque.

Sí se sabe —de acuerdo con varios testimonios— que Perrotta, a su regreso a Buenos Aires, durante ese verano comenzó a frecuentar en secreto a una bellissima periodista chilena (de la que no se recuerda el nombre), vinculada a la Unidad Popular de Salvador Allende. Chile era un experimento extraordinario en Latinoamérica por la posibi-

lidad de la construcción de un “socialismo pacífico”, tan ilusorio como deseado, y había convocado la participación activa de miles de jóvenes, intelectuales, religiosos, artistas y periodistas del mundo. Y también el odio imperial, que en plena Guerra Fría tenía a sus embajadores, como el caso de Lodge, dispuestos a ser espías full time del derrotero de la rebelión continental. Perrotta había alquilado un departamento para sus escapadas en la ficción de una soltería o, tal vez, en el vuelco lento pero certero de que cierto mundo pregonaba, a través del ideario socialista, un cristianismo vinculado exclusivamente a los pobres. Lo seducía ese mundo, y no sólo por su matriz católica militante: también por sus mujeres dispuestas a jugar a fondo en ese movimiento insurgente. Chile preocupaba a los Estados Unidos: temía el contagio del Cono Sur; Perrotta oscilaba entre el mundo de un espía como Lodge y la pasión con una militante chilena. Fue en esos tiempos en que seguramente comenzó a interesarse — como recuerdan algunos periodistas de *El Cronista* — por los movimientos revolucionarios argentinos. Pero él no era peronista. Era un liberal y nacionalista que se alejaba rápido del Ateneo de La República, a la misma velocidad con que se acercaba a una clandestinidad amorosa, que luego repetirá en sus contactos con la guerrilla. No era peronista; ergo, sus simpatías se encaminaban hacia la izquierda socialista y guevarista. Faltaba tiempo para que esa nueva piel de Perrotta terminara de revestirlo. Tiempo para saber qué ocurría en su cabeza por entonces. Los testimonios sobre esos amores clandestinos parecen no bastar para explicar su mutación, ni su pasado católico y humanista, ni su sensibilidad y su cultura mundana. ¿Por qué abrazará con pasión un cambio social? ¿Hubo un motivo o un conjunto de motivos? ¿Ocurrió lentamente, imperceptiblemente, o de golpe, un día, una noche...? ¿Ocurrió por ilusiones ar-

caicas, cuando se formó como sujeto deseante de un padre ausente al que se debía impresionar? Lo seguro es que en todos sus mundos —el del poder y el de la marea revolucionaria— Perrotta quería ser protagonista. Y de ambos mundos lo excitaba, lo hacía sentir vivo, la práctica del secreto, la exclusividad, la conspiración.

El 71 fue el año, entonces, no sólo de inflexiones en la vida de Perrotta; también en el régimen militar, que por primera vez desde 1955 aceptó que Perón era, más que un problema, una solución a la crisis. No sin una lucha de calles, esta vez con un remake del Cordobazo llamado Viborazo, ya que el gobernador de facto de Córdoba aseguró que la rebelión obrera y popular era una “víbora a la que le cortaría la cabeza”. Ocurrió a la inversa: en marzo los obreros y estudiantes le cortaron la cabeza a José Camilo Uriburu, pero el mismo día el régimen se vengó incorporando por decreto al código penal la pena de muerte contra los rebeldes. La lucha interna dentro de las FF.AA. continuaba. Lanusse declaró ante la Junta de Comandantes que el gobierno militar era temporario, y el 22 de marzo Levingston lo relevó como comandante en jefe del Ejército. Al día siguiente Levingston tuvo que renunciar y el 26 de marzo Lanusse asumió como Presidente. Junto a él lo hicieron algunas caras nuevas y otras que venían desempeñando diversos cargos. Lanusse reemplazó al ministro del Interior Cordón Aguirre por el radical conservador Arturo Mor Roig, que tendría, entre otras, la tarea de pilotear el retorno a la política. Como una de sus primeras medidas, el 1 de abril anunció el fin de la prohibición de los partidos políticos. Lanusse rumiaba otras disposiciones: la más audaz ocurrió meses después, con la devolución del cadáver de Eva Perón en Puerta de Hierro, luego de catorce años de que el gobierno de Aramburu lo hubiera secuestrado y enterrado clandestinamente en Milán con la venia del papa Pío XII.

Perrotta seguía de cerca los acontecimientos, a la vez que preparaba el lanzamiento de su anhelado proyecto: sacar el diario a la calle. Su comportamiento parecía cambiar rápidamente, influido por la época, por sus amores clandestinos y por algunos periodistas de marcado cuño de izquierda como Samek y Carlos Abalo, economista y periodista con bastante experiencia. Abalo era un hombre de la CGE, en quien Gelbard confiaba desde que en un Congreso de Economía en Bahía Blanca, en 1960, cumplió un papel destacado junto a Larriqueta y Broner, dueño de la empresa metalúrgica Wobron y socio de Gelbard, en frenar el avance del grupo de Frigerio sobre la CGE. Había trabajado en *Confirmado* —de donde se fue por sus fuertes diferencias con Timerman—, y en la revista quincenal *Análisis*. Perrotta le pidió a Abalo que se hiciera cargo de la sección de Economía, pero se negó: no quería estar en relación de dependencia con ningún medio. Perrotta insistió a través de D'Apice, pero sin resultado positivo. Sus colegas economistas en el diario, como Riaboi, "Tito" Amadeo y Gaillard, tampoco pudieron convencerlo. Sin embargo, Abalo terminó aceptando por otro motivo: un amigo suyo se había quedado sin trabajo. Se lo recomendó a Perrotta y éste le contestó:

—Yo te nombro jefe de Economía y vos ahí hacés lo que querés. Nombrás a tu amigo y a quienes sea.

Así fue. Y a partir de mediados del 71, la relación de Abalo fue cada vez más estrecha con Perrotta y tanto Samek como él influyeron en sus cambios ideológicos. "Yo sentía que discutía apasionadamente las cosas en las que creía. Y quería acompañarlo a hacer el diario con el que él soñaba. Él me lo contagió a mí, no es que yo lo concebí. Yo sólo busqué tratar de llevar adelante eso que él soñaba", recordó Samek, quien a pesar de ser delegado del personal terminó aceptando la gerencia general del

diario. Era otra de las paradojas que marcaron la historia de *El Cronista Comercial* y de Perrotta.

Fue en esos meses del invierno del 71 cuando ingresaron periodistas con talento y oficio. Uno de ellos, Alberto Dearriba, recordó que Samek y Abalo “eran dos tipos de izquierda, de distinta vertiente, que hablaban mucho con él. Le suministraban mucha información y adiestramiento política. Cacho era un hombre formado en ideas conservadoras. Católico, militante de Acción Católica. Entonces, ¿cómo pasar de eso a una cultura de izquierda? Necesitás formación. Por supuesto que hay una cosa interior, de sensibilidad, que le ha pasado, que se ve reflejada en su vida familiar. Se alejó de su mujer. Empezó a analizarse, a tener psicoanalista. Le pasaron muchas cosas en lo personal. Abandonó los tics de un señor conservador, y pasó a ser un hombre progresista, muy sensible”. El psiquiatra Antonio Caparrós fue el psicoanalista de Perrotta. De cuño peronista, amigo personal de Perón, Caparrós fue uno de los profesionales en los que confió para entregarle la Dirección de Salud Mental del país en su no muy lejano regreso a la Argentina. Y junto con Enrique Pichon-Rivière y Emilio Rodríguez impulsaba en esos días la disidencia dentro de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Caparrós creía que la verdadera enfermedad mental era el capitalismo, y que había que marchar hacia “un psicología nacional y popular”.

Aunque debe haber influido mucho su vínculo con Caparrós, sin duda no fue sólo el ingreso de Perrotta a un diván de psicoanálisis lo que marcó el viraje de su vida a partir de entonces. Ni es seguro que fuera la bohemia rebelde del periodismo de esos tiempos y ni siquiera —aunque parece lo más probable— ese amor furtivo con una periodista y militante de la izquierda chilena los que determinaron su creciente interés por unirse a la pasión política contra la

clase a la que pertenecía y con la que hacía negocios. Cada uno de esos caminos lo seducían, tal vez por su enorme curiosidad vital; tal vez porque encontraba emocionante ser alguien importante entre diferentes; tal vez porque sentía que esos diferentes, esos intelectuales, esos obreros, esos militantes que empezaba a conocer lo convocaban a vivir una aventura de cambio que le permitía, más que ser Perrotta, construir "el personaje" Perrotta: destacarse entre propios y extraños, aunque para eso debiera invertir el curso de su historia.

Lo cierto es que, antes de que expirara abril del 71, Perrotta ya había iniciado un camino sin retorno de ruptura con su pasado. Se lo veía entusiasmado con los cambios no sólo personales: la salida del diario a la venta callejera mantenía su adrenalina al tope. Los dos pilares del nuevo proyecto eran, desde el punto de vista periodístico, Abalo, y desde el punto de vista comercial, Samek, aunque los dos tuvieron influencia en ambas áreas. Perrotta discutía con ellos para definir el perfil ideológico y político del nuevo *Cronista*. Abalo estaba convencido de que se iniciaba una nueva etapa política en el país, y que ninguno de los diarios que existían se encontraban en condiciones de reflejarla. Sostenía que debían hacer uno más enfocado a las noticias económicas, tanto nacionales como internacionales, y con una buena página política y otra de sociedad. Pero no todos los periodistas secundaban este nuevo proyecto. D'Apice y López Recalde sostenían que no era viable. Tampoco eran muchos los que apoyaban los cambios en la administración. Para Perrotta, la estructura interna de la empresa estaba atrofiada, pero rehuía los despidos y apostaba a un crecimiento que lo evitara. Uno de los principales cambios fue el del nombre del diario. A partir de ese momento se llamó *El Cronista*. Por una cuestión legal no podían sacar la palabra *Comercial*, ya que hubieran tenido

que registrar una nueva marca. Samek aportó la solución: no la quitaron, sino que apareció muy chiquita debajo de *El Cronista*. Sin embargo, esto le trajo a Perrotta una discusión con varios de sus colaboradores más cercanos. Abalo sostenía que no podía cambiarse el nombre del diario. Le ponía el ejemplo del diario norteamericano *The Christian Science Monitor*, fundado por Mary Baker Eddy en 1908, el mismo año que *El Cronista Comercial*. Abalo le explicaba que a pesar de lo que su nombre indicaba, no era un diario cristiano ni científico desde poco después de su fundación, pero como ya era conocido no cambió el nombre. Perrotta no quería otro diario, pero tampoco el mismo. Así que a partir de la noche del lunes 26 de abril de 1971, el viejo *El Cronista Comercial* se transformó en *El Cronista*. Perrotta asistió al parto con la devoción de un padre impaciente: esperó en la imprenta COGTAL, y terminó cargando paquetes en los camiones para el reparto. El martes 27 de abril el diario hizo su primera aparición en los quioscos. Tenía catorce páginas, con secciones de política, economía, gobierno, deportes, noticias del interior y del exterior, artes y espectáculos, una dedicada al hogar y, dentro de las noticias policiales, contaba con un lugar destinado a delitos económicos. El nuevo slogan era "El diario que analiza la verdad", y en el editorial se afirmaba que el nuevo *Cronista* "no teme enfrentar el mundo revolucionario e incierto en que vivimos". En la tapa, cada día, aparecía un chiste de Garaycochea. Perrotta aspiraba a que se notara "que somos serios pero no solemnes", y ambicionaba llegar a una tirada de 35.000 ejemplares.

Era tal la pasión de Perrotta por este nuevo proyecto que fue a cargar paquetes a la expedición durante los dos o tres primeros días. Era claro que ése era su sueño. Así, el diario siguió con las entregas por suscripción y con ejemplares en la calle. "Habíamos armado una estrategia por medio de la

cual habíamos como desdoblado el diario. La rotativa te tiraba una parte que era para los suscriptores y otra parte que era para la calle. Digamos, unos costos razonables para tener algún beneficio. El diario en la calle en realidad estaba subsidiado por *El Cronista Comercial*, que se fue deformando”, recordó su hijo Rafael, que ya trabajaba allí con distintas responsabilidades administrativas. Para esta nueva etapa, Perrotta multiplicó la planta profesional. En el 71 ingresaron numerosos periodistas jóvenes. Uno de ellos fue Roberto Pablo Guareschi, recomendado por Fernando Mas, que se incorporó a la sección Política. Rápidamente Perrotta reconoció su talento: pronto sería secretario de Redacción. También se sumó Emiliano Costa, compañero de su hijo Rafael en el colegio San Pablo, donde habían recibido una formación católica y nacionalista. Costa era hijo de uno de los sublevados contra Perón en 1951, pero más tarde giró hacia el peronismo. Tras algunos viajes por Latinoamérica y cursar algunas materias primero de Letras y luego de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras, donde conoció también a Elena Bengolea, a partir del inicio de los 70 su paso por la facultad tenía que ver más con la militancia que con el estudio. Había trabajado como fotógrafo y también como periodista en la revista *Extra*. Cuando *El Cronista* salió a la calle, era delegado del Frente Estudiantil Nacional (FEN). Perrotta le propuso hacer una sección universitaria y él aceptó. Perrotta supo desde el comienzo que más que una nota, Costa construiría un relato panfletario de la lucha estudiantil contra la dictadura militar. A las de Guareschi y Costa, le siguió la incorporación de numerosos periodistas, la mayoría de ellos con una militancia política vinculada a las tres corrientes del momento: la guerrilla guevarista del PRT-ERP, la peronista de Montoneros y FAR y la militancia sindical vinculada con la izquierda comunista y trotskista.

Para desplegar la línea editorial, Perrotta contaba con Abalo.

—Llamen al *Cardinale* —solía decir.

Abalo sabía lo que Perrotta pensaba y cuáles eran los límites. Recordó: “Me llamaba el *Cardinale* (Cardenal) porque yo —como en el mundo elusivo de la jerarquía eclesiástica— decía las cosas más brutales de una manera que no lo parecía. Después, cuando me quería joder, me llamaba el profesor Abalo”.

—Mirá, tenés que decir esto sin decirlo, pero que la gente sepa que lo dijiste —lo instruía Perrotta.

Y Abalo lo hacía. *El Cronista* alcanzó un gran prestigio entonces. Intelectuales como Silvio Frondizi leían sus editoriales en voz alta en la universidad. Era claro que esta redacción reflejaba mejor que nada los cambios en la cabeza de Perrotta. La vida interna del diario también se transformó como espejo de su dueño. Entonces, él completó su transición: se recuerda que primero era “el doctor Perrotta” para los periodistas; pero fue a secas “doctor”; después lo llamaron “Rafael” y entrado el año 71, Perrotta fue, simplemente, “Cacho”. Y Cacho hacía todo lo posible por comenzar a borrar la imagen del patrón. Algunos no podían acostumbrarse, le seguían diciendo doctor Perrotta y él se enojaba. Dearriba recordó: “Yo fui delegado del diario, y nunca pude llamarlo Cacho. Entonces él me decía: ‘¿Por qué no me llamás Cacho, porque sos delegado o porque tenés un complejo de inferioridad?’ Yo le decía que por ninguna de los dos motivos. Pero para la mayoría de los jefes y secretarios de redacción pasó a ser Cacho”. Así que la redacción de *El Cronista* se iba deslizando, entre acaloradas discusiones editoriales y planteos sindicales a un patrón que se negaba a serlo pero lo era, hacia una especie de asamblea popular. Perrotta se puso más incisivo en las preguntas que les formulaba a los pe-

riodistas, no en búsqueda de imponer su postura sino para probar sus convicciones o la solidez de sus argumentos. Las discusiones eran a veces tan largas que atrasaban la salida del diario. Sin embargo, la estructura y el trabajo era profesional a la hora de plantar la edición. Porque *El Cronista* tuvo competencia rápido. A las pocas semanas llegó *La Opinión*, el nuevo proyecto de Timerman. El 4 de mayo salió su primer ejemplar a la calle. Con Timerman como director, el subdirector fue Julio Algañaraz; jefes de redacción: Horacio Verbitsky y Juan Carlos Algañaraz. Ellos tres habían convocado a periodistas jóvenes que comenzaban a destacarse, la mayoría con militancia política —al igual que los que se sumaban a *El Cronista*— entre ellos José María Pasquini Durán, Juan Gelman, Luis Guagnini, Osvaldo Tcherkaski. Luego se sumarían otros: Miguel Bonasso, Mabel Itzcovich, Enrique Raab y Francisco “Paco” Urondo. *La Opinión* tenía veinticuatro páginas que se duplicaban los domingos —cuando sacaba también un suplemento cultural—, e introdujo importantes cambios en el periodismo argentino. Si en *El Cronista* se había avanzado con la firma de algunos artículos, *La Opinión* estableció que todos la llevaran. Al igual que la nueva etapa de *El Cronista*, Timerman ponía un chiste en la tapa, obra de Hermenegildo Sábat, y en la contratapa solía incluir poemas de Gelman o algún otro poeta. Su aparición fue decisiva para la prensa local en general, y para *El Cronista* en particular. A pesar de las similitudes de los proyectos, Timerman logró un producto más acabado y sólido, directamente orientado hacia un público específico, con la ventaja de no tener que modificar su perfil, como debió hacer Perrotta.

A pesar del empeño que le pusieron Perrotta y otros como Samek y Abalo, la primera salida a la calle de *El Cronista* fracasó. “Era un diario parecido al anterior, con más

columnistas, con deportes, como si fuera un diario general; pero las únicas cosas buenas que tenía como bien diferente eran el suplemento cultural y un equipo de fotógrafos que eran independientes, un grupo de chicos que habían puesto una empresa para vender fotos. No era suficiente cambio. Desde el punto de vista estrictamente comercial, el lugar que papá quería ocupar lo ocupó *La Opinión*, y él se quedó con un proyecto trunco. Me parece a mí que él debería haber hecho un diario bien de negocios para no meterse en el campo del otro, porque ya se lo habían ganado. Pero hizo esa mezcla que no era nada", recordó su hijo Rafael. Su padre, efectivamente, quería transformar un "diarucho" de quiebras en uno de opinión. "No lo logró: en lugar de darse cuenta de sus propias limitaciones, empezó a tratar de ponerse más a la izquierda de *La Opinión*, y terminó en un disparate. Se puede hacer un diario de izquierda y ser de la izquierda. Pero no se puede hacer un diario de izquierda para vendérselo a los empresarios".

Y en ese periódico que se lanzaba a aguas turbulentas, la redacción cambió por esos días definitivamente. Uno de los primeros en irse fue Riaboi, que se sumó a *La Opinión*, donde tampoco recaló por mucho tiempo. Comenzó su carrera diplomática en Canadá, y un par de años más tarde, le escribió a Perrotta: "No sabe cuánto me ayuda recibir *El Cronista* para seguir informado aquí, en la otra punta del mapa. Debo confesarle que recién ahora lo leo con atención y puedo apreciar sus indudables características de medio selectivo, capaz de brindar todo lo que necesita el público que se autocalifica de 'politizado'. Es que en este momento soy un lector más". A Perrotta lo emocionó el gesto: "Tengo la esperanza de llegar a conquistarte como lector, ya que no supe conservarte como periodista. Recién ahora me doy cuenta y creeme que lo lamento". López Recalde recordó también su salida: "De la noche a

la mañana pasamos a una etapa de profunda sindicalización. Todos los días había asamblea, por qué había poca luz, por qué las sillas eran bajas, por distintos motivos. Y eso creó un clima que no era compartido por todos. Yo tuve muchos contratiempos, todos los viejos, los miembros tradicionales, a partir del año 71, 72, no éramos bien vistos. Entonces por una circunstancia o por otra, mucha gente se tuvo que ir. En mi caso personal, como yo había sido durante muchos años periodista parlamentario y no me sentía cómodo, pedí mi pase a ser el jefe de cronistas parlamentarios. Así que a comienzos del 73 me fui para el Congreso, colgué todo y me ocupé de ello". Larriqueta puntualiza el grado de politización: "A partir de 1972 o 73, ya sabíamos quiénes pertenecían a las distintas organizaciones guerrilleras: la FAR, la FAP, el ERP. Y nosotros decíamos: '¿Pero qué hacemos?' Y me fui". Como contracara, algunos pedían a Perrotta que siguiera en su papel de correveidile de la política, y que realizara comidas con personajes del poder. "Siempre te has caracterizado por tener las mesas por demás bien balanceadas", le escribió Roberto Guyer, entonces secretario general adjunto de Asuntos Políticos Especiales en las Naciones Unidas. Sabía de lo que hablaba: a su pedido, Perrotta había organizado en el otoño del 72 un almuerzo con amistades "comunes", entre ellos el almirante Massera y el brigadier Osvaldo Cacciatore.

Era un momento bisagra en la vida de Perrotta y la redacción de *El Cronista* reflejaba lo que ocurría en el país. La presidencia de Lanusse intentaba sin éxito recuperar el prestigio político y militar. La violencia popular era cada vez más intensa. El reconocimiento de los guerrilleros —cuya cantidad el periódico norteamericano *The New York Times* exageraba en más de seis mil, entre peronistas y marxistas— crecía de manera inversamente proporcional

al deterioro del gobierno. Se registraban ataques a puestos policiales, secuestros de ejecutivos y fuga en masa de guerrilleros de la cárcel. La respuesta de Lanusse no se hizo esperar: el 18 de junio de 1971 implantó la Ley de Represión del Terrorismo N° 19.081, que complementaba la Ley de Defensa Nacional dictada por Onganía. Esto significaba establecer tribunales especiales para juzgar a los guerrilleros y la pena de muerte para actos de terrorismo. El ERP de Santucho los desafió un mes más tarde y dio su primera conferencia de prensa clandestina en Córdoba, a la que fueron convocados periodistas. Como el cuadro político más destacado que había producido el Ejército luego del liderazgo de Perón, Lanusse sabía que la solución al avance de la ola revolucionaria no era un tema esencialmente militar sino político. Pergeñó, en sintonía con el ala derecha del radicalismo, en manos de Mor Roig, el llamado Gran Acuerdo Nacional (GAN) para responder a la exigencia del fin de la dictadura encabezada por el acuerdo multipartidario La Hora del Pueblo, conformado por la UCR, justicialistas, socialistas argentinos, conservadores populares, demócratas progresistas, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) y la UCR bloquista. La presión no se atenuó a pesar de la convocatoria a elecciones en marzo de 1973. Todavía faltaba el tránsito pesado del año 72, para que la dictadura aceptara no condicionar las elecciones porque, mientras convocaba a votar, las cárceles se llenaban de opositores, previo paso por las salas de tortura. Uno de los desafíos al plan del partido militar lo envió Perón desde Madrid: antes de que expirara el año regresaría al país.

Visto como un personaje del surrealismo político por sus propios periodistas, Perrotta no dejaba de sorprender. Un día llegó a la redacción y en medio de la sala interpeló a los gritos:

—¿Qué pasa acá? ¿No tienen delegados?

Los periodistas lo miraban incrédulos.

—No —atinó a responder uno.

—¿Entonces cómo van a discutir los salarios y las condiciones de trabajo? ¿Quién va a ir a hablar con el patrón? —dijo, y se fue.

Un periodista relativamente nuevo en el diario, Alfredo Villa —proveniente de *El Economista*—, recordó su perplejidad por la escena. Pero en esos días se organizó la primera comisión interna del diario. Ante la inminente reapertura democrática, las disputas dentro de la Asociación de Periodistas —influida por los jóvenes de la izquierda peronista y marxista— y el Sindicato de Prensa, en manos de la ortodoxia peronista, se encrespaban. Varios periodistas, entre otros Costa, Guareschi, Jorge Bernetti, Bonasso, Dardo Cabo y Juan José Ascone, formaron la agrupación “26 de enero”, en recuerdo de la expropiación del diario *La Prensa* durante el primer gobierno peronista, y que sería el antecedente de la Lista Naranja conformada poco después. Así, crearon la comisión interna gremial del diario, cuyo delegado era Costa. Como correspondía a cualquier organización de trabajadores, no le consultaron ni le pidieron permiso a Perrotta. Daban por sentado que no se opondría.

La simpatía de Perrotta por las causas de los trabajadores y los pobres estaba también marcada por los cambios que se producían dentro de la Iglesia Católica. Fue el momento de renovar su fe católica adhiriendo a los postulados del Concilio Vaticano II, que en Latinoamérica se manifestó, adaptado, a través del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), y más lejos cada vez de los empresarios católicos de ACDE, donde se reunían no pocos de sus ex amigos, sobre todo los más cerrados defensores del *statu quo*. Perrotta se identificó profundamente con lo

que el sacerdote Mugica, que provenía de su misma clase social, escribió en marzo de 1972 en *La Opinión Cultural*: “La relación entre fe cristiana y compromiso político es el tema número uno de la reflexión teológica contemporánea. (...) Nadie ignora que a partir del Concilio Vaticano II, que con su histórica Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* y, sobre todo, con la Encíclica *Populorum Progressio* (1966) de Pablo VI, el tema de la relación entre la fe y el compromiso político es el que ha absorbido la atención de los teólogos y pensadores cristianos. (...) El Concilio exhorta a los cristianos a comprometerse en la creación de una sociedad nueva y a ampliar el campo del compromiso solidario al mundo entero. La encíclica *Populorum Progressio* precisa más el campo de atención y de acción. Es la carta fundamental del Tercer Mundo desde la perspectiva católica. No basta ya luchar para que desaparezcan los individuos ricos y pobres, sino que se trata de acabar con los países ricos y los países pobres. No se trata de que los pueblos ricos ayuden a los pueblos pobres sino de que los pobres dejen de ser pobres. (...) Los cristianos (...) tal vez con más seriedad que nunca, asumen el compromiso político y la lucha revolucionaria porque comprenden que el Reino de Dios comienza ya en este mundo”. Nada representará mejor el viraje de Perrotta, el viaje de su conciencia del “yo” al “nosotros” que su simpatía por las ideas revolucionarias que este texto de Mugica, a quien comenzó a frecuentar junto a otros miembros de la jerarquía católica fieles a su estilo de representar los opuestos: uno, monseñor Caggiano, arzobispo de Buenos Aires y pieza clave en el Episcopado; otro, el obispo de Neuquén, Jaime Francisco de Nevares.

El juego de los opuestos en el que se sentía cómodo Perrotta en verdad revelaba el tránsito lento de su personalidad en la política argentina. En 1972 aún podía desplegar

cierta ambigüedad en la circulación en sus mundos diferentes. Pero el año había comenzado violento y crítico y muy pronto debería tomar ciertas definiciones, aunque en el más absoluto secreto. El secuestro de su amigo Sallustro, presidente de la Fiat en la Argentina, por parte del ERP, lo obligó a reflexionar sobre la violencia revolucionaria con Abalo. Comenzaba a comprenderla como una fatalidad. Sallustro fue secuestrado el 21 de marzo, al ser interceptado cuando salía de su casa. El ERP exigió la libertad de todos los presos políticos, y comenzó la negociación. El mismo Peccei, máximo dirigente de la Fiat, viajó de Roma a la Argentina para encabezar las negociaciones por parte de la empresa, decidido a otorgar todo lo que estuviera en sus manos para la liberación de Sallustro; el 5 de abril de 1972, por las gestiones del abogado de Santucho, Eduardo Luis Duhalde, Peccei logró entrevistarse en la cárcel con el guerrillero para llegar a una solución. Lanusse, sin embargo, no estaba dispuesto a ceder. Sallustro estuvo secuestrado hasta el 10 de abril, cuando el lugar fue descubierto por la Policía, y murió asesinado por las balas policiales durante el tiroteo con los guerrilleros. El mismo día, un comando coordinado entre el ERP y las FAR acribilló al teniente general Juan Carlos Sánchez, jefe del II Cuerpo del Ejército, acusado de comandar personalmente la represión y tortura de numerosos presos políticos en el Litoral, como fue el caso de Norma Morello, activista del Movimiento Rural de Acción Católica y las Ligas Agrarias en Corrientes. Las muertes de Sallustro y Sánchez fueron una bisagra. "La jornada del 10 de abril implicó uno de los reveses más duros recibidos por el gobierno de las Fuerzas Armadas", dirá Lanusse años más tarde en su libro *Mi testimonio*. Comenzaba a pensar que, por un lado, las FF.AA. no podían hacer frente a la situación y que era inevitable el retorno de Perón, aunque importantes círculos castrenses jamás lo

aceptaran como candidato en la primera vuelta electoral. Es que un gobierno peronista, intuían, significaba volver al bloque histórico, a la alianza de trabajadores, sectores medios y burguesía nacional que había signado a la política justicialista.

La muerte de Sallustro convenció a Perrotta de mantener cierta distancia en esos meses con muchos de los periodistas de las organizaciones guerrilleras que sabía pululaban por la redacción de *El Cronista*, al tiempo que reforzaba sus vínculos con los militares. El 12 de junio almorzó con el almirante Massera, por entonces secretario general del Comando en Jefe de la Armada. La conversación, en un principio, giró en torno a temas institucionales y políticos. En un momento, Massera manifestó interés en reunirse con el general López Aufranc, con el objetivo de exponerle la posición de la Marina frente a la situación política. La Marina continuaba siendo furiosamente antiperonista y Massera buscaba aliados en el Ejército para limitar las intenciones de Lanusse. Perrotta le propuso realizar un almuerzo en su casa, cual si fuera una reunión social, para evitar rigideces. Massera estuvo de acuerdo, y sugirió invitar también a los almirantes Gonzalo Bustamante, Emilio Berisso —más tarde asesinado por el ERP— y Víctor Pereyra Murray, con quienes compartía el enfoque sobre la situación. Unos días más tarde, Perrotta le escribió a López Aufranc: “Me ha parecido oportuno transmitirte esta información porque de mi diálogo con Massera recogí la impresión muy clara de la importancia que puede tener para el país que puedan ustedes ponerse en contacto. Debo aclararte que el almirante Massera me ha autorizado a transmitirte lo que aquí te expreso”. Pero, más allá de estos vínculos que facilitaba, ¿cuál era su visión del momento que vivía la Argentina? A veces, como le escribió a Riaboi el 16 de junio de ese año, Perrotta se lamentaba de ser incomprendida su tarea en *El Cronista*:

“Por desgracia, todavía estamos como país en un período de adolescencia”. Por la misma carta, es posible saber qué pensaba del momento político. “Estamos pasando momentos bastante críticos en lo que toca a la política. Dos de las Fuerzas, Aeronáutica y Marina, no quieren saber nada con la candidatura potencial de Lanusse. En Ejército pasa lo mismo pero creen no tener otro remedio —por lo menos en algunos despachos de la calle Azopardo— que creerle a Lanusse que dice que no desea ser candidato, más que atener a la actividad de las personas que rodean más de cerca al Presidente, que se mueven activamente en ese sentido”. Estas personas que impulsaban la candidatura de Lanusse eran el ministro de Justicia, Ismael Bruno Quijano (amigo de Perrotta), el subsecretario de la Presidencia, coronel Francisco Cornicelli, que había estado a cargo de las negociaciones con Perón, Ángel “el Cholo” Peco, conocido de Perrotta por ser el mandamás de la distribución de diarios, y el secretario de Prensa y Difusión de Lanusse, Edgardo Sajón.

Luego continuaba: “Las relaciones con Perón están congeladas, y para descongelarlas, como desean hacerlo porque no tienen otro remedio, precisan, a mi juicio, por lo menos un mes para hacer una negociación previa que permita el envío posterior de dos representantes militares de alto nivel que puedan llevar la representación de la Junta de Comando sin correr el riesgo de ser desairados. A mi juicio —que en cierto modo traduce el de muchas personas militares y civiles— el verdadero riesgo que corren con la calma provinciana que emplean en el manejo de este asunto, es el de que Perón se vea a su vez prisionero de los plazos que él mismo se fijó para uso de sus sectores más extremos y que vencen el 30 de junio. Si Perón se decide a crear focos de perturbación, cualquiera sea la forma que revistan (huelgas, manifestaciones populares, actos de vio-

lencia), el endurecimiento de la posición militar será inevitable y llevará a un enfrentamiento del que no se saldrá sino con una guerra civil o con la instauración de una dictadura militar, que tendrá que buscar inexorablemente el consenso popular a través de medidas del tipo de las que los militares llaman socialistas. (...) La posibilidad optimista consistiría en que fuera cierto lo que se dice en medios que estimo autorizados, de que Perón aceptaría, si se negocia rápida y adecuadamente con él, que el candidato del justicialismo fuera el general Jorge Carcagno. En ese caso las elecciones, donde sin duda se empleará el mecanismo de la doble vuelta, contarían con un candidato radical y también con Lanusse u otro que representara la misma tendencia (¿Manrique?). Por supuesto esta posibilidad requiere también el acuerdo sobre las bases programáticas que a mi parecer y conociendo la posibilidad de Carcagno, muy cercana en este aspecto a las posiciones peronistas, no ha de ser difícil de obtener". En la carta, Perrotta demostraba un conocimiento puntilloso de los entramados políticos que se tejían por esos días. Y daba también su interpretación sobre la situación económica: "La inflación continúa su loca carrera y hace que cada día estemos más pobres y nos sintamos más desgraciados. Nuestra empresa por suerte está trabajando bien y resiste a pie firme los embates de la mala situación imperante. Trabajo ahora con el lema de eficiencia y participación". Tal vez por instinto, Perrotta termina la carta pidiendo silencio: "Te ruego que si referís a alguien lo que aquí te cuento, te olvides quién te lo dijo".

Perón y Lanusse jugaban una partida de ajedrez donde cada uno iba colocando las fichas para luego asestar el golpe final sobre el adversario. Era un juego de provocaciones, de gestos y concesiones, que se fue tornando cada vez más tenso. El 27 de julio, en un discurso en el Co-

legio Militar, Lanusse sostuvo que los planteos de Perón eran simples excusas y sostuvo que Perón no regresaba a la Argentina "porque no le da el cuero para venir". La pulseada seguía. El 15 de agosto, Héctor Cámpora —el delegado de Perón— anunció que el general volvería al país antes de fin de año. Pero ese mismo día comenzaron los sucesos que culminarían con una de las masacres más recordadas de la historia argentina. En Rawson los presos políticos se amotinaron, coparon el penal y lograron fugarse hacia el aeropuerto de Trelew. El plan tenía varias etapas: primero saldrían los dirigentes de las organizaciones político-militares. Por el PRT-ERP estaban Santucho, Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, Domingo Menna; por las FAR Quieto y Osatinsky, y el montonero Fernando Vaca Narvaja. Estos seis pudieron secuestrar un avión de Austral y partir hacia Chile, gobernado por el socialista Allende, quien más tarde aceptó darles el salvoconducto que los llevó a Cuba.

Sin embargo, la segunda etapa de la fuga no se cumplió. El segundo grupo de diecinueve guerrilleros no encontró los camiones en la puerta del penal tal como estaba planeado. Tuvieron que conseguir varios coches para llegar al aeropuerto de Trelew, pero ya era tarde: el avión secuestrado estaba en el aire. Tomaron la torre de control, pero a la media hora, rodeados por la Infantería de Marina y el Ejército, negociaron su rendición. No pensaban tomar rehenes civiles. Exigían ser regresados al penal de Rawson, revisión médica para prever torturas posteriores, la presencia de jueces, abogados y periodistas. En el momento en que el avión de Austral aterrizaba en Puerto Montt, los guerrilleros detenidos eran llevados a la base aeronaval Almirante Zar, y no al penal como se les había prometido en las negociaciones. Los torturaron durante días. El 22 de agosto, a las 3.30 de la madrugada, los diecinueve guerri-

llos prisioneros fueron acribillados por orden del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa. Sólo hubo tres sobrevivientes: María Antonia Berger (FAR), Alberto Miguel Camps (FAR) y Ricardo René Haidar (Montoneros). Los guerrilleros del ERP asesinados fueron: Carlos Heriberto Astudillo, Rubén Pedro Bonet, Eduardo Adolfo Capello, Mario Emilio Delfino, Alberto Carlos del Rey, Alfredo Elías Kohon, Clarisa Lea Place, José Ricardo Mena, Miguel Ángel Polti, María Angélica Sabelli, Ana Villarreal de Santucho, Humberto Segundo Suárez, Humberto Adrián Toschi y Jorge Alejandro Ulla; de Montoneros, Susana Graciela Lesgart y Mariano Pujadas. El gobierno sostuvo que se había tratado de un intento de fuga. Nadie les creyó.

Perrotta, desde el diario, publicaba lo que sucedía en el Sur y seguía atentamente todos los acontecimientos. Un periodista de *El Cronista*, Horacio Finoli, fue enviado a cubrirlos y terminó con varios balazos. Mientras estaba internado, Perrotta se acercó hasta la clínica a visitarlo. La noche del 21 de agosto del 72, cuando todavía no se habían producido los asesinatos, la nota de tapa reseñaba un anuncio del INDEC sobre el aumento de precios, que estaba escribiendo Abalo. El INDEC sostenía que si no se tenían en cuenta una serie de variables, los precios no hubieran aumentado. A Abalo le parecía un disparate, y escribió la nota en respuesta al anuncio. La tituló, irónicamente, "Si los perros volaran". "Los perros" era una clara alusión a la forma en que se llamaba a los militantes del PRT, y la coincidencia con el intento fallido de tomar el avión era notoria. Cuando se conoció la noticia de los asesinatos, Perrotta quería publicarlo en tapa de alguna forma. Abalo había asumido que cambiaría el título.

—Hay un aumento de precios que no es del todo cierto —dijo Abalo.

—Jugá con eso.

Entonces Abalo tituló: "Si los perros volaran, sería cierto que los precios aumentaron tanto". Y recordó: "Él sabía muy bien armar el diario, cuando él lo armaba el diario era perfecto. Lógicamente en importancia, el orden era primero Trelew, y después el costo de vida. Pero no los podía poner juntos, y más con la junta militar en el gobierno. Para colmo, el día siguiente venían unos generales a comer al diario".

Esa tragedia de Trelew achicó definitivamente los plazos para el cambio político. Se acercaba la fecha límite del 25 de agosto impuesta por Lanusse para que los candidatos tuvieran domicilio en Argentina, pero Perón había decidido no entrar en el juego ni dejarse imponer condiciones para su regreso, por lo que se quedó en Madrid. Sobre el asunto, Perrotta le escribió a Jorge Federico von Stecher, embajador en México: "Más instintiva que racionalmente no pierdo la confianza en que se llegue a completar el proceso institucionalizador".

Cámpora anunció que Perón regresaría a la Argentina el 17 de noviembre del 72. Así fue. Ese día, miles de manifestantes se enfrentaron una y otra vez con la Policía para intentar, como fuera, acercarse a Ezeiza a esperar a su líder. Después de las 11 de la mañana Perón aterrizó en el país tras diecisiete años de exilio. Luego de pasar una noche de incertidumbre en el hotel de Ezeiza, ante la negativa del gobierno a dejarlo salir, al día siguiente pudo llegar a la residencia que había comprado en marzo, de la calle Gaspar Campos 1065, en la zona residencial de Vicente López. Miles de personas se movilizaron para recibirlo. La presencia juvenil era inocultable, y durante los primeros tres días hubo manifestaciones frente a la residencia. Perrotta se sumaba a la euforia general. Estuvo presente entre la multitud de jó-

venes que aguardaban alguna de las esporádicas salidas de Perón por una ventana, como muestra de su evolución intelectual y política. Había virado de un apoyo al primer peronismo por su alianza con la Iglesia a una férrea oposición tras la ruptura con ésta, llegando a avalar los golpes de 1955 y 1966, este último decididamente. La determinación de Perrotta de sumarse a la euforia juvenil para ir a ver, aunque fuera unos segundos, al líder retornado del exilio, exigía una nueva perspectiva frente al proceso histórico que vivía el país. El periodista Dearriba recordó: "Yo lo vi abajo, en la calle Gaspar Campos. Yo sé que tenía una relación contradictoria, como muchos, con Perón. Pero ahí estaba". Scaramella recordó su impresión de haberlo visto ahí con jean y remera, algo raro en Perrotta, que en general se vestía con ropa formal. Se dijo, entonces, en la redacción de *El Cronista*, que Perrotta llegó a reunirse con Perón en Gaspar Campos, aunque nunca se pudo confirmar.

Lo cierto es que la situación política era delicada, y dentro de las FF.AA. se perfilaban distintas posiciones. El 20 de octubre López Aufranc, amigo de Perrotta, había asumido la jefatura del Estado Mayor del Ejército. Tras el regreso de Perón, un periodista de *El Cronista* con buenos vínculos militares mantuvo una entrevista con él en Córdoba el 30 de noviembre. Al regresar, envió un informe sin firma sobre todo lo ocurrido, a Perrotta. Si bien el nombre del periodista quedó oculto, no pocos colegas de entonces señalaron a Garasino como el enviado de Perrotta. El cronista relató que llegó al aeropuerto de noche, que lo recibió el teniente coronel Velazco, ayudante de López Aufranc, y que subieron a un Falcon negro.

—¿Tiene la ametralladora colocada? No abra los vidrios y ponga el seguro en la puerta —le ordenó Velazco al chofer.

El periodista se sintió en peligro. No entendía esa escena de cowboys.

—Al lado de cada asiento hay una pequeña cartuchera con una pistola de reglamento —le dijo el coronel.

—No sé manejar armas —respondió el periodista.

Al enviado le parecía inusitado un dispositivo de seguridad de tal naturaleza. Le dio la impresión de que Velazco atribuía el terrorismo a que era el Ejército el que estaba al frente del gobierno. Notó que sólo hablaba del Ejército, no de las Fuerzas Armadas. A su vez, Velazco sostenía que la rebelión popular existía por los —según su visión— errores en la política económica; errores a los que se sumaban lo que llamaba “delincuencia económica” por la política cambiaria y algunas licitaciones —como la de Aluar— de las que sospechaba corrupción. Por algunos comentarios acerca de la relación entre el Ejército y el pueblo antes de la Revolución Libertadora, el periodista intuyó que Velazco tenía cierta simpatía por el peronismo. Luego de veinte minutos, el auto se detuvo. Lo iluminaron grandes reflectores a modo de escaneo y luego avanzó despacio por los lomos de burro en el camino, al final del cual estaba la casa de López Aufranc. El general esperaba al periodista en la puerta, vestido de civil, y lo invitó a ponerse cómodo en la casa.

—Le pido que todos los temas importantes los conversemos ahora, pues luego concurremos a un asado con el segundo comandante, jefes, oficiales y suboficiales del cuerpo —le dijo López Aufranc.

—Usted declaró ayer que no se va a modificar la cláusula que impone que los candidatos tengan residencia en el país antes del 25 de agosto. Me gustaría que me aclare cómo interpreta el proceso político sobre esta base —dijo el periodista.

—Creo que el margen de maniobra del Ejército es

muy reducido. A mi juicio, el objetivo de una salida institucional es permitirle al Ejército retornar a sus tareas específicas. Las elecciones tienen que ser absolutamente limpias, aunque el candidato que gane no sea el que más le gusta a la Fuerza, y no hay que aceptar ningún tipo de reforma constitucional que modifique la forma de elección a Presidente.

Luego continuaron hablando de lineamientos económicos, pero el tema giraba de nuevo hacia lo político.

—No sólo no es eficaz el rumbo económico, sino que tampoco es tal la calidad técnica y personal de sus ejecutores. ¡A Brignone, Krieger lo echó de su puesto en el Banco Central por inepto! Lanusse está rodeado además de personas que impulsan su candidatura a Presidente sin su consentimiento expreso, como “el Cholo” Peco.

Para López Aufranc, las negociaciones con Perón las tenía que llevar adelante el Ejército y no los funcionarios de gobierno. Hacía meses que Cámpora, delegado personal de Perón, se reunía con los integrantes de la Junta de Comandantes para pactar la salida institucional.

—Estas negociaciones tienen que servir para el reencontro del Ejército con las grandes mayorías populares y no como plantea Frondizi, que pretende un Ejército al servicio de una parte del país. Esto es inaceptable. El Ejército como institución no debe estar en contra de ningún sector, sino por encima de ellos, como elemento de unión.

Siguieron conversando hasta que otro auto pasó a buscarlos. El periodista notó que la seguridad en este caso era aun mayor. El auto tenía adaptado un espejo especial para detectar si eran seguidos y un equipo transmisor con sesenta kilómetros de alcance. Después de un rato llegaron a una dependencia bastante alejada, donde

los esperaba el general Jorge Raúl Orfila, el segundo comandante, junto a varios coroneles y cerca de veinte suboficiales. Ninguno tenía uniforme. El periodista se sentó a la izquierda de López Aufranc, que presidía el asado.

Los comensales hablaban de diversos temas. Uno de ellos aludió a la dictadura de Brasil, que se había instaurado luego del derrocamiento del gobierno popular de João Goulart en marzo de 1964. Sin embargo, poco después el general Orfila —a quien el enviado en su informe calificó como un “tronco oligofrénico”— dijo:

—Señores, tenemos con nosotros a un periodista de *El Cronista Comercial* —y dirigiéndose a él le preguntó—: ¿Usted pertenece también a esos señores de ADEPA y de la SIP?

Los militares estaban molestos con algunas declaraciones de esas entidades con respecto a la libertad de prensa. Antes de que el cronista pudiera contestar, un coronel que estaba sentado enfrente suyo sostuvo:

—Entre los periodistas, la mayor parte son procomunistas.

El enviado de *El Cronista* se sintió agredido, y las sonrisas corteses de los comensales no podían disimular la agresión. Solicitó a López Aufranc que le diera diez minutos para explicarse. Señaló entonces la diferencia entre las empresas de medios que respondían a intereses de sus propietarios y los profesionales que trabajaban en ellas.

—Los periodistas pueden ser más o menos competentes, mejores o peores ciudadanos, pero en su inmensa mayoría tienen tanta o más preocupación por el futuro del país que la que pueden tener los aquí reunidos.

Luego agregó que la SIP y ADEPA eran organizaciones gremiales empresarias, pero que la primera estaba manejada por las empresas norteamericanas y que los perio-

distas no tenían ninguna relación con las orientaciones o intereses de esas organizaciones.

—Con respecto a la ideología de los periodistas —siguió— no es de extrañar el crecimiento de una fuerte corriente izquierdista teniendo en cuenta que por su trabajo son muchas veces testigos mudos de situaciones y hechos ilegales en el ámbito gubernamental. Y los funcionarios corruptos actúan desde hace varios años en nombre de las Fuerzas Armadas.

Para finalizar, el cronista sostuvo que el periodismo por encargo que habían utilizado los militares con *Confirmado* para encabezar la campaña de desprestigio contra Illia era poco útil para la institución militar. El periodista registró la cara de perplejidad, por su explicación, de los comensales. Pero tenía “fueros” por ser el invitado especial del “jefe”. Cuando terminó el asado volvieron a la casa de López Aufranc. Allí siguieron hablando de la salida institucional. Para el enviado del diario, el general tenía en mente la idea de pasar a retiro a Lanusse para lograr él mismo el control del proceso electoral y de la futura relación militar con el gobierno electo. Idea que nunca se hizo realidad, como los acontecimientos posteriores demostraron.

El informe —sin firma—, conservado por la familia de Perrotta, demostraba varias cosas: una, que Brasil seguía siendo más que nunca una “hipótesis de guerra” para los militares argentinos; otra, que habían asumido que el único capaz de frenar la crisis política era Perón. Perrotta conocía la posición de los militares. Durante esas semanas, varios testigos afirmaron que se reunió con Perón en Gaspar Campos. De ser así, integraba la selecta lista de personalidades que lo visitaron, entre ellos, Vicente Solano Lima, Frondizi, Horacio Sueldo, Frigerio, el general Levingston, el padre Mugica y dirigentes sindicales y juve-

niles. La pulseada con Lanusse seguía, y las declaraciones de López Aufranc no ayudaban precisamente a liberar la tensión que representaba la cláusula proscriptiva del 25 de agosto. Perón decidió entonces que la fórmula presidencial fuera Cámpora-Solano Lima. El 14 de diciembre partió hacia Paraguay y luego siguió viaje a Puerta de Hierro, en Madrid.

A Perrotta no le gustaba Cámpora. Sabía disimularlo, pero creía que el delegado de Perón y candidato a Presidente era débil. Sin embargo, entendía que el proceso que atravesaba el país requería un apoyo a su candidatura. Para eso, tenía un diario con más de cien periodistas. El 72 terminaba, definitivamente, con su "conversión" a la euforia juvenil de la batalla por la democracia. Aún no era claro, pero estaba construyendo su frontera en la margen izquierda de esa marea que cambiaría drásticamente los años venideros.

Y su vida.

CINCO

EL COMPAÑERO PATRÓN

Recién el lunes 20 de junio de 1977, a las once, Carlos volvió a llamar. Le dijo a Rafael que buscara un mensaje en el bar La Hora, en Rivadavia y Callao. Tras volver a insistir con la dificultad para reunir el rescate, Rafael buscó el mensaje. Era una carta para Elena fechada el mismo día: "Mi querida Beba: Estoy bien y recibo todos los remedios recetados por el médico o sea 4 tomas de 3 Coplaminas diarias, 4 de Tornibrol, 3 de Atroajust S 500, 2 de Adalat; dispongo asimismo de Triniteón que he tomado un par de veces, así como también cuando lo he necesitado de Adelet extra que lo indica el doctor, lo mastiqué, dejé disolver y tragué la cápsula; dispongo de supositorios que me permiten una buena evacuación y también de Lembrol 2.5. Deseo verlos a todos, chicos y grandes, nietas y nietos lo más pronto posible. Pienso muchísimo en todos y espero que sean todos ellos tu permanente compañía y cariñosos contigo. No hace falta que te diga todo mi amor que desde tantos años de vivir contigo ha crecido hasta un punto que nunca pensé posible. Un beso muy grande, perdón por todas las molestias y dolores que les doy y un beso muy grande para todos. Cacho". La carta no tranquilizó a la familia. Cacho no se sentía nada bien, sin duda, ya que detallaba con obsesión los remedios, todos y con sus dosis respectivas.

Seguramente sus enfermedades, entre ellas su sordera crónica, se habían agravado.

El mismo 20 de junio, la familia recibió el llamado del ayudante de Massera, a quien habían tratado de ver desde el 13, día del secuestro. Como Rafael mantenía las negociaciones con los secuestradores, Santiago fue al edificio Libertad. Massera lo recibió, escuchó el relato y lo derivó al capitán Eduardo Invierno, que había sido jefe del Servicio de Inteligencia Naval (SIN), y era un torturador eximio que competía con el jefe del grupo de tareas GT3 de la ESMA, el capitán Jorge "Tigre" Acosta. Era evidente que Massera le daba a Invierno un "premio consuelo" por haber preferido a Acosta. Por entonces, pocos sabían los oficios de esos hombres, ungidos por el poder de Massera. Santiago le dijo a Invierno que estaba actuando el coronel Morelli.

—Están en buenas manos —mintió Invierno.

Y le pidió a Santiago que le enviara toda la documentación que juntara, cosa que Santiago hizo en los días posteriores, mientras Rafael se dedicaba a reunir el dinero del rescate entre amigos.

Antes de que terminara el día, Carlos llamó a Rafael.

—¿Logró reunir la plata?

—¿Cómo está mi padre? ¿Está bien de salud? —contestó Rafael, sin ocultar su ansiedad.

—Bien, el doctor Perrotta está bien.

—¿Cómo vamos a hacer cuando yo le haga la entrega de la plata? Yo tengo listos diez millones de pesos para el viernes. Es todo lo que se pudo conseguir.

Carlos se enfureció:

—A partir de ahora el rescate es de 250.000 dólares.

—¿Cómo? Ni hablar. Ni hablar, óigame, es lo que he podido conseguir. ¿Qué quiere que haga?

—No lo voy a llamar más —amenazó Carlos.

—¿Cómo? —dijo Rafael, que tenía dificultades para escuchar por la interferencia en el teléfono.

—No voy a hablar más con usted —repitió Carlos.

—¿Por qué no me va a volver a llamar? Yo le dije que le iba a contestar el viernes. Y bueno, hoy hablé con una gente que me dijo que me podía prestar 10 millones de pesos. Yo más que eso no pude conseguir.

Carlos no cedía.

—Es lo que habíamos arreglado.

—No, óigame una cosa, usted me pidió una cifra y yo le dije que era imposible, yo me he movido como un loco por todas partes y he logrado conseguir a gatas esa plata.

Carlos no le creía. Decía que eran mentiras. Llegó a insinuar que vendieran el piso donde vivían, a lo que Rafael contestó que era alquilado. Carlos amenazó con que suspenderían la medicación de Perrotta y que no volvería a llamar.

—Pero, ¿cómo no me va a volver a llamar? —le dijo Rafael—. ¿Usted qué pretende? ¿Asustarme a mí? ¿Qué es lo que está buscando?

Carlos cortó. Por la noche, a las 22, llamó de nuevo para decir que en el futuro sólo hablaría con Elena.

A las 11.30 del miércoles 22 de junio, Carlos logró hablar con Elena. A su lado estaban el inspector Arran y otro policía. Pudieron rastrear el teléfono público desde donde llamaba Carlos, pero hubo un momento de confusión cuando la Policía comprobó que no había nadie utilizando ese teléfono mientras se realizaba la llamada. A las 15, Arran llamó a la familia para informar que había detectado la caja desde donde se efectuara la comunicación y que interceptaron una llamada de Carlos a otra persona donde le señalaba que la familia tenía voluntad negociadora.

La manipulación sin límites de los extorsionadores au-

mentaba a medida que se acercaba el desenlace, es decir, el pago del rescate.

La pesadilla se extendió hasta el jueves 23, cuando a las once de la mañana el tal Carlos volvió a llamar a la casa de la ex mujer de Rafael. Les indicó buscar una clave que darían para obtener un nuevo número telefónico. Rafael aseguró no tener otro teléfono, pero que tratarían de conseguirlo. La conversación fue similar a la del día anterior. Carlos insistía en la cifra del rescate y Rafael en no lograr alcanzarla.

— Venda el piso de Quintana.

— No es nuestro. Es alquilado. Yo puedo vender mi automóvil, puedo vender el de mi hermano, puedo incluso vender mi propio departamento, que es mío, pero eso no alcanza a la suma que usted me dice. ¿Se da cuenta? Si usted pudiera...

— Ahora son 350.000 dólares.

— ¿Qué? ¿350.000 dólares? Pero, señor, usted delira. El diario se vendió porque estaba quebrado.

De nuevo, Carlos no cedía, y Rafael se desesperaba.

— Usted está haciendo conmigo un juego muy feo. Sí, señor, porque usted tiene a mi padre prisionero y me pone en una situación contra la cual yo no puedo luchar. ¿Se da cuenta? Usted me dice cosas...

— Mire... — intentó hablar el tal Carlos.

Rafael lo interrumpió desesperado y furioso.

— Óigame una cosa: usted secuestra a mi padre, con lo cual supongo que usted está buscando cobrar un cierto dinero. Usted me pone a mí en una situación en la cual yo no puedo cumplir. ¿Se da cuenta? Y menos que menos en ese plazo. Porque si usted me dijera, tómese el tiempo que necesita, trate de buscar, incluso...

No llegó a terminar la frase porque Carlos usó la técnica de siempre y colgó.

En tanto, Santiago fue hasta el bar Kevien, en Corrientes y Callao, a buscar una clave con un nuevo mensaje de Perrotta. Era una carta similar a la anterior. "Querida Beba: te escribo sin anteojos por eso no está muy linda la letra. Espero sepas disimular. Estoy muy bien y correcta y amablemente tratado. Te recuerdo permanentemente con un gran cariño lo mismo que a nuestros hijos, nueras y especialmente nietos y nietas. Tengo mucho tiempo para pensar de modo que estuve recordando las caras de Luciana y Nicolás y las fui agrandando para ver cómo serían cuando tengan 22 y 20 años respectivamente. Me salieron lindísimos; a la pobre Pata como es tan chiquita no tengo forma de hacerlo. Con muchos deseos de poder verlos a todos lo más rápidamente posible, y con un beso muy grande para todos y uno más grande para vos, me despido recordándote siempre. Cacho." Junto a la carta estaba la clave del número que tenían que restar al que le dieran en un futuro para saber un número de teléfono de contacto.

CLAVE NRO: 1

TE: Restar 17.342

Xxxxxxx

Ejemplo: Te: 82.3256

- 17.342

80.5914

Desde el 23 de junio hasta el miércoles 29 —cuando Carlos llamó a Rafael para decirle que volvería a llamarlo al viejo teléfono al otro día—, las comunicaciones se interrumpieron. En ese lapso, los Perrotta habían entrado en un cono de angustia que sólo parecía atenuarse en la búsqueda frenética del dinero del rescate. Como si ese gesto los mantuviera cerca de Perrotta. Creyeron (tenían la ilusión) de que, efectivamente, trataban con delincuentes y no con la

maquinaria terrorista del Estado. Así que el 30 de junio, a las once, comenzó un nuevo operativo policial de rastillaje. Poco después, cuando Carlos volvió a escena, ubicaron el teléfono desde el que realizaba la llamada: era una cabina transparente en Córdoba y Callao, a apenas una cuadra del edificio del Batallón 601. Rafael estiró la conversación y obtuvo un nuevo plazo para el pago, además de una media palabra de que revisarían la cifra. También le advirtió a Carlos el impedimento de usar el teléfono al que lo había llamado, por razones familiares. La Policía participó en la parodia para convencer a Rafael de su compromiso con la búsqueda del extorsionador: fue hasta la cabina que había podido rastrear del llamado de Carlos. Buscó un testigo para que diera una descripción y detuvo a un hombre al que interrogaron y luego liberaron porque, sin duda, no era el tal Carlos.

Recién ese 30 de junio, es decir diecisiete días después de la desaparición de Perrotta, la Secretaría de Inteligencia del Estado le transmitió el caso a la Superintendencia de Seguridad Federal.

No fingían apuro en encontrarlo. Ya lo tenían.

Entre 1973 y 1975, la vida de Perrotta y del país marchó hacia el precipicio de la crisis. ¿Qué destino tejió en ese bienio violento? ¿Cuándo comenzó a ser “el compañero patrón” que describen los testimonios de quienes lo conocieron? Una voz coral sobre esa época define a un hombre apasionado por la política, embarcándose en la cresta de la Historia. Quienes lo conocieron coinciden en que Perrotta era, sobre todo, “un buen tipo”. Su secretaria, por ejemplo, recordó que era “dependiente de su psicoanalista”, que dejaba cualquier cosa por ir a sus sesiones, y que debe haberlo “extrañado horrores” cuando Caparrós

partió en 1975 para radicarse en España, donde murió en 1986. Sus allegados reconocían varias señas particulares de Perrotta: solía rascarse la nariz con el dedo índice, en especial cuando hablaba y quería ser incisivo con el interlocutor. También era bastante sordo, algo prematuro ya que tenía apenas cincuenta y tres años. Se había producido un cambio en su cabeza, aunque a algunos les gustara y a otros no. Samek recordó: "Es muy difícil comprender la mentalidad de una persona que desde su infancia tuvo todo sin mayores esfuerzos. Que un día descubre que en el mundo existen los pobres, y que hay gente que trabaja a la que hay que pagarle bien. En los años que yo lo recuerdo Cacho siempre tuvo culpa. Por eso pagaba más. Tuvo culpa. Culpa de haber sido un burgués toda su vida y después descubrió otra cosa. La culpa para él debía ser real, pero no era así. Era su mundo. Y luego él compartía una nueva visión del mundo. Hasta la llegada de Perón todo el mundo pensaba que teníamos la revolución a la vuelta de la esquina. Los grupos armados pensaban que Perón venía a hacer la revolución, así como la derecha pensaba que venía a poner el orden. Y él estaba convencido de que el mundo iba a cambiar. Yo no lo veía así. Pero si esto era así había que aportar y ayudar a que lo fuera. Por eso hablo de su ingenuidad política y buena calidad humana. Aunque él cambiara de opinión como de camiseta, y muchas veces era terrible en ello y te volvía loco, lo hacía cada vez convencido. Y no te hacía trampa. Eso es lo que yo más rescato de él. No era tramposo. Estaba convencido de que era así. Y cuando vos le decías 'pero ayer me dijiste esto', él te decía 'Bueno, yo ahora te digo esto otro'. Mi relación era rara, muy compleja, vinculada a lo comercial y a lo ideológico".

En *El Cronista* se sentían los cambios. "Le encantaba el clima de la redacción. Se sacaba el saco y el chaleco y se

ponía un pullover muy gastado y circulaba como si fuera un tipo más. Y le encantaba hablar. No se lo veía como a un tipo ganado por el periodismo, que tuviera la vocación del periodismo. Yo creo que su verdadera vocación era el poder, la política. Y le gustaba charlar, de la vida”, recordó Roberto Guareschi. El dramaturgo y periodista Roberto “Tito” Cossa explicó: “Era un tipo franco, abierto. Y en eso era muy creíble. Porque era honesto. No era como esos aristócratas que se hacen los populistas, pero que en definitiva no dejan de serlo. Él era muy auténtico”. Abalo, que era un poco más grande que los jóvenes que entraban al diario, recordó: “Él acompañó la evolución generacional de la gente de mi edad, que se dio cuenta de que ese país antiguo no funcionaba. Pero no sólo eso, veía todas las macanas que hacían. Entonces comenzó a buscar otra salida. Me decía: ‘El socialismo no sirve para nada’. Y lo único que lograba era meterme en una discusión donde él me preguntaba muchas cosas. Se fue enamorando de la causa revolucionaria. Empezó a darse cuenta de que él no tenía nada que ver con el mundo viejo pero, por otro lado, todo su capital estaba en el mundo viejo. Entonces empezó a jugar un poquito: yo reúno esta información y la presento de una manera que sea accesible para la nueva generación. Para eso me tenía a mí”.

Los más jóvenes veían en Perrotta a un director, a un patrón distinto. “Había una cantina para todos nosotros, para todos los laburantes —relató Dearriba—. A él le gustaba ir a comer ahí. Él tenía desde hacía muchos años un mozo que lo atendía. Me acuerdo de que una vez estábamos comiendo, siempre hablando de política, de lo que pasaba en el día, a veces con más y a veces con menos información. Alguno que había hablado con Lorenzo Miguel, otro con Broner. Perrotta estaba comiendo unos fideos y se manchó con un poco de tuco la camisa. Y el mozo, como

estaba parado ahí al lado, al pedo, porque en la cantina no laburaba, lo vio mancharse y se le abalanzó para limpiarle la camisa. '¡No no!', decía Perrotta. '¿Yo cómo carajo hago para cambiarle el coco a estos tipos? ¡No es culpa mía! Yo no lo uso de sirviente; él quiere serlo', gritaba."

Perrotta estaba en una encrucijada: era un representante del mundo que los jóvenes interpelaban con violencia. Hasta ese momento, sus relaciones se habían limitado a empresarios, diplomáticos, altos funcionarios de gobierno, militares, políticos importantes, miembros de los clubes más selectos y de la jerarquía eclesiástica. Sus nuevas relaciones eran con jóvenes de una generación que se abría paso a codazos en la política argentina, bajo el influjo de los vientos de cambio que llegaban de Latinoamérica y de otras latitudes. Jóvenes que habían visto nacer la Revolución Cubana —y algunos ya habían viajado a la isla para ver de cerca el proceso y también para entrenarse militarmente—, triunfar a la revolución en Argelia y a Patrice Lumumba en el Congo; las manifestaciones estudiantiles del Mayo Francés de 1968 y ese mismo año las movilizaciones conocidas como la Primavera de Praga. En Latinoamérica habían asistido a la masacre de Tlatelolco en México, a la muerte del cura revolucionario Camilo Torres en Colombia, y tenían la influencia del brasileño Carlos Marighella y del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros en Uruguay.

"De pronto era Cacho. Fue muy solidario, la verdad que es increíble que un hombre con tanta guita haya pegado semejante viraje. Era un tipo que llegó a pensar como nosotros. En una mesa ya se había convertido en un padre. Conmigo no tanto, porque yo no lo podía asumir así porque era delegado", recordó Dearriba. Y a medida que Perrotta se transformaba en el "compañero patrón", también insistía que su diario dejara de ser la voz del mundo

de los poderosos —sus clientes financistas, comerciantes, diplomáticos— y pasara a convertirse en un gran diario, más moderno y más popular. Su hijo Rafael recordó el viraje: “A medida que él cambió, el diario cambió. El diario refleja los cambios personales de él, y él pasa de ser un tipo que interactúa con los grupos de poder a ser un tipo que tenía una visión más crítica de esos grupos”. Sin embargo Perrotta jugaba un doble juego peligroso, aunque aún no lo sabía. Samek habló de su dificultad para sentir ese peligro. “Cacho siempre fue un ingenuo en política. Nos decía ‘me voy a ver al Joe’, al referirse a Martínez de Hoz por su apodo. Se iba a almorzar con Massera, cuando todavía no integraba la Junta Militar. Después venía a la redacción y relataba a todo el que quisiera escuchar lo que se había hablado en ese almuerzo. ¡Y era una locura! Venía de los almuerzos y nos contaba todo. Y las redacciones estaban siempre llenas de informantes, que iban y contaban lo que él hacía. Una de las cosas que nunca se le perdonaron. Lo hacía con militares, con diplomáticos y con empresarios. Lo recuerdo en un almuerzo contando historias íntimas del ‘Goyo’ (Gregorio) Pérez Companc. Esas cosas no se perdonan, trascienden, porque siempre hay alguien que las cuenta”. Fue por esos días que Perrotta invitó a Massera a visitar su taller de composición. Orecchia, el administrador del diario, recordó que el comentario del almirante fue: “El olor a tinta me recuerda mis tiempos de periodista”. A pesar de que seguro se refería a sus tiempos de colaborador con el periódico del Centro Naval, la frase se tornó enigmática pronunciada por alguien que ya en 1955, siendo teniente y asistente del ministro de Marina, el contralmirante Aníbal Olivieri, fue el enlace con los golpistas que bombardearon Plaza de Mayo. Más que a su profesión, Massera parecía referirse a sus deseos de armar su propio aparato de prensa.

La navegación a dos aguas hacía temer siempre por la seguridad de Perrotta. En una oportunidad, luego de volver de una reunión de ADEPA, convocó a la comisión interna del diario para contarle lo conversado allí. "Tito" Amadeo dijo una frase que recordarán muchos de los que trajinaron la redacción de *El Cronista*.

—Un día lo van a matar y nunca vamos a saber de dónde vino la bala.

La frase fue profética pero no certera.

Lo cierto es que enero del 73 fue un mes caliente. La dictadura lanussista convocó a los militares a reprimir a la guerrilla, que no se detuvo en su ofensiva política y militar. El ERP tenía entre sus militantes un desaparecido, 30 muertos y 203 presos, mientras que el 19 de febrero el Ejército capturó a un grupo de las FAR entre cuyos integrantes estaba el gran poeta Francisco "Paco" Urondo. El Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), que llevaba la fórmula Cámpora-Solano Lima, inició formalmente su campaña electoral. La impresión que Perrotta tenía de Cámpora no había cambiado. No le parecía el mejor candidato, pero se sumó a la euforia juvenil que generaba "El Tío". Apoyó su candidatura y su campaña electoral. A tal punto que fue a varios actos de campaña, como el que se realizó en la esquina de avenida Santa Fe y Oro, frente a un viejo edificio donde se había instalado, entre otras cosas, la precaria pero efectiva Secretaría de Prensa del FREJULI, que funcionaba en el segundo piso, a cargo del periodista Miguel Bonasso. Se acercaban las elecciones de marzo. Los militares intentaban poner las últimas trabas al proceso político, como la solicitud de disolución del FREJULI por su lema "Cámpora al gobierno, Perón al poder", pero era parte de las luchas internas dentro de las FF. AA. Lanusse manifestó que estaba satisfecho con el proceso político, mientras que el ministro Arturo Mor Roig, ra-

dical de matriz conservadora, amenazó con renunciar si se proscribía al FREJULI.

Así que luego de una década los argentinos volvieron a votar. Eligieron con casi el 50 por ciento de los votos la fórmula del peronismo Cámpora-Solano Lima. La seguía, de lejos, la dupla radical de Ricardo Balbín y Eduardo Duhalde con el 21,3. Tercera salió la alternativa militar; Perrotta no había errado al plantear que podía ser el ex marino antiperonista devenido lanussista, Francisco Manrique, acompañado por Rafael Martínez Raymonda: obtuvieron un 15 por ciento. Al día siguiente se produjo un gran festejo frente al edificio que utilizaba el FREJULI para la campaña. La convocatoria llegó por intermedio de Bonasso a la redacción de *El Cronista*, donde había varios periodistas entusiasmados y comprometidos con la nueva etapa que se iniciaba ante el triunfo de Cámpora. Fernando Abeledo, novato en el diario y que no conocía al dueño, relató: "De repente se abrió la puerta del ascensor en el tercer piso, y apareció un tipo alto, canoso, delgado, sumamente elegante, que nos dijo: 'Che, ustedes que están acá en la redacción, ¿saben bien a qué hora es y si está confirmada la hora en que va a hablar Miguel (Bonasso)? ¿Hay un grupo para ir?', y dirigiéndose a Carlos Brandi le preguntó qué estaba haciendo, a lo que éste respondió que era fotógrafo. 'Buenísimo —le dijo el hombre elegante—, así vas a sacar fotos. ¿Y quién más está?' Le respondieron que quizá se encontraban Carlos Abalo y Alberto Dearriba. 'Genial, hagamos un grupo y vayamos'. Dicho esto se metió en el ascensor y se fue. Mientras tratábamos de dilucidar quién era el personaje, se acercó un compañero y cuando se lo contamos nos dijo que era el director del diario. Ante nuestra sorpresa, nos aclaró que Perrotta era así, un tipo muy llano. En conclusión, cuando bajamos para reunirnos con Abalo y otros compañeros más, baja Cacho Perrotta,

y se presenta así: 'Yo soy Cacho Perrotta, es decir, Cacho, y lo mejor es que nos tuteemos todos'. Nos presentamos, y a Carlos Brandi le dice: 'Claro, vos sos el chasireté', una expresión un poco *demodée* para denominar al fotógrafo. Ahí mismo llegó el coche con su chofer, nos cargó a todos en el auto, donde se coló César Magrini, y nos fuimos a Santa Fe y Oro, que ya era un mundo de gente. Nosotros no lo podíamos creer. El recuerdo que yo tengo es el de Cacho Perrotta subido en el peldaño de una sastrería de hombres o algo así, para ver mejor, trepado ahí con su pilcha de marca, de tela príncipe de Gales, pero en camisa, por supuesto, y gritando desaforadamente y haciendo la 'V' de la victoria. Yo no lo podía creer, era el director del diario, para mí fue un shock tremendo. Después lo comentamos con el resto de los colegas. Ésa fue la forma en que yo conocí a Cacho Perrotta".

El clima de época era turbulento, excitante e imposible de eludir para quienes amaran la política. Perrotta creía posible purgar su culpa por el derrocamiento del primer peronismo pero, sobre todo, le gustaba sentir que era parte de un cambio que había comenzado a anhelar, impulsado por conciencia social, sensibilidad humanista y vínculos amorosos. Lo cierto es que el momento no dejaría de estar marcado por la violencia ni por la necesidad de tomar partido. Desde las elecciones del 11 de marzo hasta la entrega del gobierno el 25 de mayo del 73, las organizaciones guerrilleras definieron su posición para años venideros. Montoneros se sentía parte del triunfo. Las FAR anunciaron que no darían tregua, al menos hasta la asunción de Cámpora. El ERP, por su parte, expresó que no atacaría al gobierno de Cámpora pero sí a las FF. AA. y a las empresas extranjeras. La transición sería tensa, especialmente durante abril. Tanto peronistas como radicales, y gran parte de la izquierda armada y desarmada, temía que

las FF.AA., especialmente la Marina, impidieran la asunción de un nuevo gobierno peronista. La guerrilla realizó numerosas acciones: bombas, secuestros, copamiento de poblados y el "ajusticiamiento" del vocero de la Marina que justificó los fusilamientos de Trelew con la excusa de que los guerrilleros se habían querido fugar. Al finalizar abril, no quedaban dudas en los mandos militares —especialmente en la Armada— de que el país se desbarrancaría hacia una guerra civil abierta de impedirse la asunción del nuevo gobierno.

En el terreno empresario, Perrotta compartía el acercamiento de la CGE a Cámpora. A principios de mayo Gelbard dejó la presidencia de la entidad en manos de Julio Broner, dueño de la empresa Wobron, para dedicarse a delinear la política económica del futuro gobierno peronista, donde la CGE tendría un fuerte papel. Perón había ungido a Gelbard como su futuro ministro de Economía. Era un judío polaco de nacimiento, radicado en Tucumán desde los trece años, donde llegó con sus padres luego de huir de Europa por los pogroms. Era un comerciante exitoso y comunista, pero aliado de Lanusse por haber facilitado el desembarco de su grupo empresario con Madanes en Aluar, especialmente por los buenos oficios bien pagos a la Fuerza Aérea. *El Cronista* publicó: "En momentos en que se asegura que el próximo gobierno aceptaría para su gestión los lineamientos generales del plan CGT-CGE, el dirigente empresario Julio Broner declara la posibilidad de que la futura política económica siga los lineamientos de la central empresarial".

Y Perrotta se preparó para la etapa. La turbulencia de ese tiempo se expresó en el diario. Comenzó un período de gran efervescencia en la redacción, que había crecido en número y en calidad de periodistas, muchos de ellos con la doble vida de profesionales y militantes. Y conformó un

equipo de una calidad excepcional: además de Tito Amadeo, Gaillard, el propio Abalo, Guareschi, Dearriba, y otros, se sumaron Carlos Somigliana en la sección Cultura, Osvaldo Soriano en Deportes, Eduardo Silverkasten y Abeledo en Economía. También llegaron José María Pasquini Durán y Roberto "Tito" Cossa. Contaba también con Luis Garasino, Antonio Brailovsky, Felipe Fridman, Amílcar Fidanza, Eduardo van der Kooy. Antes de que expirara el 73, Perrotta confirmó su decisión de ampliar el diario a todo el país. Y trazó una red de periodistas corresponsales que colaboraban con *El Cronista*. En Tucumán, por ejemplo, contrató a Ricardo Luis Kirschbaum, quien recordó una visita de Perrotta a la provincia: "Vino acompañado con una amiga íntima. Pero estaba decidido a visitar los cañaverales para poder comer un asado entre los cañeros".

Clelia Pan era la secretaria de Perrotta desde 1965. A ese puesto se sumaba Sofía Coll Benegas. Algunos testimonios sostienen que esta última también podría tener la "doble función" de ser testafierro de Perrotta, ya que conservaba algunas acciones: era una manera de que él pudiera mantener el poder en el directorio, contando con una aliada a la hora de votar. Eran pocas las mujeres que se incorporaban como periodistas. Además de Carmen Rivarola, había ingresado Susana Colombo. Como parte de la solidaridad con el Chile de Allende, después de septiembre del 73 desembarcaron en el diario algunos exiliados chilenos, como Ernesto Carmona, y también bolivianos, como Oscar Peña, que había trabajado junto al general Juan José Torres. Guareschi recordó: "Éramos una redacción de la puta madre, no se podía creer. Yo sentía que era una cagada no saber de periodismo, porque yo era verde todavía, tenía veintiocho años. Hicimos lo mejor que pudimos. Está bien que uno siempre tiene la sensación de que necesita saber más, que nunca es suficiente. Algo de esa creati-

vidad transpiraba el diario. Por eso tenía la influencia que el diario tenía. Inventaron conceptos. Un día inventamos la palabra 'entorno' para definir más adelante el gobierno de Isabel Martínez. Porque ella no significaba nada, era una especie de cero, un agujero negro. Lo importante era el entorno: López Rega, Casildo Herrera. Y esa palabra sale de ahí. Creo que la inventó Eduardo Abramovich. Las cosas se generaban así, como en las buenas redacciones: un clima de creatividad y las cosas surgen. Era un verdadero lujo laburar ahí". Abeledo comentó que entre ese año 73 y los siguientes, el diario se convertiría, para muchos, en un "aguantadero". "A mí no me gusta calificarlo así. Yo creo que fue un lugar que le dio trabajo a muchísimos periodistas de Chile, de Bolivia, de Uruguay, que estaban injustamente perseguidos, y realmente me parece que fue una obra muy buena de Cacho." María Luisa Clauret, la más antigua y estrecha colaboradora de Perrotta en el área comercial, ingresada al diario en 1962, recordó que era habitual que los exiliados chilenos pernoctaran en el primer piso del diario. La secretaria Clelia describió un escenario que excedía la simple solidaridad y no sólo parecía comprender a los chilenos: "En más de una oportunidad, abrí el armario de Perrotta en su oficina y había de todo, armas y muchísimos volantes de los revolucionarios".

Tal era el comportamiento de Perrotta que corría una suerte de mito que indicaba que si un periodista necesitaba trabajo, se iba a la redacción de *El Cronista* y se ponía a escribir. Y que al tercer día Perrotta, que le gustaba recorrer la redacción, le decía al jefe de personal:

—¡Qué barbaridad! ¿Cómo puede ser que este muchacho no tenga sueldo?

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —se indignaba el administrador Orecchia, que veía que los números cada vez daban menos.

“Cacho Perrotta no fue un empresario más, que se vio beneficiado porque el padre tenía ya una empresa. No, no, él inventó un diario, es decir, lo reinventó. Él tiene muchísimo mérito, no sé si tanto como Jacobo Timerman, porque él no escribía, pero tuvo una gran visión. Y lo rescataba de él es que apostó a lo mejor del periodismo, trató de juntar a los mejores, e hizo una redacción brillante”, recordó Abeledo.

El 25 de mayo, Cámpora asumió la presidencia. Las manifestaciones fueron impresionantes. Cámpora recibió el bastón presidencial de Lanusse en una ceremonia de la que participaron, entre otros, los presidentes de Cuba, Osvaldo Dorticós, y de Chile, Salvador Allende, y la multitud en Plaza de Mayo que impidió cualquier injerencia militar en los actos. Al atardecer, miles de manifestantes se dirigieron hacia el penal de Villa Devoto y lo rodearon. Los presos de las organizaciones guerrilleras habían tomado la prisión esperando a la multitud que aguardó en la puerta hasta su liberación. Esa noche recobraron su libertad 371 presos políticos. La jornada quedó empañada porque fueron acribillados dos militantes de la izquierda en las puertas del penal: Carlos Miguel Sfeir, de diecisiete años, y Oscar Lisak, de dieciséis. También liberaron cientos de presos que aún estaban en las cárceles del sur y Mendoza. Al día siguiente el Congreso aprobó una ley de amnistía amplia y generosa y derogó toda la legislación represiva.

El gobierno de Cámpora había llevado al triunfo un programa mínimo que, sin embargo, expresaba los objetivos básicos del peronismo, cuya matriz sólo podía ser cumplida desde un gobierno popular. Cámpora presentó cinco puntos: “1) Afirmación de los objetivos de liberación y reconstrucción como fundamento de nuestra participación impostergable en el proceso de integración latinoamericana (...); 2) Plena vigencia de las garantías y

coincidencias suscritas espontáneamente en la Hora del Pueblo, el Frente Cívico de Liberación Nacional y en la Asamblea de la Unidad Nacional; 3) Acordar una tregua política y social (...); 4) Compromiso de respetar la Constitución Nacional (...); que nunca más el orden jurídico argentino se vea sometido a hechos de fuerza; 5) Las Fuerzas Armadas han de contribuir en el proceso de reconstrucción nacional". Las expectativas se centraban en una gran cantidad de reivindicaciones históricas, como la planificación estatal de la economía que incluyera la protección de la industria nacional, la consolidación de la industria pesada, la integración de las economías regionales y la nacionalización de los sectores básicos, al igual que del sistema bancario. También se repudiaba la deuda financiera contraída por los militares, a la vez que se impulsaba una política exterior independiente y de solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo. El 28 de mayo Cámpora restableció las relaciones con Cuba. Desde el Ministerio de Economía, Gelbard impulsó el último proyecto de desarrollo capitalista nacional que tendría el país, antes de la hecatombe neoliberal que lo sepultará en las décadas venideras.

Las organizaciones armadas, por su parte, se aprestaban a dar una batalla cultural, política y militar por sus ideas. A su vez, en el gobierno de Cámpora estallaron los enfrentamientos entre la derecha y la izquierda del peronismo. La derecha estaba expresada por el ala sindical dirigida por la poderosa CGT, cuya cabeza era el metalúrgico Lorenzo Miguel y el ala política atizada por el secretario personal de Perón, José López Rega, un ex cabo de la Policía e integrante de la logia P2 de Licio Gelli. En los primeros dos meses de gestión del gobierno de Cámpora se sucedieron las ocupaciones de fábricas y oficinas públicas en general. Montoneros participaba del gobierno a través de su in-

fluencia en los ministerios de Cultura y Educación, con Jorge Taiana, e Interior con Esteban "el Bebe" Righi, y algunas gobernaciones provinciales y municipales. El resto de los ministerios se completó con Juan Carlos Puig en Relaciones Exteriores y Culto, el secretario de la UOM Ricardo Otero en Trabajo, Ángel Federico Robledo en Defensa, López Rega en Bienestar Social y Antonio Juan Benítez en Justicia. A partir de ese momento comenzaron los preparativos para el retorno definitivo de Perón, el 20 de junio, anunciado por López Rega. Perrotta, por esos días, le comentó a Samek:

—A Perón le queda un año de vida y por eso viene.

Era algo típico de Perrotta. Utilizar una mezcla de información y datos con especulación suya. Como los demás sabían de su acceso a mucha información, no reconocían la parte que él agregaba. En este caso, más allá del porcentaje de información y conjetura, tuvo un acierto notable.

El Cronista, en esos días, era una bomba de tiempo. Perrotta había formado un consejo de dirección que integraban D'Apice, Orecchia y Samek. Sin embargo, la experiencia duró poco. Perrotta tendía a invitar alternativamente a los que le daban cierta confianza. Era habitual que pidiera opiniones a distintas personas, ahora más en el pasillo del diario que en alguno de los clubes que frecuentaba —aunque seguía tomando los consejos, o, mejor dicho, las informaciones ahí obtenidos—, y entonces regresaba con nuevas posiciones a la mesa de discusión. Llegaba a realizar reuniones paralelas sin aviso, generando desorden y, de vez en cuando, algunas suspicacias. No era éste su objetivo. Sus allegados lo sabían. Eran conscientes de que Perrotta tenía una terrible necesidad de ser querido, aprobado, respetado pero no deseaba ser visto como el clásico patrón. D'Apice terminó yéndose del diario.

Perrotta continuaba incorporando periodistas, llenando

el diario de militantes, y concediendo todas las mejoras que le pedían. Desde el punto de vista comercial era insostenible. No sólo tenía cada vez más gastos, sino que se quedaba sin anunciantes por las notas en contra de las mismas empresas que publicitaban en el diario.

Abalo le advirtió:

—Si seguís con esta política, el diario se hunde.

—¿Ah, sí? —le dijo Perrotta, y le ofreció un lugar en el directorio de la empresa.

El mismo día de la asunción de Cámpora, Abalo viajaba a Francia. Perrotta se ofreció a llevarlo a Ezeiza. Tenían fuertes discusiones sobre el diario. Abalo se negaba a seguir manejando el diario de esa forma. Perrotta no lo escuchaba. En la discusión, los roles estaban invertidos: el trabajador ordenaba al dueño que terminara con el derroche de gastos, porque si no el diario se fundía. Perrotta continuaba adelante, y Abalo no quería permanecer en el directorio si Perrotta rechazaba las sugerencias.

—Mirá, si cuando yo vuelvo de Francia no arreglaste esto, yo me voy del directorio —le prometió Abalo.

Como no podía ser de otra manera en la primavera camporista que se vivía, la redacción del diario se transformó en una asamblea permanente. Los periodistas convocaban reuniones de diverso tipo: algunas para discutir cuestiones de política nacional, otras para temas vinculados a la situación laboral. Las asambleas se hacían en conjunto con los gráficos, aunque éstos, por tener el taller separado, no asistían con frecuencia. Dearriba recordó: “Las asambleas en *El Cronista* eran la toma del palacio de invierno, una cosa impresionante. No se discutía el aumento salarial, se discutía la revolución”. La situación no dejaba de ser paradójica. Por un lado, el líder sindical de *El Cronista* comenzó a ser Héctor “el Negro” Demarchi. Luego de entrar al diario al área de publicidad pasó a la redacción.

Escribía en la sección gremial, a raíz de lo cual tuvo algunos problemas con ciertos sectores de la CGT renuentes a las críticas, por lo que había dejado de firmar con su nombre y utilizaba el de Gaspar Gayoso. Demarchi ya había sido delegado del área de publicidad, pero cuando pasó a la redacción le pareció importante ratificar su mandato, que fue apoyado por unanimidad. Desarrolló una intensa relación con Perrotta, por su función como delegado y, por otro lado, por sus afinidades políticas: había revistado en las filas del Peronismo de Base, un agrupamiento a la izquierda de Montoneros, para luego recalar en el PRT de Santucho. Sin embargo, a raíz de su habilidad para las discusiones y la preservación de la unidad y por la propensión de Perrotta a las mejoras en las condiciones laborales, en esa época los periodistas del diario obtuvieron las mayores reivindicaciones, como el doble franco semanal y los 22 días hábiles de vacaciones. La descripción de Dearriba echa luz sobre ese momento: "La discusión era: no hay patrones buenos y patrones malos, hay siempre patrones. Ésa es la empresa, y nosotros somos asalariados. Ahora, había otros que intuíamos que no éramos simplemente asalariados: no hacíamos chorizos. Transmitir información es transmitir ideología, nos interesaba que el diario saliera. Había una tensión entre que el diario no saliera, o saliera para que se sostuviera el proyecto. Para un marxista clásico, era el proyecto de la burguesía. Para nosotros no era tan así. Dentro de Montoneros también se repetía esta discusión si patrón bueno, patrón malo, pero era una discusión menos virulenta. En un momento determinado, se planteó un aumento de sueldo. Nosotros proponemos un aumento del 30 por ciento. Era un aumento importante. Abalo nos dice 'no se puede, bájense'. En el taller había una agrupación de El Obrero, de izquierda feroz, que propuso que el aumento fuera del 70 por ciento. Entonces

hicimos una asamblea. En la asamblea, ningún compañero quería hacer la propuesta del 30 por ciento. Se abre la asamblea y pide la palabra el compañero de El Obrero y pide el 70 por ciento. ¡Nosotros teníamos que ir a bajar el precio! Nadie lo quería hacer, entonces lo hice yo. Yo creí que nos mataban. Ganamos porque había venido a la asamblea hasta el último trabajador que no venía nunca. Y todos entendían que era una cuestión de racionalidad, que no podíamos matar a la gallina de los huevos de oro". Para muchos, la situación era ambigua. Oscar "Gallego" González, miembro en ese entonces de la comisión interna de *Clarín*, retrató la situación: "Nosotros entendíamos que la presencia en la calle de *El Cronista*, que tenía posiciones de izquierda y donde escribía mucha gente progresista, era útil para el proceso que se vivía en la Argentina. Entonces, el hecho de que los gráficos hicieran paro e impidieran la salida del diario era negativo. Pero, a la vez, nosotros no podíamos, siendo sindicalistas de prensa, enfrentarnos con los sindicalistas gráficos. Entonces, ¿qué hacíamos? Usualmente, cuando se paraban los talleres, Cacho Perrotta pedía nuestra intervención. Solíamos encontrarnos con él en las inmediaciones de Recoleta, a veces en La Biela, y él nos daba un poco el parte de sus desventuras. Y entonces nosotros mandábamos una comisión del Plenario de Delegados con ánimo de hablar con estos maximalistas que estaban a cargo de la comisión interna de los gráficos. Y generalmente teníamos éxito. Una actitud difícil, porque nosotros en realidad teníamos que combatir al capital y al patrón. Pero privilegiábamos que saliera el diario porque expresaba el movimiento social de la época".

No pocos se preguntaron entonces a qué se debía el cambio radical de Perrotta. ¿Lo hacía para correr a Timerman por izquierda? ¿Lo hacía por convicción o conveniencia para ganar adeptos y lectores entre los sectores

revolucionarios? ¿Lo hacía por amor, entrado el 73, a quien los periodistas conocían como una tal “señorita Rivarola”? Perrotta ya estaba alejado de la periodista chilena con la que había compartido una larga historia de amor, y entraba en su vida una joven casi treinta años menor que él, prima de la periodista Carmen Rivarola, “de textura pequeña, redonda, vivaz y que solía acompañar a Perrotta a todas partes”, recordaron varios periodistas. Más allá de estas vivencias tan íntimas, sí se sabe que el nexo de Perrotta con los dirigentes sindicales vinculados a la rebelde CGT de los Argentinos y a diversas fracciones del peronismo revolucionario y de la izquierda guevarista le traía conflictos con los sindicalistas afines al Partido Comunista y al trotskista Partido Obrero, cuya dificultad para ver los matices lo enfrentaba con Perrotta, al igual que con Bartolomé Mitre, patriarca del diario *La Nación*. Lo único que pedía Perrotta entonces era que el diario saliera. Llegó a participar y a tomar la palabra en alguna asamblea. Norberto Colominas recordó: “Si hubiera sido un patrón convencional, lo sacábamos a sillazos, pero Perrotta era una cosa muy rara. La gente lo quería a Perrotta. Lo estimaba: era un buen tipo, era un tipo culto, educado, nunca maltrató a nadie. La gente por lo menos lo respetaba. Y algunos lo queríamos. No se puede decir eso de ningún otro dueño de medios que yo conozca en esta ciudad”. Perrotta nunca tomó represalias. Sus respuestas siempre “corrían por izquierda” a los reclamos. Llegó a otorgar aumentos muy superiores a los que le pedían los delegados. Esto traía dos consecuencias: la primera, para Perrotta, en relación con las cuentas de su empresa. La segunda, para los delegados, que tenían que ir a las asambleas de la Asociación de Periodistas como bichos raros. Los de *El Cronista* lograban siempre un aumento mayor al solicitado.

Perrotta decía:

—Si esto quedara así sería paternalismo. Ustedes tienen que reclamar otra cosa, más importante.

¿Cuál era la cosa más importante? Perrotta tal vez pensaba, aunque no existe forma de saberlo con seguridad, que se refería a la “toma del poder” en la Argentina y, de paso, en *El Cronista*.

Mientras tanto, el diario entraba en un callejón financiero.

—No tirés más de la cuerda porque esto se acaba —le advertían Abalo y Samek, que manejaban virtualmente la conducción del diario.

Un mes más tarde, cuando Abalo volvió de Francia, la situación no sólo era la misma sino que Perrotta había contratado aun más gente. Abalo se fue del directorio. Para suerte de las finanzas de *El Cronista*, el Ministerio de Trabajo, cuya cabeza era el dirigente sindical metalúrgico Ricardo Otero, declaró ilegales los paros. Luis Guagnini había llegado de las redacciones de *Confirmado*, *La Opinión*, *Clarín* y *Noticias* —el diario recientemente fundado por Montoneros que dirigía Miguel Bonasso junto con Norberto Habegger—, a la vez que escribía para varias agencias de noticias internacionales. Por esos días inventó “la fatiga moral” para evitar hacer paros. Esta nueva categoría implicaba que los trabajadores no paraban, sino que tenían “fatiga moral” porque la empresa no reconocía su trabajo, e incluía títulos vacíos de contenido, demoras en la entrega de notas, entre otras medidas. Dearriba recordó: “Perrotta, como un caballero, no decía nada, ni pío. Nada”.

La guerra entre los sectores enfrentados dentro del gobierno estalló en ocasión del regreso definitivo de Perón a la Argentina, previsto para el 20 de junio. Si, como sostiene Norberto Galasso, durante la campaña y los primeros días

del gobierno de Cámpora el péndulo se había desplazado hacia la izquierda, ahora el péndulo comenzaba a inclinarse hacia el centro. Pero se iba a desbarrancar rápidamente hacia la derecha. La organización formal del acto quedó en manos de Norma Kennedy, Lorenzo Miguel, José Ignacio Rucci —el metalúrgico líder de la CGT—, el coronel Jorge Osinde y Juan Manuel Abal Medina, pero el hombre que manejó los hilos detrás de bambalinas fue López Rega. Ocurrió así el acto más masivo de la historia argentina: rumbo a Ezeiza, donde debía arribar el avión de Perón, hubo entre dos y tres millones de argentinos. Familias enteras, barrios enteros, organizaciones sociales y culturales, el movimiento obrero en pleno, la juventud peronista con sus estandartes, y también sus armas, de Montoneros y la FAR. Perrotta envió a Abalo a cubrir la noticia. Antes de ir, éste se reunió con Gelbard.

—No seas sonso, no vayas a Ezeiza porque el avión no va a bajar ahí —le dijo Gelbard. Abalo no le creyó y fue igual.

El acto era una emboscada. La derecha peronista copó las inmediaciones del palco ubicado en el puente El Trébol y provocó el enfrentamiento con los sectores de la izquierda peronista. Se produjo un intenso tiroteo, en especial del palco hacia la multitud, desde donde disparaban los miembros de la derecha peronista bajo el mando de López Rega y Osinde, quienes ya tramaban la formación del grupo terrorista de derecha la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Lo ocurrido en Ezeiza fue una tragedia: matones acribillando a los asistentes, más de cien muertos, cientos de militantes políticos torturados y millones de personas de toda edad y condición desbandándose desesperadas, aterrorizadas e indignadas. En esa jornada negra, sospecharon o supieron que la historia argentina comenzaba un camino irreversible de tragedia. Perón, finalmente,

atterrizó en la Base Aérea de Morón, se fue a la residencia presidencial de Olivos y al día siguiente se mudó a la residencia de Gaspar Campos.

Con Perón de nuevo en el país, la política pasaba tanto por la Casa Rosada como por su residencia. El 13 de julio Cámpora anunció al Congreso su renuncia y la de Solano Lima, que fueron aceptadas. Había durado cuarenta y nueve días en el cargo. Asumió en su lugar el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Lastiri. No parecía un buen presagio: yerno de López Rega —casado con su hija Norma—, su presencia era cada vez más fuerte dentro del gobierno. Apenas asumió, Lastiri sustituyó a los ministros del Interior y de Relaciones Exteriores y Culto: Righi fue reemplazado por Benito Llambí y Juan Carlos Puig por Alberto Juan Vignes. El resto de los ministerios quedó igual. Recibió el apoyo tanto de la CGT como de la CGE, que poco antes habían firmado el Pacto Social. El 20 de julio convocó a elecciones para el 23 de septiembre y sostuvo que entregaría la presidencia el 12 de octubre. El gobierno tomó dos medidas de suma importancia: por un lado, anunció el ingreso de la Argentina al Movimiento de Países No Alineados y otorgó un crédito a Cuba para la compra de equipos argentinos. Era el inicio de una relación comercial que Perrotta sostuvo desde el diario, a pesar de los inconvenientes que esto le trajo. El 11 de agosto quedó oficializada la fórmula Perón-Perón (María Isabel Martínez) para las elecciones, mientras que los radicales proclamaron a Ricardo Balbín-Fernando de la Rúa.

Mientras tanto, Perrotta seguía entusiasmado con el nuevo gobierno. El 22 de agosto, en el primer aniversario de la masacre de Trelew, la Juventud Peronista realizó un acto para recordar a los muertos en la lucha contra la proscripción del peronismo. La fecha coincidía también con el aniversario del renunciamiento de Evita a la vicepresidencia.

—Voy a ir —le dijo Perrotta a Abalo.

—No vayas, es peligroso.

El acto se hizo en el estadio de Atlanta, donde concu-
rieron más de 40 mil personas, la mayoría jóvenes. Entre
la multitud estaba Perrotta, junto a periodistas jóvenes, al-
gunos de *El Cronista*, como Guareschi, y otros como Juan
José “Yaya” Ascone, de la agrupación de prensa “26 de
enero”, que había abandonado *La Opinión* para ir a tra-
bajar con Bonasso en la campaña presidencial de Cámpora.
En mayo de 1977, poco antes del secuestro de Perrotta,
también Ascone desaparecerá.

En el grupo se encontraba también la “señorita Riva-
rola”, amiga íntima de Perrotta. Durante años, su nombre
de pila fue un misterio. Recién a propósito de la reali-
zación de este libro, se supo que ella era en verdad una
joven estudiante de Historia llamada Elena Cecilia Riva-
rola. Es posible entender el silencio de Rafael hijo o de
las secretarias de Perrotta sobre este vínculo: ¿eligieron
ocultarlo bajo siete llaves porque ellos pertenecían a su
“viejo mundo”, antagónico de sus cambios? Es probable:
lo que sí recuerda Clelia de los amoríos de su jefe es que
en Francia una amiga íntima de Perrotta llamada Chantal
le remitía sus cartas secretas al Círculo Militar, que él reti-
raba cuando iba a ver a los generales amigos. La dificultad
en recordar durante años el nombre de pila de Rivarola
se explica, tal vez, porque en el diario le habían puesto
un seudónimo, “La barragana”, que según el diccionario
tiene la siguiente acepción: “Mujer legítima, aunque de
condición desigual y sin el goce de los derechos civiles”.
El apodo lo había inventado “Tito” Amadeo. Los testi-
monios aseguran que Perrotta y Rivarola solían verse en
el departamento de ella en la calle Laprida, por Recoleta,
donde él comenzó a reunirse con algunos periodistas del
diario a conversar *off the record*. ¿La “señorita Rivarola”

era una militante peronista o de izquierda? Tanto Samek como Abalo afirmaron que había pocos datos para definir cuál podía ser su perfil político en esos años. Sí que en la intimidad Perrotta solía comentar la fuerte atracción que sentía por ella. Es decir: tenían buen sexo. Samek recuerda que Rivarola fue alumna suya en la facultad de Filosofía y Letras, en la cátedra dirigida por Rodolfo Ortega Peña, en 1973. Samek era ayudante de él en la materia "Historia de las luchas populares en América Latina", donde cursaba Rivarola. Quienes más conocieron ese vínculo repiten que esa relación no parece haber tenido una influencia clave en el cambio ideológico de Perrotta, a esas alturas ya de larga data. En todo caso, que su vínculo amoroso con la "señorita Rivarola" era consecuencia de ese proceso y no causa.

El amor de Perrotta y Rivarola ocurría en un marco de violencia creciente: la tragedia de Ezeiza había abierto la caja de Pandora. Entre las elecciones en las que Perón se impuso por el 62 por ciento de los votos —el porcentaje más alto de la historia política argentina— y su asunción en octubre de 1973, se produjeron acontecimientos violentos y premonitorios. La guerrilla del PRT-ERP terminó su "tregua" con el gobierno y atacó cuarteles y secuestró a directivos de empresas extranjeras y realizó un sinnúmero de acciones armadas. Apenas terminaron las elecciones, el ERP fue ilegalizado. Montoneros estaba expectante, mientras se unía en una sola organización con la FAR, pero dos días después de las elecciones, fue asesinado el líder de la CGT, José Ignacio Rucci, pilar de Perón en el Pacto Social con la CGE de Gelbard. Esta muerte profundizó el enfrentamiento violento entre la izquierda y la derecha peronista, que ya se había puesto en marcha trágicamente en Ezeiza. Argentina, en tanto, comenzaba a estar rodeada por dictaduras sangrientas: Uruguay (1972), Paraguay, Perú, Bolivia. El 11 de septiembre de 1973, el golpe mi-

litar de Augusto Pinochet contra el gobierno socialista de Salvador Allende, muerto en La Moneda, sumó a Chile al cerrojo dictatorial en el Cono Sur. Muchos chilenos, entre ellos el ex comandante del Ejército general Carlos Prats González, se exiliaron en la Argentina. El gobierno decretó un duelo nacional de tres días por la muerte de Allende aunque menos de una semana más tarde reconoció a la junta militar que había usurpado el poder en Chile. El 12 de octubre Perón asumió la presidencia con su uniforme militar y mantuvo el gabinete conformado por Lastiri.

Perrotta no había abandonado su sueño de tener un gran diario. Al cambio tecnológico del pase al sistema de composición en frío u *offset* lo complementó con la modificación del formato del diario. El sábado 6 de octubre de 1973 apareció con un recuadro en la esquina inferior izquierda: "A partir de la fecha, las ediciones de *El Cronista Comercial* se hacen en un nuevo formato. Corresponde explicar a nuestros lectores y avisadores las razones del cambio. Y, en realidad, se trata de canalizar las inquietudes de ellos mismos, para mejorar la calidad del diario. Nos asiste la certeza de que el tamaño tabloide en el que desde hoy hacemos nuestras ediciones, nos dará una nueva oportunidad para satisfacer las expectativas de nuestros amigos. Expectativas que, claro, constituyen las normas de nuestro trabajo cotidiano". Comenzó entonces a circular el diario rediseñado. Estaban de nuevo en la calle ya que el primer intento de venta no sólo por suscripción había fracasado. Perrotta, tras la fallida experiencia anterior, cambió la estrategia de distribución. Samek recordó: "Lo que hicimos fue una colocación de *El Cronista* en los kioscos que nos aceptaban directamente, al margen de los recorridos. En lugar de ir a la red de distribución de diarios y revistas, teníamos gente que iba y llevaba tantos ejemplares a este kiosco, tantos a este otro. Y lo entregábamos manualmente

en la zona céntrica. Y se vendieron muchísimos ejemplares, y de a poquito lo fuimos colocando”.

Para esta “patriada” del diario, Perrotta había realizado una fuerte inversión en la compra de un taller de composición propio. Lo obligaba el cambio tecnológico producido al pasar del sistema tipográfico o “en caliente” al sistema de composición en frío. Dejó de trabajar con COGTAL y montó su propio taller en San Telmo, en la calle Balcarce. A pesar de su distribución en calle, el diario no justificaba tener una imprenta propia, ya que su tirada se imprimía en una hora. Comercialmente tampoco se compensaba semejante inversión. Perrotta sabía que no se podía sostener la expansión sólo con la venta del *El Cronista*. Pensó en vender los servicios del taller a otros. Samek le presentó a Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña, ambos abogados conocidos por su defensa de los militantes presos durante los gobiernos militares y de conocida militancia peronista. Ambos eran los editores de *Militancia Peronista para la Liberación* —más conocida como la revista *Militancia*— que comenzó a utilizar el taller de *El Cronista* para la composición. Pero Perrotta no pudo extender su negocio mucho más allá, a pesar de que el retorno democrático había producido una explosión de publicaciones. Repasando: por la derecha católica surgió la revista *Cabildo*, dirigida por Ricardo Curutchet, a la que se sumaba el semanario *Esquiú* de Luis Luchía-Puig. Seguía apareciendo la revista quincenal *Criterio*, del padre Mejía; el marino Manrique, que ya tenía experiencia en publicaciones, preparaba la salida del *Correo de la Semana*, continuador del *Correo de la Tarde*, y la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), resurgida con la conducción de Juan Queraltó, publicaba *Alianza*. La derecha peronista también lanzó sus publicaciones: *Pueblo Nuestro*, dirigido por Norma Kennedy, y *El Caudillo* (de la Tercera Posición),

un semanario que dirigía Felipe Romero, devenido en terrorista de la Triple A. Además, Norma López Rega de Lastiri editaba junto a Jorge Conti el mensual *Las Bases*, mientras que Tulio Jacovella aún dirigía *Mayoría* (segunda época), un matutino identificado con el peronismo histórico. También en 1973 hubo un intento de reflotar *Primera Plana* por parte del empresario peronista Jorge Antonio. El liberalismo radical se expresaba a través del mensual *Cuestionario*, de Rodolfo Terragno; la izquierda tradicional a través del semanario comunista *Nuestra Palabra*, dirigido por Fernando Nadra, el dirigente e intelectual Abelardo Ramos publicaba *Izquierda Popular* y los guevaristas, la revista *Nuevo Hombre*, a cargo de los periodistas Enrique Walker, Osvaldo Natucci, Manuel Gaggero y Rodolfo Mattarollo, asesorados por el brillante intelectual Silvio Frondizi, quien fue asesinado en septiembre de 1974 por la Triple A. Lo mismo ocurrió con Walker dos años más tarde. El PRT de Santucho editaba el periódico *El Combatiente* y la revista *Estrella Roja* —boletín del ERP— desde 1970, como órganos oficiales de ese partido en forma clandestina. Tuvo apenas unos meses de legalidad durante el gobierno de Cámpora. En agosto de 1973, el PRT adquirió el diario *El Mundo*, que quedó bajo la dirección de Luis Cerrutti Costa y luego de Gaggero. Tras amenazas y atentados, el gobierno de Lastiri cerró el diario. El peronismo de izquierda, además de la revista *Militancia*, lanzó *El Descamisado*, un semanario que sería vocero de la Tendencia Peronista dirigido por Mario Hernández y luego por Dardo Cabo, y también *Ya! Es tiempo de pueblo*, con la dirección de Osvaldo Natucci. Montoneros, por su parte, lanzó en octubre de 1973 el matutino *Noticias*, bajo la dirección de Bonasso y la subdirección de Habegger, que era el responsable ante la conducción montonera. *Noticias* se convirtió en el medio de comunicación revolucionario

más importante de la Argentina de los setenta, con una tirada de cien mil ejemplares con picos de más de ciento cincuenta mil. Unos meses más tarde, se puso en marcha el proyecto del diario *La Calle*, un emprendimiento conjunto del Partido Comunista, el radicalismo dirigido por Raúl Alfonsín y el Partido Intransigente (PI), comandado por Oscar Alende. Cuando en 1975 fue clausurado por Isabel, *La Calle* tenía una tirada de treinta y cinco mil ejemplares.

Hacia fines de 1973, los problemas económicos de Perrotta se habían agravado. Y no sólo porque las ventas de *El Cronista* no remontaban. También porque sus cambios ideológicos le cerraban puertas comerciales. Le encargó a Jorge Pelzmajer que le realizara una nota a Carlos Pérez Companc, fundador del grupo Pérez Companc junto a su hermano Jorge Joaquín, gracias al cobro de una indemnización por la expropiación de unas tierras patagónicas sumada al aporte de varios miembros de la Acción Católica, el Opus Dei y el Episcopado argentino que les permitió comenzar el negocio familiar hasta convertirse en una de las familias más ricas del país. Entre otros tantos negocios —agro y petróleo— volcaron su interés hacia la forestación. Los Pérez Companc estaban a punto de inaugurar una importante maderera en Misiones llamada San Jorge. Pelzmajer era un estudiante de economía que había entrado al diario entre fines de 1971 y principios de 1972. Con la orden de Perrotta, se documentó acerca de la industria maderera en el archivo del diario, la Secretaría de Agricultura y el Instituto Forestal Argentino, donde investigó la legislación vigente sobre el tema, y fue a ver a Pérez Companc. Tras las preguntas de rigor, dejó la más importante para el final.

—¿Van a hacer tala rasa? —preguntó Pelzmajer.

Eso significaba talar, arrasar y no reponer los árboles cortados.

—Apague el grabador —le indicó Pérez Companc—. Esa pregunta no la voy a contestar.

Pelzmajer apagó el grabador, pero le respondió que era una pregunta tan importante como las otras debido a la legislación forestal vigente, pero no obtuvo respuesta. Volvió a la redacción y pidió ver a Perrotta, que estaba en una reunión. Su secretaria le dijo que en cuanto se desocupara lo llamaría. Por la tarde, recibió el llamado y se reunieron. Pelzmajer explicó:

—Estuve viendo al doctor Pérez Companc. Me respondió todas las preguntas, pero la más importante, y que estaba relacionada a la reposición de la especie, la omitió; por lo que no negó que vayan a hacer tala rasa.

—Publicalo —dijo Perrotta.

—Puede tener consecuencias —le advirtió Pelzmajer.

—Publicalo —repitió Perrotta.

La información se publicó y el grupo Pérez Companc levantó la pauta publicitaria del diario.

¿Por qué Perrotta hacía esto? Años más tarde, Pelzmajer analizó que el motivo pudo ser porque privilegiaba la información, o porque sobreestimaba la capacidad del diario, o subestimaba el camino que había que recorrer para consolidarlo. “Creo que básicamente privilegiaba la información, porque las notas tienen matices que la hacen más atractivas la unas que las otras. Y las respuestas de cierto sector empresario era que una entrevista servía para tapar gran parte de la información. Esas decisiones que tomaba Perrotta tenían repercusiones financieras muy importantes en el diario. A su vez, le daba credibilidad. Éstas fueron de las experiencias más notorias de lo que uno puede llamar libertad de prensa.” Hugo Murno también recordó ese comportamiento de Perrotta: “Él no ponía ninguna traba, nos dejaba hacer. Tenía absoluta confianza en la gente con la que estaba trabajando. Yo no me acuerdo

que nunca haya puesto ningún tipo de traba. De hecho, salía cada cosa, que los amigos de él lo llamaban y lo puteaban. Porque el diario salía con alguna cosa que jodía a alguna empresa, y él salía a apoyarlo, a sostenerlo”.

Pero la pasión por una nueva forma de vivir la política no sólo lo precipitaba a distanciarse de ciertos pactos con sus viejos amigos del establishment; también lo precipitaba a la quiebra aceleradamente. Perrotta necesitaba diversificar aun más la utilidad del taller. Fue entonces cuando Samek se reunió con “Paco” Urondo, que formaba parte del equipo de *Noticias* y le explicó la situación. A los miembros de *Noticias* les interesaba editar en el taller de Perrotta, pero Samek les dijo que estaban por fundirse. Un día, “Paco” Urondo lo citó a una reunión cerca del viejo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, frente al Hospital de Clínicas, donde era director del departamento de Letras. La reunión transcurrió en una sala donde hacía mucho frío. “Paco” Urondo tenía los pies apoyados en un paquete envuelto con papel de diario. Estuvo así toda la reunión. Cuando terminó, le dio el paquete a Samek.

—Tomá, llevate esto. Es el aporte que nosotros vamos a hacer para la imprenta. Es un anticipo.

El paquete eran unos fajos de dólares. Samek lo tomó y se fue para *El Cronista*.

—Esto es para la imprenta —le dijo a Perrotta, que ya sabía de qué se trataba. Seguramente habían arreglado los detalles con los dirigentes montoneros Habegger o con Roberto “el Negro” Quieto.

Orecchia, el administrador del diario, no ignoraba que tanto Bonasso como Juan Gelman o Habegger se reunían con Perrotta. Recibió el dinero y lo depositó para cubrir el rojo. Así, al igual que *Militancia*, el diario *Noticias* pasó a editarse en el taller de Perrotta. Para los Montoneros, era un gesto importante. Si bien conocían los problemas eco-

nómicos de *El Cronista*, percibían que no era por eso que Perrotta ayudaba. No porque consideraran a Perrotta parte de su estructura, sino porque no era fácil conseguir ayuda para cuestiones relacionadas con la prensa y, menos aún, con la situación que comenzaba a resquebrajarse entre los sectores juveniles y Perón. Roberto Perdía, miembro de la conducción montonera, recordó: "La relación era de colaboración, más que de participación orgánica, más bien de tipo personal. Pero el problema no era la plata, eso seguro, sino dónde hacer el diario. Un lugar propio aguantaba dos minutos porque lo hubieran atacado. El tema no era la plata, la colaboración no consistía en hacerlo gratis o barato. La colaboración consistía en permitir que se hiciera".

Así, Perrotta tomaba riesgos en un clima de violencia ascendente. Antes de que expirara el 73, Perón mostró sus primeros síntomas de vejez al enfermarse. La derecha peronista comenzaba a tomar definitivamente el control del gobierno, de la mano de López Rega, mientras sus matones y patotas de la Triple A asesinaban clandestinamente a opositores, sobre todo de la izquierda peronista. El senador radical Hipólito Solari Yrigoyen se salvó milagrosamente cuando una bomba estalló al arrancar su coche. Pocos días después, varios militantes de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) fueron secuestrados y torturados, y varios de ellos asesinados. Las organizaciones guerrilleras, por su parte, estaban convencidas de que la lucha política rumbeaba hacia la disputa del poder para construir el socialismo internacionalista, según los guevaristas, o nacional, según los peronistas. No comprendían que lo que en verdad se disputaba por entonces era el curso del capitalismo argentino —si especulativo y prebendario o industrialista y apoyado en el mercado interno con altos salarios—, es decir, el carácter de la democracia en base a la lucha política y social por la distribución del ingreso.

Al diversificarse la producción en el taller, los problemas económicos dieron un respiro. Pero el frente familiar de Perrotta se había complicado mucho. Su hijo Rafael trabajaba en el diario y consideraba que la gestión comercial y financiera encarada por su padre y comandada por Samek y Abalo era un desastre. Además, no compartía el viraje ideológico de su padre. Veía cómo se dilapidaba su herencia. Sabía, como lo había sabido su padre, que el acceso a los círculos de la alta sociedad lo daban, por un lado, el dinero, y, por el otro, el prestigio del apellido. Los Bengolea lo tenían asegurado, pero los Perrotta tenían que ganarlo y mantenerlo día a día, y la nueva vida de su padre iba rumbo a finiquitar ese capital construido durante años. En términos comerciales, Rafael compartía las críticas que hacían Abalo y Samek: el diario no podía continuar de esa forma, cada vez con más personal. Pero no les perdonaba haber influido en el viraje político de su padre. Rafael había logrado —en medio de una dura puja— llevar a Martín Jepsen, un licenciado en administración que conocía de la universidad, como gerente comercial. Perrotta no lo aceptó y repuso a Samek. Rafael se fue del diario. Y recordó: “Él quería tener ahí a otra persona, que era más afín ideológicamente con él, sin darse cuenta de que el tipo que trajo no sabía un pomo. Bueno, creo que el resultado fue lo que pasó. Puso gente afín a él, y no pensó que la empresa tenía que seguir funcionando como tal”.

Desde el inicio de la gestión de Cámpora, y pasando por la de Lastiri, para Perrotta la presencia de Gelbard en el Ministerio de Economía era una buena señal, si bien entre ellos la relación era difícil. Por un lado, Perrotta había contratado a muchos periodistas relacionados con la CGE, como Larriqueta, Abalo y Dearriba. Ellos eran un vínculo natural, aunque cada uno a su modo. Abalo gozaba de la absoluta confianza de Gelbard; Dearriba nunca había dejado

de colaborar con Broner —a cargo de la CGE—, mientras que Larriqueta, cercano a Broner, ayudaba en cuestiones de prensa. También Samek, en alguna oportunidad, había oficiado de mensajero entre ellos, y es posible que Perrotta estuviera un poco resentido desde aquella oportunidad en que recibió la negativa de Gelbard a poner publicidad en su diario, aunque sus razones eran válidas y lo habían empujado a transformarlo y a aumentar la tirada. Perrotta y Gelbard tenían orígenes e historia muy diferentes, aunque compartían no pocas ideas sobre el destino del país. Como se mencionó antes, Gelbard era un inmigrante polaco, apenas instruido, antes de llegar a la Argentina junto a su familia en 1930 huyendo del nazismo. Al arribar a Buenos Aires, habían tomado el Expreso del Norte hacia Tucumán “en tercera clase porque no había cuarta”, un lugar donde se asentaron tanto judíos como musulmanes en busca de un futuro digno. Con un talento innato para los negocios, se transformó en un “cuenternik”, como se llamaba a los judíos dedicados a la compra y venta ambulante, pequeños comerciantes que a base de perseverancia y habilidad mercantil lograban adaptarse a su nueva sociedad y amasar fortunas de diversos tamaños, pero que los colocaban en un estatus social más elevado del que habían llegado. Gelbard comenzó vendiendo corbatas y otros accesorios, pero ascendería rápidamente para transformarse en el líder de los pequeños y medianos empresarios del Noroeste, gracias a los viajes que realizaba exhortándolos a organizarse hasta convertirse en su vocero en las instancias nacionales. Militante comunista en su juventud, había comulgado con el plan económico del primer peronismo, comandado por Miguel Miranda y, en 1950 se había reunido con Perón para hacerle una propuesta: “Lo más aconsejable, General, es armar una nueva entidad empresarial, una UIA nacionalista, que ayude al gobierno a implementar el plan eco-

nómico y social. Pero también es aconsejable que no tenga el rótulo de peronista y que pueda incluir a todos, hasta a los opositores al gobierno". Perón lo apoyó y Gelbard, que tenía apenas treinta y tres años, creó la CGE, que en los setenta llegó a tener más de un millón de pequeños y medianos empresarios afiliados en sus confederaciones de comercio e industria. Gelbard tenía sus marcas ideológicas clandestinas: también integraba el directorio, un grupo de secretos operadores financieros del PC, cuyo objetivo era la generación de negocios para reproducir las arcas del partido en forma eficiente. Algo tenía en común con Perrotta: haber tejido una extensa red de contactos que irían desde militares hasta funcionarios públicos, desde la comunidad judía hasta la dirección comunista. Con el tiempo y una inusitada habilidad, Gelbard se convertiría en uno de los lobistas más importantes del siglo XX, cuyos contactos no se limitarían a la Argentina sino que iban desde la familia Kennedy hasta el servicio secreto israelí, el Mossad, desde Cuba hasta la Unión Soviética. El origen de Perrotta nada tenía que ver con esto. Nacido en una familia adinerada, heredero de un diario, desde joven se había formado intelectualmente; era universitario y católico, miembro de los clubes más selectos y casado con una mujer con apellido patricio. Eran muchos los vínculos que compartían, pero no eran amigos. Para Perrotta, durante gran parte de su vida, la CGE no tuvo importancia. Sus conexiones naturales eran con los miembros de la UIA, la CAC, el CEA y la SRA.

Además, Perrotta y Gelbard tenían una clara diferencia a la hora de conspirar, tanto en política como en los negocios. Gelbard era un experto en tejer redes, relaciones, y limitar los marcos de acción del interlocutor sin ejercer una presión explícita. Y sabía guardar secretos. Perrotta era todo lo contrario: "Era un tipo que vos le decías 'Mirá, mo-

vete acá adentro', que es el fundamento de todo acuerdo, y lo primero que hacía Perrotta era ver cómo saltaba. Lo que odiaba Gelbard era eso. Y lo que odiaba Perrotta es que Gelbard le ponía tal cerco que no se podía saltar. Porque para eso Gelbard era mandado a hacer. Si no, no podría haber hecho el acuerdo que hizo con Perón. Era un peso pesado que jamás te hacía sentir que lo era. Como con Perrotta la condición era saltar, siempre saltaba mucho más allá de donde se podía", recordó Abalo. Para Dearriba, "la relación partía desde lo que el diario expresaba. Me parece que no eran amigos previamente. No tenían ni la misma historia ni los mismos amigos, pero sí una buena relación, porque había una coincidencia de intereses muy fuerte. Yo cubría la CGE, de modo que tenía mucha información. Y desde el punto de vista de redactor, lo que yo veía es que la información con la CGE era muy fluida. En el diario pesaba mucho la visión de la CGE. Incluso creo que iba mucho más allá que la relación con la CGE". Según Rafael Kohanoff, un ingeniero muy cercano a Gelbard, sí existía un nexo entre Gelbard y Perrotta. "Había una relación de don José con él, personal. Se conocían, yo sabía que hablaba con él, cuando quería que *El Cronista* sacara algo lo llamaba, le pedía." Abalo, sin embargo, define: "Tenían contacto entre ellos y cuando no lo tenían entre sí lo tenían a través mío. Pero nunca se llevaron bien". La tendencia de Perrotta a no cumplir ciertos pactos de silencio, a Gelbard, que era cauto y reservado, le molestaba.

A principios de 1974 fue detenido en Córdoba el periodista Roberto Raúl Reyna, que trabajaba en el diario *Córdoba* y era corresponsal de *El Cronista*. Perrotta lo respaldó y trató de darle una cobertura que lo salvara de algo peor. El año había comenzado también con un atentado contra COGTAL, donde se imprimía *El Mundo*. El ERP ya estaba lanzado a intensificar la lucha armada con

el copamiento de cuarteles y otras acciones. Una de ellas fue el ataque al regimiento de Azul, que fracasó, pero dejó militares muertos y dos guerrilleros desaparecidos. Perón se enfureció y cedió a las presiones de modificar y endurecer las penas del código penal contra la guerrilla. Dentro del peronismo seguían produciéndose quiebres, en especial entre Perón y los sectores juveniles. El 22 de enero, Perón les advirtió a los diputados de la Juventud Peronista (JP) que obedecieran las órdenes de sus jefes parlamentarios o renunciaran. Los once diputados de la JP no querían acompañar la reforma al código penal que establecía penas más severas para la guerrilla y los secuestros, pero esto era más un síntoma que la verdadera causa de las diferencias. El mismo día era asesinado el dirigente de la JP Manuel Héctor Delgado, y al siguiente policías uniformados junto a civiles sin identificación allanaron la redacción de *El Descamisado*, la revista de la JP. Era el avance de los sectores de derecha que habían sumado su pata juvenil en la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA), conocida como la "Jotaperra", dirigida por Julio Yessi, secretario de López Rega. En este marco, el 24 de enero ocho diputados de la JP renunciaron a sus bancas: Armando Croatto, Santiago Díaz Ortiz, Jorge Glellel, Aníbal Iturrieta, Carlos Kunkel, Diego Muñoz Barreto, Roberto Vidaña y Rodolfo Vittar. El avance de los sectores más reaccionarios continuó sin tregua: López Rega nombró al comisario general Alberto Villar, conocido por la represión con tanquetas y perros en los funerales de los muertos en Trelew, como subjefe de la Policía Federal, y al comisario Luis Margaride, otro conocido represor —en su caso, con la característica de atacar a las parejas que concurrían a hoteles alojamiento— como jefe de Superintendencia de Seguridad Federal. Antes de irse a Libia con la misión petróleo barato, López Rega había atacado a Gel-

bard. Dijo que era mejor que un judío no se ocupara de las relaciones con el mundo árabe, ni siquiera con Muamar Al Gadafi. Gelbard sintió el embate, pero aún tenía poder para sostenerse mientras Perón estuviera con vida.

La ofensiva violenta de la derecha peronista tenía efectos en *El Cronista*. El cierre del diario *El Mundo* —clausurado por el gobierno— hizo que varios periodistas recalaran en las oficinas de Perrotta. Así llegaron a *El Cronista* Hugo Murno y Susana Viau. Varios objetaron el ingreso de Viau porque estaba vinculada al PRT, que como dirección política del ERP estaba siendo considerado ya “enemigo público” número uno.

Perrotta fue terminante:

—Cuando tomo a un periodista, no le pregunto cuáles son sus antecedentes políticos ni su ficha personal. Busco que sea un buen profesional.

Mientras tanto, Gelbard lograba que se aprobara el presupuesto sin modificaciones, firmaba convenios de cooperación con la URSS y abría el comercio con el campo socialista, llevaba adelante la fusión de la CGE con la UIA y preparaba una de las misiones más importantes de su gestión: un viaje a Cuba que rompería con el bloqueo norteamericano. Por otro lado, el ministro recibió una buena noticia: en su visita a la conferencia de cancilleres de la OEA en Tlatelolco, México, Henry Kissinger había prometido que Estados Unidos no actuaría en defensa de las empresas multinacionales. Era una clara señal de que Gelbard podía seguir adelante con su plan de obligar a las empresas estadounidenses radicadas en la Argentina a romper el bloqueo contra Cuba. El 25 de febrero de 1974 llegó a Cuba acompañado por una comitiva de más de doscientos empresarios, encabezada por Broner. Fue el comienzo de la ruptura del bloqueo: el gobierno argentino financiaría un crédito rotativo anual de 200 millones de dólares por

seis años, es decir, 1.200 millones que Cuba pagaría con 15 por ciento al contado y el resto sería imputado al crédito que se cancelaba en diecisiete semestres con un interés del 6 por ciento sobre los saldos. Con esto, Cuba podría adquirir autos, maquinaria agrícola y vial, calderas, equipos ferroviarios y de comunicaciones, y varias plantas "llave en mano", además de otros productos como cristalería, porcelana y yerba mate. Pero, más allá de la operación económica, el significado de esta acción era político. Perrotta apoyó el viaje desde *El Cronista*. Y publicó una página entera con notas cursadas por Fidel y Perón: "Intercambio de mensajes entre dos líderes de la liberación latinoamericana", para recalcar: "Los inspiradores de la lucha por la liberación de las Repúblicas Popular de Cuba y de la Argentina hicieron un importante intercambio de mensajes. Sus textos marcan una etapa y un derrotero. Por ese motivo se someten a consideración de la opinión pública". Perón le había enviado a Fidel dos cosas a través de Gelbard: una carta personal y un Torino. "Quisiera expresarle en cuánto apreciamos esta misión de amistad que ahora trabaja entre nosotros y el hecho de que a su frente venga el ministro doctor Gelbard; que tan importante papel ha jugado en el desarrollo de nuestras relaciones", le respondió Fidel, según las cartas publicadas. Al regreso de la misión, Perrotta siguió dando lugar en el diario a las repercusiones y al seguimiento de los acuerdos firmados. El 8 de marzo afirmó: "La política de Argentina sobre Cuba está forzando a otros Estados del área". El diario calificaba como excelentes las perspectivas que se abrían con la ruptura del bloqueo y destacaba la firme actitud del gobierno de "obligar a las empresas trasnacionales a someterse a sus leyes".

El apoyo de Perrotta a la operación fue tal que le generó un conflicto financiero. Pelzmajer era el periodista encar-

gado de esos temas. "Entre los sectores que yo manejaba estaban el automotriz y autopartistas, porque además yo colaboraba con la cámara de industriales fabricantes de autopiezas, de la cual provenían Gelbard y Broner. Tenía mucha información del sector automotriz, porque era la cámara complementaria, la que fabricaba los componentes adicionales. En el caso de Cuba, particularmente, corre una versión a fines del 73 acerca de que se iban a desbloquear las exportaciones. Un sector clave que se pensaba iba a reanimar la economía era la exportación automotriz. El sector estaba diferenciado entre aquellas empresas de origen europeo y las de origen americano. Fiat, Peugeot, y las norteamericanas Ford y la General Motors", relató Pelzmajer, a quien le dieron la tarea de chequear esta información lo más rápido posible. El periodista llamó a sus fuentes en las empresas automotrices. Las europeas Fiat y Peugeot le confirmaron que no tenían ningún inconveniente en realizar las exportaciones. En el caso de las norteamericanas, fue distinto: la General Motors le dijo que estaba al tanto de la versión pero que no realizaría comentarios hasta consultar con su casa matriz. La Ford también afirmó conocer las versiones pero se pronunció en contra. "Entonces, saco un suelto diciendo que hay conversaciones. Creo que fue el primer diario que saca esto, porque tenía muy buena relación con el Ministerio de Economía, había un muy buen nivel de información. Sale también una pastilla anunciando que se estaban por reanudar las exportaciones automotrices a Cuba. Al segundo o tercer día hago el segundo llamado telefónico a las norteamericanas, que me contestan, General Motors que no había tenido respuesta de Detroit, y la Ford no estaba dispuesta a exportar. Entonces pregunto si ésa era una palabra oficial de la Ford y me dicen que sí. La Ford Motor Company Argentina se niega a exportar en virtud del bloqueo. Era

una información complicada. Cierro la nota, me levanto, voy a la mesa de redacción, la leo y me dicen: 'Jorge, ¿estás seguro? Bueno, bárbaro, la nota se publica'. Al otro día, a la tarde, entra a la redacción el director comercial de *El Cronista*, que era Samek. Lanza un exabrupto: '¿Quién fue el que originó esta información?' Yo no estaba, y después fui a charlar con él. Pero el exabrupto fue una puteada que llegó hasta la esquina. La Ford había levantado la pauta publicitaria. Esto mostraba el nivel de independencia de información." El 18 de abril, el gobierno estadounidense autorizó a las filiales en Argentina a vender autos a Cuba. La noticia fue tomada con distinto signo por los diarios. *Clarín* tituló "Afloja Nixon: Estados Unidos no puede impedir que la Argentina le venda autos a Cuba". *La Opinión* le dedicó casi toda la primera página con un artículo de Heriberto Kahn que sostenía que la ruptura del bloqueo era la decisión más importante de los últimos diez años. Por otro lado, el *Buenos Aires Herald* deslizaba algunas críticas mientras que *La Nación* coincidía con éste y sumaba cuestionamientos a los efectos políticos del convenio. *El Cronista*, por su parte, mantuvo su posición a favor de los acuerdos que permitían la ruptura del bloqueo. Algunos testimonios, como el de Murno, aseguran que Perrotta mantuvo una reunión con Fidel y, como era habitual, recibió del líder cubano una caja de habanos que compartía con algunos de sus colaboradores más cercanos. "Había viajado a Cuba. Me acuerdo cuando volvió de Cuba, nos regaló varios de los habanos que regalaba Fidel, con su foto. Esos habanos los daba Fidel en mano. Perrotta estaba deslumbrado, maravillado."

La noticia de la autorización caía en un momento en que Perón comenzaba a optar definitivamente por recostarse en el poder sindical y en López Rega. La situación era cada vez más peligrosa. Poco antes del conflicto con

los Estados Unidos por el desbloqueo argentino a Cuba, a fines de marzo del 74, se produce un hecho preocupante: el teniente coronel Antonio Domingo Navarro se rebeló en Córdoba y obligó a renunciar al gobernador Ricardo Obregón Cano y al vicegobernador Atilio López — ambos hombres vinculados a la JP —, en lo que fue conocido como “el Navarrazo”. Perón no los repuso en sus cargos, sino que nombró a Duilio Brunello, un hombre muy vinculado a Gelbard e histórico de la ortodoxia peronista, como interventor. A comienzos de marzo, además, explota una bomba en la redacción del diario *Noticias*. No era raro: desde hacía bastante tiempo varios periodistas del diario eran seguidos a la salida del trabajo, y recibían constantes amenazas. Perrotta publicó en el diario una nota con la condena de las organizaciones gremiales de periodistas al atentado, tanto de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires como del Bloque Peronista de Prensa, además de fragmentos de la carta enviada por Bonasso, su director, a Perón. Poco después, la JP celebró el primer aniversario de las elecciones con una concentración en la cancha de Atlanta. La tensión con Perón era cada vez más pública. Rodolfo Galimberti, que había sido desplazado de la conducción juvenil por Perón, afirmó: “Antes éramos la juventud maravillosa y ahora somos infiltrados”. Era un camino de ruptura sin retorno. A los atentados de la guerrilla y de la Triple A, siguieron clausuras de periódicos: primero *El Descamisado* y luego la revista *Militancia*. Era un golpe financiero para Perrotta, que los compaginaba en su taller.

El quiebre final de Perón con los sectores juveniles ocurrió el 1 de mayo, cuando se reunieron en la Plaza de Mayo todas las fracciones del peronismo con una división muy clara: de un lado, los sectores ligados al ala sindical, del peronismo ortodoxo, que se sentían cada vez más fuertes dentro del gobierno; del otro, los sectores juve-

niles, que Perón había reconocido como juventud maravillosa. Ambos se sentían parte del regreso del peronismo al poder, y por consiguiente ambos esperaban ocupar espacios en el gobierno. Los sectores juveniles advertían que estos espacios les eran cada vez más vedados. Se veían perseguidos y acorralados: "Qué pasa, qué pasa, qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular", gritaban. El clima se fue poniendo cada vez más tenso. "Vea, vea, qué manga de boludos, votamos una muerta, una puta y un cornudo", lo que hizo estallar al viejo líder. "Pese a esos estúpidos que gritan —les contestó Perón—, hoy resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon (...) y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento." La ruptura fue irreversible. La Plaza de Mayo quedó casi vacía cuando se retiraron de la plaza las columnas de Montoneros y la JP. Como todos los diarios, *El Cronista* cubrió los acontecimientos y no dejó de retratar a los sectores enfrentados y a sus respuestas frente al discurso de Perón. Mostró simpatía con los sectores juveniles.

A los pocos días, Gelbard partió hacia la URSS. La "Misión Gelbard" era de gran importancia tanto en términos económicos como políticos y Perrotta envió a Abalo como corresponsal: su cercanía con Gelbard le permitía gozar de la confianza del ministro y obtener buena información. Era, además, un asunto de extrema importancia, que Perrotta dejaba en manos de su "cardenal", o más certero, su "canciller". Gelbard se reunió con la cúpula comunista —Leonid Brezhnev, Nicolai Podgorny y Alexei Kosyguin— y luego siguió hacia Polonia, Checoslovaquia y Hungría, para realizar acuerdos económicos con el bloque socialista, que tenía, a diferencia de los Estados Unidos, una economía complementaria con la Argentina.

Mayo del 74 fue, para Perrotta, un mes cruel donde se cruzaron sus afectos y convicciones, tanto las del pasado como las del presente. Ese mes, el padre Carlos Mugica fue asesinado al salir de la iglesia de San Francisco Solano. Perrotta lo consideraba su amigo y el día anterior al suceso compartieron un café. María Luisa Clauret recordó que le había tocado desgrabar la entrevista que Mugica mantuvo en el diario. *El Cronista* lo definió como “un sacerdote intensamente comprometido con el tiempo que le tocó vivir”, y le dio una gran cobertura a sus funerales. Mientras Perrotta “lloraba” la pérdida de Mugica, dejaba que columnistas y amigos como Carlos Floria se expresaran duramente contra la violencia, ya fuera de derecha o de izquierda. Bajo el título “Los violentos”, Floria escribía: “Mientras no se advierta que están comprometidas las opciones últimas de cada hombre, en tanto no se acepte que el ‘no matarás’ es un fundamento que no se sustituye por la coartada ideológica o la eficacia del mando, la violencia seguirá difundándose, no ya como un fenómeno raro y anómalo sino como característica de una decadencia”. Floria expresaba una concepción muy cercana a la formación de Perrotta en sus años del Champagnat. No por nada era muy amigo del padre Mejía, director de la revista católica *Criterio*, donde también escribía Floria y sería su codirector muchos años después. En el mismo artículo Floria criticaba tanto al “terrorismo de los grupos de izquierda” como al “terrorismo de la derecha”: “Seamos coherentes: si lo que nos interesa es la vida y el destino del hombre, comencemos por respetar la vida humana. Si lo que predicamos es un régimen fundado en la justicia, la libertad y la igualdad, empecemos por no ver en el otro un enemigo total. Si nos oponemos al terrorismo por inhumano e intimidante, condenemos la tortura como método de lucha contra el terrorismo y la contestación. (...)”

Cuidémonos de los iluminados y no encubramos a los violentos. Y todo eso por el hombre, y en su nombre”.

Sin duda, Perrotta compartía lo escrito por Floria, y a la vez publicaba en junio del 74 el inicio de la tradicional campaña financiera del Partido Comunista, así como sostenía periodistas y corresponsales vinculados a la izquierda peronista o guevarista. Ya en Córdoba había tenido su bautismo represivo con el caso Reyna. También cubría Tucumán, una provincia que registraba un despliegue importante de la guerrilla del ERP y con una notable tradición de lucha política obrera, y por eso representaba el laboratorio de una represión a gran escala. Una bomba había estallado en la casa de la familia Kirschbaum. El padre de Ricardo, Mauricio, era un médico muy querido allí y estaba identificado con la izquierda. Ricardo, como corresponsal de *El Cronista*, no podía seguir en Tucumán. Perrotta le pidió que emigrara a Buenos Aires para protegerse. Lo hospedó en su departamento, consiguió contactos en Francia para que su padre pudiera irse y tener trabajo y lo llevó a la redacción porteña de *El Cronista*. En 1976, Kirschbaum y Guareschi emigraron hacia *Clarín*, que no perdía la oportunidad de reflejar con entusiasmo el deseo de los militares y civiles que querían terminar con Isabel Perón.

Perrotta se arriesgaba en ese juego pendular: mantenía todos sus vínculos con los que Floria llamaba terroristas y con los que combatían a ese terrorismo. A mediados de 1974 la situación era peligrosa, y tener relación con un sector u otro del peronismo podía traer graves consecuencias. Ya no era tan seguro el trabajo en una publicación como *Noticias*. En su libro *Diario de un clandestino*, Bonasso describió el clima de época de la siguiente manera: “Cada noche *Noticias* renueva el milagro de su existencia: textos, fotos y diagramas salen de nuestra covacha de la calle Piedras al 700 hacia *El Cronista*, donde se compone

la tipografía 'en frío', se arman los cartones de las páginas y se los fotografía para mandar las películas a Fabril Financiera donde una impresora Harris, buena pero lenta como corresponde a una máquina revistera, se empeña en cortar el papel y demorar hasta el infarto nuestra tirada. Los sucesivos traslados de un local a otro son verdaderas operaciones militares en el paisaje nocturno de la ciudad hostil. Las 24 páginas del diario marchan en nuestros castigados Renault 12, conducidos por choferes temerarios como el bueno de 'Virulana' y custodiados por entrañables lumpenazos de la Juventud Peronista, que dejan asomar sus escopetas por las ventanillas. En las sombras, los fachos del C de O (Comando de Organización), de la CNU (Concentración Nacional Universitaria) de la Triple A y de tantas otras siglas no menos perversas, acechan el paso de la flotilla, dispuestos a sabotearnos la edición a balazo limpio".

A esas alturas, Perrotta parecía haber decidido qué partida jugar. El 17 de mayo de 1974 publicó un aviso de *Noticias* con el título "Los grandes temas de la liberación", donde se afirmaba que *Noticias* tenía "el propósito de convertirse en una herramienta necesaria en la lucha para la liberación nacional" y enumeraba a "los columnistas de *Noticias*, comprometidos como el diario en acompañar la batalla argentina por su independencia". La lista publicada tenía veintiséis nombres, entre ellos los del constitucionalista Arturo Sampay, Oscar Alende —líder del Partido Intransigente—, Raúl Alfonsín —jefe del Movimiento de Renovación y Cambio del radicalismo—, Antonio Tróccoli, Andrés Framini, Atilio López, Mario Firmenich, Rogelio García Lupo, Rodolfo Puiggrós, Fermín Chávez, Sebastián Borro y el ex obispo Jerónimo Podestá. Muchos de ellos asistían a los almuerzos con Perrotta en el comedor del sexto piso del diario. Al día siguiente, un aviso televi-

sivo acusaba a *El Cronista* y a *La Opinión* de ser periódicos con intenciones “disolventes” a través de supuestos apoyos críticos al gobierno de Perón. La detracción al gobierno, por más templada, comenzaba a molestar a los matones de López Rega. Lo cierto es que en esos meses del 74, Perrotta no se privó de tener vínculos con la dirección de Montoneros. Llegó incluso a organizar una reunión entre Firmenich y “un militar de alto rango”, cuyo nombre no trascendió. Se reunió en alguna oportunidad también con Marcos Osatinsky y con Roberto Quieto, que provenían de las FAR. Hacia fines del 75, Perrotta solía pasar información confidencial de sus reuniones a Montoneros, que iban a parar al equipo de Inteligencia comandado por Horacio Campiglia, alias “Petrus”: recibían informaciones de numerosas fuentes, conscientes y no conscientes, y las elaboraban para generar mecanismos de contrainteligencia como más tarde lo hicieron con la agencia ANCLA, creada y dirigida por Rodolfo Walsh, destinada a producir noticias que rompieran el cerco informativo de la represión estatal.

El enfrentamiento violento entre la derecha y la izquierda peronista se abismó ante la muerte de Perón el 1 de julio del 74. La afirmación que Perrotta le hiciera a Samek, en el sentido de que Perón venía a la Argentina porque le quedaba un año de vida, se había cumplido casi con exactitud. Perrotta le dio una amplia cobertura a los funerales en el diario durante varios días. La redacción estaba callada, tensa por lo que se avecinaba. Decidieron hacer una asamblea y Eduardo “el Negro” Suárez, periodista del área de gremiales, pidió un minuto de silencio.

—Yo no hago minutos de silencio por generales burgueses, sólo los hago por compañeros revolucionarios —alegó Viau, que fue casi la única voz discordante. Viau tenía una fuerte experiencia de militancia sindical en la

CGTA y como periodista en la Editorial Abril, *Panorama* y *Análisis* antes de pasar a *El Mundo*, de donde había llegado cuando fue clausurado. Su matriz antiperonista era conocida. También Abalo se negó al minuto de silencio. Pero fue el encargado de la cobertura y escribió un artículo memorable, "más mirando a la multitud y no a Perón". "Por encima del dolor y la tristeza el pueblo cumplió con un acto de fe política", tituló su nota del 5 de julio. Una multitud esperaba para dar el último adiós a Perón: "La lluvia, continua e implacable, tornaba más larga la espera, más triste el dolor". Así lo describió: "Cuando este convencimiento se extendió (que la multitud no llegaría a despedir a su líder), el significado de la presencia de la multitud fue distinto. En los primeros momentos era el dolor, el agradecimiento, esa lealtad irrenunciable que no captaron los análisis ni la lógica, pero, por encima de todo, una dramática tristeza, una pena aguda y multitudinaria que estallaba en continuos llantos y llamados, que oscilaban entre el requerimiento casi íntimo o la afirmación militante. Pero después, cuando ya muchos se convencieron de que ni siquiera tendrían un adiós con rostro, la multitud adquirió otro tipo de consistencia. Su presencia dejó de ser solamente la asistencia al más grande funeral cívico que conoce la Argentina para transformarse en una grandiosa presencia política. (...) La memoria de Perón era algo tan vivo y tan presente en esa multitud precisamente porque él había sido la arcilla indispensable para cohesionarla. (...) Bajo la lluvia, estoicamente, la multitud despidió a su líder. Ya Perón no está con ella. Pero ella, la multitud, llenó con su presencia la ciudad. Y esa presencia, aunque condicionada por el luto, no estuvo hecha sólo de duelo, sino también de voluntad de afirmar su significado. De proyectarse como única heredera del ausente". Rodolfo Walsh había sido el encargado de escribir la tapa

de *Noticias*: "El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos 30 años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un líder excepcional", una frase que resumirá con un talento periodístico extraordinario lo crucial de ese momento de la Argentina.

Así fue: la llegada de María Estela Martínez de Perón, "Isabelita", a la presidencia, reforzó la tragedia. Perón había afirmado que mientras él viviera no habría cambios en la política económica, dando un fuerte respaldo a Gelbard. Muerto Perón, el poder de López Rega se multiplicó y Gelbard sabía que tenía los días contados. No tanto por Isabelita, a la cual Perón le había recomendado expresamente que no se desprendiera de él. Gelbard tenía una postura ambigua frente a la viuda de Perón, a la que solía defender y por quien puso toda su energía para que pudiera continuar su plan económico. López Rega haría todo lo posible por desplazarlo, y pocos días después Isabel lo confirmaría en su puesto como ministro y le sumaría el de secretario privado de la Presidencia. Gelbard llegó a pedirles a los Montoneros que se ocuparan de López Rega. Si bien lo planearon durante meses, nunca lo llevaron a cabo. Por entonces, Perrotta hizo un nuevo gesto de apoyo a Gelbard, o, mejor dicho, a la continuidad de su política económica. Llamó a Abalo a su oficina y le dijo:

—Se va a reunir la CGT en la Plaza de Mayo y lo van a silbar a Gelbard. Le van a pedir su cabeza a Isabelita. Andá y avisale.

Abalo entendió el mensaje, llamó al jefe de prensa de Gelbard para pedirle una reunión urgente con el ministro y salió corriendo hacia Economía.

—Lo voy a averiguar —respondió Gelbard, sin darle

mucho crédito: uno de sus encargados de seguridad era un comisario muy eficiente que no tenía información al respecto.

—Mirá que lo que te traigo es preciso. Averiguelo —insistió Abalo.

Volvió al diario y al rato recibió un llamado de Gelbard.

—No hay nada —le dijo.

Abalo se lo comentó a Perrotta, que le respondió:

—Decile que no se haga el boludo, que si no dentro de unas horas está fuera del gobierno.

Abalo regresó al Ministerio de Economía.

—Mirá, Perrotta insiste en que es cierto —le dijo a Gelbard—. A mí me parece que es buena la información.

Gelbard movió algunos contactos y descubrió que el dato de Perrotta era cierto. Como en otras ocasiones, recurrió a Isabelita, que desbarató el complot. Y le dio un poco más de aire. Por poco tiempo, claro: apenas tres meses.

Porque la radicalización violenta del país daba a López Rega y a los militares cada vez más poder en el gobierno de Isabelita. La Triple A asesinó a Rodolfo Ortega Peña, a Silvio Frondizi y a numerosos militantes; Montoneros, por su parte, a Arturo Mor Roig, y secuestró al director del diario *El Día* de La Plata, David Kraiselburd. El ERP acababa de instalar su foco guerrillero en los montes tucumanos y no se detenía en los secuestros a ejecutivos ni en los ataques a cuarteles. Ambas organizaciones, empero, en su actividad política —tanto en la JTP o JP, o en el guevarista Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS) como en la Juventud Guevarista— intentaban torcer el curso de la historia que rumbeaba hacia el fascismo abierto del gobierno isabelino. Pero cada intento de la izquierda peronista y marxista para torcer ese destino, ya por supervivencia, ya como convicción de camino al poder, se topaba

con la violencia como método de acción política que era un atajo al infierno. Los militares participaban subrepticamente —dejaban la tarea sucia a la Triple A, integrada por la Policía Federal a cargo del comisario Villar y militantes de la derecha peronista del CNU y del CdeO— en la represión.

En medio de estas tormentas, Perrotta estaba obligado a poner en orden su empresa. A fines de julio reunió al directorio de SADEI en el diario, ya que tenía que adecuar los estatutos de la sociedad. Tras aprobarlos, se llamó a una asamblea de accionistas para el 19 de agosto también en el diario. A las 11.15 horas Perrotta dio por iniciada la asamblea, con ocho accionistas presentes además de él, que eran: su mujer, Elena; sus hijos Rafael y Santiago, que habían adquirido acciones de la sociedad; el contador Okita; Ramón Plá Cárdenas; el ingeniero Enrique Cánepa; y Sofía Coll Benegas, accionista y representante de la Fundación El Cronista Comercial, que también era accionista de la sociedad, como testaferro de Perrotta. La Fundación era un proyecto que tenía por objetivo financiar estudios y realizar donaciones para cuestiones vinculadas a la nutrición de mujeres embarazadas que no prosperó, pero contaba con una importante cantidad de acciones de la sociedad. El objetivo era, tal vez, eludir el pago de ganancias por el capital de la Fundación. Nada raro en el comportamiento empresario. Perrotta poseía 6.200 acciones Clase A y 4.800 Clase B, y le otorgaba 35.800 votos en las decisiones. Lo seguía la Fundación, con 4.188 Clase A y 4.412 Clase B, que le daban 25.352 votos. El resto sumaba muy pocos votos. Perrotta era el dueño excluyente del diario.

Hacia fines del 74, contrariando los consejos de Samek y Abalo, llenó *El Cronista* de periodistas-militantes, de los distintos colores políticos de la época. Samek se sintió desplazado porque Perrotta comenzaba a reunirse

más con los jóvenes, a identificarse con sus ideas. Y, también, porque no aceptaba ciertos criterios comerciales: se oponía a las notas “chivo”, es decir, para promocionar directamente a una compañía. Sí, en cambio, buscaba que las grandes empresas pautaran en el diario. Pero luego daba una gran libertad a los periodistas para publicar lo que quisieran, incluso en contra de las mismas empresas que ponían publicidad. También permitía muchas notas que no tenían lugar en otros medios, especialmente sobre conflictos gremiales en general y de los sindicatos ligados a la prensa en particular. En ese tiempo, la actividad sindical de los periodistas había crecido exponencialmente, con una articulación entre las comisiones internas de los diarios. Por *El Cronista*, el encargado era Héctor “Negro” Demarchi — militante del PRT —, que iba como candidato de la Lista Naranja, que le disputaba la interna al Partido Comunista, que tenía la conducción del gremio, en las elecciones de la Asociación de Periodistas de Buenos Aires. Encabezaba Jorge Bernetti como secretario general, Demarchi iba como su adjunto, y otros periodistas que integraban la lista eran Lilia Ferreyra y Oscar “Gallego” González, quien describió el clima de época: “Habíamos hecho una alianza electoral de peronismo de izquierda e izquierda clasista para desalojar a la reformista, moderada y pequeño-burguesa conducción del gremio que estaba en manos del Partido Comunista. Cosa de época. Frente a la seguridad de que el gremio de periodistas iba a quedar en manos de esta ‘horrorosa coalición subversiva’, el Ministerio de Trabajo procede a intervenirlos. Pero en lugar de designar un interventor duro manda un funcionario de carrera moderado ligado a la Unión Cívica Radical que, lejos de impedirnos la circulación, solía convocarnos a nosotros, supuestamente proscriptos, para orientarlo en las determinaciones que debía tomar la intervención. O sea, se dio la

situación paradójica de que el interventor nos convocaba para asesorarlo. Creo que tenía un cierto temor, porque en esa época, en general los delegados sindicales tenían alguna relación directa o indirecta con las organizaciones que desarrollaban la lucha armada". Los periodistas militantes eran muy buenos profesionales, pero la época empujaba más hacia la política que hacia la profesión. Para algunos, el diario era un lugar de militancia. Lo mismo ocurría en *La Opinión* de Timerman, pero la reacción de Perrotta era muy diferente. Mientras con Timerman esto culminó en graves conflictos gremiales, con Perrotta sucedía lo contrario: se amalgamaba con los militantes, los escuchaba, tomaba su postura. Y esta diferencia se plasmó en la línea editorial de ambos: mientras *La Opinión* se corría poco a poco hacia posiciones conservadoras, *El Cronista* viraba definitivamente hacia la izquierda. Las diferencias de Perrotta con Timerman se veían en el plano de la dirección del diario. Perrotta dejaba la cuestión periodística en manos de la mesa de redacción, que integraban los jefes de las secciones. Timerman, en cambio, hacía lo contrario. No sólo era conocido por su extraordinario talento profesional, sino que participaba activamente de la edición con aportes y críticas —muchas veces despiadadas— a sus redactores. El viraje de *El Cronista*, en términos periodísticos, no fue totalmente brusco. Comenzó a editorializar y a publicar notas con un contenido que le hacía perder algunos suscriptores que no compartían su optimismo por el nuevo gobierno peronista, pero no era un diario totalmente de izquierda. Timerman había definido a su diario como una manzana, roja por fuera pero blanca por dentro: liberal en política y de izquierda en cultura. Si bien nunca alcanzó los niveles de venta de *La Opinión*, *El Cronista* comenzó a ocuparle algunos espacios. Fernando Abeledo recordó: "Perrotta fue un tipo que, si bien no era periodista, tuvo

el raro y extraño talento de poder percibir, en una época muy especial de la historia del periodismo argentino, el momento justo en el que empezaba la declinación del diario *La Opinión*". Guareschi reforzó esta interpretación: "*La Opinión* era una promesa incumplida. Era un diario que se disfrazó, se presentó, de progresista y al poco tiempo se dio que era un diario más bien reaccionario. Y ese sector intelectual, inquieto, preocupado, curioso, sin dejar de leer *La Opinión* leía también *El Cronista*. Nosotros habíamos producido el milagro, entre comillas, de ser un diario de negocios de izquierda. Un despropósito. Era una época de gran efervescencia creativa, y por eso se producían esos contrasentidos. En ese contrasentido estaba la contradicción de Perrotta: ser un hombre de negocios y querer ser un hombre de izquierda. No se cuán de izquierda era él, pero le encantaba ser visto como un hombre de izquierda".

Tras los conflictos gremiales en *La Opinión*, ingresaron a *El Cronista* Carlos "Quito" Burgos y Roberto "Tito" Cossa. Burgos era un militante experimentado. Ya había sido delegado gremial en *La Opinión*, donde, tras la asunción de Cámpora, llegó a sugerirle a Rotemberg —como cuenta Mochkofsky en la biografía de Timerman ya mencionada— "que el diario debía entregar la mitad de las acciones al personal, como en *Le Monde*, porque, con la llegada de Cámpora, los medios serían 'devueltos al pueblo' ". Burgos había militado en el Peronismo de Base (PB) pero luego recaló en el PRT y fue secretario de Redacción de *El Cronista* justamente en el período en que Perrotta se acercó al guerrillero Santucho, jefe del PRT-ERP. El notable dramaturgo Cossa recordó que Quito Burgos "se convirtió en la mano derecha de Perrotta. Era el hombre de confianza. Perrotta lo quería más allá de lo profesional, lo quería como un hijo, le tenía gran cariño. Prácticamente,

Quito Burgos llegó a manejar el diario periodísticamente". Muchos años después, Burgos fue asesinado durante el ataque al cuartel de La Tablada, el 23 de enero de 1989, perpetrado por el Movimiento Todos por la Patria (MTP), que conducía otro veterano guerrillero del ERP, Enrique Gorriarán Merlo.

Perrotta era a esas alturas reconocido como el "compañero patrón". Orlando Novara, que había trabajado en *El Mundo* y venía de una militancia sindical peronista, recordó que en su primer día de trabajo, mientras tecleaba en su Olivetti, un hombre se le acercó:

—Hola, ¿Cómo te va? ¿Vos sos Orlando? —le preguntó.

—Sí.

—Encantado, soy Perrotta. Me dijeron que sos compañero.

A través de Demarchi, Perrotta tenía muy buena relación con los integrantes de la Comisión Interna de *Clarín*, por esos años integrada por Oscar "el Gallego" González, Ricardo Esparis y Oscar "el Chino" Martínez Zemborain. Recorrían las redacciones y veían en el dueño y director de *El Cronista* algo que no encontraban en ningún otro diario. González relató: "En ese marco, detectamos que había una empresa del gremio donde el empresario capitalista solía demostrar simpatía por los movimientos en boga de la época. Y ahí conocimos a Cacho Perrotta a través de la afinidad con Héctor Demarchi, secretario general de la Comisión Interna de *El Cronista*, de Carlos Abalo, que era un virtual subdirector, aunque nunca tuvo el cargo, y de otros redactores muy ligados a la sección Política, como Carlos 'Quito' Burgos, Amílcar Fianza o Roberto Guareschi". Esparis recordó: "Las asambleas en *El Cronista* eran participativas, mucha gente hablaba, y muy bien. Yo no recuerdo tener noticias de que hayan sido reprimidas. En cambio en *Clarín* te apretaban, po-

nían escribanos para tomar nota de quién estaba parado sobre un escritorio o hablando, o pasar por los lugares de trabajo y ver quién no estaba laburando, obviamente con algún esbirro de Personal que marcaba. De mucho, en el fondo, no les sirvió. Pero había presión. Y yo no tuve conocimiento de que en *El Cronista* existiera un apriete de las características del que nosotros padecíamos en *Clarín*. Perrotta era un tipo de un pensamiento bastante amplio, que escapaba al molde tradicional capitalista. Era un tipo sencillo, risueño. Te escuchaba. Un tipo que te respetaba en el uso de la palabra, y era muy ameno". Martínez Zemborain aportó: "En *Clarín* mantuve por años conversaciones con todos los directivos, inclusive con (Héctor) Magnetto, y después cuando conocí a Perrotta me di cuenta de que la característica de uno y de otro era sustancialmente distinta. Yo, desde mi lugar, me tuteaba con los directivos de *Clarín*, situación que se repetía en el caso de *El Cronista*. Pero alguna vez vi que el trato entre Demarchi y Perrotta era más sincero, más franco, menos escondido que el que yo tenía en las discusiones con los directivos de *Clarín*. Porque ellos sabían quién era yo y yo sabía quiénes eran ellos. Y siempre estábamos en una suerte de estar en guardia. Ni ellos iban a dar la espalda ni yo tampoco".

¿Sabía que transitaba un camino de traición a su clase sin retorno? Perrotta parecía estar consciente de que lo era no tanto por sus posiciones públicas frente al proceso político y económico, sino por sus acciones personales de solidaridad y compromiso con sus periodistas-militantes, además de sus nuevas vinculaciones. Tenía un trato con los periodistas del diario. La ayuda que comenzó a darles excedía los límites de tolerancia de sus viejas relaciones. Su cambio se cristalizó definitivamente durante los últimos meses de 1974, en plena madurez. González lo de-

finió: "Él no tenía ninguna limitación. Vos ibas y le decías que te estaban persiguiendo y él te decía andate a pasear a Mendoza. Te daba toda la cobertura. Ya no era un empresario que ayudaba a sus empleados, desde la óptica de otro empresario. Desde la óptica de un tipo de derecha era un cómplice. Para algunos de nosotros era un compañero, y para otros era el dueño del diario, un señor burgués y pensábamos que solamente tenía culpa. No sólo era un tipo culposo. Era algo más seguramente. Por algo perdió la vida. Él ayudaba, porque se ubicó en el lugar de un militante más. Y con las posibilidades que tenía".

En un principio, los militantes lo miraban con cierta suspicacia. Había sido un representante de la vieja estirpe conservadora, antiperonista y liberal, que parecía haber cambiado. Pero, poco a poco, Perrotta fue demostrando que, a pesar de que mantenía sus viejas relaciones con los círculos de poder político, económico, social y militar, podían confiar en él. Esta confianza no la ganaba sólo vociferando sus reuniones con sus vínculos, sino con acciones concretas. Además de contratar militantes y darles cobertura, en alguna oportunidad llegó a declarar ante la justicia que un militante estaba con él a la hora en que se lo acusaba de estar realizando una actividad política, posible causal de ser detenido. Es decir, su compromiso se extendía incluso a la posibilidad de ofrecer coartadas. Demostraba además sentirse muy halagado por la confianza que le comenzaban a depositar esos jóvenes, en especial cuando lo invitaban a algún modesto departamento donde vivían. González contó: "Nuestra vida personal, por razones que se habían impuesto por la Triple A, era discreta. Recuerdo una reunión en mi casa, cerca del Hospital Alemán. Lo invitamos. Él estaba muy impactado por la confianza de un periodista, pero también de quien suponía un militante. Vivía todo con una cierta ingenuidad. Vivía

todo ese proceso fenomenal histórico y político con una gran candidez". Perrotta también ayudaba en cosas más banales, prestaba el auto, dejaba las llaves puestas, cosas así, para que los militantes cercanos a él lo usaran.

¿Ingenuidad? ¿Candidez? Tal vez cierto sentimiento de impunidad que le daba pertenecer a una clase social que suponía le perdonaría sus descarríos. Pero el mundo del presente le daba más placer que el que lo ligaba al pasado. Era usual por entonces la bohemia de los periodistas, que se reunían a cenar y a discutir desde política hasta deportes, desde cultura hasta sexo. No era frecuente que el director del diario los acompañara como solía hacer Perrotta. También era habitual que cuando Perrotta se quedaba hasta tarde en el diario se ofreciera a llevar a algún periodista a su casa en el auto. En una oportunidad le propuso a Murno alcanzarlo hasta su departamento. En el camino, tras averiguar si tenía comida, lo invitó a comer una pizza. Murno le preguntó si no lo esperaba su mujer.

—No, Beba no me espera. Beba se va a dormir, o sale con las amigas. Cuando yo llego tengo una papita y un bifecito. Eso es todo lo que me deja para que yo coma. Dejame de joder. Vamos a comer una pizza.

"Él estaba descubriendo que existía el marxismo. Era otro mundo. Y estaba entusiasmado, deslumbrado", recordó Murno. Con los periodistas que se incorporaban al diario, tenía la misma actitud. Norberto Colominas, a poco de entrar al diario, no conocía a Perrotta personalmente. Una tarde, cuando volvía al diario, le tocó compartir el ascensor con Perrotta:

"—Creo conocer a todos los que trabajan en el diario, pero a usted es la primera vez que lo veo —le dijo Perrotta.

—Cierto, porque empecé a trabajar hace un mes y todavía no nos presentaron.

—¿Y quién lo trajo al diario?

—Tito Cossa.

—Ah, muy bien, yo soy Rafael Perrotta. Desde ahora nos tuteamos, porque en esta redacción está prohibido el usted.

Y me tendió la mano.”

La impresión que me provocó no pudo ser mayor. Perrotta debía tener por entonces unos sesenta años y yo menos de la mitad. Él era el director del diario y yo un aprendiz. Pero nada de eso se notó. Él era un hombre educado que estaba conociendo a un empleado nuevo, pero a quien no lo hizo sentir ni empleado ni nuevo”. Colominas contó que “un par de meses después publiqué mi primera nota firmada y Perrotta llamó para felicitarme. Era una bibliográfica sobre un tomo de cuentos de Jack London que acababa de ser reeditado. Me dijo que por virtud de la nota compraría el libro, ya que no había leído nada de él y le resultaba interesante. Esa tarde yo le mandé el ejemplar que había utilizado para hacer la nota, y en la primera página escribí, si no recuerdo mal: ‘A Jack London le hubiera gustado que usted lo leyera’”.

La presencia de militantes de diversas organizaciones armadas dentro del diario hacía la situación por lo menos paradójica: el diario estaba sólo a pocas cuadras del Ministerio de Bienestar Social, guarida de López Rega y la Triple A. La persecución a los militantes crecía. A principios de agosto fue intervenida la Asociación de Periodistas de Buenos Aires y anuladas sus elecciones internas. La Triple A se encargaba de asesinar y bombardear a numerosos militantes peronistas. El ERP, por su parte, con la “Compañía Decididos de Córdoba” el 11 atacó la fábrica militar de explosivos de Villa María y fracasó en su intento de copar el Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca. El asalto al regimiento lo realizaron cincuenta

milicianos de la "Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez". Muchos lograron huir, pero otros veintisiete guerrilleros comandados por Antonio del Carmen Fernández se tirotearon durante horas con la Policía y el Ejército que, por primera vez y sin orden del gobierno, intervenía directamente en la represión y persecución de los guerrilleros fuera del perímetro de un cuartel. Los guerrilleros fueron apresados: trece de ellos fueron detenidos y torturados durante el combate; los catorce restantes se entregaron cuando ya no tenían municiones. Nunca aparecieron con vida. La acción del Ejército denotaba un cambio trascendental. Al día siguiente, renunciaron los ministros Taiana, Robledo y Llambí, y el secretario de Prensa y Difusión, Emilio Abras. Los reemplazaron Oscar Ivanissevich en Educación, Adolfo Mario Savino en Defensa, Alberto Rocamora en Interior y José María Villone en Prensa y Difusión. El giro hacia la derecha continuaba, y el único obstáculo que le quedaba a López Rega era Gelbard. En consonancia con esta ofensiva, tanto de la guerrilla como de la represión, a fines de agosto del 74 el diario *Noticias* fue clausurado, así como la revista *Causa Peronista*, donde Firmenich y la dirigente montonera Norma Arrostito daban detalles del secuestro y posterior ejecución del general Pedro Eugenio Aramburu. Era un duro golpe: no sólo para la izquierda peronista que se quedaba sin voz, forzándola a buscar ser escuchada por otros medios, sino también para Perrotta, pues significaba un revés financiero al quedarse sin los aportes de la composición en su taller. La estructura del diario se había multiplicado.

Perrotta sintió el golpe pero no cambió su postura. Las asambleas eran cada vez más frecuentes. El gran escritor Andrés Rivera integró por esos tiempos la redacción. Firmaba sus artículos como Pablo Fontán y desde su alejamiento del Partido Comunista y de la militancia sindical

no tenía actividad política, por lo que veía así la politización del diario: "*El Cronista* era una suerte de soviet. Eso es lo que yo advertí. Alguien golpeaba las manos: '¡Asamblea, compañeros!'; y ahí se discutía hasta las seis, siete de la tarde. Un matutino comienza a escribirse a las cuatro de la tarde, con cierta lentitud, pero empieza a escribirse a esa hora. Las discusiones eran duras, febriles. Yo no advertí que Perrotta estuviera presente. Pero algo para mí fue claro en ese momento: que él lo permitía, que eso se hacía con su anuencia. Que quienes llevaban la batuta desde el punto de vista político eran miembros de Montoneros. Redactores jóvenes, todos, o la mayoría, miembros de Montoneros". En verdad, se había logrado conformar una redacción joven y de una calidad extraordinaria, donde tuvieron la oportunidad de trabajar numerosos periodistas y no pocos grandes escritores como Osvaldo Lamborghini, Rivera, Osvaldo Soriano. En septiembre del 74 la situación política empeoró aun más: Montoneros decidió su pase a la clandestinidad, tanto de la organización como de todos sus frentes de masas, incluida la JTP, los segmentos universitario y secundario, el movimiento villero, entre otros. La Triple A estaba cada vez más activa y el 16 de septiembre asesinó al ex gobernador de Córdoba y dirigente sindical Atilio López, y a su colaborador y ex ministro de Economía, Juan José Varas. Mientras tanto, Gelbard era internado, en principio con una bronquitis, pero luego derivada en un preinfarto. Santucho y Firmenich daban sendas conferencias de prensa, cuyos anuncios reafirmaban su clandestinidad. Un comando a cargo de Galimberti secuestró a los hermanos Juan y Jorge Born, por los que pidió un rescate de 60 millones de dólares, el más grande de la historia de los secuestros extorsivos. La Triple A asesinó a Julio Troxler, sobreviviente de los fusilamientos de José León Suárez en 1956 y ex jefe de la

Policía de la Provincia de Buenos Aires, y luego a Silvio Frondizi, hermano del ex presidente Arturo. Además, comenzaron a circular listas negras de intelectuales y artistas que debieron irse del país, como Rodolfo Puiggrós, Nacha Guevara, Horacio Guarany, Luis Brandoni, Norman Briski y Héctor Alterio. Otros exiliados fueron el ex ministro del Interior Righi, la familia Troxler y el ex obispo Podestá, todos bajo amenaza de la Triple A. La organización comandada por López Rega parecía no tener límites, asesinó en septiembre al general chileno Prats y a su esposa. Tanto el ERP como Montoneros intensificaron sus acciones. Montoneros robó el cadáver de Aramburu del cementerio de la Recoleta —para exigir que el de Evita, que reposaba aún en la quinta de Puerta de Hierro en España, fuera repatriado a la Argentina— y el Día de Todos los Santos hizo saltar por los aires la lancha del comisario Villar, uno de los jefes de la Triple A. Isabel intentó un golpe de efecto trayendo los restos de Evita de Madrid. Pero al mismo tiempo no logró retener a Gelbard, que renunció en octubre, reemplazado por Alfredo Gómez Morales. Perrotta, que había apoyado la política económica de Gelbard, sostuvo en el diario: “Una misma política de acuerdo social tendrá que abrirse paso ahora a través de mecanismos más moderados en lo que respecta a la política agropecuaria, y seguramente también en lo que respecta a la política de precios (...) Sin duda, la tarea de Gómez Morales no será fácil. Tendrá que continuar la acción de un ministro que, a pesar de las críticas que prepararon su alejamiento, deja un saldo apreciable”, remarcaba la nota de tapa de *El Cronista*.

Ya para fines de 1974 el país chorreaba sangre y la crisis económica se enancaba en la política. Pero Cacho Perrotta estaba dispuesto a no ceder en sus convicciones. En cada reafirmación de su postura, parecía olvidar que la situa-

ción financiera de *El Cronista* iba rumbo al naufragio. Tal vez como reconocimiento de sus desatinos comerciales, Perrotta le pidió a su hijo Rafael que volviera al diario. La condición fue la salida de Samek. Para la familia Perrotta, Samek era el culpable de todos los males, desde los financieros hasta los cambios en la cabeza de Cacho Perrotta. Samek contó su versión. "Mi salida tiene que ver con que me habían invitado a un viaje por Europa: Checoslovaquia, Hungría, Polonia y la Unión Soviética. Cuando estaba en Checoslovaquia me atropelló un auto y me tuve que volver. Y cuando volví ya la relación con Cacho no era la misma. Los hijos estaban en el medio. Y yo sentía que tenía poca vida. Rafael supongo que habrá querido hacerse cargo. Una vez vino con un proyecto muy loco de una revista. Fuimos a una reunión y yo expuse todo lo que pensaba que era el proyecto y Rafa me dijo: 'Cuando uno habla con vos, se le abre la cabeza'. Y yo me fui muy contento. Pero en aquella época no sabía leer los segundos mensajes. Rafa y Santiago no me querían. La familia Perrotta me consideraba responsable de haberle calentado la cabeza al viejo". En tanto, la Argentina marchaba hacia la reconversión del capitalismo y sin saber sobre qué régimen político se llevaría a cabo: si democracia o dictadura. Eso era lo que se discutía, aunque pocos actores lo supieran a conciencia. Sólo podía ser vivido ese clima de enfrentamiento casi bíblico. El proyecto del establishment no soportaba el nivel de distribución del ingreso del peronismo, aunque fuera un peronismo ideológicamente afín como el que había sobrevivido a Perón. No soportaba el nivel más alto de distribución del ingreso del capitalismo en Occidente, con la participación de los trabajadores en el 50 por ciento del ingreso nacional. Y, por supuesto, tenía terror de cualquier experiencia socializante. El fin del gobierno de la Unidad Popular en Chile, el golpe militar en

Uruguay, las dictaduras de Brasil y Paraguay les indicaban el "remedio" a aplicar en la Argentina.

El tándem Isabel-López Rega avanzó, bajo la presión tremenda del CEA, la SRA y las corporaciones extranjeras, y con la excusa del control de la guerrilla, en la censura y la militarización del país. Clausuró los diarios *Crónica* y *La Calle*, este último por supuesta apología de la subversión. En esas semanas, el ministro del Interior Antonio Juan Benítez —que había reemplazado a Rocamora— citó a todos los jefes de redacción de los diarios. Por *El Cronista* fue Roberto Guareschi, que había accedido a la jefatura de Redacción con la salida de Carlos "Quito" Burgos, quien debió exiliarse. En la reunión, Benítez les dijo que la había convocado para pedir moderación en lo que publicaban. Como ejemplo de esa "falta de moderación" tomó un artículo que había salido en la contratapa de *El Cronista*, donde se relataba un conflicto de Isabel Perón con la UOM. "Entonces yo me calenté, en un acto de imprudencia de parte mía y le decía, irónicamente, que le agradecía el hecho de abrir la reunión citando a *El Cronista* y que yo como jefe de Redacción estaba 100 por ciento seguro de que lo que decía el artículo era totalmente cierto." A los pocos días, Guareschi recibió una amenaza telefónica del "Comando José Ignacio Rucci". Se lo comentó a Perrotta, indicando que no sabía a quién respondía ese grupo. Perrotta llamó a Massera, que le dio el nombre de un marino para que Guareschi le hablara de parte suya. Éste le señaló que el "Comando José Ignacio Rucci" era de la Triple A, y le ofreció quedarse en el Comando en Jefe de la Armada, asegurando que un periodista de *La Opinión* ya lo había hecho. Guareschi le agradeció pero declinó la oferta. Y recordó: "Perrotta tuvo un gesto muy valioso: en esos días se estaba yendo Cafiero a los Estados Unidos. Perrotta me dijo: 'Andate con Cafiero y te quedás allá'. Y

yo dije: 'Si me voy para allá no vuelvo más, porque voy a necesitar un salvoconducto de Adolfo Hitler para que me permitan volver al país'. Entonces me refugié en Mar del Plata, cerca de veinte días".

Perrotta no parecía, a pesar de las dificultades y amenazas a sus periodistas, dar marcha atrás. Abalo lo definió así: "Contrariamente lo que cree todo el mundo, él no creía mucho en Perón. No creía en Gelbard, ni en los Montoneros, no creía en nadie. Pero quería que de todo eso saliera un país mejor, distinto". En esa época, tomó contacto con la embajada de Cuba, probablemente a través de Héctor Demarchi, que tenía muy buenos vínculos con los cubanos. Perrotta mantuvo una relación fluida con el embajador Emilio Aragonés Navarro, su segundo Raúl Coll, y otros funcionarios de la embajada, como Gustavo Hernández. Orlando Novara relató: "Yo recuerdo haber estado en la embajada cubana con él y con el Negro Demarchi. Para nosotros era natural en ese momento, si bien la embajada cubana, por motivos obvios, no era igual que cualquier embajada. Hicimos un paneo con el embajador cubano sobre la situación latinoamericana y demás, junto con Perrotta". También hacían almuerzos donde participaba Perrotta junto a Demarchi, el embajador Aragonés Navarro y otros como Oscar "el Gallego" González, usualmente en restaurantes tradicionales como La Cabaña, en el barrio de Montserrat. Es difícil saber cómo se veía Perrotta en un futuro mundo socialista. Dearriba conjeturó: "Qué sé yo qué quería. Supongo que ser el administrador de un diario de un Estado. Supongo que pensaría lo que pensábamos muchos. Que si a cambio nos daban lo que se suponía que un Estado socialista nos daba, es decir trabajo, salud, educación, cuidado de la prole, él estaba dispuesto a serlo. Él se dio cuenta de que por más que él viviera muy bien no iba a ser feliz, porque alrededor de él había mu-

chas cosas que no funcionaban, mucha pobreza, mucha desigualdad. Él estaba dispuesto a perder eso a cambio de que desapareciera lo otro también”.

Lo cierto es que, al comenzar 1975, los problemas financieros del diario y sus convicciones lo llevaron cada vez más cerca del peligro.

UN BURGUEÉS EN LA ORQUESTA ROJA

Se notaba la excitación de los policías cuando hablaban de que se acercaba el momento del pago del rescate. Era el 1 de julio de 1977 y el inspector Arran llegó a la casa de Perrotta acompañado por un comisario que dijo llamarse Durán pero que —años después— no sería posible encontrar en los registros de la Policía Federal. Rafael y Santiago los escucharon atentamente. Los policías les aconsejaron que no los marginaran del pago del rescate, chequear que la familia tuviera todo el dinero disponible y les prometieron que facilitarían una especie de doble de Rafael para que efectuara la entrega del dinero. Luego, el tal Durán les sugirió negociar con los secuestradores ofertas escalonadas hasta plantarse en la entrega de 90 mil dólares.

El sábado 2 de julio, los diarios La Prensa, Buenos Aires Herald y Crónica publicaron una versión del secuestro de Perrotta junto a su hijo Rafael y a una tercera persona. Los Perrotta intentaron esa mañana contactar al inspector Arran sin éxito. Rafael se desesperó: temía las represalias de los secuestradores por la difusión de la noticia. Tomó la decisión de hablar con cada medio de prensa para pedir, rogar, que no publicaran nada. El tal Carlos reapareció en la tarde. Sabía que el teléfono de la ex mujer de Rafael estaba roto, así que acordaron una nueva comunicación para

el lunes 4 de julio a las diez de la mañana al teléfono de Lino Bendolini, un amigo de la familia Perrotta. Rafael se había dado cuenta de que los operativos de rastreo para encontrar a su padre se habían detenido. "Se dieron cuenta de que se pisaron", comentó Rafael a su amigo, casi murmurando por miedo: es decir, ya creía que los policías que estaban en su casa se habían dado cuenta de que quienes tenían a su "viejo" eran otros policías.

Ese fin de semana no hubo noticias. Tal como estaba pactado, Carlos llamó el lunes a la noche a la casa de Bendolini. Le comunicó a Rafael que sólo cobrarían el 60 por ciento de la cifra original, es decir, 120 mil dólares, y Rafael volvió a decirle que no disponían de ese dinero y menos en un plazo breve. La comunicación se cortó. Pero unas horas después, el martes 5 de julio, los hermanos Perrotta retiraron otra "prueba de vida" del bar Kevien. Esta vez el mensaje estaba escrito en unos avisos clasificados de Clarín del día anterior, donde se leía: "Querida Beba: estoy bien y tranquilo. Un gran cariño para nuestros nietos. Un beso muy grande. Cacho".

Después, hubo silencio.

No sin desesperación, en verdad con temor de haber "ofendido" a los secuestradores, Rafael y Santiago buscaron infructuosamente encontrar a Arran. No pudieron y pidieron una entrevista con el coronel Morelli, que los recibió el miércoles 6 de julio por la noche en la Superintendencia de Seguridad Federal. Allí, Morelli les mostró las desgrabaciones de las conversaciones telefónicas. Los hijos de Perrotta se tranquilizaron, aunque ya sospechaban de tanta precisión, por el supuesto seguimiento de las pistas de los secuestradores. El jueves, el vocero de los secuestradores, Carlos, volvió a llamar. Rafael le informó que había juntado 15 millones de pesos y le pidió algo de tiempo para cubrir la diferencia que faltaba. Esa tarde, el inspector Arran

le avisó a Rafael que pasaría por la casa de Perrotta al día siguiente.

Ese viernes 8 de julio de 1977 los policías Arran y Durán llegaron al mediodía al departamento de la calle Quintana. Le aconsejaron entonces a Rafael que "transara" rápidamente en 80 o 90 mil dólares, ya que faltaba poco para llegar a los treinta días del secuestro. Los policías parecían apurados. Comenzó a sentirse cierta tensión. Mientras el inspector Arran escuchaba, el comisario Durán interrogaba a la familia sobre cuestiones relacionadas al diario, su situación patrimonial y la salud de Perrotta.

Querían más plata. Pero, sobre todo, querían que el botín no se les esfumara de las manos. O habían pactado un tiempo con los militares, como una zona liberada temporal, o era una zancadilla entre fuerzas. Lo cierto es que intentaban hacer el negocio antes de que Perrotta desapareciera para siempre.

El verano del 75 no fue tiempo de vacaciones para Perrotta. La paz de Villa La Angostura era una ilusión insoportable, así como también lo eran las escapadas a la quinta de San Miguel. Necesitaba estar en Buenos Aires. La situación financiera del diario lo obligaba a hacer malabarismos. Necesitaba evaluar qué camino seguir. Los testimonios sobre los primeros meses de ese año tremendo, violento, descarnado y anticipatorio de tragedias, difieren en señalar el momento exacto en que Perrotta comenzó sus vínculos estrechos con Santucho, el jefe de la guerrilla guevarista y ya uno de los hombres más buscados del país. Sin embargo, la mayoría estima que ocurrió a mediados del 75. Una de las excusas, si la hubo, pudo haber sido la posibilidad de la compra de *El Cronista*. El jefe guerrillero comenzó a pensar en la posibilidad de tener un

diario que reemplazara el vacío del clausurado *El Mundo*, aunque para *El Cronista* parecía tener otros planes. También Perrotta llegaba a ese mundo clandestino por conciencia más que por conveniencia. No buscaba socios sino compañeros de ideas. Sentía por los guevaristas —no así por Montoneros— cierta atracción por una ideología que lo acercaba al marxismo para mantener esa matriz liberal no peronista en la que se había educado. La misma que marcó el destino de Ernesto Che Guevara y la misma en la que se nutrió Santucho, séptimo hijo varón de una familia tradicional de Santiago del Estero, de padre abogado y diputado radical de la Concordancia alvearista, y apadrinado por el presidente Agustín P. Justo, militar que junto con el general José Félix Uriburu fue el artífice del primer golpe de estado de la historia argentina.

No es posible entender el mundo en el que por entonces circulaba Perrotta sin conocer qué era la “Inteligencia guerrillera del ERP”, que dependía del PRT, su dirección política. Conformado al estilo de los partidos marxistas-leninistas, para 1975 la estructura del PRT era la siguiente: un comité central de cuarenta miembros como instancia máxima, entre los que se contaban los once del comité ejecutivo, los seis del buró político y los jefes de las regionales de todo el país. Integraban el comité ejecutivo el buró político y los responsables de los frentes de propaganda, legal, sindical, de solidaridad e internacional. A comienzos de 1975, en el buró político estaban Santucho, Domingo Menna, Benito Urteaga, Antonio del Carmen Fernández (hasta agosto de ese año y reemplazado luego por Eduardo Alberto Merbilhaá), Luis Mattini, Juan Manuel Carrizo, Carlos Germán y Juan Eliseo Ledesma, que había reemplazado a Enrique Haroldo Gorriarán Merlo. El ERP dependía de éste, y el comandante de su estado mayor era Santucho; el jefe de logística, Ledesma, y el de operaciones, Carrizo. Para la

época, el grado de militarización iba *in crescendo*: había cuatro compañías de cincuenta combatientes: la de Monte “Ramón Rosa Jiménez” y “Héroes de San Gabriel” (Tucumán); “Decididos de Córdoba” (Córdoba); “Combate de San Lorenzo” (Rosario), y estaba en formación el Batallón “José de San Martín” en Buenos Aires, con tres compañías: “Héroes de Trelew”, “Jose Luis Castrogiovanni” y “Guillermo Pérez”. La Inteligencia guerrillera dependía exclusivamente del buró político. El jefe de Inteligencia era Juan Mangini, alias capitán “Pepe”, un rosarino, alto y robusto, y extremadamente parco, que dependía directamente de Santucho. El segundo jefe de Inteligencia era Carlos Emilio All, alias capitán “Alejandro”. El área de Inteligencia, como en cualquier estructura secreta, tenía normas de seguridad estrictas. Mangini se había entrenado en La Habana y en Praga. La formación incluía algunos textos, como manuales del coronel Osiris Villegas —en 1962 había publicado *Guerra revolucionaria comunista* a través del Círculo Militar, entre otros libros de su autoría— así como novelas de espionaje como *La orquesta roja*, de Gilles Perrault, o la historia del legendario espía soviético Richard Sorge, infiltrado entre los japoneses y alemanes que avisó a Stalin, entre otras cosas, que Japón no atacaría a la URSS, lo que les permitió a los rusos sacar sus tropas de la frontera con China y poder así defender el país del ataque alemán que fue derrotado luego del sitio de Stalingrado. Las novelas que los militantes del PRT consumían estaban plagadas de trucos, detalles y enseñanzas para aplicar en las tareas de Inteligencia. En *La orquesta roja*, por ejemplo, se describía la organización de la red de espionaje dirigida por Leopold Trepper, conocido como “el Gran Jefe”, cuyas informaciones transmitidas al alto mando soviético en tiempos de la Segunda Guerra Mundial fueron vitales para detener las avanzadas nazis una

vez roto el pacto germano-soviético que habían firmado Adolf Hitler y José Stalin. El libro era un cúmulo de experiencias de los militantes enrolados en las filas de “el Gran Jefe”. Ellos desarrollaban sus coberturas legales a través de empresas que eran proveedoras de las fuerzas militares alemanas. Así obtenían información de extremo valor y se infiltraban en las altas esferas económicas, políticas y militares del nazismo, para acceder a documentos de gran importancia.

Igual que los miembros de una nueva “orquesta roja”, los integrantes del aparato de Inteligencia del PRT no eran profesionales como los militares de los servicios de Inteligencia: eran militantes políticos. Pero, aunque ya habían pasado treinta años desde que funcionara esa organización legendaria, podían aprovechar sus enseñanzas y, más aún, aprender los métodos que utilizaban los servicios de Inteligencia militar: conocer cómo razonaban, cómo planeaban sus movimientos, cómo evadirlos. Este punto era importante: los servicios de Inteligencia militar tenían mucha información —tanto antigua como reciente— acerca de las actividades del PRT, conseguida por espionaje o por confesiones bajo tortura de sus militantes. Por ejemplo, en el “Parte de Información N° 3/70”, con el rótulo de “Secreto” y la firma del coronel Alberto Cáceres, director de Coordinación Federal, los militares se distribuían un muy detallado informe de las normas implementadas por el PRT para el reconocimiento de los lugares en que se colocarían explosivos. En el “Parte de Información N° 28/71”, con el rótulo de “Secreto”, la Policía de la Provincia de Buenos Aires daba cuenta de su conocimiento. Los militares informaban de las discusiones entre los “moderados” y los “leninistas” o “duros”, y sostenía que era esta última línea la que tenía a su cargo la conducción del ERP. El parte militar hacía un resumen de todo lo discutido en el

V Congreso del PRT realizado en 1970 en las islas Lechiguanas, donde habían fundado el ERP, tanto sobre las concepciones sobre la guerra revolucionaria, el estado de las masas y la situación política, como de la reafirmación del marxismo-leninismo y la continuación de la adhesión a la IV Internacional trotskista. El informe tenía una valoración categoría B-2, y estaba firmado por el comisario inspector Roberto Esteban Pidal, jefe del Departamento de Información de Políticas Antidemocráticas. Otro informe militar era aun más sorprendente. El 24 de abril de 1975, el general de brigada Carlos Guillermo Suárez Mason, jefe II de Inteligencia, distribuía entre los comandos y los organismos de Inteligencia militar un documento reservado de treinta y seis páginas donde difundía un informe del PRT titulado "Curso de Táctica". Según Suárez Mason, la distribución del documento "proporciona conocimientos sobre cómo se instruye a los comandos de activistas en obtención de información, estudio de un objetivo, operaciones de agitación, atentados, captura de armamento y equipo, emboscadas y ataque por asalto". El informe del PRT distinguía también entre "Información" e "Inteligencia". Lo primero era obtener datos y asegurar que fueran secretos. Lo segundo, el resultado del proceso de análisis de esos datos, su valoración, selección e interpretación. El documento desarrollaba a continuación todas las tareas de los equipos de Inteligencia: el procesamiento de la información; los distintos tipos de información (general, específica, estratégica) y la forma de clasificarla (por ramas, valor, confianza, carácter, rapidez de obtención, por la fuente pública o secreta); la centralización de la información y las tareas del responsable; los datos a obtener y los pasos sucesivos del relevamiento (la zona, las fuerzas de represión en el lugar, las vías de acceso y retirada, etcétera); los distintos datos a obtener según el objetivo; la organización del rele-

vamiento; las medidas de seguridad para los seguimientos; las tareas del observador; el tratamiento de la información. Es decir, el general Suárez Mason había accedido a los manuales de formación del PRT, con lo cual —a esas alturas de 1975— el Ejército sabía cómo se moverían. Ambos, la guerrilla y el Ejército se preparaban para librar, más que una batalla convencional, una de Inteligencia.

La orquesta roja de Santucho estaba dividida, inicialmente, en dos secciones totalmente “tabicadas” y “compartimentadas”, es decir separadas entre sí y entre cada agente. Por un lado, Operativa, a cargo del entrerriano Javier Ramón Coccoz, conocido como el teniente “Pancho” o “Juan Pablo”, se encargaba de recolectar información de diversas fuentes. La misma podía provenir de un militante del partido o de otras fuentes conscientes —colaboradores— o no conscientes. Las conscientes eran aquellas personas que sin ser militantes del PRT pasaban diversos tipos de información económica, política, sindical o militar a sabiendas del compromiso que significaba. Las no conscientes desconocían que estaban brindando esos datos. Los miembros de Inteligencia tenían además otra característica. Se escudaban tras una cobertura legal que difuminaba cualquier sospecha. En general, eran profesionales con oficinas y trabajos estables. Cada oficial de Inteligencia atendía a varios informantes, se configuraba una red de contactos de los que obtenía la información. En todos los casos, el oficial de Inteligencia escribía la información y lo pasaba a su superior, que lo remitía a Análisis, la otra sección de Inteligencia que estaba a cargo de Nélida Augier, la teniente “Pola”, esposa de Benito Urteaga. Allí se encargaban de examinar la información, procesarla y elaborar los informes. Poco después se sumó Rolando Diez, alias “Paco”, a cargo de una nueva sección que se llamó Penetración, cuya tarea era estructurar nuevas redes

de informantes y agentes pero en las “fuerzas enemigas”, reclutando militares y policías, bajo la supervisión directa de Mangini. Si bien la tarea se asimilaba a la de Coccoz, ambos estaban “tabicados” mutuamente con relación a las redes y agentes que ya existían. Uno de los sobrevivientes de esa red explicó: “Los agentes (informantes) de Inteligencia se organizaban en redes, no en células, para que no se conocieran entre sí. Por ejemplo, podía haber una red de economía integrada por distinto número de personas que no se conocían. Todos ellos eran atendidos individualmente por un oficial de Inteligencia. Este oficial se coordinaba con el jefe de Inteligencia, recibía instrucciones de él sobre cuáles informaciones buscar, y le pasaba al jefe la información recibida. El jefe de Inteligencia mandaba diariamente, a través de un oficial de enlaces, la información recibida. Seguramente Perrotta estuvo entre los dos o tres agentes más importantes. No me animaría a asegurar que fuera el número uno”. Mangini, All, Coccoz, Augier y Diez formaban una suerte de estado mayor del aparato de Inteligencia, con reuniones semanales en una oficina real que les daba cobertura legal. En las reuniones generalmente se mantenían los rostros tapados, aunque había varios integrantes del “aparato de Inteligencia” que se conocían personalmente desde hacía muchos años y, entonces, algunas medidas no eran necesarias. En esas reuniones presentaban informes de cada sección y recibían información del resto del partido. Los miembros de la Inteligencia perretista habían logrado un sistema de conversación que permitía tabicar lo que fuera necesario y que sólo Mangini lo entendiera completamente. A medida que pasaban los meses, se incorporaron trabajos de contrainteligencia —espionaje interno para los supuestos espías del Ejército o de la Policía pero dentro de la guerrilla— y trabajo político sobre las Fuerzas Armadas, entre soldados, suboficiales y

oficiales. Como cita Gustavo Plis-Sterenbergh en su libro *Monte Chingolo*, la inteligencia perretista llegó a manejar un importante caudal de información, y si bien sólo Mangini sabía con cuántos “agentes” o militantes contaba, se calcula que eran varias decenas. El aparato de inteligencia les resultó bastante efectivo, aunque corría en desventaja: a mediados de los setenta, en la Argentina funcionaban nueve servicios de inteligencia, todos ellos controlados por las Fuerzas Armadas. Su personal se calculaba entre 10.000 y 12.000 agentes, más otros 30.000 informantes dispersos en todo el país. En la cúpula perretista había distintas posturas frente al uso de la información. Mattini, el único sobreviviente de la cúpula guerrillera de 1975, contó: “La gente de inteligencia eran más militares que políticos. Hubo un momento en que cuestionamos la información de inteligencia, en el sentido que producía una información muy poco política. Santucho tuvo varias veces que defenderla”. Sin embargo, esa información a veces era subestimada por el propio Santucho, como se demostró más tarde.

Lo cierto es que Perrotta parecía haber decidido participar de la “orquesta roja” a tal punto que su secretaria Clelia Pan un día llegó a su oficina en el diario, abrió un armario y lo encontró lleno de armas que podían ser de los guerrilleros guevaristas o, tal vez, de algunos militantes del PROA (Partido Revolucionario de los Obreros Argentinos) que por entonces tenían armas como autodefensa personal. Porque PROA había sido fundado a fines de 1974 —luego del asesinato de Rodolfo Ortega Peña por la Triple A— por varios de sus compañeros de la revista *Militancia* y del peronismo de base, muy críticos con el curso militarista de las organizaciones guerrilleras como ERP y Montoneros. Entre los fundadores estaban el abogado Eduardo Luis Duhalde, el matemático José Voloch, el físico y periodista Ignacio Ikonicoff y su compañera la

periodista María Bedoian, así como Edgardo Loiurato y Liliana Galetti, entre otros. María trabajó para el semanario *Armenia*, la revista *Dinamis*, el diario *El Cronista Comercial* y Radio Municipal. Ignacio tenía treinta y cinco años y cubría temas científicos para los periódicos *La Opinión*, *El Mundo*, *Noticias* y la revista *Panorama*. Perrotta consideraba un amigo entrañable a Ikonicoff. Hacia 1976, cuando el PRT-ERP desiste de comprar el diario, la gente de PROA pensó en la posibilidad de hacerlo, pero su capacidad financiera era limitada. Ikonicoff y María Bedoian —y todo su grupo— desaparecieron el 12 de junio de 1977, exactamente un día antes del secuestro de Perrotta.

No es seguro que Perrotta comprendiera en el violento 1975 la necesidad de preservarse. Ni es probable que alguna vez lo comprendiera. “Era demasiado abierto, y no podía guardar bien los secretos”, confirmó su secretaria Clelia. Que también afirmó: “Pero fue a partir de 1974, creo, que dejó de frecuentar a Massera como lo hacía en los años 71 a 73, donde el marino venía y se encerraba en su oficina. Él no asistía a los almuerzos públicos en el sexto piso. Él tenía citas exclusivas con Cacho Perrotta”. Pero el 75 no era el mejor momento para que Perrotta tomara la decisión de intimar con la guerrilla. La presión militar para que Isabel dejara el poder iba en aumento. Todos conspiraban a derecha e izquierda. Isabel Perón había partido en enero del 75 a descansar a Bariloche, mientras que el Ejército ultimaba los detalles del ataque a los restos de la guerrilla santuchista en el monte tucumano. Los asesinatos de militantes eran diarios, así como las acciones de Montoneros y del ERP. El teniente general Anaya, comandante en jefe del Ejército, negaba la existencia de un golpe, aunque otros militares ya estaban conspirando contra el gobierno maltrecho pero constitucional de Isabel Perón. Anaya fue reemplazado por el general de división Alberto

Numa Laplane, que duró poco ante la ofensiva de los generales golpistas.

Perrotta había comenzado desde varios meses atrás a vivir parte del infierno en su diario. En abril, ordenó proteger a su gente luego de la aparición de una lista negra de la Triple A que amenazaba de muerte a dieciséis personas vinculadas al arte, el cine y el periodismo. Entre ellos estaban "Tito" Cossa y Carlos Somigliana, ambos de *El Cronista*, que tuvieron que esconderse por un tiempo. La lista se completaba con los periodistas Tomás Eloy Martínez, Osvaldo Granados, los actores-directores Juan Carlos Gené, David Stivel, Alfredo Alcón y Sergio Renán; las actrices Luisina Brando, Leonor Manso y María Rosa Gallo; el escritor Ricardo Halac y los editores César, Carlos y Mina Cívita. Perrotta le pidió a Colominas que se hiciera cargo del suplemento de Cultura que dirigían Cossa y Somigliana.

—Si Tito confió en vos, yo también —argumentó.

La redacción de *El Cronista* comenzaba a ralearse. El terror político anticipaba los virulentos virajes económicos que se avecinaban. Se trataba de la reformulación violenta del capitalismo argentino y de la puja por la distribución del ingreso nacional, entonces favorable en un 48 por ciento para los trabajadores. La burguesía agroexportadora argentina concentrada en la pampa húmeda, las grandes empresas extranjeras —en especial las metalmecánicas, metalúrgicas y petroquímicas— no soportaban la presión sindical combativa: la mayoría de las comisiones internas de esas fábricas estaba en manos del peronismo revolucionario o de la izquierda. Esos sectores del establishment económico se expresaban en la SRA, la CAC, los bancos extranjeros, un sector de la UIA y, especialmente el CEA, liderado por José Alfredo Martínez de Hoz, donde participaban no pocos viejos amigos de Perrotta.



(De derecha a izquierda) Rafael "Cacho" Perrotta, su esposa Elena Bengolea, y sus hijos Rafael y Santiago, en Cumelén, Villa La Angostura.



Rafael "Cacho" Perrotta y su esposa Elena Bengolea en diversas reuniones sociales.

Rafael "Cacho" Perrotta y varios amigos en su visita al Coliseo de Roma, el 4 de septiembre de 1946. Antes, había pasado por España para asistir al XIX Congreso de Pax Romana.



Rafael "Cacho" Perrotta.



Casamiento de Rafael "Cacho" Perrotta y Elena Bengolea. El 21 de noviembre de 1946 se casaron por civil, y el 16 de diciembre por iglesia.

Rafael Severino Perrotta, padre
de Rafael "Cacho" Perrotta.



Señor RAFAEL S. PERROTTA
Colaborador de EL COMERCIO DE BUENOS AIRES (1918-1940)



Rafael "Cacho" Perrotta, en su
adolescencia.



Rafael "Cacho" Perrotta junto a su novia, Elena Bengolea, el 9 de junio de 1946, pocos días antes de partir a España al XIX Congreso de Pax Romana.

Antonio Martín Giménez,
cofundador y primer director
de *El Cronista Comercial*.



Señor A. MARTIN GIMENEZ,



Sr. LUIS M. ZAMBRINI
Co-propietario de EL CRONISTA COMERCIAL

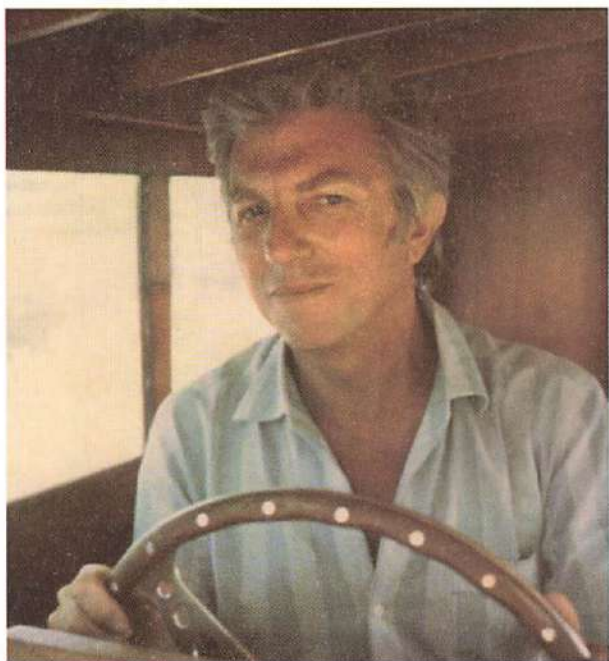
Luis María Zambrini, cofundador
de *El Cronista Comercial*.



Sra. MARIA ANA PEREYRA DE PERROTTA
Co-propietaria de EL CRONISTA COMERCIAL.

María Ana Pereyra de Perrotta, madre de Rafael "Cacho" Perrotta.

Rafael "Cacho"
Perrotta maneja su
lancha en Villa
La Angostura.



Rafael "Cacho" Perrotta y amigos en Viena.

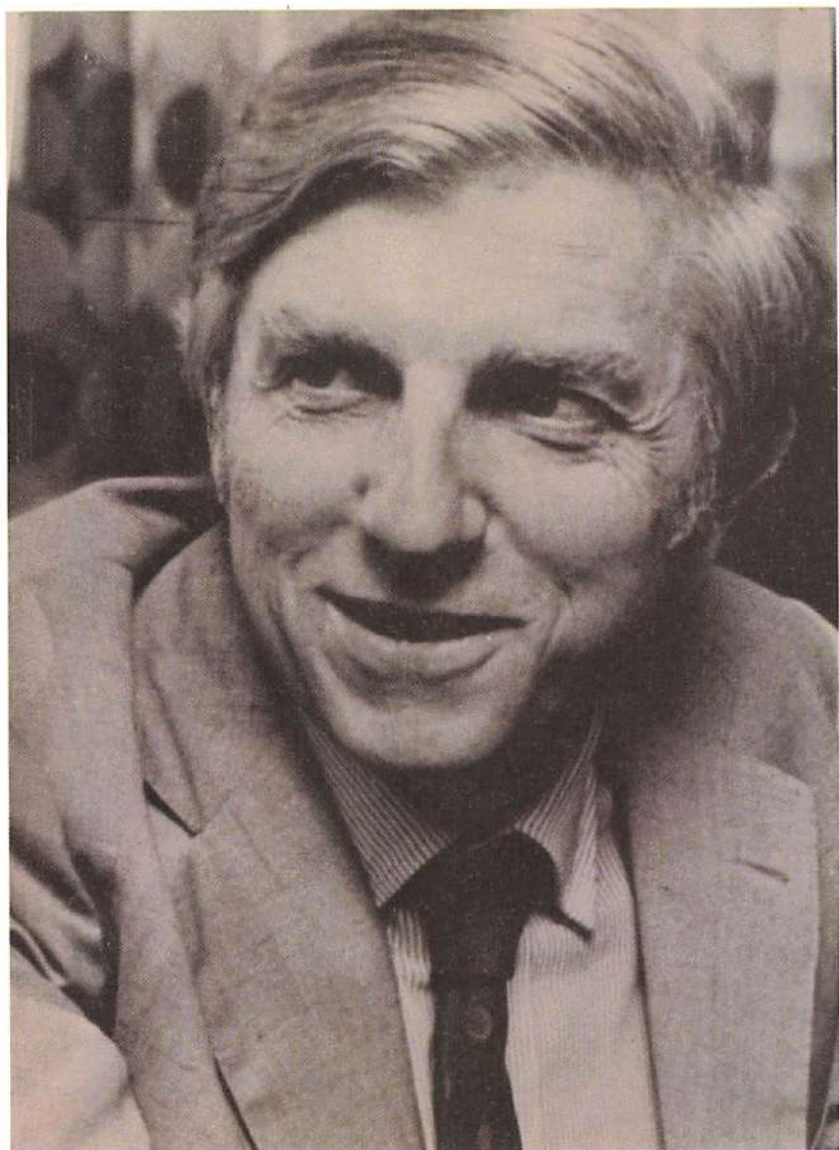


Rafael "Cacho" Perrotta y su esposa Elena Bengolea en 1960 (arriba) y en octubre de 1976 (abajo).





Rafael "Cacho" Perrotta y su esposa Elena Bengolea durante el casamiento de su hijo Rafael, en 1970.

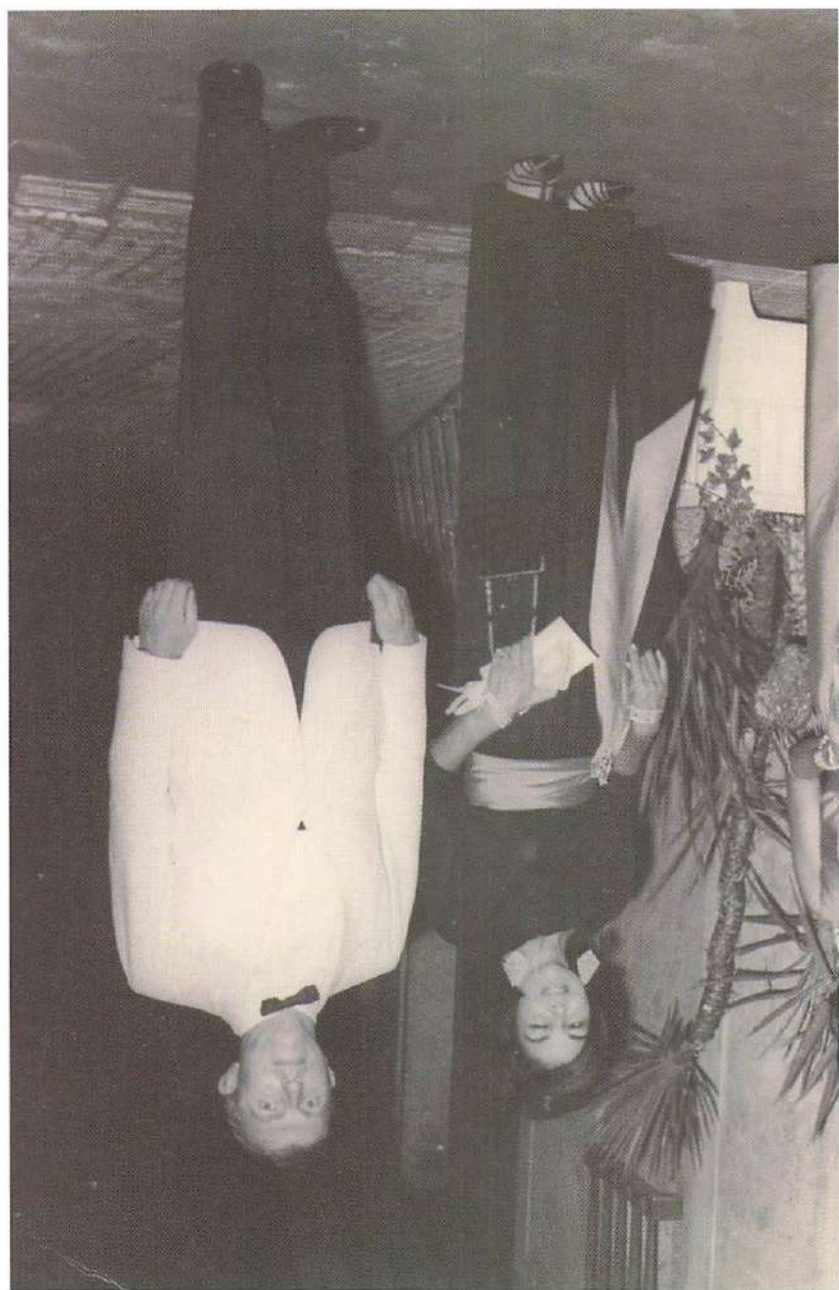


Rafael "Cacho" Perrotta.



Los integrantes de la Redacción de *El Cronista Comercial* en 1970. Entre ellos, Jaime López Recalde (quinto desde la izquierda), Tito Amadeo y Luis Garasino (segundo y tercero desde la derecha, respectivamente).







Rafael "Cacho" Perrotta y el presidente Arturo Illia.

Además de esta santa entente, los Estados Unidos, en su etapa de exportación de deuda hacia Latinoamérica, necesitaban gobiernos poco autónomos y Estados en poder de quienes garantizaran la emigración de ganancias y el pago de esas deudas con suculentos intereses. El inicio del capitalismo financiero abierto, luego de la crisis del petróleo en 1972, ya había dado muestras de su salvajismo a ultranza en Chile y en el resto de Latinoamérica. La Argentina estaba rodeada de gobiernos militares en la región. El 2 de junio Celestino Rodrigo reemplazó a Alfredo Gómez Morales en el Ministerio de Economía. Llegaba impuesto por López Rega y con una misión clara: debilitar a los dirigentes sindicales que desde principio de año mantenían una dura lucha con el gobierno por los aumentos salariales. El enfrentamiento entre la CGT y López Rega se había tornado insostenible.

El anochecer del 3 de julio, Perrotta fue convocado por Rodrigo al Ministerio de Economía para informarle personalmente una serie de medidas que iba a tomar al día siguiente. Pero a cambio Perrotta debía aceptar ser retenido en el Ministerio para que no pudiera llegar a tiempo a la redacción y dar la primicia. De acuerdo con lo programado, Rodrigo lanzó su plan, presentado como una panacea contra la inflación: la devaluación de un 160 por ciento del tipo de cambio comercial y un 100 por ciento del financiero, además de un brutal reajuste tarifario que disparó los precios de combustibles, transportes y otros productos, a la vez que se reajustaban las tasas de interés de los préstamos. El objetivo del programa, que pasó a la historia como el Rodrigazo, era tratar de combatir la aceleración inflacionaria, pero no se proponía avanzar sobre una transformación de las estructuras productivas. De allí que se atacara la inflación como un fenómeno puramente monetario y fiscal, un acontecimiento autónomo y sin vínculos con otros aspectos de la economía. Sin embargo, a

pesar de estos vicios monetaristas y de que, gracias a la pelea sindical, se pudieron menguar algunos de sus efectos, el plan significaba el comienzo de la reconversión económica de la Argentina: la desestructuración de la industria, el endeudamiento externo, el saqueo del Estado y, sobre todo, la brutal transferencia de recursos de los trabajadores hacia la gran burguesía agraria e industrial.

El Rodrigazo puso en pánico a la Argentina y a Perrotta. La situación económica de *El Cronista* era insostenible. Fernando Abeledo recordó: "Hubo una asamblea muy dura, a la que vinieron los gráficos del diario, presionando por guita, y Perrotta, desesperado, habló y les dijo: 'Muchachos, quiero decirles algo. El diario no da para más. Estamos técnicamente fundidos. Hagan lo que quieran. Si quieren, ponemos en venta mi casa de Villa La Angostura, y seguimos para adelante. Pero guita no tenemos más. Estamos en la lona'. Eso, que fue una confesión de la crisis gravísima del diario, nos golpeó a todos, y calmó la asamblea". Perrotta hizo varios intentos por salvar el diario. Ya había tanteado a Gelbard a través de Abalo. "El diario se vino abajo y me encomendó que hablara con Gelbard. Yo le hablé, pero Gelbard fue mudo con respecto a mí. Lo único que arreglé es una entrevista entre los dos. En esa entrevista, evidentemente, Gelbard decidió no comprar el diario. No sé si por el precio que pedía, pero además porque eran dos hombres que no se llevaban muy bien. Gelbard le tenía simpatía, Perrotta también, pero en el fondo no se llevaban bien. Y yo era el 'correveidile' entre los dos, que arreglaba algunas cosas. Gelbard no compró el diario pero algo hizo: puso plata o avisos o gente para invertir o facilitó un préstamo. No lo sabemos." La situación económica de la empresa era tan difícil que Rafael Perrotta le propuso a un amigo:

—¿Por qué no le compramos el diario a papá? —le dijo.

Pero enseguida pensó: “Yo no le puedo comprar el diario a mi viejo, porque eso sería como matarlo”. Rafael sabía que su padre y *El Cronista Comercial* eran la misma cosa.

Fue durante ese invierno del 75 cuando Perrotta se vinculó definitivamente con la inteligencia del ERP. Parecería bastardear su decisión aceptar que lo hizo por las dificultades económicas que atravesaba. Ya era evidente para todos los periodistas del diario que había realizado un giro copernicano en sus posturas políticas e ideológicas. La relación de Perrotta con la inteligencia guerrillera llegó a través del diario pero no por los redactores que trabajaban allí sino por un enviado directo y externo de Santucho, aunque es de suponer que también por los comentarios de los periodistas los guerrilleros supieron cuál era el momento adecuado para abordar a Perrotta. Los que tenían vínculos o militaban en el PRT, como Héctor Demarchi o Susana Viau, trataban de mantener una cierta distancia, aunque sospecharan de los vínculos de Perrotta y Perrotta supiera de los suyos. Viau, que venía de una fuerte militancia sindical, dijo que había comenzado a “intuir” que Perrotta “estaba vinculado a algunas cosas a las que yo también estaba vinculada. Él siempre trataba de hablarme sobre este tema y yo me hacía la boluda. Yo nunca le dije nada. Además, porque me parecía que la relación que pudiera tener conmigo en otros planos no podía teñir la relación de un director de un diario y un trabajador. A mí me parecía muy bien en lo individual lo que él hacía, su actitud personal, pero no quise hablar”. Con el tiempo, y en una situación de extremo peligro, esa barrera se levantaría.

Ocurrió quizá —los testimonios no lo precisan— entre julio y agosto de 1975, cuando una tarde Abalo le dijo a Perrotta:

—Hay un tipo que quiere hablar con vos. Me parece

que es del ERP, y por las preguntas que hace debe estar ligado al aparato de Inteligencia. Te aconsejo que no lo recibas.

Abalo había decidido contarle a Perrotta que lo estaban buscando, después de bloquear al oficial del ERP durante semanas, hasta que éste le dijo: “Un día voy a venir y voy a hablar con él”. No era muy complicado cruzarse con Perrotta en el diario. Bastaba pararse un rato en la redacción para que pasara y preguntara quién era, qué pensaba y lo llevara a conversar. Abalo temía que si le avisaba, Perrotta, de curioso, lo iba a recibir. Ante la advertencia del guerrillero, pensó: “Mejor le aviso”. Como de costumbre, Perrotta desoyó su consejo. Pocos días más tarde, habló al hombre del ERP, cuya tarea era contactarlo con Coccoz, alias teniente Pancho.

¿Quién era en verdad el teniente Pancho? Javier Coccoz había nacido en Entre Ríos y cursó en el Liceo Militar “General Belgrano” de Santa Fe, para egresar como subteniente de la reserva. Incorporado al PRT-ERP en 1971, estuvo preso por participar en numerosas acciones de la guerrilla. Considerado un “duro” o “un hombre de extremadas convicciones y una gran decisión y valentía” por sus propios compañeros, Coccoz había sido liberado con la amnistía de Cámpora en mayo de 1973. En las torturas recibidas entonces, a cargo del teniente general Juan Carlos Sánchez —luego asesinado por un comando de ERP y FAR— Coccoz había demostrado su “temple de acero”, según otros militantes. Sin entender la moral militante, sus torturadores elogiaban que luego de cobrar el rescate de 14 millones de dólares del secuestro de un ejecutivo de la Esso, realizado por el ERP, circuló con ese dinero en su auto durante días y jamás tocó ni un dólar.

Abalo intuía la reunión de Perrotta con el enviado de Santucho, y que también se había entrevistado con varios

dirigentes perretistas, como Menna o Mangini. Lo cierto es que Perrotta se encontró con Coccoz, que se presentó como Juan Pablo, y con "Mario", el seudónimo usado para esa ocasión por Juan Mangini, en el bar Periplos, y comenzó a funcionar como informante consciente del PRT, tal vez con el seudónimo de "Perro", que era una abreviatura de su apellido pero, también, un nombre genérico porque a todos los perretistas les llamaban "los perros". Es decir: todos podían ser "el perro", generalidad que lo protegía. En un principio, algunas versiones indicaron que el vínculo era con Mangini. Sin embargo, la relación de Perrotta se produjo con Coccoz, quien luego informaba a Mangini y éste a Santucho. Mattini recordó: "No era muy conocido dentro del PRT el vínculo con Perrotta. Hay varias cosas que no se saben pero se saben. Pero el vínculo con Perrotta no era *vox populi*. Se manejó con mucha discreción". A pesar del comportamiento liberal de Perrotta, había tomado sus precauciones antes de mantener un nexo más estrecho con la Inteligencia guerrillera. Su contacto con la embajada cubana en Buenos Aires, a cargo del comandante Emilio Aragonés Navarro —un héroe de la Revolución Cubana, que había luchado con Fidel y con el Che y fue uno de los encargados de rescatarlo del Congo—, secundado por Raúl Coll, y donde colaboraba también el periodista cubano Aurelio Silveiro. Perrotta habría recurrido a ellos para confirmar si Coccoz era miembro del PRT. La relación con la embajada cubana fue permanente hasta entrado el 77.

Como informante valioso, la bitácora de reuniones de Perrotta era extensa. A la luz, con militares como Masera, López Aufranc, Anaya y Viola, entre otros. Habitué —más que nunca— del Jockey Club, el Club de Armas y las recepciones de las embajadas y hoteles donde se reunía el establishment de empresarios, industriales, estancieros

y financistas, además de funcionarios y embajadores. Jugaba al golf con Martínez de Hoz, quien le confiaba datos de la marcha ineludible del plan económico que estaba elaborando a pedido de Videla y Viola. Perrotta sentía que estaba en la encrucijada de cómo manejar sus viejas relaciones con las nuevas. Sus colaboradores más cercanos le advertían preocupados que no hablara con todo el mundo de sus múltiples contactos. El vínculo con el PRT lo metía en un juego más peligroso: el de la traición a sus viejos amigos y a su clase social. Abalo lo definió: "Era un trasgresor, pero un trasgresor de guantes de terciopelo. En eso nunca juzgaba bien los riesgos". No pocos llamaron "ingenuidad" a esta transgresión de Perrotta. Además, para Viau, la característica de Perrotta era poder mimetizarse con los ambientes más diversos: "Perrotta era muy 'muchachista'. No era un viejo ridículo, era un tipo que se ponía muy a tono con la gente. Era un tipo que estaba actualizado. Una especie de doctor Jekyll y mister Hyde, porque si por un lado tenía una familia de la alta sociedad, por otro lado andaba con todos los vagos. Y en los dos lugares estaba bien. O sea que era un señor. En esos dos mundos era un tipo que funcionaba bien, porque era un caballero. Un señor estaría en un rancho tomando mate o en cualquier lado. Un señor no tiene nada que ver con su condición social, es otra cosa. La actitud frente al mundo, ¿no? Un obrero puede ser un señor perfectamente".

Cuando jugaba al golf con Martínez de Hoz, Perrotta solía divertirse con su afectación de modales. Y también con Mariano Grondona, a quien conocía desde hacía tiempo pero le tenía cierto "desprecio", a pesar de compartir un pasado nacionalista y de que incluso Grondona había sido columnista del diario en varias ocasiones. Un día, Perrotta llamó a Abalo a su oficina. Era frecuente que le hiciera escuchar algunas de sus conversaciones telefó-

nicas. Perrotta le indicó que escuchara por otro auricular. Estaba hablando con Grondona.

—Se viene el soviet —decía preocupado el periodista.

—No es para tanto, Marianito —lo tranquilizaba Perrotta.

—¿Qué voy a hacer si viene el soviet?

—¿Qué harías? —lo provocó Perrotta.

Grondona le siguió el juego.

—¡Ah! Hago editoriales para el soviet.

Al principio, a Perrotta lo excitaba circular entre esos dos mundos de enemigos jurados. A pesar de que su lealtad era cada vez mayor con los guevaristas, le gustaba hablar con Massera sobre sus relaciones con Montoneros. Al almirante lo obsesionaba tener contacto con ellos; ya entonces tenía aspiraciones políticas, y nunca las abandonaría aunque fuera necesario usar el terror o tomar presadas cabezas y cuerpos. Pero para eso faltaba tiempo. Aunque no demasiado. Había comprendido —señaló con lucidez el periodista Claudio Uriarte— que “para ascender dentro de la Marina era necesario ser gorila, pero para ascender en el poder político había que aproximarse a Perón. Semejante dualidad y tensión contradictorias en el camino hacia el poder militar y político conformarían a Massera como militar, como político y como hombre, y determinaría los logros y los fracasos de su estrategia”. Sus relaciones también lo llevaban desde el Jockey Club, donde conoció a su esposa Delia Esther Vieyra, hasta dirigentes sindicales como Lorenzo Miguel, radicales como Arturo Mor Roig; peronistas ortodoxos como Ángel Robledo e incluso Lastiri, a quienes utilizaba y descartaba según le conviniera. Había intuido y buscado beneficiarse de la lucha entre la izquierda y la derecha peronista que, especialmente después de la tragedia de Ezeiza, lo convencían, según Uriarte, de que “las condiciones estaban maduras

para que él pudiera convertirse en el gran interlocutor naval del peronismo". Y en ese tren apuntaba a tener una buena relación con la prensa.

Massera solía contarle a Perrotta sus planes políticos, su visión del peronismo:

—Mire lo que le digo: hasta podría tener un buen diálogo con Firmenich.

—Yo lo veo siempre a Firmenich —le decía Perrotta, que no podía domar su lengua.

Aunque no fuera cierto —sobre todo el "siempre" — era un mecanismo común en Perrotta: su interlocutor se quedaba enganchado en sus relaciones, lo consideraba imprescindible, un hombre informado, esencial. Y esto tenía un riesgo. En esas charlas con Massera, el almirante detallaba futuros movimientos de los militares y no pocos de los planes de represión. En más de una oportunidad, Perrotta bajaba después a la redacción y ventilaba los pormenores de la charla. "Cuando terminaba de hablar con Massera, Perrotta bajaba temblando. Y todos temblábamos con él", recordó Roberto Guareschi. El "doble juego" —entre Massera y Santucho— le daba a Perrotta una cuota de poder. El de la información valiosa para ambos lados del contrincante. Pero este doble juego conllevaba una implicancia ideológica importante. Porque estaba cada vez más comprometido con las ideas de la época. Su juego devendría cada vez más en fidelidad con los revolucionarios setentistas.

En agosto de 1975, fecha en la que el general Videla asumió la jefatura del Estado Mayor Conjunto y comenzó a completarse la estructura golpista —aunque faltaba el recambio en la Fuerza Aérea a cargo del brigadier Héctor Fautario, que aún se disciplinaba al gobierno constitucional—, una ola de sangre ahogaba a la Argentina. Los militares habían logrado desprenderse de López Rega, al

difundir un informe en *La Opinión* que probaba que el secretario privado de Isabel era el jefe de la Triple A. Fue obligado a renunciar y poco después abandonó el país. Sin él, el ministro de Economía Rodrigo duró poco: renunció el 22 de julio, y tras un breve interinato de Pedro José Bonanni, Antonio Cafiero tomó las riendas de la economía. A pesar de la salida de López Rega, la violencia continuaba. A mediados de agosto, el embajador cubano Aragónes Navarro se había salvado de un atentado frente a la embajada. Comenzaba una "cacería" de opositores, entre ellos el secuestro y asesinato de familias enteras, como la de Mariano Pujadas, dirigente montonero asesinado en Trelew. O el secuestro y asesinato —y posterior robo del cadáver para dinamitarlo— del dirigente montonero Marcos Osatinsky. En ese mes sangriento de agosto, precisamente, los servicios de Inteligencia militar determinaron una estructura especial para encontrar a la cúpula del ERP. El coronel Carlos Alberto Martínez, a cargo de la Jefatura II de Inteligencia, ordenó encontrar a Santucho "vivo o muerto". Convocó para ese momento a un grupo de militares selectos, expertos en Inteligencia, y comandados por el capitán Juan Carlos Leonetti.

El gobierno isabelino, en tanto, cedía terreno a los militares. A través del interinato presidencial de Ítalo Luder se encargó de legalizar la participación de las Fuerzas Armadas en la represión interna. Luego del feroz intento de copamiento de un regimiento en Formosa por parte de Montoneros, con Isabel fuera de combate por depresión y enfermedad, el presidente del Senado en ejercicio provisional de la presidencia, Ítalo Luder, firmó los decretos 2770, 2771, y 2772 de octubre de 1975, que dieron lugar a la directiva secreta de Videla 404/75 para "aniquilar" a la "subversión" y estructuraron a todas las fuerzas de seguridad en cinco zonas, divididas en subzonas y áreas cada

una con jefes militares al frente. El Ejército golpista estaba estructurándose a pasos acelerados. Habían ya desembarcado en Tucumán para barrer de su faz al ERP, pero arrasando también las otras formas de resistencia política con el establecimiento de catorce campos de concentración, primero bajo la órbita del general Acdel Vilas y luego la del general Domingo Bussi, que los extendió. En todo el país la Tripe A y las fuerzas de seguridad unificadas bajo el mando del Ejército secuestraban obreros y mataban sin ley a los civiles armados y desarmados.

Mientras se acercaba cada vez más a “los perros”, Perrotta buscó afanosamente resolver la crisis financiera que presagiaba llevar el diario a la quiebra. Entre julio y agosto del 75 se había conectado con gente ligada a Goar Mestre, un cubano que en los años previos a la revolución era dueño del holding de comunicación más poderoso de Cuba, el Circuito CMQ, que contaba con siete estaciones de televisión, nueve radios y más de treinta empresas. Acostumbrado como los poderosos a tener el Estado a su servicio, mantuvo un fuerte conflicto con el dictador Fulgencio Batista, a raíz de una ley que, según Mestre, buscaba limitar su poder. Se dedicó entonces a criticar al régimen de Batista —que terminó derogando la ley— y dio una efusiva bienvenida a la revolución encabezada por Fidel Castro, que había entrado en La Habana el 1 de enero de 1959. Sin embargo, en 1960 sus medios de comunicación fueron intervenidos para ser puestos al servicio del pueblo. Para Mestre fue demasiado y dejó Cuba para emprender negocios en todo el continente. Se asoció con la cadena norteamericana Columbia Broadcast System (CBS). Llegó a la Argentina y fundó la Productora Argentina de Televisión (Proartel), que ganó la licitación para el Canal 13 y fue su programadora desde 1960 hasta 1974. El 25 de junio de 1975, Isabelita había promulgado la ley 20.968,

que declaraba al 13, junto a otros canales, de utilidad pública y sujetos a expropiación. A pesar de los golpes, Goar Mestre seguía siendo un personaje importante, al igual que algunos de los que lo rodeaban. Perrotta contactó a Juan Pallí, quien fuera vicepresidente de Proartel y gerente general de Canal 13, y hombre muy cercano a Mestre. Pallí estaba vinculado al grupo económico comandado por David Graiver desde 1974. Hacia octubre del 75, Perrotta le pidió ayuda para hacer un plan de salvataje administrativo y financiero que evitase la quiebra inminente del diario. Con un pequeño equipo lograron mantener a flote la empresa hasta que se concretara la transferencia de acciones a un nuevo grupo. Es muy posible que Perrotta tuviera contacto con Graiver, en forma directa o a través de Gelbard, pero ningún testimonio hace alusión a la participación de Graiver en *El Cronista Comercial*. Lo cierto es que Perrotta sí se conectó con Pallí y Alberto Pasman, y ambos finalmente aportaron dinero para salvar al diario y quedarse con parte del paquete accionario. Los periodistas se enteraron de que hubo una suerte de salvataje, aunque no supieron de dónde provenía.

Pero esa ayuda financiera no fue suficiente.

Perrotta tuvo conversaciones con Coccoz acerca de la posibilidad de que el PRT comprara el diario como había hecho con *El Mundo*, y llegó a reunirse en varias oportunidades con Santucho para conversar del tema en el departamento de la calle Laprida, donde vivía Elena Rivarola. Una tarde de noviembre de 1975, Santucho llevó la propuesta de la compra de *El Cronista* a su buró político. Su idea era no repetir la experiencia del diario *El Mundo*, cuya relación con el PRT había sido más que obvia, y uno de los desencadenantes de su clausura. Mattini recordó: “Lo que se dijo fue comprar y sacarlo como era, como un periódico liberal, de la derecha liberal, no repetir la experiencia de

El Mundo. Fundamentalmente como elemento de concentración de Inteligencia, pero sobre todo para realizar un enfrentamiento periodístico. Que no se notara que era del PRT. Que ni se sospechara. Sobre todo que ni los propios militantes del PRT lo supieran". En esa reunión, Santucho no develó los vínculos con Perrotta, sólo dijo que el diario estaba a la venta. Explicó que *El Cronista* tenía otra característica fundamental: un taller de composición propio que daba una cobertura legal a cualquier impresión de periódicos, revistas y libros prohibidos. La cúpula perretista consideró que era un proyecto importante. Mattini señaló: "Queríamos que *El Cronista* sirviera para realizar una tarea de información muy delicada luego del golpe militar que, para entonces, era cuestión de meses". Sin embargo, los contactos de Perrotta con Coccoz para avanzar en la venta de *El Cronista* fueron lentos. Santucho decidió esperar al verano del 76 para cerrar el acuerdo, y en tanto decidió hacer "una contribución económica" para el salvataje financiero y el pago de los sueldos durante el último trimestre del 75. Ante la derrota de las huestes guevaristas en Tucumán, Santucho puso en marcha el operativo más audaz de la historia de la guerrilla urbana en Latinoamérica: el copamiento del regimiento de Monte Chingolo para obtener trece toneladas de armas que les permitieran, como pensaban, combatir contra la dictadura militar que consideraban inminente.

En octubre del 75 Perrotta escribió una carta al embajador Roberto Guyer, aún en Nueva York como secretario general adjunto de Asuntos Políticos Especiales en las Naciones Unidas. A principios de agosto, Guyer había recibido a Rafael hijo en Nueva York. Perrotta le agradeció, a la vez que comentaba sus impresiones sobre la situación actual. "Lamentablemente los padres del joven seguimos atados a esta peligrosa y agitada vida porteña,

que cada día se torna más incierta. Como mando esta carta por valija diplomática de ustedes, me explayaré sin reservas respecto a la situación actual, procurando ser lo más objetivo posible”, le decía a poco de comenzar la carta. Como siempre, Perrotta remarcaba la necesidad de no citar la fuente de los datos que brindaba, y le pedía a Guyer que respondiera también por valija diplomática. Como bien señaló Abalo, Perrotta “no sólo sacaba datos de la aristocracia, sacaba datos de los guerrilleros. Él sabía todo”. Esto le permitía tener, a fines de 1975, un panorama sobre los futuros acontecimientos en el país. Continuaba expresando a Guyer: “Definitivamente las fuerzas (armadas) han tomado posición en el proceso político, posición absolutamente adversa a la conducción futura por parte de la Presidenta y también a la gestión de Robledo, quien prácticamente, por lo menos a Videla, le ‘metió el perro’ diciéndole que la dama no reasumiría y que el acto del 17 no tendría lugar”. Perrotta veía clara la posición de las Fuerzas Armadas de no permitir, como había sucedido con Lanusse, una salida institucional que las alejara del poder total. Robledo, desde el Ministerio del Interior, se empeñaba en buscar esta salida. Isabel Perón, por su parte, no sólo reasumió el cargo el 16 de octubre tras sus vacaciones en Ascochinga —donde el hombre clave del Vaticano en el país, el nuncio Pío Laghi, con la asistencia silenciosa del embajador norteamericano Robert Hill, no pudieron siquiera convencerla de renunciar, como querían los militares— sino que el 17 dio un discurso ante 35.000 personas desde los balcones de la Casa Rosada. Por esto, Perrotta sabía que muchos militares tenían “poca confianza en Robledo”. Decía a Guyer: “A quien parecen sostener por el momento es a Cafiero” porque intentaba pilotear la crisis tras el Rodrigazo. Cafiero viajó a los Estados Unidos para buscar apoyo financiero. Enterado del

viaje, Perrotta le pidió a Eduardo Amadeo, amigo del colegio de su hijo Rafael y a su vez cercano a Cafiero, que acompañara al ministro e hiciera de corresponsal para el diario. Una vez en Washington, Amadeo fue testigo de las dificultades de Cafiero para lograr que lo recibieran y le brindaran ayuda. Una de las principales trabas era la posición sostenida por la Argentina sobre el tema Cuba. Amadeo transmitía por télex las novedades, y aprovechaba para conversar con Perrotta.

Amadeo se enteró de que mientras la delegación argentina estaba en Washington, se desarrollaba una negociación paralela con Fidel Castro con el objetivo de conseguir financiamiento árabe o ruso a cargo de Jorge Antonio y Torcuato Sozio, embajador argentino en La Habana. Lo que lo sorprendió fue que Perrotta estuviera enterado. Y no sólo enterado, sino también participando. Vía télex, Perrotta le pidió que le pasara un mensaje críptico a Antonio. El mensaje decía: "El hombre de la isla los espera". Amadeo cumplió con el pedido. Cafiero se enfureció.

—¿Y usted, qué carajo se mete en esto? —le dijo a Amadeo.

—Yo no me meto en nada. Sólo le transmito el mensaje de Cacho Perrotta.

—¿Y Perrotta qué carajo se mete?

Cuando volvió a Buenos Aires, Amadeo supo que en realidad era un mensaje del embajador cubano Aragonés Navarro, quien le había pedido a Perrotta que actuase de correo. Según Amadeo, los mensajes siguieron a pesar de la reacción de Cafiero: "Años después, Antonio me confirmó que efectivamente algo hubo, que era un paquete donde se combinaban financiamiento para importaciones de petróleo, dinero en efectivo y demás, pero que nada se concretó". En sus comunicaciones, Perrotta también le comentaba a Amadeo algunas informaciones sobre el golpe

militar. Sabía de los movimientos que se estaban llevando a cabo dentro de las Fuerzas Armadas, y de las alianzas que se tejían en el Ejército. “Son una sola cosa con la Marina”, le escribió a Guyer en esa carta de mediados de octubre de 1975, y “el brigadier Fautario ha sido marginado bastante por sus colegas porque al parecer ‘bate’ al gobierno los temas conversados entre ellos. A su vez, mi impresión es que tiene poca apoyatura en la fuerza”. El testimonio de Perrotta era de primera mano: se lo había dicho Massera una tarde en su despacho del edificio Libertad. Sin embargo, para esa fecha, Perrotta aún guardaba cierta esperanza de salida incruenta. Proseguía en su misiva a Guyer: “Si no encuentran otro expediente para poder conducir el proceso de sucesión institucional de la viuda —a esta altura de los acontecimientos parece posible— (los militares) recurrirán a la toma directa del poder, no más allá del 30 de noviembre”. Perrotta sostenía que la conducción del proceso estaba firme en las manos del Ejército, donde, aseguraba, se destacaba el general Roberto Viola, entonces jefe del Estado Mayor del Ejército que había reemplazado a Videla en el cargo cuando éste asumió como comandante en jefe. Según Perrotta, Viola buscaba el apoyo del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Victorio Calabró, así como de algunos dirigentes peronistas. Sin embargo, sabía de la existencia de líneas internas dentro del mismo Ejército: “No debe dejar de tenerse en cuenta que exista un ala, no demasiado poderosa a mi juicio, de derecha violenta, cuyo mentor intelectual es ‘el Pibe’ López Aufranc —y acotaba—: Dudo que puedan influir negativamente en el proceso pues su proyecto es tan brutal que no sería compartido por la mayor parte de la oficialidad”. Tanta esperanza en que en el Ejército primaría “la humanidad” se contradecía con esta certeza: “El tema que absorbe fundamentalmente el interés y la preocupación militar es la

difícil lucha contra la subversión, que está muy ligada con las dificultades que permanentemente se generan en materia de producción industrial. También es preocupante la audacia puesta de manifiesto en Tucumán por el ERP y en el ataque a Formosa por los Montoneros. Prácticamente los militares dicen con toda claridad que el país está en guerra". La carta de Perrotta a Guyer es significativa porque revela sus vínculos no sólo con Massera sino también con Viola, por entonces el cerebro —aunque esto se sabrá muchos años después— de todo el diseño de Inteligencia y represivo que los militares dirigidos por Videla estaban dispuestos a poner en marcha con una crueldad sin límites. Viola sabía cómo convencer a sus interlocutores de que era "el general conciliador" y, en todo caso, dar informaciones para despistar sobre las verdaderas intenciones y acciones del Ejército. Y sobre todo para encubrir por años que fue el verdadero autor del diseño de la ciudadela del terror en los más de quinientos campos de concentración que estaban dispuestos a desplegar para imponer su proyecto de reformateo económico, social y político de la Argentina. Un plan de exterminio sistemático, una matanza de opositores, sobre todo obreros, armados o desarmados.

El peligroso desfiladero de Perrotta no se detuvo. El 23 de octubre había recibido en su casa de la calle Quintana al general Viola y al teniente general Anaya, con sus esposas. Y a pesar, o tal vez por ser los últimos meses del gobierno de Isabel, Perrotta participó de las veladas con los militares que estaban preparando el golpe. En una noche de cóctel y sonrisas, se había quedado petrificado cuando Alicia Hartridge de Videla desató sus celos contra Isabel y reveló la fecha del golpe que la iba a convertir en la primera dama de la Argentina.

Perrotta se citó con Coccoz en el bar Las Violetas.

—Te confirmo: la fecha del golpe es en la tercera semana de marzo —le aseguró.

El teniente Pancho le transmitió el dato a Juan Mangini, que a su vez lo pasó a Santucho. Gorriarán Merlo relató en sus memorias: “Habíamos obtenido la información —que era precisa— de que el golpe estaba en plena preparación a través de Cacho, dueño de *El Cronista Comercial* y miembro del aparato de Inteligencia del ERP. Como es público, él tenía amistad con Martínez de Hoz, e incluso gran parte del plan lo consiguió de la misma oficina del ex general Viola. Cacho tenía un gran acceso a todos esos sectores, por su propio ascendiente familiar y su papel como dueño de *El Cronista*. Era una persona sumamente sensible y extremadamente consciente de las cosas que hacía. A él lo veía Juan Mangini, Pepe, que era el jefe de la Inteligencia del PRT-ERP”.

¿La lucha política parecía haberse degradado a esas alturas sólo en una batalla de Inteligencia entre aparatos? No, la lucha política continuaba en todos los terrenos, pero para la guerrilla la información de Inteligencia era una necesidad de sobrevivencia; para los militares, el camino para despejar la resistencia armada a su toma del poder absoluto. En noviembre de 1975, el Batallón de Inteligencia 601 estaba en condiciones de elaborar el Documento N° 3068/75, con un detallado y preciso informe sobre la estrategia del PRT: “Situación general del PRT-ERP”. Según los militares, “financieramente la organización estaría ‘fundida’, no contando en estos momentos prácticamente con dinero para el apoyo de sus actividades tanto políticas como militares. Cuba no habría brindado apoyo suficiente, en razón del fracaso de la guerrilla en Tucumán y la no concreción de una zona liberada. Según Santucho, iban a tener apoyo financiero de Rusia, el que aún no se ha efectivizado, aparentemente, por lo señalado

en el párrafo anterior". Con respecto a la Compañía de Monte en Tucumán, durante septiembre y octubre los militares habían diezmado sus fuerzas secuestrando a simpatizantes de la guerrilla, aislándola de la población civil y luego asesinando a sus principales dirigentes, uno de ellos Asdrúbal, hermano de Roberto Santucho. El documento militar seguía: "La organización militar (ERP) en lo nacional estaría muy debilitada y perdiendo, paulatinamente, sus estructuras". Los militares también contaban con información sobre el paradero de Santucho: "Se asevera que no estaría en Tucumán sino en Catamarca". Y luego hacían un informe detallado del estado de las fuerzas políticas y militares de los perretistas.

En noviembre de 1975, Perrotta no ignoraba que sólo restaban unos meses, antes del asalto final al poder por parte de Videla-Martínez de Hoz para arreglar la situación financiera de *El Cronista*, hasta que ocurriera lo inevitable: dejar para siempre la conducción del diario. No podía pensarlo por esos días, en los que aún se entregaba a un juego de tráfico de información delicada. Muchos de quienes lo frecuentaron entonces recuerdan que Perrotta parecía sentir una impunidad natural o una gran cuota de placer por vivir en una situación de peligro. Lo cierto es que él era consciente de que su referencia pública era ser considerado parte del poder. Lo otro, las citas con Coccoz, eran parte de un secreto guardado bajo llave. Para los periodistas, Perrotta era cada vez más "Cacho Perrotta". El 20 de noviembre, por ejemplo, la redacción del diario asistió sorprendida a una nueva muestra de sus pasiones. Desde España había llegado la noticia de la muerte del general Francisco Franco, el dictador que llevaba treinta y seis años en el poder desde el fin de la Guerra Civil Española, en 1939. Perrotta irrumpió en el tercer piso del diario, se subió a la mesa de redacción y entonó *La Marsellesa*

en su versión original. Kirschbaum recordó: "La noticia había provocado una explosión en la redacción del tercer piso de la calle Alsina. Nosotros comíamos porciones de pizza, cortadas con las tijeras de los diagramadores, mientras escuchábamos el perfecto francés de Perrotta. Estábamos Roberto Cossa, Carlos Somigliana, Osvaldo Lamborghini, Tito Amadeo, Juan Carlos Galliard, Alberto Dearriba, Amílcar Fidanza, Luis Guagnini, Hugo Murno, Pepe Capdevila y otros miembros de esa formidable redacción. Afuera ya estaban abiertas las fauces del infierno tan temido".

A fines de 1975, la suerte de Isabel estaba echada. El gobierno hizo otro esfuerzo por contener la intervención militar y adelantó las elecciones presidenciales previstas para 1977 a octubre de 1976. No sirvió de nada: el acta de defunción del gobierno dependía de la firma de Videla y Massera. La estrategia de ambos requería de un poco más de tiempo para lograr uno de los pasos vitales: el recambio y colocación dentro de la estructura de mando del Ejército —un juego comenzado a principio de 1975—, a reconocidos videlistas en los lugares estratégicos. Viola ya estaba al frente del Estado Mayor del Ejército, con el general Leopoldo Fortunato Galtieri en la sub Jefatura. Los generales de división cercanos a Videla se repartieron los cuerpos de Ejército: Carlos Guillermo Suárez Mason pasó a tener bajo su órbita el estratégico I Cuerpo, que abarcaba Capital Federal, la mitad norte de la provincia de Buenos Aires y La Pampa; Ramón Genaro Díaz Bessone el II Cuerpo, con sede en Rosario; Luciano Benjamín Menéndez el III Cuerpo, con asiento en Córdoba; Osvaldo René Azpitarte el IV Cuerpo, con sede en Bahía Blanca, y Santiago Omar Riveros asumió como comandante de Institutos Militares en Campo de Mayo. Como secretario general del Estado Mayor quedó el general Carlos Alberto

Dallatea. Y el hombre clave era el general de brigada José Rogelio Villarreal, a cargo de la J-1 de Personal y de trazar este organigrama. Videla, finalmente, había logrado una estructura de mandos militares donde no quedaban vestigios de filoperonistas o de lanussistas; una estructura concebida con premeditación política como una Blitzkrieg de guerreros sin límites morales para acabar con "la subversión apátrida" y asaltar el poder civil. Consiguió alinear a todos aquellos que estuvieran dispuestos a matar "a todos los que sea necesario".

Perrotta había acertado en su consideración sobre Fautario. Si bien el brigadier fue partícipe de las primeras conspiraciones, no tenía la total confianza del binomio Videla-Massera ni del otro cerebro del golpe, Viola. Ellos sabían que era necesario un proyecto unificado de las tres armas, y esto obligaba a desplazar a Fautario de la conducción de la Aeronáutica. El encargado fue el brigadier Jesús Orlando Capellini. Junto con Viola, aprovechó un viaje de Videla a Caracas para lanzar la estocada final contra Fautario: el 18 de diciembre Capellini sublevó la Base Aérea de Morón y exigió la renuncia de Fautario y la toma del poder por parte de Videla. El plan sirvió para colocar al brigadier Orlando Ramón Agosti al mando de la Aeronáutica. Perrotta tenía información del movimiento de Capellini, pero recién a fines de diciembre de 1975 pudo completarse la estructura de mandos militares para comenzar el asalto final para derrocar a Isabel. Sólo faltaban dos cosas: una derrota de magnitud bíblica de la guerrilla, que los militares esperaban, y un plan económico. La primera estaba por ocurrir en Monte Chingolo. En la segunda trabajaba Martínez de Hoz, con el establishment económico concentrado en el CEA y en las cámaras que agrupaban a las grandes empresas y bancos extranjeros del país, mientras se diseñaba el ataque final a la CGE, reducto de los pequeños y me-

dianos empresarios. Para entonces, Gelbard comenzaba a preparar su exilio definitivo en los Estados Unidos.

Como se dijo antes, Santucho preparó el copamiento del Batallón Depósito de Arsenales Viejobueno en Monte Chingolo con la idea de reunir trece toneladas de armamento para resistir un golpe militar que descontaban sería devastador en vidas y bienes. La operación, sin embargo, fue delatada por un espía del Ejército, Jesús Ramés Ranier, alias "el Oso". La "guerra de inteligencia" o "guerra de aparatos" militares desvirtuaba la política de tal manera que constituyó un gesto anticipado de derrota para los revolucionarios setentistas. Gustavo Plis-Sterenbergh señaló: "En el PRT-ERP existía un dudoso criterio político para considerar su posible infiltración por los servicios de inteligencia. Se confiaba en que el infiltrado (el filtro, en la jerga política de los setenta) tarde o temprano se pondría en evidencia". Estaban convencidos de que se notaría la inconsistencia ideológica del infiltrado, y que, a lo sumo, podía llegar a perjudicar al nivel de una célula y no causar mucho daño. El caso de Monte Chingolo demostraría lo errado de esta concepción. Ranier militaba en las FAP-17, un desprendimiento de las mismas orientado por Envar El Kadri, que en 1974 se había incorporado al PRT. Desde tiempo atrás Ranier había sido atrapado en una pinza para convertirse en "filtro", quedando bajo las órdenes del coronel Alberto Alfredo Valin, jefe del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército. Éste lo dejó en manos del jefe de la división Situación General del Batallón 601, el coronel Carlos Antonio Españadero, alias "Peirano". Ranier pasó al aparato de Logística del ERP, a cargo de Juan Eliseo Ledesma. La inteligencia militar daba señales de eficiencia. El 7 de diciembre, el único jefe militar del ERP entrenado para esos ataques, Ledesma, fue secuestrado por una patrulla militar; trasladado a una prisión clandestina en Campo de

Mayo y cruelmente atormentado —destripado— durante meses, hasta morir. Santucho, abatido por la noticia, no tuvo tiempo de reponerse: el mismo día fueron apresadas su cuñada Ofelia Ruiz, sus cuatro hijos y varias de sus sobrinas en una fiesta infantil. El Ejército intentaba debilitar, aunque no impedir, la operación del ERP. Ya conocía los planes de ataque, la zona de los probables objetivos de los guerrilleros. La detención de los niños Santucho, publicada en toda la prensa, tuvo ribetes surrealistas. Luego de un periplo por varias dependencias militares, y ante el temor de represalias, los militares dejaron en libertad a Ofelia Ruiz y a los chicos, que se asilaron en la embajada de Cuba hasta diciembre de 1976. Durante ese año tremendo, y vinculado con este episodio, Perrotta desempeñará un papel clave.

A pesar de lo ocurrido con Ledesma y su familia y con las fuertes sospechas de delación del operativo, Santucho no detuvo el ataque al Batallón de Monte Chingolo, que se produjo el 23 de diciembre de 1975. El Ejército esperaba a los guerrilleros y movilizó cerca de 6.000 efectivos contra los 120 del ERP. Durante varias horas se combatió tanto en el Batallón como en las inmediaciones. El ERP logró ingresar al predio e incluso ocupar algunos de los objetivos que se había trazado, pero sufrió numerosas bajas en combate. Hubo decenas de víctimas entre los vecinos durante los patrullajes del Ejército en busca de guerrilleros, que se habían replegado por el barrio contiguo al predio militar. Allí fueron asesinados 60 guerrilleros —entre muertos y desaparecidos—, heridos militares y muchos vecinos del lugar. Ocasionó también el comienzo del fin del ERP.

Perrotta siguió los sucesos de Monte Chingolo junto a los periodistas del diario. Es posible que supiera del ataque. Apenas enterado había enviado al “Negro” Demarchi a cubrir la noticia. En el comedor del sexto piso del

diario, Perrotta esperaba junto a varios periodistas, entre ellos Susana Viau. Desde allí escuchaban explosiones, que aparentemente provenían de la sede de la CGT. Se quedaron esperando hasta que volvió Demarchi.

— ¡Ustedes no saben lo que fue! ¡No saben lo que fue! ¡Parecía la guerra! ¡Tiroteaban por todos lados! — gritaba.

Aún no había mucha información. Recién entrada la noche tuvieron una idea de la magnitud de lo ocurrido. Tras Monte Chingolo, Santucho comprendió que era tiempo de prepararse para la resistencia y replegarse. La ejecución por “traición” de Ranier no reparó el dolor de esa tragedia.

Lo cierto es que los planes de Santucho cambiaron. Entre ellos, se desistió de la compra del diario de Perrotta, que siguió vinculado a la inteligencia perretista “como un hombre que no abandona un barco que se hunde”, a pesar de que el ahogo financiero lo desesperaba. Su hijo Rafael contó: “Llegó un momento de confrontación con la comisión interna en el cual yo hice la cuenta con el equipo de administración y daba que todos esos pedidos que estaban haciendo no se podían pagar. No había ninguna manera de pagarlos. Y cuando estaban en el medio de la reunión, apareció papá y dijo: ‘Todo lo que se ha pedido está concedido’. Entonces yo me quedé callado porque el diario era de él, y me dijo: ‘No, lo que pasa es que Massera me dijo que ahora va a haber un golpe, que aguantáramos, que no nos peleáramos, que era mucho peor’”. El mensaje fue críptico. Y Perrotta no lo dijo entonces, pero la desesperación lo había llevado a ofrecerle a la Armada, es decir a Massera, la venta de *El Cronista*. Massera le pidió, entonces, que esperara hasta el golpe militar, cuando ya dueños del poder necesitaría un diario para su proyecto político. A fines de 1975, la asfixia financiera lo había llevado a incumplir con el pago del crédito conseguido en el Banco del Río de la

Plata de la familia de Luis María Gotelli, su viejo amigo, ex secretario de Energía y Minería del ongiato. Martínez de Hoz se encargó de presionarlo para que pagara la deuda vendiendo *El Cronista*. La depresión de Perrotta era tan evidente por entonces que Orecchia recordó que durante los últimos meses del 75 casi no iba al diario.

El desenlace se acercaba. Un día sofocante de enero de 1976, mientras estaba en Villa La Angostura, Roberto Guareschi, que ya era jefe de redacción, atendió el teléfono de la oficina de Perrotta.

—¿Perrotta? —preguntó una voz.

—No, habla Guareschi.

—Dígale a Perrotta que llamó Goar Mestre.

Guareschi se enteró entonces de las negociaciones con Goar Mestre. "Perrotta estaba de vacaciones. Aparece Carlos Montero y me dice 'Mucho gusto, yo soy Montero, representante de todas las personas que han comprado el diario'. '¿Qué?', le contesto. Y Montero lo que me indica es 'Si te portás bien seguís, si no, te vas'. El tipo me pidió un listado de despidos y yo le dije simplemente que no. Lo que querían ellos era que le limpiara el diario de zurditos. Ésa fue la bronca mía con Perrotta. Un día me encuentro con él de casualidad, en la calle, en una farmacia al lado del Ministerio de Bienestar Social. Me estaba pesando, haciendo tiempo. Alguien me toca el hombro y me doy vuelta y le digo '¿Qué carajo te pasó' '¿Cómo me decís eso?' 'Vendiste el diario y me dejaste a mí como parte del mobiliario, ¿qué te pasa loco?' No explicó nada. Se decía que había problemas económicos y que debía mucha guita, que tenía muchos problemas, que la inversión del taller había sido muy grande y le estaba pesando mucho. Pero que lo estaba por vender, nunca me enteré. Era ridículo que alguien venda el diario y no le avise a su jefe de Redacción. Ése era el estilo de Perrotta. Pero no es que era un

tipo jodido. Era un inconsciente.” Sin embargo, aún faltaban unos meses para que Perrotta se desprendiera definitivamente del diario. Montero era el nexa con el grupo de Goar Mestre, Juan Pallí y Alberto Pasman, y se incorporó al diario desplazando a Orecchia como administrador.

A comienzos de marzo de 1976, Perrotta pudo tomar del despacho de Viola la información detallada del golpe militar. Ocurrió durante una de esas visitas que realizaba al Edificio Libertador, para entrevistarse con el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército. Perrotta no era un desconocido para Viola, quien lo había frecuentado en sus numerosas reuniones con periodistas y políticos a las que era adepto. Entre esos vínculos, Viola forjará su imagen de “militar democrático”, aunque fue el cerebro del diseño de la ciudadela represiva del régimen. En esas páginas tremendas se sostenía que el principal objetivo era “exterminar al activismo obrero”. Perrotta se volvió a encontrar con “Juan Pablo” o “teniente Pancho” en el departamento de la calle Laprida, para entregar la información de alto voltaje conseguida en un descuido de Viola, mientras éste se afeitaba, en el baño de su oficina. Pero no sólo había informado al PRT de los preparativos del Ejército. También intentaba proteger a sus periodistas. Dearriba recordó que “Perrotta sabía que nosotros no medíamos la magnitud de lo que se venía. Y él sí tenía idea. Nos decía ‘Ustedes no saben lo que va a pasar. Son unos inconscientes’. Nosotros jodíamos, ‘Estos milicos son tan turros que van a dar el golpe para los vespertinos’. Y él nos advertía ‘Ustedes jodan, que no saben lo que se viene’. Eso nos decía permanentemente. Y siempre con alguna información que traía del Ejército”.

El 23 de marzo, *El Cronista* tituló: “Hay signos de inminentes definiciones en el país”, y relataba la presencia de tropas en las inmediaciones de la Casa de Gobierno y

en distintas ciudades del país. Esa noche, Perrotta salió a caminar con "Tito" Cossa, que había vuelto al diario tras las amenazas de la Triple A que lo obligaron a esconderse.

—La que se viene, Tito, va a ser terrible. Terrible...
—dijo Perrotta, acentuando la palabra "terrible" en un tono afrancesado.

A la una de la madrugada del 24 de marzo, Isabel fue derrocada, secuestrada inicialmente y luego encarcelada. En pocas horas, los militares apresaron a todo su gobierno, incluidos los gobernadores, junto a dirigentes políticos, gremiales y estudiantiles. Las Fuerzas Armadas ocuparon todos los edificios públicos y las sedes de las centrales sindicales y empresariales vinculadas al peronismo. Isabel tuvo un último gesto de resistencia: no renunció. Los militares agregaron a su currículum el delito de sedición. Cuando el general Villarreal fue a detenerla, Isabel vaticinó: "Correrán ríos de sangre cuando la gente salga a defendernos". Corrieron ríos de sangre, pero no precisamente porque salieran a defender su gobierno. Perrotta estaba al tanto, por haber escuchado en alguna de las tertulias en las que se codeaba con los militares y sus cómplices civiles —como Martínez de Hoz— los puntos más macabros del plan. Tal vez intuyera los caminos que tomaría la lógica militar en el sexto golpe de estado que llevaban adelante desde 1930. Una lógica que desembocaría, por un lado, en una reforma salvaje de la estructura económica, política y social de la Argentina con el objetivo central de modificar la distribución del ingreso, que hasta ese momento era favorable a los trabajadores. Perrotta conocía el pensamiento de Videla y toda la cúpula golpista. Martínez de Hoz fue catapultado como ministro de Economía del régimen para ejecutar el plan acordado con Videla. Pedía cinco años para desarmar las bases del estado de bienestar que aún sobrevivía y montar la hegemonía de la especulación financiera como

diseño de recambio de la matriz industrial. En tanto, la faena de los militares fue la matanza de ciudadanos para disciplinar por el terror a la sociedad. Se instauraron más de 360 centros clandestinos de detención, con una lógica interna propia. La notable politóloga Pilar Calveiro señaló: "El golpe de 1976 representó un cambio sustancial: la desaparición y el campo de concentración-exterminio dejaron de ser una de las formas de la represión para convertirse en la modalidad represiva del poder, ejecutada de manera directa desde las instituciones militares. Desde entonces, el eje de la actividad represiva dejó de girar alrededor de las cárceles para pasar a estructuras en torno al sistema de desaparición de personas, que se montó desde y dentro de las Fuerzas Armadas". Así fue. Videla tenía claro implementar la matanza de argentinos de forma clandestina. En 1998 confesó en una entrevista para el libro *El dictador*: "No, no se podía fusilar. Pongamos un número, pongamos cinco mil. La sociedad argentina no se hubiera bancado los fusilamientos: ayer dos en Buenos Aires, hoy seis en Córdoba, mañana cuatro en Rosario, y así hasta cinco mil. No había otra manera. Todos estuvimos de acuerdo en esto. Y el que no estuvo de acuerdo se fue. ¿Dar a conocer dónde están los restos? ¿Pero, qué es lo que podemos señalar? ¿El mar, el Río de la Plata, el Riachuelo? Se pensó, en su momento, dar a conocer las listas. Pero luego se planteó: si se dan por muertos, enseguida vienen las preguntas que no se pueden responder: quién mató, dónde, cómo".

En la mañana siguiente del golpe, los grandes diarios dieron la bienvenida a los militares. Tanto *Clarín* como *La Nación* repartieron elogios a la intervención militar. *Clarín* sostuvo: "Se abre ahora una nueva etapa con renacidas esperanzas". *La Nación* transcribió directamente los comunicados militares. El mismo 24 de marzo, "Tito" Cossa y Murno se encontraron en la redacción del diario.

Recibieron una llamada exigiendo que un responsable se presentara en el Edificio Libertad, donde funcionaba el Estado Mayor General de la Armada, el arma que recibió el control de la prensa en el reparto de poder entre los militares. Decidieron ir. Allí escucharon las órdenes: sólo podían publicar los cables de la agencia estatal Télam. Por esos días, Perrotta dejó el diario en manos de José "Pepe" Capdevilla. Muchos periodistas renunciaron por temor a ser secuestrados. Cossa y Somigliana ya habían aparecido en las listas de la Triple A. Dearriba, Rivera, Murno y Abeledo permanecieron en *El Cronista*. Algunos, como Guareschi y Kirschbaum, emigraron a *Clarín*. Perrotta decidió indemnizar a todos los que se iban, para que pudieran sobrevivir, ya fuera dentro o fuera del país. Muchos partieron al exterior, Abalo fue uno de ellos: "Cuando ocurrió el golpe militar empezaron los secuestros en el diario. Gente amenazada. Cacho me indemnizó para que me fuera porque yo había sido el autor de la mayor parte de los editoriales. Me tuve que ir del país. Viajé a México". Perrotta, sin embargo, no parecía preocupado por su seguridad. Conocía a muchos de los jerarcas del nuevo gobierno militar. Frecuentaba al general Villarreal, jefe de Personal del Ejército, luego secretario general de la Presidencia y mano derecha de Videla; a Viola; al ministro del Interior Albano Harguindeguy. Y era amigo personal de Massera y de Martínez de Hoz. No sentía temor de ser considerado un "subversivo" porque tenía vínculos con gran parte del gabinete, con los ministros y secretarios de Estado tanto militares como civiles. Estaba convencido de que sus viejas relaciones lo mantendrían a salvo e, incluso, le permitirían salvar a otros. A Massera, en una oportunidad, llegó a pedirle que auxiliara a un diplomático chileno amenazado y al cual el marino ordenó poner en un avión y depositarlo en los Estados Unidos. En varias oportunidades, Perrotta

se ofreció para trasladar a personas comprometidas escondidas en el baúl de su auto hasta Ezeiza, así como a seguir brindándoles cobertura. Su hijo Rafael contó — años más tarde, en el juicio contra el cura Christian von Wernich — que desde el diario se ayudó a varias personas a salir del país gracias a un acuerdo con Air France, que les daba pasajes a cambio de publicidad.

Pero esta sensación de inmunidad de Perrotta era ilusoria. El 29 de marzo de 1976, los guerrilleros guevaristas tuvieron una nueva derrota cuando el Ejército atacó una quinta en Moreno donde deliberaban los máximos dirigentes del PRT-ERP. Muchos pudieron escapar, como Santucho y el buró político. Hubo cuatro muertos y ocho desaparecidos, entre ellos el jefe de Inteligencia Mangini o “capitán Pepe”. En su lugar quedó Carlos Emilio All, llamado “capitán Alejandro”. Esta situación modificó la estructura de Inteligencia con la que estaba relacionado Perrotta que, a partir de entonces, debería verse directamente con Santucho por lo delicado del vínculo.

Lentamente, en la superficie de las cosas, *El Cronista* comenzaba a hacer los deberes con el régimen. En abril se dio inicio al desarrollo del proyecto económico. El día 2, Martínez de Hoz dio a conocer su plan, al mismo tiempo que Videla se reunía con directores de diarios y radios. Tras el anuncio de Martínez de Hoz, *El Cronista* destacó que el programa económico contenía “una coherencia innegable que va desde sus principios generales hasta sus aplicaciones sectoriales” y que contribuiría “a tornar más sólido el reordenamiento”, desechando el shock inmediato y el tratamiento gradualista para optar por un sistema donde “no se podrá evitar que la estructura de ingresos internos reciba una considerable atención. (...) Hoy, cuando reabra el Mercado de Valores, la animación que prevalezca en las ruedas podrá dar un indicio del nuevo clima de con-

fianza en el sector privado, anticipo de la mayor o menor rapidez con la que podría llegar a transitarse la próxima y difícil etapa". Era evidente el sometimiento al nuevo régimen: en esos días comenzaron las clausuras temporales o permanentes de diarios que se opusieran o pusieran en duda el régimen militar. El día del golpe los militares habían implantado la censura previa, pero la levantaron al día siguiente. El 22 de abril enviaron a los medios una lista de dieciséis indicaciones sin membrete ni firma de la Secretaría de Prensa titulada "Principios y procedimientos a que deberán ceñirse los medios de comunicación masiva". Era, de hecho, la implantación de la autocensura, y sostenía: "A partir de la fecha, 22/4/1976, queda prohibido informar, comentar o hacer referencia a temas relativos a hechos subversivos, aparición de cadáveres y muertes de elementos subversivos y/o de integrantes de las fuerzas armadas o de seguridad por estos hechos a menos que sea informado por fuente oficial responsable. Incluye secuestrados y desaparecidos". Su aplicación efectiva quedó bajo el mando del secretario de Prensa de la junta militar, el capitán Carlos Alberto Corti. Poco después, la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia pasó a denominarse Secretaría de Información Pública, a cargo del capitán de navío Carlos Pablo Carpintero y Corti fue designado director de Prensa. El diario pensado y llevado a la calle por Perrotta se basaba, sobre todo, en la libertad de opinión y en cierta defensa de puntos de vista críticos del propio establishment económico al que se dirigía. Un día después de ese manifiesto de censura de la dictadura, el 23 de abril de 1976, Perrotta anunció que su diario abandonaba la vía pública. Volvía a su viejo nombre de *El Cronista Comercial* y a la venta por suscripciones, además de editar un semanario llamado *El Cronista Deportivo*.

La crisis financiera, la censura, el secuestro y asesinato

de periodistas y el exilio de muchos de ellos cambiaron definitivamente el curso de la vida de Perrotta. Podía tener tres opciones: o partía también al exilio, o se desconectaba de los enlaces con la inteligencia guerrillera, o mantenía con un alto riesgo sus convicciones.

En ese otoño sangriento debía tomar una decisión.

SIETE

EL CERCO

Había logrado juntar unos 51 mil dólares para el lunes 11 de julio de 1977. Rafael se lo comunicó a Carlos, que aceptó la oferta. Pero el martes 12 el extorsionador llamó, furioso, fuera de la hora acordada. El reproche: Rafael había avisado a la Policía y, de seguro, los teléfonos estaban intervenidos. Rafael lo negó obstinadamente y le ofreció:

—Espero su llamado en la casa de Bendolini.

Poco después, Carlos lo llamó.

—Hizo trampa, así que cambiamos de idea: vamos a matar a su padre y a usted y a toda su familia —amenazó.

—Le juro que no hice trampa. ¡No es cierto!

Carlos cortó y Rafael volvió a la casa paterna, desesperado. Su madre llamó sin éxito al tal coronel Morelli para avisarle lo que ocurría: un hombre había citado a Rafael en el hotel Impala a esperar allí un llamado. Pero el hotel estaba completo. Cuando a las 13.30 se comunicó el inspector Arran, Rafael notificó de su mensaje a Carlos al hotel, que debía llamar a la casa de su amigo Bendolini.

El vínculo con los extorsionadores se endurecía ante la proximidad del pago del rescate. Sin embargo, las negociaciones no serían abandonadas: necesitaban cambiar ciertas reglas de juego, fundamentando el cambio en un supuesto

enojo, para rotar los personajes que a partir de ese momento se encargarían efectivamente del cobro del botín. Por eso, a las 15.05 llamó Carlos. Le dijo a Rafael que seguiría la conversación con un tal "Raúl" (con seguridad otro nombre falso) cuya primera frase fue una amenaza. Le indicó que tendría que ponerse en contacto con la señorita Rivarola, la amiga íntima de su padre, al teléfono 71-4281 y esperar un nuevo llamado allí, en el departamento de la calle Cerviño 3595, 9º 31, entre las 11 y las 12 del día siguiente.

—Las cosas cambiaron: en 24 horas deberá pagar lo que le habíamos pedido al principio —sentenció Raúl antes de cortar.

Elena llamó inmediatamente al coronel Morelli para pedirle que el inspector Arran no apareciera por su casa para no darle excusas a los extorsionadores.

A las 10 del miércoles 13 de julio, Rafael se trasladó a la oficina de su hermano Santiago. Había decidido no ir al departamento de Rivarola. Prefirió dirigirse a casa de su amigo Bendolini a esperar el llamado del tal Raúl, que se comunicó una hora más tarde.

—¿Tuvo dificultades con el teléfono de la señorita Rivarola?

—Sí.

Raúl se enfureció y reiteró las amenazas.

—Este teléfono está intervenido. ¿De quién es este teléfono?

—De un amigo de mi hermano.

—Su nombre, diga su nombre...

—Lino.

—¿Lino qué?

—Bendolini.

En ese momento se produjo una interrupción, como si Raúl estuviera anotando o consultando algo. Luego dio instrucciones.

—Para que no se le ocurra mandar un policía a pagar en lugar suyo va a tener que mostrarse. Camine entre Libertador y Dorrego y la escuela en Libertador y Gorostiaga ida y vuelta con un diario en la mano.

Rafael tuvo que contestar que no podía caminar esa distancia debido a las secuelas de la poliomielitis durante la infancia. Raúl accedió a reducirla y acordaron que fuera un trecho menor en la vereda del Hipódromo de Palermo. Rafael cumplió, pero al mediodía Raúl dijo que no lo había hecho. Rafael se defendió. El infierno del día había comenzado temprano y seguía. Quedaron en comunicarse a las 15 en la casa de Bendolini. A esa hora, Rafael esperaba en el departamento con Clara Podestá Wilmart, testigo de la conversación.

—¿Qué le pasó hoy?

—Yo fui.

—Nosotros no lo vimos. Ahora, escúcheme: tiene que repetir la operación.

—Le dije que no puedo caminar mucho.

—Repita la operación, le dije, a partir de las 15.45 de hoy hasta las 16.15.

—¿Caminando?

—No. Camine unos minutos y luego se queda cerca de su coche. Ahora escúcheme una cosa, Rafael, la situación ha cambiado bastante... al respecto. Nosotros le damos un plazo hasta mañana a las cinco de la tarde para que reúna y tenga con usted ya todo lo que habíamos conversado anteriormente.

—Le dije que no disponemos de esa cantidad.

—Mire... Nosotros hemos hablado con su padre y él prácticamente nos ha dicho que no puede ser que no haya podido reunir lo último que le habíamos pedido. Estamos seguros de que usted eso ya lo tiene. Recuerde: tiene un plazo máximo de 24 horas.

—Necesito más tiempo.

—Escúcheme bien: el viernes a las 5 de la tarde vencen todos los plazos, o sea le queda jueves y viernes. Usted haga lo que yo le dije ahora, entonces mañana lo voy a llamar y el viernes a las 5 de la tarde vuelvo a llamar y usted ya me tiene que decir "afirmativo" y entonces le doy las instrucciones para que demos a esto un final feliz. ¿Me entendió?

Antes de cortar, Rafael le pidió que tuvieran en cuenta que no podía caminar demasiado cuando decidieran el circuito para el pago del rescate. A la hora convenida, Rafael fue con Elena a "mostrarse". Por la noche cenó en el restaurante Zurich, en Vicente López. Hacía exactamente un mes que su padre estaba secuestrado.

Pasada la medianoche, ya 14 de julio de 1977, cuando se disponía a salir del restaurant, un mozo le previno acerca de un auto sospechoso estacionado y que unas personas habían estado revisando su coche, el único en la cuadra. Rafael subió a su auto y advirtió un Peugeot 504 blanco a unos 30 metros. Luego vio a dos personas paradas en la esquina, bajo un farol de una estación de servicio. Al arrancar, el Peugeot se puso en marcha. Rafael retomó por avenida Maipú, mientras el otro coche se detuvo en la esquina para que subieran los dos hombres. Rafael enfiló hacia la Capital a gran velocidad hasta perder de vista al Peugeot.

Durante la mañana, llamó Raúl. Rafael pidió una nueva prueba de vida de su padre. Raúl contestó con instrucciones.

—Usted mañana tiene que tener reunida la última cifra que le dimos nosotros. Compre un bolso Adidas blanco, y mañana a las 16 yo lo llamo ahí, así tenemos un poco más de tiempo.

Y le indicó que llenara el baúl de cajas. Rafael le dijo que el baúl estaba roto.

—*Está bien. Le recuerdo que no debe avisar a nadie.*
¿Entendió?

—¿*Quieren dólares o pesos?* —preguntó Rafael.

—*Dólares.*

—¿*Puede llamar a las 17?*

—*Bueno, a las 17. Quiero hacer "el trámite" de día.*

Finalmente, acordaron volver a comunicarse durante ese día o el siguiente.

—*No hay problemas. Nosotros cumplimos, el que no cumplió hasta ahora es usted* —dijo Raúl y cortó.

Minutos después, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo, el inspector Arran llamó a la casa de Perrotta. Rafael le contó las novedades.

—¿*Ya se pusieron de acuerdo con la cantidad?* —preguntó Arran.

—*No, no sé si ofrecer 74.000 u 84.000 dólares.*

—*Le aconsejo la mayor cantidad posible* —le indicó Arran.

Rafael aún no lo sabía, pero el falso "inspector" defendía, también, su parte del botín.

En julio de 1976, dos acontecimientos cambiaron la vida de Perrotta para siempre. El 19, una patrulla del Ejército a cargo del capitán Juan Carlos Leonetti dio con la casa de Villa Martelli donde vivían Menna y su mujer, Ana María Lanzillotto, y en la que Santucho y la cúpula del PRT estaba reunida. Menna había alquilado un departamento bajo el falso apellido Munich. Un comando del Ejército lo detuvo ese mediodía, y encontró entre sus ropas el recibo del alquiler de un nebulizador en una farmacia de la zona, con la dirección de su casa, a la que allanaron poco después de las 14.30. Sin saber que allí se alojaba temporariamente la cúpula del ERP, un pequeño

grupo de oficiales al mando del capitán Leonetti comandó el ataque. Encontraron a Santucho —que se preparaba para viajar esa noche rumbo a Cuba en un repliegue involuntario para él, pero exigido por sus compañeros—, su esposa Liliana Delfino, la esposa de Menna, embarazada de ocho meses, Urteaga y su hijo José, de dos años. Leonetti obligó al portero a que les franqueara la entrada del 4° B. Delfino abrió al reconocer la voz del portero. Tuvo tiempo de gritar “¡El Ejército!”, mientras trababa la puerta. Santucho y Urteaga tomaron sus armas y se produjo un intenso tiroteo. Al finalizar, los dos máximos dirigentes del PRT habían muerto, al igual que el capitán Leonetti. Las mujeres fueron arrastradas por las escaleras y secuestradas. El niño fue entregado a sus abuelos luego de horas angustiosas de búsqueda de su familia. Llevaron a Campo de Mayo a Santucho y Urteaga, expuestos como trofeos de guerra al escarnio de la tropa. Luego, sus cuerpos desaparecieron.

La noticia de la muerte de Santucho dio vuelta al mundo y se constituyó en el mayor triunfo simbólico de la dictadura, ya que al terminar con el guerrillero más buscado, y uno de los jefes de la resistencia militar, lograba instalar la idea de que nadie podría oponerse. Perrotta comenzó a sentir un cerco peligroso sobre su vida. Tal es así que el 26 de julio fue a visitar a Susana Viau a la clínica donde había dado a luz, para conocer detalles de lo ocurrido. Viau recordó que Perrotta se desplomó en un sillón y murmuró:

—No saben lo que va a pasar. La gente sigue caminando tan tranquila por la calle y no saben lo que va a pasar.

Perrotta era consciente de que ese golpe de estado no era como otros. Aún circulaba por varios mundos con relativa facilidad, pero se sentía dividido internamente entre lo que sabía y la vida cotidiana que se obligaba a fingir. Su sensibilidad lo llevaba a no tolerar el silencio opresivo, la

pasividad, el miedo y la ignorancia de la gente frente a la matanza de argentinos que ya estaba en marcha.

El mismo día de la visita de Perrotta, Viau había recibido la de su amigo el periodista uruguayo y colaborador de *El Cronista* Enrique Rodríguez Larreta, exiliado en Buenos Aires desde 1973, luego del golpe en su país, por pertenecer a la izquierda uruguaya. Larreta le confesó a Viau que sospechaba dónde tenían secuestrados a los legisladores uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz. Viau le quiso dar unos juguetes para su hijo, de cinco años, pero Rodríguez Larreta le dijo que se los llevaba otro día, alegando tener una reunión. El 30 de julio, desapareció.

Pocos días después, Perrotta recibió un llamado de Viau.

—Mire, doctor, yo le quiero pedir un gran favor, siempre y cuando esto no implique un perjuicio para usted. Secuestraron a Enrique Rodríguez Larreta y yo lo quiero como a un hermano. Sabemos que hay militares uruguayos operando aquí, y tal vez usted puede averiguar dónde podemos encontrarlo.

—Y bueno, dame unos días.

Perrotta logró averiguar, y así se lo comunicó a Viau, que efectivamente habían participado militares uruguayos amparados por el general Santiago Omar Riveros. Pero no pudo precisar dónde tenían a su amigo. El favor tuvo su contrapartida. Cuando ya estaba en la casa de su madre recuperándose de la cesárea, Perrotta le pidió:

—Quiero que me acompañes a comprar regalitos. Yo no me oriento muy bien y así charlamos un rato.

Se encontraron en la calle. La memoria no guarda detalles de las coordenadas, sólo el sentido del encuentro. Perrotta le dijo a Viau que deseaba comprar un regalo para su hijo recién nacido, pero también para otros chicos. Se

trataba de cosas para parte de la familia Santucho, cuya cuñada Ofelia — como se dijo — había logrado refugiarse a fines de 1975 en la embajada de Cuba con nueve niños, sus cuatro hijas y los cuatro hijos de Santucho, luego de que el Ejército los secuestrara de una fiesta familiar y los dejara en libertad por miedo a represalias. Sin embargo, lo de los regalos era un pretexto. Perrotta caminaba y ni siquiera miraba las vidrieras. La había citado por otro motivo.

—Yo sé que vos tenés contacto con la dirección del PRT. Yo sé en qué estás vos y vos sabes en qué estoy yo. Quiero saber si en la casa de donde se llevaron a Santucho hay información que me pueda comprometer.

—Lo voy a intentar —prometió Viau.

No debe haber pasado más de una semana cuando, finalmente, Viau pudo verse con Eduardo Raúl Merbilhaá quien, junto a Arnold Kremer, cuyo alias era Luis Mattini, eran los únicos sobrevivientes de la cúpula del PRT, que había perdido a sus tres máximos dirigentes históricos en el mismo día. Merbilhaá —que será secuestrado en septiembre de 1976— se movía bajo el nombre falso de Alberto Vega.

—Perrotta quiere saber si en el departamento donde cayó Santucho había información sobre él.

—Decile que sí, que hay información que lo puede comprometer —dijo Merbilhaá.

—¿Y qué más le digo?

—Que se vaya.

Viau fue a encontrarse con Perrotta en un bar de Santa Fe y Azcuénaga, donde se sentaron a tomar un café y le contó su charla con Merbilhaá.

—¿A vos te parece que me vaya? —le preguntó Perrotta.

—Mire, doctor, a mí me parece que es un riesgo para usted quedarse. Usted es un tipo conocido.

—Sí, yo pienso que no soy bueno para la clandesti-

nidad, porque sería como un cartel luminoso andando por el conurbano, encontrándome en bares, poniéndome una peluca; me siento un desclasado.

—Doctor, me parece que se tiene que ir, y Alberto piensa lo mismo.

—Algunos amigos cubanos me dijeron lo mismo, que me fuera.

El dilema estaba planteado: todos aconsejaban el exilio, pero Perrotta aún se sentía intocable, porque mientras vivía esa vida clandestina de citas riesgosas, a la luz del día circulaba entre jerarcas de la dictadura, viejos amigos del establishment y sus tareas de salvataje financiero de *El Cronista*. Las puertas se fueron cerrando, entornando, con parsimonia, de manera que pasarían varios meses antes de que Perrotta se sintiera definitivamente cercado. Hasta el otoño del 76 todavía batallaba por conseguir un comprador para el diario. Llegó a ofrecérselo a Martínez de Hoz, sin éxito. Cerrados todos los caminos, dejó la liquidación y venta del diario en manos de su hijo Rafael. Había tenido que aceptar lo inevitable: el diario no iba más.

Rafael hijo aceptó la mediación de Eduardo Zampini Davies, el síndico de SADEI, la empresa controlante de *El Cronista*. La salida del negocio de Goar Mestre —es decir la venta de su paquete accionario— se produjo cuando Davies acercó al negocio a Mario Sekiguchi, Alberto Borrini, Raúl Sarmiento y Julián Delgado, directores de la revista *Mercado*, adquirida poco antes por el grupo Sasetru, ya sin su principal accionista, el ex ministro de Onganía Jorge Salimei, fallecido en 1975. Las negociaciones fueron entre Perrotta y su hijo Rafael, y Juan Ángel Seitún por parte de Sasetru, que era uno de los fundadores del grupo. La venta se concretó en el estudio del abogado Mario Negri, en Callao y Santa Fe. Allí, mientras estaban reunidos, uno de los

descendientes de la familia de Jorge Trucco Aguinaga, el otro fundador de Sasetru, esperaba en un coche en la calle. “¡No había mucho que negociar! Lo único que nosotros teníamos muy claro era: ‘Se llevan el diario a cambio de que se hagan cargo del pasivo’. Entonces el pasivo estaba declarado en ciertas cosas, pero había que hacerse cargo de los pasivos ocultos, como en cualquier venta”, recordó Rafael hijo. La operación terminó de concretarse pasada la medianoche: Seitún llamó al hombre que aguardaba abajo con el dinero en una valija para hacer efectiva la compra.

Perrotta y su hijo se despidieron en la madrugada casi sin hablar. Esa misma noche, alguien llamó a su casa. Atendió Elena.

—Esta venta le cuesta la vida a su marido —dijo una voz, y cortó. Elena decidió no contarle nada a Perrotta para no afligirlo más.

Hubo unos meses de transición, pero Perrotta no los vivió en el diario, ya a cargo de Rafael. *El Cronista* ya no contaba con los periodistas más comprometidos políticamente, que habían recibido la ayuda de Perrotta en pasajes e indemnizaciones para poder subsistir o escapar del país. La redacción olía a miedo. Durante la transición, los nuevos dueños se ocuparon de reducir la planta de redactores. Rafael asumió el rol de su padre en el proceso posterior a la venta. Su balance resulta demoledor: “Fue una equivocación tras otra, que lo llevó a que la empresa por él gestada, que era una empresa bastante sólida, que había crecido y tenía prestigio, se esfumara. El valor de la empresa cuando nosotros vendimos el diario fue 100 mil dólares. Nada. Por la marca. Y todas las deudas que pagaron los tipos que la compraron”. Según Rafael, el dinero que cobraron sirvió para devolver a Alberto Pasman y Juan Pallí lo invertido. Poco después, la familia vendió también el edificio de la calle Alsina donde funcionaba el diario.

Lo cierto es que el 30 de julio de 1976, con el título "A nuestros lectores" y con firma de "La Dirección", apareció la despedida de Perrotta del diario: "Durante sesenta y ocho años el apellido Perrotta estuvo vinculado al periodismo a través de estas páginas, con el objetivo permanente de contribuir con información, análisis y juicios valorativos, al desarrollo socioeconómico de nuestro país. A lo largo de todos estos años hemos recibido de nuestros lectores, como ciudadanos o desde la función pública, el aliento que dan los aplausos y las críticas emergentes de una lectura continuada y respetuosa. Uno de los resultados del esfuerzo de tantísimos colaboradores y amigos ha sido que *El Cronista Comercial* se haya convertido en una institución que como todas, tiene características de permanencia, aun cuando los responsables de dirigirlas cambien. Hoy nos toca alejarnos y dar paso a quienes, sin duda, continuarán con su esfuerzo y capacidad esta apasionante tarea de informar y formar opinión. A quienes desde el lunes nos sucederán en la conducción de *El Cronista Comercial*, los señores Julián Delgado, como director editor, Alberto Borrini, Mario Sekiguchi y Raúl Sarmiento, como directores asociados, vayan nuestros deseos de éxito. Finalmente, sirvan estas líneas de agradecimiento sincero para todos aquellos que de una u otra manera colaboraron con nosotros para darle al país un medio de expresión útil en un tema tan trascendental como el económico-social en su más amplia acepción".

Así se despedía Perrotta de su diario. Fue el último día que apareció como director. La suerte parecía echada. Rafael evaluó: "Cuando vendió el diario, quedó muy mal porque la fuente de su poder desapareció, y su invulnerabilidad también. Y él siguió actuando como si fuese invulnerable y llegó un momento que... Yo estoy seguro que si él se hubiera ido a vivir a Europa no le habría pasado

nada, pero a lo mejor me hubieran limpiado a mí en consecuencia. Eso seguramente podría haber pasado. Pero como se quedó, yo zafé y él está muerto”.

Perrotta se sumió, entonces, en un silencio profundo. Se volvió taciturno, elusivo. Estaba de duelo. ¿Era un duelo sólo por la muerte de su proyecto periodístico y comercial? ¿O era un duelo porque la muerte en estado puro campeaba también sobre el destino de los argentinos, destino que él había soñado con cambiar alistándose, desde el humanismo, en las filas de los revolucionarios? Su duelo no tendría fin. Los episodios por venir lo confirmaron.

En los primeros días de agosto de ese invierno sangriento, ocurrió el secuestro casi cinematográfico del Negro Demarchi. Al igual que a Perrotta, sus compañeros le recomendaron que se fuera del país. Perrotta le había dado una indemnización completa —la mitad de la cual Demarchi dejó como contribución política a su partido— tal como a otros periodistas del diario, para que pudieran sobrevivir y salir del país. Demarchi pasaba algunos días en la casa de la compañera de un guerrillero de la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez, del ERP. Cuando la vivienda fue allanada por la Policía, encontraron un saco de Demarchi con el recibo del pago de la indemnización de *El Cronista*. A partir de esto, el periodista se fue a vivir al departamento del “Gallego” González, años más tarde jefe de internacionales en el diario *UnomásUno* de México y a su regreso del exilio, uno de los reconstructores del socialismo argentino. Junto con Demarchi habían preparado la huida a México. El “Negro” tenía una invitación de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), conseguida gracias a que la entidad estaba organizada por varios periodistas argentinos exiliados, como Carlos “Quito” Burgos y Jorge Bernetti. El 5 de agosto Demarchi salió del departamento del “Gallego” González. Acordaron

encontrarse a la una del mediodía en la puerta de la agencia Interpress, donde trabajaba González; Quito Burgos llamaría desde la oficina de Entel de la planta baja para coordinar el viaje, primero a un congreso en Helsinki y luego a México. Cuando González estaba esperando a Demarchi, lo llamó José María Pasquini Durán, director de Interpress.

—Acaban de secuestrar al Negro saliendo de *El Cronista* —le dijo.

Aún impactado, González hizo el cable sobre el secuestro y Pasquini Durán le sugirió que se fuera de la agencia. También decidió dejar su casa, y poco después logró salir del país rumbo a México.

Lo que había sucedido era que Demarchi, pese a todas las recomendaciones en contrario, se llegó a las oficinas de *El Cronista*, a despedirse de sus compañeros. Salió de allí junto a Fernando "Petiso" Abeledo, cuyo hermano, Horacio Abeledo, había sido secuestrado poco antes. Cerca del edificio de Alsina, varios hombres se abalanzaron sobre Demarchi y lo empujaron dentro de un camión de Junca-della. A Abeledo también lo subieron pero lo bajaron a poco de andar. Los periodistas vieron la escena desde la redacción del diario, sin poder hacer nada. Hugo Murno recordó: "Yo estuve a punto de cometer una locura, de tirar una máquina de escribir. Me agarraron. No sé si hubiese servido para algo, a lo mejor para que nos reventaran a tiros a todos. Lo del Negro fue la piedra de toque. A partir de eso fue que todos empezamos a pensar que en cualquier momento nos tocaba a alguno. Es más, salíamos del diario todos juntos. O por lo menos, los más comprometidos y los más amigos nos íbamos acompañados mutuamente. No servía de nada, porque si querían llevarte te llevaban de a veinte. Pero cambió totalmente el clima, la mayoría de la gente se fue. Yo estuve a punto de irme. Dea-rrriba, Kirschbaum y yo éramos secretarios de Redacción.

Y nos llamó Julián Delgado para pedirnos por favor que nos quedáramos. Y nos convenció, por un tiempo". La madre de Héctor Demarchi —narraron años más tarde los periodistas Eduardo Anguita y Martín Caparrós— "empezó a mover cielo y tierra: cuando joven había trabajado en casa de la familia Hartridge y se acordaba muy bien de Alicia, que esos años novió con Jorge Videla. La señora Demarchi le llevó una carta a un hermano de la primera dama, que en tres días le trajo una respuesta de su marido, el presidente Videla: no podemos hacer nada por su hijo".

Era inevitable que Perrotta comenzara a sentir que el cerco se cerraba luego de la muerte de Santucho, los informes de Viau acerca de su situación y el secuestro de Demarchi lo confirmaba. Además, los rumores sobre los entretelones de la venta del diario comenzaron a crecer. El 10 de agosto estalló una bomba frente al diario. Los nuevos dueños primero responsabilizaron a Perrotta, pero luego se rectificaron. Comprendieron que esa bomba era un retardo de la ofensiva contra la prensa progresista expresada por *El Cronista Comercial*. A los pocos días, los nuevos directores del diario, Delgado, Borrini, Sekiguchi y Sarmiento, publicaron una solicitada donde declaraban: "Las tratativas para la compra fueron realizadas directamente con el doctor Rafael A. Perrotta, y condición básica fue la transferencia del ciento por ciento del paquete accionario de la sociedad que edita EL CRONISTA COMERCIAL". Los nuevos directores señalaban que le habían comprado las acciones a Perrotta y a Alberto Pasman. Luego sostenían que "el cambio de propietarios del diario determinó una nueva línea editorial, coincidente con la que vienen sosteniendo los actuales directores, desde hace muchos años, a través de toda su trayectoria". Pero era el último punto de la solicitada el de mayor importancia. "EL CRONISTA COMERCIAL no pertenece a ningún

empresario en particular, aunque ayudó a concretar la compra, en su momento, el apoyo solidario de varias empresas de reconocido prestigio.” El establishment recuperaba un diario, pero la dictadura no soportaba cierta independencia profesional que afectaba los intereses del grupo de tareas comandado —como se sabrá años más tarde— por Massera. A partir de entonces, los intereses de cada una de las Fuerzas Armadas por poseer influencia en la prensa comercial tuvieron alternativas siniestras. El caso de Papel Prensa, única empresa productora de papel de diario en la Argentina —perteneciente al grupo Graiver— fue una de ellas. El 6 de agosto, el banquero David Graiver murió en un dudoso accidente aéreo en México. Su muerte abrió la persecución a su viuda, Lidia Papaleo, y a todo el clan Graiver, acusados de tener fondos y vínculos con Montoneros. El general Ramón Camps, entonces coronel y jefe carnícero de la Policía bonaerense, se encargó personalmente de destrozar al clan Graiver y obligarlo a ceder el control accionario de la empresa —es decir el monopolio de la producción del papel— a una sociedad llamada FAPEL, conformada para los efectos por los diarios *Clarín*, *La Nación* y *La Razón*. La operación se concretó en 1977. Un año después, desapareció en las tinieblas de la dictadura uno de los socios de *El Cronista*, Julián Delgado, sin que jamás se dilucidaran con certeza los motivos de ese crimen.

Lo cierto es que, en ese agosto de 1976, el país se desangraba, mientras se consumaban apropiaciones de vidas y bienes sobre las mesas de torturas. Sangre de todos los sectores sociales, como demostraba el secuestro masivo de los trabajadores de las comisiones internas de las grandes empresas nacionales y multinacionales, como Ford, y el asesinato del obispo de La Rioja, Enrique Angelelli.

Ya fuera del diario, Perrotta pareció aferrarse a la vida

paralela que aún lo hacía sentir necesario y central en la política nacional. Es posible suponer que esta necesidad se sustentaba en sus convicciones. Los hechos posteriores lo probaron. Por lo tanto, ese invierno, Perrotta se vio varias veces con Coccoz —el teniente Pancho o Juan Pablo—, que había reemplazado a Mangini como jefe de Inteligencia del PRT. El vínculo se interrumpió abruptamente en agosto, a raíz del secuestro de militantes vinculados a la inteligencia guerrillera. Todo había comenzado con la detención de Ricardo Gaya, que era oficial ayudante de la Policía Federal y se encontraba prestando funciones en la Superintendencia de Seguridad Federal. Él y su esposa, Ana María del Carmen Pérez de Gaya, a quien llamaban “Vicky”, militaban en el PRT y, por su trabajo, Gaya pasaba informes a la inteligencia guerrillera. Esperaban su primer hijo para la tercera semana de septiembre de 1976. Sin embargo, el 30 de julio, la madre de Gaya volvía del almacén cuando encontró su casa llena de policías. No se alarmó, dado el trabajo de su hijo. Gaya le dijo a su madre que salía para hacer un procedimiento. En un principio, la señora no sospechó nada. Sin embargo, el oficial fue secuestrado y llevado a Automotores Orletti, un viejo taller ubicado en Venancio Flores 3519 que el Ejército utilizaba en sus secuestros en coordinación con el Ejército uruguayo, en el marco del Plan Cóndor, la entente internacional terrorista en la que participaban con distinta intensidad las dictaduras de Uruguay, Chile, Argentina, Paraguay y Bolivia, con la colaboración también de Perú y de Brasil. En el frente de ese centro clandestino de detención se veía un cartel —“Automotores Orletti”— y una gran puerta con cortina metálica de enrollar; además de otra puerta blindada con una mirilla de apertura automática ante la contraseña preestablecida: “Operación Sésamo”. En la descripción que realizó la Conadep, se detalla: “Constaba de

dos plantas. En la planta baja, un gran salón de 6 a 8 metros por 30 metros. Una división baja separaba del retrete (uno para treinta personas) y del lavadero. De allí salía una escalera de base de concreto y peldaños de madera. Piso de hormigón, sucio de tierra y grasa. Chasis de autos desparrramados. También automóviles secuestrados. Tanque de agua grande con una roldana arriba de donde colgaban los presos para el 'submarino'. El submarino era una forma de tortura que consistía en hundir la cabeza del secuestrado en agua helada hasta que se estuviera por ahogar. En algunos casos, se llegó hasta la muerte por asfixia. Banderola junto al techo. En la planta alta funcionaban una sala de interrogatorios, otra de torturas y una terraza donde se colgaba la ropa a secar. Los militares llamaban a ese centro: 'El Jardín' ”.

A Gaya lo mantenían aislado y con grilletes. No le perdonaban la traición: era policía y pasaba información a la guerrilla. En septiembre, sus captores le dijeron que iban a traer a su hermano Gustavo —también oficial de Policía y colaborador del PRT— y a Coccoz. Seguramente ya tenían información de alguna cita donde podían atraparlos. Unos días después, el 14 de septiembre, la Policía realizó un operativo sobre la avenida Forest, donde intentó atraparlos. A Gustavo Gaya lo hirieron en una pierna y lo capturaron, pero Coccoz, herido, logró escaparse descolgándose de unos balcones. La conexión entre ellos era clara: Gaya, como informante de la Inteligencia del PRT infiltrado en Inteligencia de la Federal, reportaba directo a Coccoz. Los militares que se llevaron a Gustavo Gaya, en otro operativo, secuestraron también a su mujer, Estela Moya Saravia, y a su cuñada Ana María del Carmen, la esposa de Ricardo, embarazada de nueve meses, que esa misma noche rompió bolsa. Al poco tiempo los asesinaron; Ana María del Carmen recibió un balazo en la

región pelviana que mató también a su hijo. Sus restos fueron encontrados en el canal de San Fernando. Posteriormente, la Superintendencia de Seguridad Federal le inició un sumario a Ricardo Gaya por abandono de servicio. El Equipo de Antropología Forense identificó años más tarde —en 1989— su cuerpo, también ubicado en el canal de San Fernando, en Costanera Sur, y fue devuelto a sus familiares. Del acta de defunción con fecha 20 de octubre de 1976 surge que el día 9 de octubre falleció NN (luego identificado como Ricardo Gaya) por destrucción de masa encefálica a raíz de una herida de arma de fuego. Coccoz, el teniente Pancho, esa vez, se había salvado. Recibió un balazo en un brazo, pero pudo subir a un taxi y se dirigió a la casa de José Víctor Vidal, otro integrante del aparato de la inteligencia guerrillera que vivía en la calle Potosí. En 2009, en el marco de la causa 8786/05 contra el coronel Héctor Vergez, Vidal contó: “Pancho una vez vino a mi domicilio cerca del Hospital Italiano, en la calle Potosí. Él llegó herido de bala en un brazo. Lo que me contó en esa situación es que se había producido un tiroteo y que él había escapado descolgándose por unos balcones, que había tomado un taxi hasta el Hospital Italiano y así llegó a mi domicilio, llamé a un médico conocido que era contacto del partido, le sacó la bala con una hoja de afeitar. Pancho estuvo en casa unos días y luego se fue”. Al médico que atendió al teniente Pancho lo conocían con el apodo de “Leo”. Javier Coccoz ya usaba un documento falso a nombre de un amigo suyo, de apellido Krivoy.

Perrotta, en tanto, estaba fuera del país. Viajó primero a Villa La Angostura pero no le pareció tan seguro. Justificando un duelo por la venta del diario, partió a Europa. Allí se encontró con su hijo Rafael, que había terminado su participación en la transición de la venta del diario. A pesar de todas las recomendaciones, Perrotta volvió al país

en septiembre. Una tarde se cruzó en la calle con Ricardo Kirschbaum, para entonces ya periodista de *Clarín*.

—Cacho, ¿qué hacés acá? Vas a ser boleta —predijo Kirschbaum.

—Nooo... Estoy protegido —respondió.

Perrotta continuaba sintiéndose parte del círculo de poder que había integrado, pero para eso su tarea a la luz era circular, precisamente, por cuanta recepción, fiesta y reunión de popes del gobierno, la diplomacia y el poder económico hubiera. Se sabe que el 7 de septiembre participó en una recepción en la embajada de Brasil. Allí se encontró con Timerman, que a su vez le presentó a Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*, el único diario que se animaba a publicar denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos. A pesar de los años en que Perrotta y Cox dirigían sendos diarios, no se conocían. Cox recordó algunos pormenores de la charla: “La conversación estaba centrada en el gobierno militar y me fascinó oír cómo ambos (Perrotta y Timerman) estaban recordando y narrando sus experiencias con los gobiernos militares ‘de antes’. Estaban felices recordando cuando ellos eran parte de las conspiraciones para hacer golpes de estado. Eran pocos meses después del golpe del 24 de marzo de 1976, pero ellos se estaban dando cuenta de que el nuevo gobierno militar no era lo mismo. No estaba compuesto de militares amigos y simpáticos”.

Es verdad que Perrotta se daba cuenta de que el estado terrorista que regía era distinto. Pero oscilaba entre esa realidad y su necesidad de creer que a él no lo tocarían. Solía repetir una frase que sus familiares recordarán siempre:

—En la Argentina hay doscientos tipos intocables, y uno soy yo.

Elena Bengolea y Rafael recordaron que en una fiesta de casamiento había increpado a varios militares por el se-

cuestro de Augusto María Conte Mac Donell, un conscripto de veintiún años que el 7 de julio salió de la Base Aeronaval de Punta Indio, donde cumplía el servicio militar, para hacer una diligencia ordenada y, como era fin de semana, aprovechar para visitar a su familia; pocas semanas más tarde se enteraron por una fuente militar que lo habían matado. El padre del conscripto, también Augusto Conte Mac Donell, era un dirigente de la Democracia Cristiana, conocido de Perrotta en los círculos católicos.

A fines de 1976, Perrotta volvió a viajar. Eran los últimos días de diciembre cuando se encontró en México con Abalo, el "Gallego" González y el abogado de prensa, Ricardo Esparis, ya exiliados. Había concretado la entrevista con Abalo en el Hotel del Prado, donde se alojaba, sobre la avenida Reforma del Distrito Federal mexicano. La conversación fue larga. Perrotta les contaba que seguían las desapariciones y los secuestros. Por la información que les daba, Abalo, González y Esparis comprendieron que la dictadura iba a durar varios años. Perrotta, como siempre, estaba muy bien informado. En cierto momento le preguntaron:

—¿Y vos qué, Cacho?

—No, yo comuniqué oficialmente que salía de la Argentina —les respondió, y agregó que se presentaba ante las autoridades diplomáticas en cada país al que viajaba.

El "Gallego" González quedó estupefacto al escuchar una conversación telefónica de Perrotta con el embajador argentino en México. Perrotta lo trataba como si fuera un enviado del Canciller. Abalo, González y Esparis le aconsejaban ser precavido, pues había varios sectores y cada uno tenía un juego propio. Perrotta les respondió que le reafirmaban la certeza de que con él no habría ningún problema.

—¿Quién te lo aseguró?

—Mis contactos militares.

—Vos estás loco como una cabra. ¡Quedate en México!
—le decían Abalo, González y Esparis.

—No, yo tengo que volver. Porque puedo salvar gente
—les respondía Perrotta.

Perrotta sentía, aún, que era intocable. Ya habían pasado seis meses desde la muerte de Santucho y nada parecía ocurrir. Además, contaba con las amistades de Masera, Martínez de Hoz y de varios generales del Ejército. Pasó la Nochebuena en México, y tuvo varias reuniones con los periodistas ya exiliados allí. Pasó por los Estados Unidos, para visitar a su hermana Ana María. Luego se fue a España, donde se hospedó en la Embajada a cargo del general Leandro Anaya, amigo suyo. Regresó a la Argentina a comienzos de 1977. Se sabe que Perrotta retomó contacto con la inteligencia guerrillera en esos días, por lo que luego la inteligencia militar creyó —aunque Perrotta nunca lo admitiría— que pudo haber pasado información sobre el movimiento de Martínez de Hoz y Videla para que el 18 de febrero de 1977 el ERP realizara la “Operación Gaviota”: el atentado contra ambos cuando partían en un avión hacia el Sur. Un comando del ERP planificó durante meses el ataque perpetrado en el sector militar del Aeroparque Jorge Newbery. El comando había colocado tres cargas explosivas con 104 kilos de trotyl en las entubaciones de los brazos del arroyo Maldonado, debajo de la pista. Videla subió al avión Fokker-28 que debía llevarlo a la petrolera General Mosconi, de YPF, ubicada en la plataforma subcontinental a 245 kilómetros de Bahía Blanca, junto con Martínez de Hoz, el general José Rogelio Villarreal, el secretario de Energía Guillermo Zubarán, el jefe de la Casa Militar, brigadier Oscar Caeiro, y el director de Ceremonial, Gervasio Méndez Casariego. Cuando el avión carreteaba, estallaron dos cargas secundarias pero no

la principal. El avión —se vio en el momento del hecho porque la televisión estatal lo transmitía en vivo— se sacudió en el despegue para luego estabilizarse y seguir. Ningún diario nacional informó sobre el hecho. Sólo lo hicieron algunos periódicos extranjeros, cuyos enviados habían sido testigos del accidentado despegue del Fokker. Éste fue el último atentado de envergadura del ERP. A partir de ese momento, la represión a los restos de la guerrilla guevarista fue aún más implacable. Más de tres mil miembros de esa organización, secuestrados y llevados a centros clandestinos en todo el país, resultaron asesinados. Sólo el uno por ciento —según cálculos de los sobrevivientes— se salvó, más unos cuatrocientos que habían logrado huir al exterior. Los generales Santiago Omar Riveros y Fernando Verplaetsen estuvieron activos en los días posteriores al atentado. Una de las víctimas contó que más de un centenar de prisioneros fueron cargados en los aviones del hangar que estaba detrás de El Campito, en Campo de Mayo, para ser lanzados *al mar, al Río de la Plata, al Riachuelo*, como admitió Videla. La represión se había generalizado hasta los bordes de una criminalidad inconfesable.

Mayo de 1977 marca el final del PRT-ERP y el comienzo del fin de Perrotta. Santucho y Urteaga habían muerto y Menna desaparecido en julio de 1976. Merbilhaá fue secuestrado en septiembre de 1976. Mattini logró salir del país en diciembre. Los guevaristas habían dejado una dirección provisoria en el país, cuyo jefe era Alberto Oscar Sosa, con nombre de guerra "Osvaldo". Junto a él estaban Alejandra Magdalena Renaud, conocida como "Cecilia" o "la Gringa", y Armando Imaz, alias "Héctor". En mayo, desaparecieron los tres. Para entonces Javier Coccoz —el teniente Pancho— y su mujer, María Cristina Zamponi, tenían veintisiete años. También la apresaron y liberaron

en 1973, y en su vida anterior había sido modelo. Era bella, muy lúcida y formaba parte del aparato de Inteligencia del PRT, del área de análisis de la información. Sus nombres de guerra eran "Tana" o "Pelusa", y usaba un documento falso a nombre de Alicia Loguancio. El 11 de mayo de 1977, Coccoz salió temprano rumbo a una cita a las 7 de la mañana con alguien que supuestamente participaría también de la reunión. Es posible que se tratara de "Osvaldo", llegado al país en los primeros días de mayo y que traía noticias de la cúpula guerrillera ya exiliada, y reunida en Brasil, a esas alturas con una decisión tomada: los restos del PRT-ERP debían replegarse, lo que significaba esconderse o salir del país. Es decir, exilio interno o externo. Sin embargo, como sabrían tiempo después, "Osvaldo" había sido secuestrado. Él no llegó a la cita, sí una patota militar.

Pasaron las horas y, al no tener noticias de Coccoz, María Cristina fue hasta el lugar de la cita. La dueña de un quiosco le contó lo que había pasado. A las 7.30 de la mañana, varios hombres vestidos de civil y sin ninguna identificación habían intentado meter a Coccoz en un auto, cuando se encontraba en José C. Paz y Pavón, en Lanús. Desarmado, intentó resistirse, pero recibió un balazo y finalmente lo metieron herido en el auto. Ante este hecho, María Cristina regresó a su casa y luego de relatarle lo sucedido a otro compañero, arreglaron una nueva cita y se despidieron. Ella partió con su hijo Mario Raúl, de apenas tres años, a la casa de sus padres en Florida, partido de Vicente López. Ese mismo día, alguien le avisó lo sucedido al padre de Coccoz, Julián Ramón Coccoz, que vivía en Entre Ríos.

Lo más probable es que trasladaran a Coccoz directamente al Batallón de Inteligencia 601, dirigido entonces por el coronel Alberto Alfredo Valín. Su interrogador, o

mejor su torturador, fue el temible capitán Héctor Vergez, que hará gala de su experiencia en criminalidad en su libro *Yo fui Vargas*, publicado en 1995 cuando las leyes de impunidad aún regían. El torturador reconoció que Coccoz mantuvo un silencio total durante casi un mes de terribles tormentos, para dar tiempo a sus compañeros a huir. Por esto será considerado un héroe por sus compañeros y “un tipo con pelotas” por sus captores, que no dejaban de admirar la valentía de su presa.

La Inteligencia militar no había logrado con la tortura quebrar a Coccoz. Le quedaba la máxima extorsión para conseguir quebrarlo: Vergez le dijo que matarían a su mujer y a su hijo. El 11 de junio de 1977, una patota a cargo de Vergez llegó donde vivía María Cristina Zamponi, “Pelusa”, con su madre y su hijo. Vergez se presentó como “Rodolfo”. Asustada e intuyendo un secuestro, María Cristina cumplió con la consigna ante estos casos, comenzó a gritar su nombre por la ventana para que lo oyeran los vecinos.

—Quedate tranquila, aquí no venimos a secuestrar a nadie —le advirtió Vergez mientras la agarraba—. Pancho te va a llamar en media hora.

En un principio, María Cristina se enfureció. No entendía cómo su marido no había delatado a nadie en un mes y ahora les daba los datos de donde vivía ella con su hijo y sus padres. Sin embargo, no perdió tiempo. Sin llamar la atención de sus guardias, quemó los microfilms guardados dentro de un oso de peluche y quitó la señal pactada de que en la casa todo estaba en orden, para evitar que otros militantes cayeran en la trampa. Aún desconocía que Pancho no dio su dirección: los militares ya la tenían hacía semanas. Espiaban sus movimientos para lograr otras detenciones y usaron ese dato para que Coccoz colaborara.

Pasó una hora interminable, con los militares dentro de

la casa, hasta que sonó el teléfono. María Cristina atendió: era la voz de su marido.

—Es el fin, cayó todo el mundo. Te van a sacar del país.

Al colgar, Vergez la encaró:

—Pancho negoció tu salida del país. Te vamos a sacar en unos diez días y después lo sacamos a él —le dijo mientras se acercaba a su hijo y le acariciaba la cabeza—. Cabezón como su padre —ironizó, y se fue, dejando una custodia en la puerta de la casa.

El torturador le había dejado una nota de su marido. Coccoz escribió: "Querida: actúe como un general derrotado".

El torturador Vergez relató su versión en su libro. "Mi primer contacto la atemorizó, pero comenzó a tranquilizarse a medida que le comentaba las ventajas que su marido ya le había consignado en la carta. Gran emoción le causó el saber que estaba vivo. La interioricé de los detalles de su traslado al exterior. Esperaba que aceptara en poco tiempo, lo que efectivamente hizo. Viajaría a París, Francia, con su hijo de tres años de edad, y una vez instalada, se comunicaría telefónicamente con su marido, con un número que yo le daría a esos efectos. (...) No le prometí nada sobre la situación de su marido. Y le advertí que desde ese mismo momento debía acatar mis órdenes y estaría vigilada."

Los militares, entonces, le entregarían a su mujer un pasaporte, un documento transitorio de patria potestad y pasajes para que se fuera con su hijo a Francia. Con los militares dentro de la casa, a María Cristina sólo le obsesionaban dos cosas: que su hijo no fuera lastimado y que ninguno de sus compañeros cayera en esa ratonera montada allí. Horas más tarde de que Vergez se fuera, sonó el teléfono. Era su responsable, Silvia Hodgers —años más tarde exiliada en Suiza—, cuyos nombres de guerra variaban entre "Luisa",

“Hilda”, “Diana” o “sargento Luisa”, otra integrante del área de análisis de información del aparato de inteligencia guerrillera, con la que se veían casi a diario. Hodgers conoció a María Cristina en la cárcel en 1971. Al salir por la amnistía de Héctor Cámpora en 1973, ingresó al PRT. En 1974 se relacionó con el abogado Héctor Hugo Fernández Baños, el “teniente Gustavo”, miembro del área operativa del aparato de Inteligencia del ERP, quien fue su compañero a partir de ese momento. Fernández Baños había desaparecido en 1976. Silvia pasó a la clandestinidad y se integró al aparato de inteligencia perretista. La llamada era para confirmar una cita el día siguiente en el Jardín Zoológico, a la que ambas asistirían con sus hijos.

—¿Pelusa? —preguntó Silvia.

—No, Cristina Coccoz —le respondió María Cristina, señal de que algo andaba mal.

—¿Están ahí?

—Sí. Pancho está enfermo. Todos en casa están enfermos.

Hodgers entendió el mensaje: Coccoz había caído, la línea estaba intervenida y los militares estaban en el domicilio de María Cristina. Y algo más: Coccoz conocía su casa. Sin embargo, no se mudó: estaba segura de que Coccoz no iba a hablar. Se comunicó con Rolo Diez, “Paco”, su responsable, para informarle las novedades. Luego se reunió con Luis Mattini, quien le dijo que siguiera llamando a María Cristina. En esas comunicaciones pudo enterarse de que Coccoz estaba vivo, pero nunca supo que había negociado la salida del país de su mujer. Recién a fines de ese año Hodgers confirmó que María Cristina estaba viva y radicada en Barcelona.

A partir del día en que Vergez fue a la casa de María Cristina, todo cambió para Coccoz: actuar como un general derrotado significaba, en la jerga de la inteligencia perretista,

“no entregué a mis compañeros pero sí entregue a los que no eran mis compañeros”, es decir, documentos y agentes que no fueran del partido. Según el relato de Vergez —de un increíble cinismo— esto le dio acceso al archivo de Inteligencia y contrainteligencia del PRT, escondido en una villa de emergencia: “Se encontraba en una casa precaria de una ‘villa miseria’. En un sótano de material encontré todo el archivo de la organización, que incluía grabaciones”. De la documentación, que de inmediato trasladó al Batallón de Inteligencia 601, surgieron hechos de toda clase, en relación con vinculaciones de los revolucionarios. Vergez explica: “Había policías que recibían ‘coimas’ por colaborar. Dos oficiales del Ejército estaban relacionados a la inteligencia subversiva, y los traidores quedaron identificados, como muchas otras personas de diversas profesiones y actividades”. Continúa Vergez: “Decidí no pedir el arresto a la mujer que cuidaba la casa, al comprobar que no pertenecía al ERP y no agregaría nada, por su bajísimo nivel cultural, al valioso archivo capturado”. Pero la mujer de la villa nunca fue hallada.

A su vez, Coccoz logró comunicarse varias veces por teléfono con su mujer, aunque no le pudo dar precisiones de dónde se encontraba. Vergez se aparecía cada dos o tres días por la casa pero sin hablar con María Cristina.

—Te propongo algo —le dijo sin embargo un día—. Dame alguna forma de contactarme con “Paco” y podés ver a tu marido.

Ella no aceptó ni él insistió. “Paco” —Rolo Diez— había quedado como responsable del aparato de Inteligencia tras el secuestro de Javier Coccoz, y poco después partió al exilio en México. Según el testimonio de Vergez, a María Cristina “la veía con frecuencia e intenté doblarla, pero sin éxito. Demostrando habilidad y experiencia, logró que accediera sólo a tener una entrevista altamente promisorio

con el padre de 'Pancho' ". La entrevista se llevó a cabo momentos antes de que María Cristina saliera del país.

Los diez días prometidos se convirtieron en un mes, que pasó encerrada en su departamento junto a sus padres. Para ella la situación se tornó desesperante y contradictoria: los militares sabían donde habitaba, sus padres y su hijo estaban en riesgo y tenían secuestrado a su marido. Los márgenes de acción eran acotados. Años más tarde, en su testimonio tomado de la resolución del 5 de agosto de 2009 en la causa N° 8786/05 respecto de la situación procesal de Héctor Vergez, María Cristina relató: "Vergez me dice que el acuerdo con Javier es que Javier va a dar información cuando haya comprobado que yo estaba fuera del país... Vergez alardeaba que era el interrogador de Javier, y por lo tanto el torturador, y por eso él sabe qué hicieron con Javier, dejaba claro que él tenía el poder, que todo pasaba por sus manos, él estaba o se mostraba agrandado e intimidaba con su sola presencia... Yo nunca sentí con tanta claridad lo que era el poder en una persona, el dueño de una persona, eso era Vergez en ese momento, el dueño de la situación, de la muerte".

Mientras preparaban su salida del país, le sacaron fotos y le hicieron un pasaporte. También le entregaron la autorización para que viajara su hijo, firmada por Coccoz. Finalmente, Vergez le entregó los documentos envueltos en un *Boletín Oficial* con membrete del Batallón de Inteligencia 601. El 9 de julio de 1977 la llevó hasta Ezeiza. Allí, el torturador se reunió con el padre de Coccoz, don Julián. En su libro, Vergez relató: "Lo conocí en el aeropuerto de Buenos Aires, y en la conversación que mantuvimos me manifestó que no compartía, en nada, la ideología de su hijo. Sabía que integraba la cúpula del PRT-ERP, que había estado preso y amnistiado y que era responsable de delitos perpetrados por la organización terrorista. Me

impactó la entereza de este paisano, hombre de bien, que aceptaba la realidad dramática de la vida de su hijo. Solamente pude responderle que el destino del guerrillero no estaba en mis manos. Al despedirse, me ofreció su casa y me rogó le hiciese llegar su recuerdo de padre a 'Pancho' ". El cinismo del militar está confirmado por el testimonio posterior de Víctor Coccoz, hermano de Javier: su padre, Julián Coccoz, negoció directamente con Vergez y le entregó 5.000 dólares que éste aseguró eran para el viaje de su nuera y su nieto. Vergez extorsionó a un hombre que sabía que estaba en presencia del seguro asesino de su hijo. Murió sin saber que treinta años después Vergez terminaría sus días preso en Campo de Mayo, junto con otros violadores de los derechos humanos.

María Cristina pasó los controles aeroportuarios sin inconvenientes y partió hacia París en un vuelo de Air France. Una vez allí, sin contactos ni lugar adonde ir, a los pocos días se fue a Barcelona. Tenía la dirección de su cuñada, María Yolanda Coccoz. Avisó a sus padres su llegada, y su madre le contó que Vergez seguía apareciendo cada dos o tres días y que a veces Vergez dejaba a otro militar, que se hacía llamar Roberto. María Cristina estaba desesperada. No podía dormir, se levantaba a los gritos por la noche. Hasta septiembre continuaban llegando noticias de que su esposo estaba con vida, en forma de cartas y dibujos para su hijo. Incluso el padre de Coccoz había acordado con Vergez que le irían dando noticias sobre la situación de su hijo, y mantuvieron varias reuniones en las que el represor no le daba certezas de la posible liberación, bajo el argumento de que no dependía de él. Al poco tiempo, no se supo nada más. Desesperado, Julián Coccoz le contó la situación a su otro hijo, Víctor. Los datos fueron tomados de la resolución del 24 de agosto del 2006 referente a la causa 8786/05. Las denuncias de la

desaparición de Javier Coccoz fueron presentadas: 1) El 7 de marzo de 1984 por su padre, Julián Ramón Coccoz, ante la Conadep; 2) El 11 de junio de 1984 por su mujer, María Cristina Zamponi, ante la Embajada Argentina en Madrid y dirigida a la Conadep. Víctor Coccoz no se dio por vencido. Al igual que su hermano, era egresado del Liceo Militar de Santa Fe, lo que le permitía tener algunos contactos con militares. Así, durante octubre y noviembre de 1977 se presentó en la sede del I Cuerpo del Ejército en búsqueda de información sobre su hermano. Lo citaron a los quince días y le dijeron que, según lo que informaba (fundado en los relatos de su padre) lo más probable era que estuviese muerto. Hizo un nuevo intento junto a su padre, pero la respuesta fue siempre la misma.

En el libro *Yo fui Vargas*, una vez que Coccoz habló con su mujer y ella le confirmó que estaba fuera del país, Vergez asegura que tuvo acceso a la información que clasificó en varios casos: a) Caso del archivo de Inteligencia y contrainteligencia del PRT-ERP; b) Caso de la célula en el Banco Central; c) Caso de la vinculación de Perrotta e Inteligencia del PRT-ERP; y d) Caso Souto (en realidad sería el caso de Julio Gallego Soto), entre otros. El caso de la célula en el Banco Central tenía que ver con Ricardo Arriazu y Adolfo Diz, ambos funcionarios de Martínez de Hoz. Vergez relató: “Nunca imaginé que bajo un gobierno de facto militar funcionase en el Banco Central de la República Argentina una célula que proveía información económica. Ante esta información de ‘Pancho’ no dudé un ápice y actué en consecuencia. Estaba integrada por un ex funcionario del FMI, un contador que había hecho una maestría en Economía en la Universidad de Chicago, de apellido Gómez, por otro contador cuyo nombre no recuerdo, y por Ricardo Arriazu, asesor del presidente de la entidad, Adolfo Diz. (...) A Gómez lo detuvimos en

un lugar donde había sido citado. Confesó ampliamente, reconoció la envergadura de la información que pasaba a la subversión, y quedó detenido a disposición del Poder Ejecutivo. Ricardo Arriazu corrió la misma suerte, concurrió a una cita convenida y lo detuvimos. Lo trasladamos a una unidad militar donde confesó ser informante de la banda subversiva, a través de su aparato de inteligencia, y detalló la marcha del plan económico. Insólitamente, recibimos la orden de liberar a este 'señor'. La liberación fue pedida por el entonces ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, y el ministro de Economía, Martínez de Hoz. Arriazu, pese a las pruebas aplastantes en su contra, continuó siendo asesor de Diz (...)"

Ricardo Héctor Arriazu había estudiado para contador en Tucumán, siendo compañero nada menos que de Santucho. Esto no determinaba una relación ni coincidencia ideológica, pero sí un antecedente de sus posibles vínculos. Fue representante argentino ante el Fondo Monetario Internacional entre 1969 y 1974, cuando ingresó al Banco Central como asesor de Alfredo Gómez Morales y luego de Adolfo Diz, su profesor en la universidad. Lo que Vergez no relata es que, en septiembre de 1977, un grupo de militares fue a casa de Arriazu para detenerlo y, al no encontrarlo, pues se hallaba de viaje en los Estados Unidos, le dejaron un mensaje: que cuidara a sus hijos. Al enterarse se comunicó con amigos y conocidos del Banco Central, que le aconsejaron no volver al país, pero no les hizo caso. Regresó, el Banco Central le puso una custodia y comenzó a recorrer instancias militares y policiales, pero en ningún lugar aparecía una orden de detención. Tres semanas más tarde le llegó un telegrama de citación para que fuera al Batallón 601. Allí fue interrogado por dos oficiales acerca de sus supuestas relaciones con el PRT, en especial con José Antonio Cerro, un íntimo amigo suyo,

y un ex alumno de la universidad llamado Acosta. Arriazu negó todo conocimiento sobre las actividades políticas de ambos y lo dejaron ir, posiblemente gracias a las gestiones de Christian Zimmerman, vicepresidente del Banco Central, ante Harguindeguy y Martínez de Hoz.

En su libro, bajo el título de "Caso de la vinculación Perrota (sic) e Inteligencia del PRT-ERP", Vergez relata: "En este caso, para encararlo, ofrecía la dificultad de involucrar a un personaje de vasta actuación en círculos cercanos al Poder. Se trataba del propietario del *El Cronista Comercial*, Rafael Perrota. Abogado, se domiciliaba en plena Recoleta, frente a La Biela. Según me contó 'Pancho', se negoció con Perrota la compra del diario, sin llegar a un acuerdo. Perrota realizaba almuerzos en su piso frecuentemente, tanto para embajadores de países socialistas como para los cuerpos diplomáticos de países occidentales. Era siempre invitado el Dr. José Alfredo Martínez de Hoz, al que llamaba Joe, todavía ministro de Economía. De los datos que obtenía en estos eventos, Perrota elevaba amplios informes a la inteligencia subversiva. Además, pasaba 'chequeos' que hacía de empresarios conocidos, tal vez de algunos amigos suyos, vecinos en el más aristocrático 'country' de la Argentina. Me refiero al barrio ubicado en Villa la Angostura, Neuquén, denominado 'Cumelén'. Muchísimas conversaciones telefónicas ordené hacer a 'Pancho' con Perrota. Lo manteníamos controlado todo el tiempo que podíamos. Le ordenaba a 'Pancho' que lo citara y siempre concurría a las citas. Al poco tiempo, Rafael Perrota desapareció. Según pude investigar, pueden haber pasado varias cosas: podría ser víctima de un secuestro extorsivo, como lo denunció su familia, cometido por delincuentes comunes. Un hijo, encargado de pagar el rescate, puede haberse quedado con el dinero, ya que al poco tiempo empezó a ser el amante de la mujer que lo

había sido de su padre, y que vivía en un departamento próximo al Zoológico. ¿Lo habría matado la banda de delincuentes, al no pagarse el rescate? Hay una versión poco creíble de Jacobo Timerman, que lo habría visto a Rafael Perrotta en un centro de detención. ¿Podría haber sucedido que, por sus vinculaciones con ciertos ámbitos del poder, fue alertado que había sido descubierto y, entonces habría optado por fugarse a algún país que le diese protección? ¿O bien algún grupo, con mucho poder, haya decidido silenciarlo para siempre, pensando que si hablaba podía comprometer a muchos? (...)”. Vergez no sólo escribe mal el apellido Perrotta, tampoco acepta la responsabilidad de su secuestro.

Algo más: el relato de Vergez es increíble. Coccoz no pudo dar las pistas de Perrotta luego de que su mujer estuviera a salvo en Europa porque el empresario es secuestrado el 13 de junio de 1977, dos días después de que Vergez llegara con la patota a allanar la casa donde María Cristina Zamponi vivía con su hijo, y un mes antes de que ella saliera del país. Es seguro, analizando la secuencia de los hechos, que Coccoz jamás dio la dirección de la casa donde estaban su mujer y su hijo. Que los militares llegaron a ella, rastreando a su familia, la primera semana de junio de 1977. Que esa misma semana torturaron a Coccoz con la amenaza de que matarían a su mujer y a su hijo si no les daba alguna información. Y que el “teniente Pancho” tomó una decisión interna, la más difícil: a cambio de que sacaran a su mujer y a su hijo del país, él daría información sobre la “periferia” de la inteligencia guerrillera, nunca sobre los militantes o cuadros de la organización. Y así lo hizo.

Perrotta había comenzado a sentirse en peligro, vigilado, ya a partir de mayo de 1977, el mes más cruel de la represión, según se definió años más tarde en las investigaciones sobre el Estado terrorista. Finalmente, había

tomado la decisión de irse del país. El primer síntoma de que algo andaba mal fue la dificultad para renovar su pasaporte. Lo retenían sin explicación. El mismo día que Vergez asaltó la casa de María Cristina Zamponi, el 11 de junio, Perrotta invitó a Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*, a almorzar en el Jockey Club. No se conocían demasiado. Se habían cruzado en algunas recepciones en embajadas, como aquella en la de Brasil donde Perrotta y Timerman hablaban de los golpes militares pasados. Cox asistía a las recepciones, pero siempre procuraba abandonarlas lo antes posible. Sentados a la mesa del Jockey Club, Cox pudo sentir cómo temblaba Perrotta. Estaba nervioso y disperso.

—Mi mujer se ríe de mí. Dice que si me llega a pasar algo tenemos todas las conexiones. Que llamamos a Massera de inmediato y listo —dijo Perrotta.

Cox le preguntó:

—¿Tiene miedo por algún motivo?

—Me siento amenazado.

Cox se sorprendió. No alcanzaba a entender. Perrotta le explicó que planeaba salir del país y vivir con su hermana Ana María en Boston, pero que había tenido problemas en conseguir su pasaporte en la Policía Federal. Cox le sugirió que pidiera ayuda a la embajada estadounidense.

Cox recordó por años ese encuentro. Cuando llegó a su casa le contó a su esposa, Maud Daverio, la extraña charla con Perrotta. En el libro *Salvados del infierno* que escribió con Eduardo Wilde, Maud anotó: "Bob y yo reímos imaginando la ridícula escena de ese matrimonio. Ella (Elena Bengolea) se mostraba tan segura de poder solucionar todo al instante".

Al día siguiente, 12 de junio, Perrotta llamó a la casa de Cox. Él no estaba pero atendió Maud.

—¿Así que usted es Perrotta? —lo saludó, animada—.

Mi esposo me comentó que lo había visto muy preocupado. ¿Cómo se siente ahora?

—No, si yo ando bien —respondió Perrotta simulando una risa—, lo que pasa es que uno vive en un permanente estado de tensión y nunca entendemos bien qué es lo que nos viene pasando. O quién está detrás de todas estas cuestiones.

Al igual que Cox, Maud sintió que Perrotta quería decirles algo pero no se animaba. Y que transmitía su miedo.

¿Perrotta presentía el final? ¿Sentía que tal vez era tarde para huir? ¿Se recriminó no haberse quedado en el exterior a fines del 76? ¿Por qué no lo hizo? Es probable que no tolerara sentir culpa por huir mientras otros luchaban. Es probable también que no hubiera soportado el anonimato que imponía el exilio, el quiebre ontológico de la extranjería donde ser y estar están separados por un abismo. Él *era sólo si estaba* en la Argentina.

El exilio era su reducción a la nada: una forma de morir.

Aunque no la única forma de morir.

OCHO

CRÍMENES TARIFADOS Y OTROS RELATOS

El extorsionador Carlos le había dejado el lugar a un tal Raúl, encargado de definir la ruta del pago del rescate. El viernes 15 de julio de 1977, Raúl llamó a la casa de Bendolini a las diez de la mañana. Le dijo a Rafael que la prueba de vida se encontraba en el baño de hombres de una confitería en Santa Fe y Pueyrredón. Era la página 7 del Diario Popular de ese día, y decía: "Rafa: estoy bien, seguí las instrucciones. Un abrazo. Cacho". Horas más tarde, Raúl llamó nuevamente a la casa de Bendolini. Comenzó a dar las instrucciones para el pago, pero Rafael aseguró no tener aún toda la plata que pedían.

—¿Cuánto le falta? —dijo Raúl.

—Tengo que contarlo —respondió Rafael.

Raúl llamó quince minutos después.

—Tengo 81.430 dólares y 2 millones de pesos —le indicó Rafael, para luego agregar que el auto y el dinero estaban en otro lugar y que demoraría un poco. Entre los dólares había muchos billetes chicos, y la familia Perrotta anotó los números de serie de todos los que entregaría.

—Bueno, no importa, cumplan las instrucciones. Si alguien se les acerca no le haga caso y agregue un bolso más pequeño —dijo el extorsionador.

Las instrucciones estaban en un bar en avenida La Plata y Rivadavia. Tras recogerlas, Rafael volvió a su casa, donde sus amigos Bendolini, Rafael Vilaseca y Alejandro Rébora, ya recontado el dinero conseguido, tenían un auto para hacer el pago del rescate.

Entre tanto, su hermano Santiago había dado aviso al tal coronel Flores, para que le informara de los pasos a seguir al coronel Morelli. A las 18.20 Rafael salió de su casa, siguiendo las instrucciones escritas en dos hojas separadas. En una decía:

ALTURA NÚMERO 1... 183
ALTURA NÚMERO 2... 3101
ESTE PAPEL LO TIENE QUE TENER
SIEMPRE EN UN BOLSILLO.

La segunda hoja era un mapa con las indicaciones. Tenía que empezar el recorrido en avenida La Plata y Asamblea y dar vueltas en el circuito Asamblea-La Plata-Cobo-Centenera. "TRATAR DE MANTENER 30 km por hora NUNCA MÁS", aclaraban; "CUANDO SE LE ACERQUE UN AUTO Y LE DIGA RAFAELITO, Ud. entrega el bolso". Si no se producía un contacto durante 45 minutos debía regresar a la casa de Bendolini.

Mientras Rafael se aprestaba a cumplir las instrucciones, el inspector Arran llamó a Elena. Ante su respuesta, Arran dijo:

— Voy para allá —y le pidió el número de la patente del auto.

Rafael, mientras tanto, seguía las indicaciones. Como nadie se le acercó, regresó a lo de Bendolini. A las 20 llamó Raúl para advertirle que el primero de los números que figuraba era de la calle Parera. Que fuera allí —a Parera 183—, al hotel Parera, donde tenía un cuarto reservado.

Raúl le dijo que habían comprobado que lo estaban vigilando, a lo que Rafael contestó:

—Yo no soy responsable de eso. Queda en sus manos, decidan qué es lo mejor.

Apenas finalizada la comunicación, Rafael llamó a su hermano Santiago para darle la nueva dirección. A la media hora, el inspector Arran llamó a Elena, quien le reseñó las novedades. Rafael fue hasta el hotel Parera. Allí recibió primero un llamado del inspector Arran, informándole que continuaban patrullando la zona, pero que estimaba que Rafael estaba muy vigilado. Le propuso levantar el operativo, liberar la zona para su seguridad y la de Perrotta. Volvió a llamar a Elena para avisarle que levantaría el operativo y dejarle el número del inspector Mendoza, con quien podría comunicarse si pasaba algo durante la noche.

Los Perrotta lo ignoraban, pero el grupo de tareas había dividido sus funciones: mientras unos cobraban el rescate (Carlos y Raúl), los otros (el falso inspector Arran y su banda) simulaban una persecución a los extorsionadores.

A la medianoche, Raúl llamó al hotel Parera. Rafael notó en su voz un tono severo; volvió a insistir en que lo estaban vigilando.

—Son ustedes los que deben evaluar las cuestiones de seguridad. Yo cumplí mi parte sin avisar a nadie —mintió Rafael.

—Bueno, lo vamos a llamar y veremos si dice la verdad.

Rafael se quedó a dormir en el hotel Parera. A las 7.55 del sábado 16 de julio de 1977, recibió un llamado de Raúl. Le dijo que el segundo número de la hoja era de la avenida Cabildo (el 3101), de un bar donde encontraría nuevas indicaciones. Luego mencionó que volvería a llamar a las 19 a la casa de su madre, para que fueran a

buscar a Perrotta a un bar céntrico. Rafael lo convenció de que el llamado fuera a las 13, y se dirigió entonces a Cabildo 3101. Ahí encontró las instrucciones. Era una página de la guía de colectivos de la ciudad, en la que se indicaba dar vueltas en el circuito Cabildo-Sucre-Crámer-Juramento ubicado en el cuadrante A5. Tenía que hacer el circuito a 30 kilómetros por hora hasta las 9.50, luego dirigirse lo más rápido posible a un bar en Libertador 118, en Retiro, y entrar al baño. Ahí encontraría un comunicado en una tapa de chapa del depósito de agua del baño individual de la izquierda. "OJO: CUMPLA BIEN LAS INSTRUCCIONES", ordenaban en el papel.

A las 10.05 Rafael llegó al bar de Libertador 118. Tardó en encontrar el papel. Decía:

"VIAJE EN EL ÚLTIMO VAGÓN, SI ES POSIBLE EN LA ÚLTIMA VENTANILLA DEL LADO IZQUIERDO.

"DEBE VIAJAR CON LA VENTANILLA ABIERTA Y CON LA CABEZA AFUERA.

"EN UN PUNTO DEL VIAJE UNA PERSONA LE VA A HACER SEÑALES CON UN PAÑUELO.

ENESE MOMENTO TIRE EL BOLSO CONTRA ESA PERSONA/ PUEDE SER DE IDA O DE VUELTA.

"NO HAGA TRAMPAS POR SU VIDA Y OTRAS VIDAS."

A las 10.19 Rafael tomó el tren a Tigre. Leyó las instrucciones y se fue hasta el último vagón. A las pocas estaciones, el asiento señalado quedó libre y se sentó. Casi al llegar a la estación Victoria, poco antes del final del recorrido, Rafael vio a la persona con el pañuelo, pero sintió que era imposible hacer el operativo sin llamar la atención y de-

cedió hacerlo en el viaje de vuelta. Cuando llegó a Tigre, le preguntó al guarda si el mismo tren volvía para Retiro. Sí, volvía. Alguien le avisó que debía cambiar de andén. A las 11.40 se puso en marcha el tren. A la salida de la estación Victoria vio de nuevo al hombre con el pañuelo. Era rubio, tenía anteojos negros y un saco celeste. Rafael se asomó y arrojó el bolso. El pago estaba realizado. Fue de 81.430 dólares y dos millones de pesos Ley 18.188, que, a la cotización del día anterior — 407 pesos por dólar — eran otros 4.914 dólares. En total, 86.344 dólares. Una fortuna en esos tiempos de la Argentina.

Luego, hubo silencio. Los Perrotta no tuvieron novedades. Fueron horas angustiosas. Dos días después, llamaron al coronel Flores para contarle lo sucedido. El 20 de julio, alguien que se identificó como inspector Arran intentó hablar con Rafael. No le conoció la voz y le preguntó al supuesto verdadero Arran, quien le dijo que una persona había llamado de su parte y que al día siguiente iría a su casa. En tanto, la familia se dividía la tarea de mover cielo y tierra para que apareciera Perrotta. Santiago se entrevistó con el capitán Quirós en el Edificio Libertad. Quirós manifestó que no tenían novedades, sugiriendo que la última prueba de vida no parecía escrita por Perrotta y le preguntó si los investigadores del caso no opinaban lo mismo. El 22 de julio por la mañana el coronel Flores habló con Rafael: se mostró sorprendido por no encontrar a Perrotta, pues le habían informado de su liberación. Pero por la tarde se desdijo: pidió disculpas porque la noticia circulaba, en apariencia, en la sala de periodistas de la Presidencia, pero era falsa. En esos días, Rafael visitó al jefe del Batallón de Arsenales 101 de Villa Martelli, el teniente coronel Julián Eduardo Capanegra, para relatarle lo sucedido. Capanegra dijo desconocer todo al respecto, pero intentaría averiguar. Llamó al I Cuerpo del Ejército, sin

ninguna respuesta. Luego le sugirió a Rafael que fuera al Batallón de Inteligencia 601 con toda la información que tuviera. Era su último recurso. Allí le hicieron dos largas y exhaustivas entrevistas. Rafael les entregó las cintas con las conversaciones telefónicas y las copias de las pruebas de vida. "Entonces armamos un identikit del tipo que había recibido la plata... La verdad que el identikit salió bastante parecido de lo que yo vi. Porque además lo vi desde el tren. Me tuvieron dos días así. Era un interrogatorio profesional, porque los tipos se iban turnando. Los tipos te preguntaban, te preguntaban y te volvían a preguntar", contó Rafael.

El 26 de julio de 1977, los militares dejaron registrado el caso en un documento producido por la inteligencia militar, con los rótulos "Estrictamente Confidencial" y "No difundir":

Asunto: Caso Redondo. Información relacionada con RAFAEL ANDRÉS PERROTTA (Anexo 14)

"- Se ha tomado conocimiento de que a los familiares del causante, personas desconocidas les habrían requerido la suma de 250.000 dólares en concepto de rescate.

"- Que la familia de PERROTTA informó a los presuntos secuestradores que sólo había reunido la suma de 85.000 dólares, suma que en definitiva fue aceptada por éstos.

"- Que un hijo del citado PERROTTA le solicitó a un amigo de la familia, hiciera entrega del dinero, siguiendo las instrucciones de los presuntos secuestradores, quienes ya habrían recibido la suma acordada. (Origen: S.I.N.)

"- Que la SIDE y SSF están en conocimiento de la presente extorsión a través de los controles telefónicos del domicilio del causante.

“NOTA: Se deja constancia que esta Unidad dejó en suspenso las llamadas telefónicas al domicilio de PERROTTA (con el fin de simular un secuestro), desde el momento en que el mismo fue entregado a la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a fin de que proporcionara toda la información relacionada con la Organización ‘PROA’, sobre la que está aportando importantes datos.

“PROPOSICIÓN: Autorizar a esta Unidad a efectuar una investigación abierta con el fin de poder determinar quién o quiénes son los responsables del cobro del rescate, citado en este informe.”

Lo cierto es que Perrotta aún estaba vivo. Y había sido enviado al COT-I Martínez antes del pago del rescate. Según la declaración de Héctor Mariano Ballent, secuestrado allí, hubo un asado de festejo cuando recibieron el pago. Ballent había sido director de Ceremonial de la Gobernación de Buenos Aires hasta 1976, durante el mandato de Victorio Calabro. Lo detuvieron porque Camps y Suárez Mason querían probar la vinculación del ex gobernador de la derecha peronista con Montoneros. En ese informe de la inteligencia militar se admite, con nitidez, que el grupo de tareas del Batallón 601 había decidido fraguar un secuestro extorsivo para cubrir las pistas de la desaparición de Perrotta, precisamente porque se trataba de un personaje vinculado al poder. Lo mismo ocurrió en otros casos, como el del obispo Enrique Angelelli en agosto de 1976, al fraguar un accidente para cubrir el asesinato. Pero también es probable que, ya en manos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, las huestes del coronel Camps habían consumado una “mejicaneada”, quedándose con la plata del secuestro, a espaldas de sus colegas del 601. Tampoco se puede descartar una connivencia entre ambos

grupos de tareas para repartirse el botín. Una conducta delincinencial común entre los esbirros del estado terrorista que comandaban Videla y Martínez de Hoz.

¿Qué significaba el "caso Redondo" que la inteligencia militar citaba con obsesión en sus registros? No refiere a ningún nombre propio sino a la circularidad en las conexiones en el secuestro de Perrotta, Julio Gallego Soto y Juan Carlos Casariego del Bel, acusados de ser colaboradores de la guerrilla. La historia de Gallego Soto guarda muchas similitudes con la de Perrotta. Nacido el 3 de noviembre de 1915 en España, siendo un niño había llegado a la Argentina, donde su padre estableció una casa de importación de telas inglesas. Su relación con Juan Domingo Perón se remontaba a los días del golpe militar encabezado por los oficiales del Grupo Obra de Unificación (GOU), que el 4 de junio de 1943 derrocaron al presidente Ramón Castillo, poniendo fin a la Década Infame. Gallego Soto no quería ningún cargo público, pero ese año Perón lo envió como comisionado a Tres Arroyos y a partir de 1946 fue asesor económico del recientemente creado Ministerio de Salud, encabezado por el sanitarista Ramón Carrillo. El periodista Rogelio García Lupo escribió que Gallego Soto le planteaba a Perón las mismas cuestiones que Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche: "Era amigo de ambos, pero más de Perón: treinta años de colaboración íntima con el jefe del justicialismo le dieron la llave de sus pactos políticos, de sus cuentas reservadas y de sus pasiones humanas. (...) Julio Gallego Soto fue el agente de Perón para las operaciones confidenciales de mayor riesgo. Conocía al detalle las cuentas numeradas de los bancos de Nueva York, Barcelona, Montevideo y París donde era mayor la discreción, y también podía reconstruir de memoria la historia de los contradocumentos y las transferencias de fondos que respaldaban los pactos políticos del jefe del

justicialismo. Gallego Soto fue un eximio conspirador, que construyó como una obra de arte su bajo perfil, a pesar de haber vivido momentos históricos junto a Perón o por cuenta de Perón”.

Uno de estos acontecimientos, tal vez el de mayor importancia, ocurrió entre el 17 de marzo y el 17 de abril de 1964. Gallego Soto fue partícipe de uno de los encuentros que generaron más incógnitas en el siglo XX y que fue, durante la década del 60, una de las obsesiones de la CIA: la entrevista entre el Che Guevara y Perón. García Lupo contó que, tras arduas investigaciones, la CIA ya había descartado que la línea directa de Perón con La Habana pasara por John William Cooke —quien fuera su delegado personal y se encontraba en Cuba desde 1959— ni por Jerónimo Remorino, canciller durante el segundo gobierno de Perón. Surgía un tercer hombre: Gallego Soto. Pese a no haberse visto nunca, Perón y el Che mantenían un vínculo establecido, en especial a través de Jorge “Papito” Serguera, veterano de la Revolución Cubana y embajador en Argelia, quien oficiaba de nexo entre ambos. Sin embargo, el Che aprovechó una misión como representante de Cuba en la Primera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo en Ginebra para un doble propósito: salir de Cuba, donde las presiones por las luchas internas lo tenían en el foco de la tormenta, y encontrarse con líderes como el argelino Ahmed Ben Bella. En esta segunda lógica de objetivos se encontraba otro de especial valor: reunirse con Perón para conversar sobre la posibilidad de un apoyo del peronismo a la lucha revolucionaria en la Argentina, el sueño más deseado por el Che que, por ese entonces, ya había impulsado y puesto en marcha el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), comandado por el periodista Jorge Ricardo Masetti, que se encontraba en el monte de Salta, donde desaparecerá tiempo después de ser

derrotado su grupo guerrillero. Gallego Soto fue testigo del encuentro entre Perón y el Che. Se negó a administrar unos fondos para la lucha que proporcionaría este último, aunque luego accedió. Todo esto era parte de la vida de Gallego Soto cuando lo secuestraron por primera vez, el 16 de junio de 1977, apenas tres días después que Perrotta. Esa detención, sin embargo, fue a raíz del arresto del empresario Federico Gutheim, con quien tenía relación, y quedó libre a los pocos días, pero los militares ya le seguían el rastro. Gutheim era dueño de la empresa Sadeco, líder en producción de algodón. A fines de 1976, cuando Martínez de Hoz negociaba créditos con el gobierno de Hong Kong, ya Sadeco se había quedado con un contrato de exportación de fibra textil por 12 millones de dólares, y transformado en un problema para la competencia china. A pedido de Martínez de Hoz, la cúpula militar ordenó la detención de Gutheim y su hijo Miguel bajo el falso cargo de "subversión económica", en noviembre de 1976, para forzarlos a transferir ese contrato a favor de una multinacional con hegemonía china. Los Gutheim fueron liberados en abril de 1977, luego de que aceptaran las órdenes de la dictadura. Gutheim padre murió en 1995 y no llegó a ver la condena a Martínez de Hoz. No fue el único caso de apriete a empresarios para expropiarles los bienes u obligarlos a vender o, simplemente, para hacerlos desaparecer y luego fraguar escrituras para quedarse con sus posesiones. El régimen de Videla y Martínez de Hoz alcanzaba, así, otras marcas delincuenciales.

En cuanto a Gallego Soto, los militares sabían de sus vínculos con militantes del PRT, entre ellos con Amílcar Santucho, uno de los hermanos del máximo dirigente de la organización. Los había presentado Alicia Eguren, histórica militante de la resistencia peronista y compañera de John William Cooke, secuestrada el 26 de enero de 1977.

Los servicios de inteligencia militar estaban al tanto de los contactos de Gallego Soto con los máximos responsables de la Inteligencia del PRT: primero con Juan Santiago Mangini, el “capitán Pepe”, luego con Carlos Emilio All, el “capitán Alejandro”, y finalmente con Coccoz, “teniente Pancho”. También conocía a Héctor Hugo Fernández Baños, el “teniente Gustavo”, desaparecido el 8 de mayo de 1976, y a Alberto Washington Ovide, el “teniente Mauricio”, un subcomisario de la Policía Federal puesto a disposición del Consejo de Guerra por sus vinculaciones con el ERP el 26 de marzo de 1976. Lo asesinaron el 31 de mayo, arrojándolo por una ventana del Departamento Central de la Policía Federal, aunque se mostró a la prensa como un suicidio.

Al igual que en el caso de Perrotta, las relaciones de Gallego Soto eran complejas, pues mantenía al mismo tiempo amistad con el coronel Norberto Giordano y con el general de división Ramón Genaro Díaz Bessone, ministro de Planeamiento de la dictadura. Pocos días después del secuestro de Perrotta, el 23 de junio de 1977, un documento secreto solicitaba la detención de Gallego Soto, quien fue secuestrado el 7 de julio, aproximadamente a las 17.40, al salir de un estacionamiento en el microcentro. Las coincidencias con el secuestro de Perrotta serían muchas. Según la resolución del 24 de agosto de 2006 sobre la causa 8786/05, un “grupo de personas vestidas de civil se presentaron como personal policial e introdujeron a Gallego Soto a la fuerza en un Falcon con la patente oculta bajo el paragolpes, que aceleró seguido por un Peugeot 504 al cual se subieron algunos de los integrantes del grupo a cargo del secuestro”. Ese día, toda la zona de Tribunales estaba fuertemente controlada a raíz de la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas. El secretario de Gallego Soto, Jorge Alliaud, logró avisar a su familia y radicar la denuncia en la

Comisaría 1ª de la Policía Federal, a pesar de la resistencia inicial para recibirla. Una hora más tarde, la mujer de Gallego Soto recibió una llamada. Un hombre se presentó como "Fernando" y le aseguró que tenían a su marido. En un segundo llamado, indicó que buscaran una prueba en el bar La Paz, en Corrientes y Montevideo. Detrás del espejo del baño de hombres encontraron un sobre y en su interior el carnet de conducir de Gallego Soto envuelto en un papel blanco, con un corte en su parte superior. El 12 de julio de 1977, Gallego Soto fue interrogado acerca de sus vínculos con el PRT. Al igual que en el caso de Perrotta, el interrogatorio fue transcrito a papel en un documento fechado "Buenos Aires, 12 de Julio de 1977", con la aclaración de que "el presente interrogatorio es copia textual de una cinta grabada", y con las siguientes referencias: N° 1, "interrogador"; N° 2, "Dr. Julio Gallego Soto". A su vez, sobre la base del interrogatorio se realizó otro documento con la misma fecha titulado "Análisis de las declaraciones de Julio Gallego Soto que permiten asegurar su vinculación con el PRT-ERP", en el que, bajo el subtítulo "Proposición" se expresaba: "Determinar la DISPOSICIÓN FINAL del causante, basada en sus propias declaraciones y a fin de poder interrogarlo convenientemente". La relación con los servicios de inteligencia era clara: ninguno de los documentos tenía insignias, pero sí dos sellos: "NO DIFUNDIR" y "ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL". Del secuestro e interrogatorio de Gallego Soto participó el capitán Vergez. Esos interrogatorios y los de Perrotta versaban sobre los mismos temas, es decir, los vínculos con el PRT y en especial con Cocoz. También el que le realizaban a Juan Carlos Casariego del Bel, quien se desempeñaba como director de Inversiones Extranjeras en el Ministerio de Economía, un cargo político para el que fue sorpresivamente nombrado. Casariego del Bel era fun-

cionario de carrera y se decía un hombre de izquierda sin ocultarlo. Por esto, lo sorprendió el nombramiento, que aceptó para no tener que renunciar y quedarse sin trabajo. Y también con la esperanza de poder hacer algo desde ese lugar, es decir, tener la información necesaria para nutrir a sus compañeros guevaristas. Durante 1975 y 1976, por lo menos hasta el secuestro de Fernández Baños, Casariego del Bel y Gallego Soto se veían con él. El final de Casariego no está ligado sólo a la relación con el ERP. Como en el caso Gutheim, se había negado a firmar la estatización de la Compañía Ítalo Argentina de Electricidad (CIADE), de capitales suizos, por advertir las irregularidades que se estaban trazando y que involucraban —entre otros funcionarios del Ministerio de Economía— nada menos que a Martínez de Hoz, quien era asesor y director de la empresa, y a Juan y Roberto Alemann, este último representante de los bancos suizos, tenedores de las acciones de la Ítalo. El gobierno militar pretendía pagar casi 395 millones de dólares para estatizarla, negocio espurio que se concretó en 1978. Casariego se oponía entonces a firmar un trámite ostensiblemente irregular, ya que el valor de la empresa era infinitamente menor. Al sobrevalorarla y estatizarla, lograban que sus acciones en Suiza pudieran ser vendidas a un valor mayor para satisfacción de los accionistas. Casariego del Bel fue secuestrado el 15 de junio de 1977, dos días después que Perrotta. Como en el caso de Gallego Soto, las similitudes entre ambos secuestros fueron notorias. El 15 de junio, Casariego del Bel llamó a su hija María alrededor de las 20.30 para avisarle que tenía una reunión con Martínez de Hoz y con el secretario de Programación y Coordinación Económica, Guillermo Walter Klein. Le dijo que no se preocupara, que una compañera de trabajo lo llevaría hasta su casa. A la salida del Ministerio era habitual que Élide Ferrari, que trabajaba en

el área de Inversiones Extranjeras, llevara en su auto a varios compañeros, entre ellos a Casariego del Bel y a Noé Ernesto Chegorsky. Como siempre, alcanzó a Casariego del Bel hasta Las Heras y Salguero, frente al parque Las Heras. Hacía tiempo que los militares estaban muy al tanto de sus movimientos y horarios y los de su familia. No llegó a su casa. Su hija y su mujer, Alicia De Gainza, se preocuparon y fueron hasta la casa de Klein, que no las recibió y les mandó decir, a través de la custodia militar, que no había tenido ninguna reunión con Casariego del Bel, algo que era probable. Klein y Casariego del Bel, por sus tareas en el Ministerio, no tenían relación directa, por lo que posiblemente Casariego del Bel, en lugar de la presunta reunión con Klein, tuviera una cita envenenada con Coccoz ya secuestrado, supuestamente en el Bar Rivadavia, en Almagro. Casariego del Bel conocía a Coccoz tan bien como Gallego Soto y Perrotta.

Tiempo después, Klein accedió a recibir a Alicia De Gainza en su despacho, en presencia de un militar de apellido Máspero.

—¿Por qué el Ministerio no hace nada por saber dónde está mi marido? —le preguntó.

—No vamos a hacer nada en salvaguarda de su buen nombre y honor —respondió Klein, críptico.

Se refería a que ya sabían de los contactos de Casariego del Bel con el ERP.

Durante varias semanas, al igual que en el caso de Perrotta, la familia Casariego del Bel recibió varias pruebas de vida que consistían en notas en recortes de diario. Como en el caso de Perrotta, el interlocutor que decía tener a Casariego del Bel se identificó como "Carlos". A su vez, la familia intentó que los diarios denunciaran la desaparición. Tanto *Clarín* como *La Nación* se negaron, alegando la supuesta existencia de temas sobre los cuales

no podían publicar, especialmente aquellos vinculados a Martínez de Hoz, con quien avanzaban en las gestiones para quedarse con la propiedad de Papel Prensa. Alicia de Gainza desconocía que ése era el precio del silencio de la prensa sobre la desaparición de su marido. Gracias a su parentesco con Máximo Gainza, lograron que *La Prensa* publicara un destacado pidiendo que a Casariego del Bel le dieran su medicación para la hipertensión. La última noticia que recibió la familia fue una nota el 21 de junio de 1977, con letra temblorosa, que denotaba fragilidad. Lo cierto es que estos casos denominados "Caso Redondo" conducían, para los militares, a la revelación de la estructura de la inteligencia guerrillera en el área de información. Tanto Perrotta como Gallego Soto y Casariego del Bel fueron secuestrados en junio de 1977 con apenas uno o dos días de diferencia. El primero de la serie, sin embargo, había sido Perrotta. El primer eslabón de esa cadena trágica que los unió.

El 26 de julio de 1977, cuando la inteligencia militar escribió el informe sobre el secuestro extorsivo de Perrotta, éste llevaba cuarenta y tres días desaparecido. En el infinito tiempo de ese tiempo en manos de sus secuestradores, ¿Perrotta iba rumbo a la muerte? ¿Qué había sucedido con él durante el mes más largo y sangriento del invierno del 77? Es probable que el 13 de junio de 1977 a las 15 horas, cuando Perrotta salió de su casa de la avenida Quintana, fuera hacia una cita envenenada para encontrarse con el teniente Pancho, o Juan Pablo, es decir, con Javier Coccoz del ERP. O, quizás, con Ignacio Ikonicoff, de PROA. Lo cierto es que una patota militar lo secuestró para llevarlo al Batallón 601 de Inteligencia, dirigido por el coronel Alberto Valín. Que uno de sus torturadores fue el capitán Vergez. Y que en el interrogatorio realizado, según los registros, el 15 y 16 de junio de 1977 en las catacumbas

del régimen, Perrotta tuvo que confesar sus vinculaciones con la guerrilla guevarista; admitir que fue informante de Santucho, del ERP y de PROA. Los detalles del interrogatorio —que se anexan en este libro— son espeluznantes. Un Perrotta aterrorizado y vacilante se resiste a someterse a la degradación impuesta por sus captores pero también se entrega a un arrepentimiento de los vínculos con la guerrilla, con las ideas revolucionarias, producto del terror al que es sometido. La transcripción de las cintas grabadas mientras lo interrogaban luego de las sesiones de tortura muestran el cinismo y la impiedad de sus torturadores; la sorna con la que se divierten preguntándole por asuntos íntimos como si fuera la forma de confirmarle a la víctima que era nada, que su vida y su muerte les pertenecían. Según se desprende de las causas 8915/81 y 8786/05 sobre el secuestro extorsivo y la desaparición de Perrotta, hubo dos interrogadores: eso demuestran los documentos que lograron sobrevivir a la supuesta destrucción de toda la información secreta de la represión ilegal durante la dictadura.

Lo cierto es que el primer informe de la inteligencia militar sobre el “Caso Redondo” está fechado el 17 de junio de 1977, después de haber sometido a Perrotta a dos días de largos interrogatorios. El texto está plagado de errores de ortografía y los nombres se escriben todos con mayúscula (aunque en este relato se ordenen correctamente por piedad con los lectores), como un código que permite visualizar el árbol genealógico de los protagonistas comprometidos en la investigación. El “Informe 9” señala:

Análisis de las declaraciones de Perrotta que permiten comprobar la vinculación con el PRT-ERP: 1) Se contacta con el PRT-ERP a través del Tte. Pancho, a partir de mediados del año 1975. 2) Reconoce que se realizaron

tratativas para la compra del diario *El Cronista Comercial* por parte del PRT. 3) Que sí demostró interés en relacionarse con el PRT, y por ende con el Tte. Pancho, aunque deja constancia de que lo hacía para solucionar los problemas laborales y condiciones del diario. 4) Que también mantuvo negociaciones con el Grupo Gelbard, a fin de obtener dinero para continuar la financiación del diario. 5) Que reconoce haber proporcionado muy buena información de todo tipo del quehacer nacional al PRT. 6) Que a requerimiento del PRT llevó a cabo dos reuniones con embajadores de países extranjeros acreditados en nuestro país, a fin de obtener información sobre la repercusión de la toma de poder por parte de las FFAA el 24 MAR 76. A dichas reuniones concurrió en carácter de invitado el señor ministro de Economía Doctor Martínez de Hoz. 7) Que también dio información sobre conversaciones que mantenía con el almirante Massera; Tte. General Anaya; general Olivera Róvere y personalidades de Cuerpo Diplomático. 8) Que estaba muy vinculado con diplomáticos de la Embajada Cubana en nuestro país, fundamentalmente con Gustavo Hernández, consejero de la misma, quien conocía sus relaciones con el PRT y a quien le concertó una cita con el Tte. Pancho. También declara que cree que el Embajador cubano conocía sus vinculaciones con el PRT. 9) Que reconoce haber mantenido numerosas entrevistas con el Tte. Pancho, algunas de ellas en el departamento de su amante y otras en distintas confiterías y bares de esta Capital. 10) Que reconoce haber proporcionado información de carácter político y de entregar "chequeos" de las siguientes personalidades: El señor Armando Estrada, gerente de Chrysler; el presidente del directorio de Alpargatas; el presidente de Ika-Renault, señor Eduardo Huergo y el estanciero Arturo Zacarías Paz

Anchorena. 11) Que la relación entre él y el Tte. Pancho duró desde 1975 hasta la fecha, salvo un período de ausencia del causante, por haber viajado al sur del país. 12) Que conocía que el periodista Demarchi, que trabajaba en su diario, era del PRT, y que también sospechaba que otro personal también pertenecía a la citada BDS (banda de delincuentes subversivos). 13) Que reconoce que durante su gestión en el periódico se publicaron artículos de neto corte subversivo marxista. 14) Que en una comida le manifestó al Tte. Pancho que se consideraba un “combatiente” del PRT.

El 21 de junio de 1977, mientras seguían los interrogatorios y la tortura, la inteligencia militar escribió el “Informe 12” donde sintetiza:

Asunto: Caso Redondo. Información aportada por Rafael Andrés Perrotta:

- Cuando estuvo en México, se entrevistó con Carlos Abalo (ex redactor de *El Cronista Comercial*, integrante del PRT), quien le entregó una tarjeta, donde figura una dirección, de donde se envía y recibe correspondencia clandestina al exterior.

- Dicha dirección es Maipú 42 - Oficina 122 - Cap. Fed. TE 30-8377 y figura a nombre de Pedro Ernesto Flores, representante de T&F REPORT.

- En la citada dirección estaría un tal Ikonikoff (fonética), quien habría sido uno de los jefes del CPL (Comando Popular de Liberación), de tendencia marxista-leninista, con vinculaciones con las FAL.

PROPOSICIÓN:

Realizar control telefónico sobre el citado número telefónico, a fin de profundizar la investigación.

El 23 de junio de 1977, finalmente, la inteligencia mi-

litar produce el "Informe 15" que titula: "Asunto: Caso Redondo. Vinculación del Dr. Rafael Andrés Perrotta con la Organización PROA":

- Se ha tomado conocimiento que la Pol. Pcia. Bs. As. ha prácticamente aniquilado a la Organización 'PROA', cuya responsabilidad es del GT3.

Por la misma fuente se sabe:

1. Que fueron detenidos 12 (doce) integrantes de esa organización.

2. Que fueron abatidos 7 (siete) integrantes de la misma.

3. Que "PROA" contaba con aproximadamente 24 (veinticuatro) integrantes.

4. Que uno de los que fue detenido es un tal Ikonikoff (fonética), y que declaró que el Dr. Perrotta es miembro de PROA.

5. Que entre los detenidos se encuentra el abogado Gustavo Varela, hijo del coronel Varela que es funcionario del Ministerio del Interior. Al mencionado abogado se le encontró un "chequeo" del hijo del jefe de la Policía de la Pcia. de Buenos Aires, coronel Camps.

- PROPOSICIÓN: Se solicita entregar al detenido Perrotta a la Policía de la Pcia de Bs. As. y GT3 (quienes trabajan el Caso PROA en conjunto) a efectos de integrar la información con el objeto de obtener nuevos resultados de la investigación. Asimismo se solicita se determine la "DISPOSICIÓN FINAL", para el detenido Perrotta.

En la jerga militar significaba la muerte.

No fue, empero, el último análisis que realizaron los militares. Tal vez como un resumen de los interrogatorios, dos documentos figuraron como apéndices pero que revelan, como resúmenes, exactamente cuál habría sido "la

confesión” de Perrotta, y también la de Coccoz, ya que las respuestas están emitidas a veces por Perrotta y, a veces, por el jefe de la inteligencia guerrillera. Los documentos que figuran como apéndices al “Anexo 14” Informe 9 (los interrogatorios desgrabados de los días 15 y 16 de junio de 1977, según se cita en la causa de referencia), son secretos y llenos de faltas de ortografía o precisiones en los apellidos, que en este relato se corrigen. El primero señala:

“Que a Perrotta lo contactó el Tte. Pancho en 1975. Que el contacto se produjo a través de Carlos Abalo (periodista de *El Cronista Comercial* y simpatizante del PRT que actualmente se encuentra fuera del país). Que en esa época había problemas muy serios en la empresa. Que las charlas fueron siempre, durante varios meses, sobre la posibilidad de que el PRT comprara el diario. Que se acordó la compra del diario por parte del PRT en 10.000.000.000 M\$N aproximadamente, esto no llegó a terminarse por no conseguir el dinero la organización. Que en tanto Perrotta manifestaba al Tte. Pancho que le interesaba la relación con el PRT y hasta quería verlo todos los días. Que también conoce el Tte. Pancho que Perrotta hizo negociaciones con Gelbard, quien llegó a poner dinero por la compra de *El Cronista Comercial* pero luego desarmó la operación. Que Perrotta trató de hacer la venta del diario a través de Martínez de Hoz (que es amigo del causante) y llegó a ofrecerlo a la ARA (Armada Argentina). Que la gestión de venta termina cuando Perrotta vende el diario a Salimei. Que vendido el diario, el Tte. Pancho sigue atendiendo a PERROTTA como a un agente informante del PRT. Que al decir del declarante, el informante proporcionaba muy buena información en general. Que recuerda el Tte. Pancho que al necesitar el PRT información sobre la forma en que

habían aceptado el ‘golpe militar’ del 24 de marzo los países que tienen embajadores en Argentina, hicieron de común acuerdo lo siguiente: aprovechando su amistad con Martínez de Hoz, Perrotta le consultó si le gustaría concurrir a una cena en la casa de él con los embajadores acreditados en Argentina y que la respuesta del ministro fue afirmativa. Que cuatro meses después del ‘golpe’ se hicieron dos reuniones en la casa de Perrotta a las que concurrió Martínez de Hoz, una con los embajadores de países socialistas y tercermundistas y otra con los embajadores de los países capitalistas. De las dos reuniones Perrotta sacó muy buena información para el PRT que proporcionó al Tte. Pancho. Que otros temas que informaba Perrotta eran: charlas con el almirante Massera; con el general José Rogelio Villarreal; con embajadores. Que Perrotta vive en la Av. Quintana, posee un piso, que el declarante sabe ir pero no recuerda la altura aunque sí el teléfono que es 41-4835. Que al Tte. Pancho lo conoce como Juan Pablo y que cuando lo llama lo hace como Hernández”.

El informe termina con una descripción física de Perrotta: “Es bajo, 60 años, canoso, bien vestido, cabello cortado a la navaja, usa anteojos para leer, posee un Torino celeste y un Renault verde”.

En este primer apéndice aparece entonces una síntesis de lo que llegó a saber la inteligencia militar luego de las sesiones de tortura. En primer lugar, da una cifra por la posible venta del diario al PRT. Luego afirma que Perrotta quería ver a Coccoz (Pancho) todos los días. También que Gelbard llegó a poner dinero para la compra del diario. Si bien lo de las reuniones con embajadores ya había aparecido en los interrogatorios, ahora detalla que una fue con los países socialistas y tercermundistas, la URSS, Cuba,

Argelia e India y otra con los capitalistas, seguramente con los Estados Unidos, Francia, Inglaterra e Italia. El nombre de Massera también había surgido en los interrogatorios, pero aparece como objetivo militar en los informes de Perrotta al PRT junto al general Villarreal, mandamás de la Marina, uno, y secretario general de la Presidencia y hombre de confianza de Videla, el otro. Son datos que hacen presuponer que hubo otros interrogatorios que no fueron registrados ni grabados.

En un segundo apéndice, con las mismas características que el primero, se profundiza en la relación de Perrotta con Coccoz desde los orígenes. Se sostiene que el primero se define como “cuasi marxista” o “liberal profundamente democrático”. Que fue él quien pidió colaborar con la inteligencia del ERP. Que su primer contacto fue con un tal “Mario”, seudónimo de Carlos Emilio All, más conocido como “capitán Alejandro” y sucesor del “capitán Pepe” o Juan Mangini, primer jefe de la inteligencia guerrillera. Que luego Perrotta comenzó a reunirse con el “teniente Juan Pablo” o “Pancho” (Coccoz). Que Perrotta “consultó” primero con los cubanos —cita a Aurelio Silveiro y Gustavo Hernández, personal de la Embajada de Cuba a cargo de Emilio Aragonés— sobre si Pancho era o no gente del PRT. Que la primera entrevista entre Pancho y Perrotta se realizó en el bar Periplos. Que luego siguieron otras treinta por lo menos, en los bares Las Violetas y pizzería Tío Bigote, y que por lo menos cinco se realizaron en el “departamento de una amante de Perrotta de apellido Rivarola” en la calle Laprida. Que la relación con el teniente Pancho duró hasta mediados del 76, cortándose por el viaje de Perrotta al extranjero, pero que vuelve a iniciarla a partir de enero o febrero de 1977, pero “sólo por teléfono”.

El resumen de los interrogatorios a Perrotta y a Coccoz

construyó este rompecabezas que redactaron con la típica ortografía elemental y errónea los escribas de la inteligencia militar. Existen otros documentos anexados a las causas citadas que son ilegibles. Lo cierto es que Perrotta intenta salvar en sus declaraciones no sólo a la “señorita Rivarola”, de quien dice que nada sabía de las reuniones con los guerrilleros. Intenta también convencerlos de que su colaboración había sido por conveniencia y no por convicción. Está claro que sus secuestradores no le creyeron. Tras los interrogatorios, Perrotta fue trasladado al Comando de Operaciones Tácticas I ubicado en Avenida Del Libertador 14.237, más conocido como el COT-I Martínez. Según la descripción de la Conadep, este centro tenía: “Un acceso peatonal hacia un patio central de lajas. Por el acceso principal, sobre Libertador, una construcción de dos habitaciones, una de ellas destinada a sala de torturas e interrogatorio. Al fondo del patio, una edificación entre medianeras, incluyendo tres celdas individuales y una más grande, sala de estar, dormitorio del personal y baños. Hay una garita elevada. Entre el edificio descrito y la medianera del fondo —cuya pared está revestida de chapas de metal— se encuentra un patio estrecho de ladrillos y tierra desde el cual se divisa un pino de gran tamaño de una casa lindera”. Perrotta quedaba bajo la órbita, por un lado, del comandante del I Cuerpo del Ejército, Carlos Guillermo “Pajarito” Suárez Mason, y del jefe de la Policía Bonaerense, coronel Camps, quien fue más tarde ascendido a general por los servicios prestados al Estado terrorista. Fue citado a declarar el 13 de agosto de 1985 y aseguró no tener conocimiento ni haber impartido ninguna orden con respecto al secuestro de Perrotta. Gracias a las leyes de impunidad —de Punto Final y Obediencia Debida—, sancionadas a partir de ese año por el gobierno de Raúl Alfonsín, el “carnicero” de la provincia de Buenos Aires

murió en 1994 sin haber sido castigado por sus crímenes. Suárez Mason, que integró la galería de torturadores y asesinos más prominentes de la dictadura, fue juzgado y enviado a prisión domiciliaria. Cuando violó la reclusión en su casa, fue trasladado a la cárcel de Villa Devoto, donde murió en 2005.

Según las declaraciones en los juicios por violaciones a los derechos humanos, se pudo identificar algunos de los nombres o apodos de los militares que actuaban en el COT-I Martínez y que sí tuvieron responsabilidad directa sobre la desaparición de Perrotta. Entre ellos se encuentran: el oficial administrativo Eros Amílcar Tarella, al que llamaban "Trimarco", que trabajaba en tareas de inteligencia en diversas dependencias desde 1959 y en ese momento bajo la órbita de la Brigada de Investigaciones San Martín; el oficial principal Valentín Milton Pretti, cuyo nombre falso era "Saracho" y también revisaba en la Brigada de Investigaciones San Martín, y un interrogador esporádico que era un militar uruguayo. Así como un oficial inspector médico llamado Jorge Antonio Bergés, estudiante de medicina, encargado de cuidar que los torturados no "se les fueran" a los torturadores, lo que en la jerga significaba que se mantuvieran vivos a pesar de la brutalidad de los tormentos. En el COT-I Martínez, Perrotta fue torturado. Sin saberlo, a pocos metros de él se encontraba Timerman, secuestrado desde la madrugada del 15 de abril de 1977 y trasladado a esa dependencia pocos días antes, el 7 de junio.

—Traigan al periodista —escuchó Timerman una noche, y tembló pensando que se referían a él. Luego escuchó los alaridos de la tortura de otro. Como su celda se hallaba contigua a la sala de tortura y en lugar de paredes tenía vidrios, pudo ver cuando Perrotta salía de ese lugar.

—No puedo más —le escuchó decir, mientras arrastraba su cuerpo herido. Junto a él aparecieron el comisario Pretti, llamado “Saracho”, el oficial Tarela, alias “Trimarco”, y el médico Bergés.

Una noche, por un descuido de los guardias, Perrotta y Timerman compartieron por un rato la celda. Los carceleros se preparaban para una de sus reiteradas jornadas de abuso sexual con las mujeres secuestradas, para lo que debían liberar un par de celdas. Perrotta sintió que su puerta se abría y vio cómo introducían a Timerman en ella. Timerman lo reconoció, sorprendido.

—Qué frío hace —dijo Perrotta.

Estaba débil, golpeado. Tenía las mismas ropas con que lo habían secuestrado, una manta roñosa sobre los hombros y unos guantes rotos. Temblaba por el frío. Se quejaba porque los guardias no lo dejaban ir al baño y debía orinar en una latita.

—Sí —le respondió Timerman, que gracias a su traslado poco antes al Departamento de Policía, donde había podido estar un rato con su familia, contaba con buenas ropas y abrigo.

—Usted estaba prevenido seguramente de que lo iban a arrestar, por eso tiene todo preparado —comentó Perrotta—. ¿Se da cuenta? A mí me levantaron en la calle. Iba caminando y me metieron en un coche. Tengo frío. No tengo nada.

Se quedaron en silencio un rato. Por el estado en que ambos se encontraban, torturados y hambrientos, no pudieron calcular cuánto tiempo pasó hasta que escucharon el grito de un guardia.

—¡No, che, se equivocaron! —decía, mientras abría la celda y sacaba a Timerman para llevarlo a otro lugar.

Cuando lo dejó en su celda, el guardia le preguntó a Timerman si sabía a quién había visto. Le contestó que sí.

—Bueno, no lo digas nunca, porque nos matan a vos y a mí. Nadie tiene que saber que está acá —lo amenazó su carcelero.

Según las declaraciones de Timerman en el juicio al cura Christian von Wernich, realizado en 1987, el guardia era un tal “teniente Roma”. Timerman también contó que en un momento en que estaba con los tenientes Roma y otro llamado Ríos, les preguntó por qué tenían detenido a Perrotta, argumentando que lo conocía hacía muchos años, que Perrotta era “el ser más inofensivo del mundo” y que “nunca fue un periodista aguerrido”. Los militares le dijeron que habían descubierto que Perrotta iba a ir a Madrid invitado por la Comisión Argentina de Derechos Humanos (Cadhu), fundada por Eduardo Luis Duhalde, entonces exiliado y vinculado a PROA. Años más tarde se confirmó, por otros testimonios, que a Perrotta lo mantenían aislado del resto de los prisioneros.

Por el COT-I Martínez pasaron en esos meses decenas de detenidos con importantes vinculaciones económicas y políticas, muchos de ellos ex funcionarios de la provincia de Buenos Aires. Uno de ellos fue Ramón Miralles, secuestrado el 23 de junio, que había sido ministro de Economía de Victorio Calabró, gobernador de la provincia de Buenos Aires. También su hijo, Julio César Miralles, secuestrado el 31 de mayo, declaró que allí vio a Perrotta. Otro ex funcionario de Calabró secuestrado era Alberto Salomón Liberman, arquitecto, ministro de Obras Públicas de la provincia hasta el día del golpe. Asimismo, Juan Amadeo Gramano compartió el cautiverio con Perrotta, que había sido secuestrado el 20 de abril de 1976 y ya había pasado por otros centros clandestinos de detención. A la lista de personas en cautiverio se sumaban Carlos Torbioni y Osvaldo Papaleo, secretario de Prensa de Isabel Perón e integrante del grupo Graiver. Años después, contó

que el cura Von Wernich le dijo que había visto a Perrotta detenido, aunque no desaparecido. También Juan Nazar, director del diario *La Opinión* de Trenque Lauquen, poco antes intervenido por sus supuestas vinculaciones con el grupo Graiver. Nazar fue secuestrado el 21 de julio y al día siguiente, cuando llegó al COT-I Martínez, vio a Perrotta sentado en el cordón del patio del lugar, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos. Estaba totalmente abatido, agobiado y dolorido. “Tenía la barba crecida, el pelo crecido entrecano, vestía una campera y una bufanda —estábamos en pleno invierno, mucho frío—. Un hombre de estatura regular, de aspecto más parecido a una figura de la bohemia que a un ejecutivo, estaba muy cerca de esa figura vinculada a la bohemia, a los ideales, a las convicciones, a la militancia. Eso es lo que me transmitió, lo que conocía de él y lo que me transmitió en ese momento que lo vi en una situación tan comprometida, donde todos estábamos en parecidas condiciones.” Otro secuestrado, Ballent, ex jefe de Ceremonial y Prensa de la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires —el encargado de hacer el asado cuando la patota de Camps cobró el secuestro extorsivo— afirmó que había tenido oportunidad de conversar con Perrotta en el pasillo. Que tenía una caja de zapatos llena de medicamentos. Como Ballent dijo estar muy nervioso, Perrotta le dio una gragea de color verde. De pronto apareció uno de los guardias.

—Viejo, sacate la ropa y los zapatos que no los vas a precisar más —ordenó.

¿Era el final de Perrotta? Todos los testimonios afirman que se encontraba en un estado deplorable y que, por las cosas que decía, parecía delirar.

Pero no fue el final del calvario de ese hombre.

NUEVE

DETRÁS DE LA *DEADLINE*

En algún momento, antes de octubre de 1977, los esbirros de Videla y Martínez de Hoz —Camps y Suárez Mason— ordenaron trasladar a Perrotta al centro clandestino de detención Pozo de Banfield. La CONADEP describió el lugar: “Acceso peatonal por la calle Vernet, y vehicular por Siciliano, hasta un patio interno. Edificio de tres plantas, de unos 25 metros de frente por 20 de fondo. En la planta baja, la oficina del jefe, sala de torturas y otras dependencias. En el primer piso, calabozos, oficinas, comedor-casino de personal, cocinas y baños. En el segundo piso: calabozos y baño”. Nieves Luján Acosta, sobreviviente de esa cueva de la dictadura, recordó en 1985, cuando declaró en el juicio a las juntas de comandantes, que Perrotta estaba allí, que tomaba medicamentos y que necesitaba ir constantemente al baño. Liliana Zambrano, también sobreviviente del Pozo de Banfield, relató que en 1977 fue secuestrada cuando era estudiante del profesorado de Historia en La Plata. Que vio a Perrotta allí en octubre, es decir, casi cinco meses después de que fuera secuestrado: “Él era una persona elegante, mayor; estaba vestido con un traje. No tenía el saco pero tenía un chaleco. Ahí me enteró que era Rafael Perrotta. Los compañeros no querían compartir el calabozo con él porque era toda una

personalidad muy especial. La mayoría de los chicos eran jóvenes, gran parte militantes, y él se la pasaba hablando de sus viajes, de sus comidas y qué sé yo... Lo sé por los compañeros con los que de repente compartíamos o hablábamos por la pared. Él obviamente no se comunicaba de la forma que nos comunicábamos nosotros. La verdad, que no estaría preparado para eso. Ninguno estaba preparado para eso... Algunos sabíamos lo que estaba pasando y teníamos, por ahí por ser más jóvenes, más defensas para resistir esa situación. Él no sé. Tal vez por su origen social. Sé que nadie quería compartir el calabozo con él por esto. En cada calabozo, que eran chiquitos, seríamos cuatro o cinco mujeres y la misma cantidad de varones. Estábamos uno al lado del otro y tenías que compartir indefectiblemente el calabozo. Entonces a él le era difícil estar allí; era gente joven y obviamente mucho no podía compartir con ellos porque pertenecía a otra generación, a otra clase social. Generalmente los pibes que estaban ahí eran de una clase media o media baja, entonces todo esto que él contaba les chocaba, les parecía extraño". A pesar de que se notaba que Perrotta era distinto al resto de los detenidos, los militares no tenían ningún trato especial con él. "Era uno más ahí. No tenía ningún trato especial, era uno igual que todos; comíamos una vez al día la porquería que nos obligaban a comer", aseguró Zambrano. "Él no se adaptó. Nosotros tratábamos de estar bien, de cantar, de hablar, de inventar cosas, pero a él le costaba sobrevivir dentro de ese contexto terrible. Pienso que lo que lo afectaba tanto era ser una persona mayor y haber tenido otro tipo de vida." Hubo muy pocos sobrevivientes del Pozo de Banfield. La gran mayoría tenían como destino lo que los militares denominaban "disposición final", un eufemismo para definir el traslado y el asesinato. Zambrano, finalmente liberada en octubre de 1977, dijo que un día los separaron y no lo

volvió a ver. Acosta, la otra sobreviviente de ese infierno, tampoco supo del destino de Perrotta.

Que se hubiera pagado el rescate y Perrotta no apareciera con vida, abrió diversas hipótesis. Una posibilidad es que haya sido fruto de la negociación de Perrotta con sus secuestradores a cambio de que no tocaran a su familia. Es decir, Perrotta puso esa cifra no por su vida sino por la de su familia. Otra es que, debido a sus problemas cardíacos, Perrotta muriera durante las torturas. Si bien todos los secuestrados estaban bajo condiciones inhumanas, gran parte de los testimonios de otras víctimas que lo vieron en distintos centros clandestinos de detención aseguran que su estado de salud era deplorable. Algunos testigos aseguran que había perdido la razón, que deliraba. Lo último que la familia supo de Perrotta fue en los años 80, cuando apareció un militar para hablar con Rafael. A pesar de suponer que el nombre que le daba —y que no recuerda— era falso, Rafael se reunió con él en un bar. “Un día vino un milico a decirme que él sabía que nosotros habíamos sufrido mucho, y que yo tuviera en cuenta que quien había matado a mi viejo había sufrido más porque había muerto de unos balazos en el estómago. La peor manera de morir. Yo le dije: ‘¿Qué querés, que te pague guita por lo que me estás viniendo a decir?’ Era como una especie de desagravio: ‘Consolate, porque si tu papá murió torturado, el que lo mató y lo torturó murió de una manera terrible’. Ésa era la lógica de ese momento: grupos violentos que además se mantuvieron por plata. Porque ese milico quería plata.” Luego de ese encuentro, hubo un silencio definitivo sobre el destino de Perrotta.

Un silencio espeso que no tuvieron otros casos. Tímerman contó con el apoyo decidido de organizaciones humanitarias, de propietarios de medios y de la comunidad judía nacional e internacional. La desaparición de

Perrotta fue sistemáticamente ignorada tanto por ADEPA como por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). En marzo de 1978, cuando ADEPA realizó su XLV Reunión de Directores en Buenos Aires, bajo la presidencia de Juan Santos Valmaggia, de *La Nación*, realizó un dictamen de su Comisión de Libertad de Prensa sobre los periodistas desaparecidos. No hubo ninguna mención a Perrotta. El dictamen hacía referencia a varios colegas, pero nada decía del director de *El Cronista Comercial*. El silencio de los medios sobre su secuestro fue casi total, a excepción del breve suelto que había publicado *La Prensa* el 2 de julio de 1977, plagado de errores. Recién el 23 de septiembre de 1978, el director del *Buenos Aires Herald*, Robert Cox, publicó un editorial donde denunciaba la desaparición de Perrotta junto a las de Edgardo Sajón, Julián Delgado — uno de los nuevos directores de *El Cronista Comercial*, secuestrado el 4 de junio de ese año —, Rodolfo Fernández Pondal, Luis Guagnini, Enrique Esteban y el asesinato de Horacio Agulla. Meses después, al cumplirse dos años del hecho, el 13 de junio de 1979, la familia publicó en *El Cronista* una invitación a todos los amigos de Perrotta a “unirse en una oración”.

En septiembre de 1979, cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) visitó la Argentina por insistencia del presidente norteamericano James Carter, se volvió a hablar del destino de Perrotta. El encuentro había sido pospuesto varias veces y, en esa oportunidad, los militares se las ingeniarón para que coincidiera con la vuelta triunfal de la selección juvenil de fútbol que, con Diego Maradona a la cabeza, había ganado el Mundial de su categoría en Japón. Por esos días, Timerman, que estaba con arresto domiciliario, le dijo a Tom Farber, uno de los integrantes de la misión, que había visto a Perrotta secuestrado en el COT-I Martínez. Farber

le pidió no registrar ese dato y sostuvo que era muy peligroso que Timerman lo dijera hallándose en esa condición jurídica. "De todos modos hice la denuncia y la hice consignar, no sé si fue porque a veces uno siente la necesidad de ejercer cualquier posibilidad de castigo contra esos asesinos", declaró Timerman en 1985 durante el juicio a las juntas militares. El 14 de octubre de 1980, Timerman participó de la 36ª Asamblea General de la SIP en San Diego, donde volvió a insistir sobre la desaparición de Perrotta. De nuevo, no fue escuchado.

Aún en plena dictadura, en 1981, la familia realizó la denuncia por la desaparición de Perrotta, pero los funcionarios judiciales ni siquiera escribieron bien el apellido. El abogado Carlos Hernán Franco fue el encargado de promoverla. La presentó en la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional Federal de la Capital y quedó caratulada "BENGOLEA DE PERROTA, Elena Josefina y otros s/denuncia inf. art. 170. C. Penal. VÍCTIMA: PERROTA PEREYRA, Rafael Andrés Tomás". Sin embargo, la causa durmió el sueño de los injustos. Porque la primera foja donde se formula la denuncia está fechada recién el 1 de junio de 1984, a meses del retorno democrático y luego del inicio del juicio a los jefes de la dictadura, ordenado por el presidente Raúl Alfonsín.

La similitud de los secuestros de Perrotta y Gallego Soto se verificó en el mecanismo de impunidad que se dispensaba desde el Poder Judicial durante la dictadura: la denuncia quedó radicada con la carátula "Gallego Soto, Julio s/Privación Ilegítima de la Libertad, Dte. Alliaud, Jorge Carlos", en el Juzgado de Instrucción N° 5, Secretaría N° 114, Expediente 345.079, y fue elevada al tribunal el 25 de julio de 1977. Sin embargo, el primer proveído sobre la causa ocurrió recién el 25 de julio de 1988, exactamente once años más tarde cuando, sin haber aportado

ningún dato ni acción para esclarecer el secuestro, fueron sobreesidos provisionalmente los imputados, entre ellos Vergez. La familia de Gallego Soto había presentado los correspondientes habeas corpus, sin respuesta. La causa sería reabierta y cerrada varias veces entre 1985 y 1990.

Con el retorno de la democracia, a principios de 1984 el caso Perrotta fue tomado por la Conadep, donde se conformó el Legajo 1.222, que incluyó las pruebas de vida dejadas durante su secuestro extorsivo. A su vez, el secretario de la Conadep, Eduardo Rabossi, solicitó al entonces jefe de la Policía Federal, el comisario general (retirado) Antonio Di Vietri, que brindara información sobre los supuestos policías de apellido Iglesias y Arran, que oficiaban en 1977 como subcomisario e inspector, respectivamente, por tratarse de oficiales que habían tenido relación con la familia Perrotta durante el secuestro. La Conadep también le solicitó todas las actuaciones en relación con el caso, las cintas magnetofónicas de las llamadas interceptadas de la familia con los secuestradores, así como información acerca de los comisarios Mingorance, Lezcano y Zanini. El comisario Di Vietri respondió que carecía de las cintas, que no tenía información sobre Iglesias y Arran, así como tampoco de las actuaciones labradas frente al secuestro. Si cursó datos sobre Mingorance, Lezcano y Zanini, aunque se los envió al ministro del Interior, Antonio Tróccoli. La Conadep recibió antecedentes sobre el oficial principal Valentín Milton Pretti, cuyo nombre falso era "Saracho" y que había actuado en el COT-I Martínez por parte del comisario general (retirado) Walter Rubén Stefanini, jefe de la Policía Bonaerense. También indagó al ministro de Defensa, Raúl Antonio Borrás, sobre el oficial de apellido Morelli. Ninguna respuesta aportó luz sobre el destino de Perrotta.

En su testimonio durante el juicio a los responsables del

Estado terrorista —Jorge Videla, Emilio Massera, Ramón Agosti, Roberto Viola, Armando Lambruschini, Omar Graffigna, Leopoldo Galtieri, Jorge Anaya, Basilio Lami Dozzo—, Gustavo Caraballo, ex secretario general de la Presidencia en tiempos de Cámpora, abogado de Gelbard y emparentado con directivos de Bunge y Born, relató que el general Arturo Corbetta le confesó que el general Ramón Camps, jefe máximo del terror en la Provincia de Buenos Aires, estaba implicado en el secuestro extorsivo y la muerte de Perrotta. Al momento del golpe militar, el general Corbetta era jefe de la Policía Federal. La vinculación de Camps con el secuestro de Perrotta fue denunciada en varios testimonios. En 1983, por un resquicio en los pactos de silencio, algunos militares se acusaron mutuamente para no responsabilizarse de sus actos y eludir los castigos. Ya retirado, Camps publicó el libro *Yo acuso*, donde sostuvo que Francisco “Paco” Manrique había recibido dinero de David Graiver. Manrique lo insultó a través de diversos medios y amenazó con revelar todo lo que sabía sobre la participación de Camps en el asesinato de Perrotta. Nunca cumplió su promesa. En enero de 1984, Timerman identificó el lugar donde estuvo detenido junto a Perrotta en el COT-I Martínez, y también responsabilizó a Camps por su asesinato. La verdad sobre el destino final de Perrotta fue, sin embargo, esquiva. El pacto de sangre y silencio militar no fue vulnerado. Según consta en una denuncia formulada ante el juez de Instrucción Luis Enrique Velasco, es posible que Perrotta fuera asesinado en la Unidad Regional de Lanús a principios de 1978. Así lo relató el ex oficial de policía bonaerense Daniel Horacio Rivas en 1986. Según este testimonio, Perrotta fue introducido en ese lugar por dos hombres, ya que estaba desfallecido con evidentes signos de tortura y con un estado mental muy deteriorado, y que cuando preguntó quién era le dijeron:

“Es un periodista. Es Perrotta, loco, si se enteran que está acá se nos va a armar un candombe que no sabés”. Junto con Perrotta, hay indicios de que ingresó al lugar un hombre rubio, alto y robusto, que pertenecía a un grupo de tareas comandado por Alfredo Astiz y Massera. Según el ex policía Rivas, fue un miembro de un grupo de tareas de la Armada llamado “capitán Willy” quien le disparó a Perrotta dos tiros y le voló la cabeza, y luego dijo que ya no molestaría más y que si tenían algún problema hablaran con Massera o Astiz. Rivas sostuvo que pudo ver a Perrotta muerto, tendido sobre el piso pero con las piernas sobre una cama, con dos orificios de bala en la cabeza, y que alcanzó también a ver al marino subir a un Falcon gris que lo esperaba, y luego se fue del lugar. También declaró que supo que Perrotta podría haber sido enterrado en el Cementerio de Avellaneda, a raíz de un comentario que le hizo un hombre llamado Francisco, que trabajaba en la morgue del cementerio y que según Rivas era el encargado de cuidar los cadáveres de los guerrilleros muertos en el intento de copamiento del Batallón Domingo Viejobueno en Monte Chingolo. Siempre de acuerdo con los dichos del ex policía, este hombre le dijo que el día que mataron a Perrotta, a las dos de la mañana había llegado al cementerio una camioneta con una persona muerta envuelta en nylon a quien no pudo ver y que los mismos policías la enterraron sin hacerle ningún comentario.

En 1984, el Equipo Argentino de Antropología Forense fue al Cementerio de Avellaneda, primero siguiendo una investigación de la Cámara Federal de la ciudad de Buenos Aires. Tenían la certeza de que podían encontrar los restos de Perrotta y del escritor Haroldo Conti. Pero lo que hallaron fue algo más. El periodista Enrique Sdrech, relató: “Se llevaron una sorpresa. Una amarga sorpresa. En un sitio conocido como ‘sector 143’ comenzaron su penosa

labor y comprobaron, con asombro, que no se trataba de una sepultura clandestina individual sino que fueron apareciendo, primero, once esqueletos, cuyas edades oscilaban entre los 20 y los 45 años. Había hombres y mujeres y un común denominador: todos mostraban impactos de bala". A raíz de esto, el Equipo Forense solicitó un permiso para ampliar su trabajo, que finalmente fue otorgado por el juez Ángel Nelky Martínez. "Al mes y medio de labor habían sido exhumados 365 esqueletos enteros, todos con impacto de bala, la mayoría en la nuca", contó Sdrech. Por varios años, no hubo novedades. En 1995, Vergez publicó su libro *Yo fui Vargas*, donde volvió a mencionar a Perrotta al vanagloriarse de su participación en el secuestro de Coccoz. Vergez reconoció su participación en la represión ilegal, confiado en la impunidad que le garantizaba el menemismo.

El 2 de junio de 1997, el programa Fenómeno, emitido por América 2 y conducido por Mauro Viale, realizó una reconstrucción teatral del interrogatorio a Perrotta en base a los documentos que había obtenido su productor Fabián Doman. La reacción fue inmediata. Ex miembros de la Conadep, como Gregorio Klimovsky, afirmaron que nunca habían tenido en su poder transcripciones de interrogatorios efectuadas por la inteligencia militar en 1977, y que la aparición de estos archivos de la represión era totalmente novedosa. La teatralización del interrogatorio provocó numerosas críticas. El Ejército, por su parte, se abstuvo de hacer declaraciones sobre el vínculo que establecían esos papeles con la participación de militares en la represión. Al día siguiente, el caso Perrotta fue publicado por primera vez en un medio gráfico nacional. La investigación, realizada por la autora de este libro, fue tapa del diario *Clarín*. El mismo día, la Cámara Federal porteña a cargo del juez federal Adolfo Bagnasco le soli-

citó al canal América 2 que le enviara el material sobre el supuesto interrogatorio a Perrotta. Pocos días más tarde, la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, a cargo de Alicia Pierini, se presentó ante la Justicia como patrocinante de la familia Perrotta. Nunca el Estado se había hecho cargo de la representación legal de familiares de desaparecidos. Pasaron veinte años desde aquel secuestro sin ningún atisbo de legalidad.

El 13 de junio de 2005, la Corte Suprema de Justicia de la Nación —modificada con el advenimiento del gobierno de Néstor Kirchner, que juró hacer una política de Estado del fin de las leyes de impunidad y la búsqueda de la verdad— declaró inconstitucionales las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final. El 2 de mayo de 2006 se ordenó la inmediata detención de Héctor Vergez por la desaparición de Gallego Soto. Gracias a la reapertura del caso, surgió el vínculo de éste con Javier Coccoz. Y es a partir de esa conexión que la justicia retomó la senda investigativa que ligaba las desapariciones de Coccoz, Gallego Soto, Casariego del Bel y Perrotta, denominada en los papeles de la Inteligencia militar como “Caso Redondo”.

El 5 de agosto de 2009 se amplió el procesamiento a Vergez, se le dictó un embargo preventivo por un millón de pesos, imputado por los secuestros de Gallego Soto, Coccoz, Casariego del Bel y María Cristina Zamponi. El reo esperaba la sentencia final preso en la Unidad 34 del Servicio Penitenciario Federal, en Campo de Mayo. Algo más, algo importante: los documentos del interrogatorio a Perrotta que una tarde de junio de 1997 se mostraron en el programa Fenómeno, conducido por Mauro Viale y que fueron llevados al diario *Clarín* por su productor Doman, se cree que pertenecían a Vergez, que aún colaboraba con la SIDE menemista, a cargo del periodista Tata Yofre. El

ex capitán intentaba venderlos como botín de guerra, tal como había hecho en Córdoba, donde actuó como torturador jefe del campo de concentración La Perla, con los bienes de los desaparecidos. Repitió el esquema de tráfico de información por dinero: se lo acusa de ofrecer sus “servicios” para convencer a Carlos Telleldín —acusado de vender a los terroristas la camioneta utilizada para el criminal atentado a la AMIA en 1994— y desviar así la investigación del atentado. Dados estos antecedentes, no se descartaba en sede judicial que la banda del secuestro extorsivo a la familia Perrotta haya sido organizada por el propio Vergez. Los esbirros de la dictadura solían decir que el trabajo —matar opositores— y los negocios —robar sus bienes e incluso sus hijos— iban juntos. En mayo de 2011, la Fiscalía N° 7 Criminal Correccional Federal, a cargo de Carlos Cearras, pidió la reapertura de la causa N° 8915, caratulada “BENGOLEA DE PERROTA, Elena Josefina y otros s/denuncia inf. Art. 170 C. Penal”. El 12 de septiembre de 2011, el Juzgado Criminal y Correccional Federal 5 a cargo del juez Norberto Mario Oyarbide dispuso la reapertura de la causa 8915/81 caratulada “Bengolea de Perrotta, Elena Josefina y otros s/denuncia inf. art.170 Código Penal”. La larga investigación llevada adelante por la secretaria del juzgado de Oyarbide, Patricia Palmisano, daba resultados para impulsar esa causa. En la resolución enviada a la Fiscalía N° 7 a cargo de Carlos Cearras, se dispone que la causa pase a tener el registro informático Nro. 11596/2011 y se caratule por el momento “NN s/ Privación Ilegal de la libertad personal”. En la misma resolución, se estableció la conexidad de esa causa con aquellas en las que se investiga la desaparición de Julio Gallego Soto (causa Nro. 8786/05), Juan Carlos Casariego del Bel (causa Nro. 14039/06) y Javier Ramón Coccoz. La causa 8786/05 ya se había elevado a juicio por las desapariciones

forzadas de Gallego Soto, Casariego del Bel y Coccoz con intervención del Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° 5, presidido por Ricardo Luis Farías.

En periodismo, decir *deadline* es decir que se llega a la hora límite, a la hora señalada para cerrar una edición. Su traducción literal en inglés significa "línea muerta". Pasada esa raya, nada que no se haya escrito o dicho será dicho o escrito después: sobre todo no será escuchado o leído o visto por otros. Sin embargo, la información permanece, porque la realidad no reconoce representaciones que la opaquen. El cuerpo de Perrotta nunca apareció, pero su muerte debe aún ser develada y probada. Es tarea de la justicia. No es sólo allí, empero, donde radica el enigma. No es en su muerte, sino en su vida. Como los miles de argentinos arrojados a la oscuridad del terror dictatorial, Rafael "Cacho" Perrotta merecía esta memoria; esta manera de transgredir, de ver detrás de aquella línea mortal que atravesó la tarde del 13 de junio de 1977, durante uno de los inviernos más crueles y trágicos de nuestra historia.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad*, Buenos Aires, Booket, 2006.
- Augier, Pola, "Los jardines del cielo. Experiencias de una guerrillera", Buenos Aires, *Sudestada*, 2008.
- Bodes, José y López, José Andrés, *Perón-Fidel. Línea directa*, Buenos Aires, Deldragón, 2007.
- Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- , *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2001.
- Botana, Natalio, *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Braillard, Philippe y De Senarclens, Pierre, *El imperialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma, 2004.
- , *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2006.
- Camps, Ramón, *El poder en la sombra. El affaire Graiver*, Buenos Aires, R.O.C.A. Producciones, 1983.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca Más*, Buenos Aires, Eudeba, 1995.
- Constitución de la Nación Argentina de 1949.
- Cox, David, *En honor a la verdad*, Buenos Aires, Colihue, 2002.
- Dandan, Alejandra y Heguy, Silvina, *Joe Baxter. Del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero*, Buenos Aires, Norma, 2006.

- Daverio de Cox, Maud y Wilde, Eduardo G., *Salvados del infierno*, Salta, Gofica, 2001.
- De Santis, Daniel, *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP, documentos*, tomo I, volumen I, Buenos Aires, Nuestra América, 2004.
- Diez, Rolo, *Los compañeros*, La Plata, De la campana, 2000.
- El Cronista Comercial, *La revista de los 100 años*, 2008.
- Federación Gráfica Bonaerense, CGT de los Argentinos. *Por una Patria Justa, Libre y Soberana, la Patria Socialista*, Buenos Aires, 2001.
- Fraschini, Mariano, *El brazo izquierdo de Perón. Ideólogos y actores de la izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires, Álvarez Castillo, 2008.
- Galasso, Norberto, *Perón. Tomo I. Formación, ascenso y caída (1893-1955) y Tomo II. Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974)*, Buenos Aires, Colihue, 2005.
- García Lupo, Rogelio, *Últimas noticias de Fidel Castro y el Che*, Buenos Aires, Vergara, 2007.
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Graham-Yooll, Andrew, *Tiempo de tragedias y esperanzas. Cronología histórica 1955-2005*, Buenos Aires, Lumière, 2006.
- Lanusse, Alejandro Agustín, *Mi testimonio*, Buenos Aires, Lasseire, 1977.
- Lapolla, Alberto Jorge, *El cielo por asalto. Vol. I (1966-1972)*, La Plata, De la Campana, 2003.
- López, José Ignacio, *El hombre de Clarín. Vida privada y pública de Héctor Magnetto*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- Lorenzo, Celso Ramón, *Manual de Historia Constitucional Argentina*, Buenos Aires, Juris, 2000.
- Mochkofsky, Graciela, *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Buenos Aires, Debolsillo, 2004.
- Navarro, Marysa, *Evita*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

- Orgambide, Pedro, *El escriba*, Buenos Aires, Norma, 1996.
- Palomino, Mirta L., *Tradición y poder: la Sociedad Rural Argentina (1955-1983)*, Buenos Aires, CISEA-GEL, 1988.
- Perrault, Gilles, *La orquesta roja*, Barcelona, Bruguera, 1982.
- Perón, Eva, *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Buró Editor, 2004.
- Petriella, Dionisio y Sosa Miatello, Sara, *Diccionario biográfico ítalo-argentino*, Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri.
- Pigna, Felipe, *Los mitos de la historia argentina 2*, Buenos Aires, Planeta, 2005.
- Piñeiro, Armando Alonso, *Los diarios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Agencia Periodística Novopress, 1966.
- Plis-Sterenbergh, Gustavo, *Monte Chingolo*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Potash, Robert, *El Ejército y la política en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Ramil Cepeda, Carlos, *Crisis de una burguesía dependiente. Balance económico de la Revolución Argentina 1966-1971*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1972.
- Rapoport, Mario, *Historia política, económica y social de la Argentina, 1880-2003*, Buenos Aires, Ariel, 2006.
- y Seoane, María, *Buenos Aires, historia de una ciudad*, 2 tomos, Buenos Aires, Planeta, 2007.
- Restivo, Néstor y Dellatorre, Raúl, *El Rodrigazo, 30 años después*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005.
- Rock, David, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993.
- Romero, José Luis, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Brama Huemil, 1993.
- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II. 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé, 1982.
- Sáenz Quesada, María, *Isabel Perón*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Saidón, Gabriela, *La montonera. Biografía de Norma Arrostito*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.
- Salas, Horacio, *El centenario*, Buenos Aires, Planeta, 2002.

- Scalabrini Ortiz, Raúl, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Buenos Aires, Lancelot, 2006.
- Scandella, Luigi, *Le Kondratieff. Essai de théorie des cycles longs économiques et politiques*, París, Economica, 1998.
- Seoane, María, *El burgués maldito. Los secretos de Gelbard, el último líder del capitalismo nacional*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.
- , *Argentina. El siglo del progreso y la oscuridad (1900-2003)*, Buenos Aires, Crítica, 2004.
- , *Todo o nada. La historia secreta y pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Debolsillo, 2009.
- y Muleiro, Vicente, *El dictador*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- y Santa María, Víctor, *Evita, esa mujer*, Buenos Aires, Fundación Octubre, 2007.
- , *Los 20 días que conmovieron a la Argentina*, Buenos Aires, Fundación Octubre, 2009.
- Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba: las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- Taroncher Padilla, Miguel Ángel, *Periodistas y prensa semanal en el golpe de Estado del 28 de junio de 1966: la caída de Illia y la Revolución Argentina*, Valencia, Universitat de Valencia, 2004.
- Timerman, Jacobo, *El caso Camps, punto inicial*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1981.
- Ulanovsky, Carlos, *Parén las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997.
- Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), *Los periodistas desaparecidos. Las voces que necesitaba silenciar la dictadura*, Buenos Aires, Norma, 1998.
- Uriarte, Claudio, *Almirante cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- Vázquez-Presedo, Vicente, *El caso argentino, 1875-1915*, Buenos Aires, Eudeba, 1971.

- , *Estadísticas históricas argentinas (comparadas). Primera parte 1875-1914*, Buenos Aires, Macchi, 1971.
- Verbitsky, Horacio, *Cristo vence. La Iglesia en la Argentina. Un siglo de historia política (1884-1983)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Vergez, Héctor, *Yo fui Vargas, el antiterrorismo por dentro*, Buenos Aires, edición del autor, 1995.
- Villani, Pasquale, *La edad contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1996.
- Walsh, Rodolfo, *¿Quién mató a Rosendo García?*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1969.
- Yofre, Juan Bautista, *Fuimos todos, Cronología de un fracaso, 1976-1983*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- , *Nadie fue, Crónica, documentos y testimonios de los últimos meses, los últimos días, las últimas horas de Isabel Perón en el poder*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

ARTÍCULOS

- “45 años defendiendo la libertad de prensa”, en www.adepa.org.ar
- “Acción Católica: contexto de su creación”, en www.accioncatolica.org.ar
- “Algunos de los muchos recuerdos de nuestra Cooperativa”, en www.graficacogtal.com.ar
- “Cronistas de todos los tiempos”, en www.cronista.com
- “El caso Perrotta, en la mira de los jueces”, en www.clarin.com
- “El papel de los periodistas durante la dictadura, recordado por un colega”, 26-3-2006, en www.infobae.com
- “Fue denunciada una restricción a la libertad de expresión”, *La Prensa*, 20-1-1966.
- “Hallazgos paleontológicos”, Río Negro, suplemento rural, 30-12-2006.
- “Homenaje en la cancha de polo”, *Página/12*, 20-5-2005.
- “Hoy en la Historia: Publicación del *Wall Street Journal*”, en www.encontrandodulcinea.com, 8-7-2009.
- “José Mariano Astigueta”, *La Nación*, 26-7-2003.

- Albani, Leandro, "Las páginas del terror", 6-4-2006, en www.voltairenet.org
- Alemián, Ezequiel, "Familia de 'cronistas'", en <http://todoslosrecuerdos.blogspot.com>, 18-11-2009.
- Amadeo, Eduardo, "Secretos de telex", en <http://todoslosrecuerdos.blogspot.com>, 30-1-2009.
- Aruguete, Eugenia, "El 'Grupo de los 11'. Intentos y fracasos en la constitución de alianzas policlasistas durante la transición democrática", trabajo presentado en las Terceras Jornadas de Jóvenes Investigadores, 29 y 30 de septiembre de 2005.
- Boschi, Silvana, "El caso de Juan Carlos Casariego de Bel, secuestrado en junio de 1977", *Clarín*, 2-7-2006.
- Bunge, Alejandro, "Los capitales extranjeros en la República Argentina", en *Revista de economía argentina*, Buenos Aires, 1928.
- Colomina, Norberto, "Tres botones de muestra", en <http://todoslosrecuerdos.blogspot.com/>, 2006.
- Cox, Robert, "Relative values", *Buenos Aires Herald*, 23-9-1978.
- , "Confronting the truth", *Buenos Aires Herald*, 10-6-1980.
- Feinmann, José Pablo, "El peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina, *Página/12*", serie de artículos.
- , "Yo te banco", *Página/12*, 1-6-2002.
- Ferrer, Aldo, "Las empresas públicas", *El Cronista Comercial*, 1-6-1966.
- Gambini, Hugo, "Perón y el peronismo", en www.lalibertadora.org
- García del Solar, Lucio, "Mario Amadeo: desventuras de un canciller", *La Nación*, 11-10-2005.
- García Lupo, Rogelio, "El tercer hombre desaparece para siempre", *Clarín*, 11-10-1998.
- Gowland, Pablo, "Pablo Gowland: la gente acepta publicidad en los cajeros", *Infobae*, 3-5-2005.
- Lanzafame, Sergio, "Reseña de la historia de *El Cronista Comercial*", en www.cronistax100.blogspot.com
- , "Testigo de un siglo", en www.cronista.com

- López Recalde, Jaime, "Carta de un ex Cronista", en <http://todoslosrecuerdos.blogspot.com>, 11-11-2008.
- Mugica, Carlos, artículo en *La Opinión Cultural*, 12-3-1972.
- Munita, Enrique, "La Quiebra en el Derecho Argentino", en *Anales de la Facultad de Derecho*, 1941, Tomo VII.
- O'Donnell, Santiago, "La primera pesificación argentina", *La Nación*, 27-1-2002.
- Pucci, Roberto, "Los empresarios nacionales en el Tucumán anti-semita, anticomunista y oligárquico", en www.lafogata.org
- Rouillon, Jorge, "Cumple 90 años Francisco Rizzuto, fundador de ADEPA", *La Nación*, 19-1-1990.
- , "Falleció Ángel Miguel Centeno", *La Nación*, 26-12-2006.
- Rubín, Sergio, "Un obispo argentino al frente de la biblioteca del Vaticano", *Clarín*, 10-3-1998.
- Sánchez, Camilo, "En el teatro de la memoria", *Clarín*, 29-1-2005.
- Sdrech, Enrique, "La Antropología Forense ayudó a descubrir la verdad", en www.margen.org
- Seoane, María, "Los archivos de la represión: el caso Perrotta", *Clarín*, 3-6-1997.
- Sirven, Pablo, "Goar Mestre y sus historias con déjà-vu", *La Nación*, 27-9-2009.
- Tobelem, Mario, "Historia de la publicidad en Argentina", en www.lausina.com.ar

DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES

Buenos Aires Herald

Clarín

Crítica

El Cronista Comercial

La Nación

La Opinión

La Prensa

La Vanguardia
Militancia peronista para la liberación
El dólar libre 1960-1989. Día por día

AUDIOVISUAL

Vázquez, Enrique, Informe “Historia de los diarios”, *Canal 7*,
emitido en el programa “Historia presente” el 28-7-2009.

SITIOS WEB

www.cronistax100.blogspot.com
www.desaparecidos.org
www.elhistoriador.com.ar
www.elortiba.org
www.kaosenlared.net

FUENTES Y TESTIMONIOS

CAUSAS

Causa N° 8915/81 caratulada "BENGOLEA DE PERROTTA, Elena Josefina y otros s/denuncia inf. Art. 170 C. Penal".

Causa N° 8786/05, resoluciones sobre la situación procesal de Héctor Vergez.

Causa N° 2506/07 caratulada "Von Wernich, Cristian Federico s/ privación ilegal de la libertad y torturas".

LEGAJOS

Archivo DIPBA, Mesa A, Carpeta 37, Legajo N° 18.

Archivo DIPBA, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo N° 2273.

Archivo DIPBA, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo N° 2918.

Archivo DIPBA, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo N° 3700.

Archivo DIPBA, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo N° 3833.

Archivo DIPBA, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo N° 600.

Archivo DIPBA, Mesa DS, Carpeta Varios, Legajo N° 684.

Expediente N° 246.506 de la Inspección General de Justicia de la Sociedad Anónima de Ediciones e Impresiones (SADEI).

Legajo N° 1222 de CONADEP.

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo de la familia Perrotta

Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas
(CONADEP)

Comisión Provincial por la Memoria de la Provincia de Buenos
Aires

El Cronista Comercial

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional

Hemeroteca del Congreso de la Nación

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC)

Universidad de Buenos Aires

TESTIMONIOS

Adalberto Orecchia

Alberto Dearriba

Alfredo Villa

Ana María Perrotta

Andrés Rivera

Carlos Abalo

Carlos Floria

Clelia Pan

Daniel Das Neves

Daniel Larriqueta

Eduardo Luis Duhalde

Eduardo Roca

Elena Bengolea

Emiliano Costa

Enrique Peltzer

Horacio Finoli

Hugo Murno

Jaime López Recalde

Jorge Halperin

Jorge Mejía

Jorge Pelzmajer
Jorge Riaboi
José Víctor Vidal
Juan Nazar
Julio Scaramella
Luis Mattini
María Cristina Zamponi
María Luisa Clauret
Norberto Colominas
Orlando Novara
Oscar González
Oscar Martínez Zemborain
Rafael Kohanoff
Rafael María Perrotta
Ricardo Esparis
Ricardo Kirschbaum
Robert Cox
Roberto "Tito" Cossa
Roberto Guareschi
Roberto Perdía
Rodolfo Terragno
Silvia Hodgers
Susana Viau
Liliana Zambrano

Algunos testimonios solicitaron no ser nombrados.

Otras fuentes que hubieran resultado valiosas se negaron a brindar testimonio a pesar de haber compartido parte de su vida con Perrotta. Entre ellos, Mariano Grondona, el general retirado Alcides López Aufranc, José Alfredo Martínez de Hoz, Juan Alemann y Roberto Alemann.

Anexo documental

A black and white portrait of a woman, identified as Mrs. J. H. Smith, smiling and wearing a dark, patterned dress. The photo is tilted slightly to the right.

6.3 **Vascular system**

Comercial sobre las caract
1957, en su edición de 3 d

terísticas del

Segundo

380

El Cronista Comercial

DIRECCION: CARLOS FLORIA
 JONAS DE MAYO DEL 1974
 PRECIO DE EJEMPLAR: \$ 1.00

MISION GELBARD CHECOSLOVAQUIA OTORGO A LA ARGENTINA UN CREDITO ILIMITADO

por Carlos Azab. Envió especial

En un momento en el que la Argentina se encuentra en una profunda crisis económica, el gobierno de la República Checoslovaca ha otorgado a la Argentina un crédito ilimitado para la compra de bienes y servicios. Este crédito, que será otorgado a través del Banco Mundial, tiene un monto que puede llegar a ser de varios miles de millones de dólares. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina.

En un momento en el que la Argentina se encuentra en una profunda crisis económica, el gobierno de la República Checoslovaca ha otorgado a la Argentina un crédito ilimitado para la compra de bienes y servicios. Este crédito, que será otorgado a través del Banco Mundial, tiene un monto que puede llegar a ser de varios miles de millones de dólares. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina.

EL "CRESCENDO" DE VIOLENCIA UNO DE LOS EXTREMOS DE LA PINZA PARA CERCAR AL GOBIERNO

El aumento del nivel de violencia en la Argentina, que se ha convertido en uno de los extremos de la pinza para cercar al gobierno, es un fenómeno que ha preocupado a la opinión pública. Este aumento de violencia es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno. Este aumento de violencia es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno.

El aumento del nivel de violencia en la Argentina, que se ha convertido en uno de los extremos de la pinza para cercar al gobierno, es un fenómeno que ha preocupado a la opinión pública. Este aumento de violencia es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno. Este aumento de violencia es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno.

EL ASESINATO DEL PADRE MUGICA

El asesinato del sacerdote Miguel Mugica, que se produjo el día 25 de mayo de 1974, es un hecho que ha causado gran preocupación en la opinión pública. Este asesinato es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno. Este asesinato es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno.

El asesinato del sacerdote Miguel Mugica, que se produjo el día 25 de mayo de 1974, es un hecho que ha causado gran preocupación en la opinión pública. Este asesinato es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno. Este asesinato es el resultado de una serie de factores, entre los que se encuentran la crisis económica, la corrupción y la falta de control del gobierno.

Cobertura de **El Cronista Comercial** de la misión encabezada por el ministro de Economía, José Ber Gelbard, a los países bajo la órbita de la Unión Soviética, en mayo de 1974.

EL CRONISTA COMERCIAL ★ 27 DE MAYO DE 1974 ★ PAGINA 5

LOS VIOLENTOS

por Carlos Floria

En un momento en el que la Argentina se encuentra en una profunda crisis económica, el gobierno de la República Checoslovaca ha otorgado a la Argentina un crédito ilimitado para la compra de bienes y servicios. Este crédito, que será otorgado a través del Banco Mundial, tiene un monto que puede llegar a ser de varios miles de millones de dólares. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina.

En un momento en el que la Argentina se encuentra en una profunda crisis económica, el gobierno de la República Checoslovaca ha otorgado a la Argentina un crédito ilimitado para la compra de bienes y servicios. Este crédito, que será otorgado a través del Banco Mundial, tiene un monto que puede llegar a ser de varios miles de millones de dólares. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina.

En un momento en el que la Argentina se encuentra en una profunda crisis económica, el gobierno de la República Checoslovaca ha otorgado a la Argentina un crédito ilimitado para la compra de bienes y servicios. Este crédito, que será otorgado a través del Banco Mundial, tiene un monto que puede llegar a ser de varios miles de millones de dólares. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina.

En un momento en el que la Argentina se encuentra en una profunda crisis económica, el gobierno de la República Checoslovaca ha otorgado a la Argentina un crédito ilimitado para la compra de bienes y servicios. Este crédito, que será otorgado a través del Banco Mundial, tiene un monto que puede llegar a ser de varios miles de millones de dólares. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina. Este crédito es otorgado a la Argentina para la compra de bienes y servicios que serán utilizados en el desarrollo de la economía argentina.

500 Becas para Estudiantes de Enfermería

El Mercado Común Europeo puede otorgar hasta 500 becas para estudiantes de enfermería que deseen estudiar en Europa. Estas becas son otorgadas a estudiantes que hayan obtenido una buena calificación en sus estudios de enfermería en la Argentina. Estas becas son otorgadas a estudiantes que hayan obtenido una buena calificación en sus estudios de enfermería en la Argentina.

Columna de Carlos Floria, en la edición de **El Cronista Comercial** del 27 de mayo de 1974.



El teniente general Jorge Videla durante el acto de asunción

YA ESTÁ COMIENZANDO EL NUEVO GOBIERNO

En sencilla ceremonia cumplida ayer asumió el cargo de Presidente de la Nación Argentina el teniente general Jorge Rafael Videla. El acto se cumplió en el Salón Blanco de la Casa Rosada, con la asistencia de los otros integrantes de la Junta Militar, el almirante Emilio Eduardo Massera, comandante en jefe de la Armada, y el brigadier general Orlando Ramón Agosti, comandante en jefe de la Fuerza Aérea.

En el mismo acto se realizaron juramentos los nuevos integrantes del gabinete nacional: ministro de Brigada Albano Hargraves, ministro del Interior, coronel Rafael César Aquino Giorzi, Relaciones Exteriores y Culto, brigadier Adolfo J. Gómez, Justicia, brigadier mayor H. E. José María Ríos, Defensa, doctor José Alfredo Martínez de Hoz, Economía, profesor Ricardo Bragha, Ciencia y Educación, general de brigada Horacio Zúñiga Lande, Trabajo y Contratación, Julio Juan Bardi, Bienestar Social.

En el estrado principal se abrió una mesa con un ejemplar de los Santos Evangelios. A los costados, ministros guardias adalides del Regimiento de Granaderos a Caballo General José de San Martín. En el lado izquierdo se instaló una tarima donde periodistas, integrantes y representantes de entidades de medios informativos del país y el exterior, siguieron las alternativas del acontecimiento.

A las 17.30 asistieron al Salón Blanco, generales, almirantes y brigadieres: pero más tarde, a las 17.45, ingresó el general Hargraves y el resto de los integrantes del gabinete nacional: a las 18 en punto se hizo el juramento general Jorge Rafael Videla, acompañado por el teniente general Orlando Raúl Agosti y el almirante Emilio Eduardo Massera. En el estrado había también alabados el marino apodado, monarca Juan Carlos Aramburu y el vicario general de las Fuerzas Armadas, monarca Adolfo Servino Turiel.

Observaron la ceremonia familiares del teniente general Videla —su madre, su esposa y sus hijos— y también parientes de los miembros del gabinete nacional. La ceremonia dio comienzo con la lectura del acta respectiva por parte del presidente del Consejo de Excepción de la Capital Federal, doctor Jorge María Albino. En la fórmula empleada por Videla —repetida por los titulares de las distintas Carteras de Estado— se juró «observar y hacer observar fielmente los objetivos básicos fijados y el Estatuto de la Reorganización Nacional y la Constitución de la Nación Argentina».

Luego del juramento del teniente general Videla se procedió a firmar el acta correspondiente. La hizo en primer lugar el Presidente de la Nación y luego los comandantes de la Armada, al-

mirante Emilio Eduardo Massera, y de la Aeronáutica, brigadier general Orlando R. Agosti. A continuación, el almirante Albino dio lectura al acta de designación de los miembros del Poder Ejecutivo Nacional. El teniente general Videla hizo también el juramento de inicio.

Instantáneamente se iniciará, durante la ceremonia que fue seguida en todas sus alternativas por la red nacional de radio y televisión. No habrá aplausos ni exoneraciones de ningún tipo por parte de los asistentes.

Finalizada la gira de los ministros firmaron el acta respectiva el Presidente de la Nación, teniente general Videla, el almirante Massera, el brigadier Agosti, los secretarios de Estado y el ministro de Defensa.

De inmediato, Videla, comandante, ministros, generales, almirantes, brigadieres e invitados especiales, se trasladaron hasta el despacho presidencial, donde Videla recibió los saludos correspondientes. Entre sus asistentes se hallaban el brigadier Jesús Orlando Capellini (de uniforme), protagonista de un episodio militar registrado el 20 de diciembre pasado.

Posteriormente, el teniente general Jorge Rafael Videla presidió una reunión en la que participaron todos los ministros que integran el gabinete nacional, reafirmando de la Casa de Gobierno alrededor de las veintidós.

El Cronista

DIRECCIÓN: RAFAEL A. PERAZITA. MARTE, 30 DE MARZO DE 1976. PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 3.200. Circulación y suscripciones: Avenida 147, Buenos Aires. Tel. 33.30.15/16. Más LECTORES 22.148. Reg. de la Prop. Int. N.º 16.250.

ASUMEN LOS SECRETARIOS Y EL EQUIPO ECONOMICO ES PUESTO EN FUNCIONES

A medida de hoy, en la Casa de Gobierno, asumió sus funciones los integrantes del equipo que se designó en su gestión al doctor Martínez de Hoz. La ceremonia será precedida por el teniente general Jorge Rafael Videla. Posteriormente, en una ceremonia que se realizará en el salón de Honor, el titular de Economía, tomará posesión de sus cargos. Esta jornada la asistencia al acto de las Fuerzas Armadas que estuvieron al frente del poder ejecutivo hasta la vigilia.

Los secretarios de Estado que se incorporarán a Martínez de Hoz son los siguientes: Hacienda, Juan Ernesto Albino; Programación y Coordinación Económica, doctor Guillermo Walter Klein; Industria, Raymundo Podestá; Agricultura y Ganadería, doctor Mario Antonio Caldas; Madería, Energía, doctor Guillermo A. Zichichi; Comercio Exterior, doctor Alberto Adolfo Piquero; Comercio Interior, doctor Guillermo Bragha; Obras Públicas y Transportes, ingeniero Federico D. Sanja; Recursos Naturales Renovables, Fernando Pardo Peña; Comunicaciones, general de brigada (R) Alberto Venzel Norte. Al frente del Banco Central será designado el doctor Adolfo C. Bar.

■ Los 11, serán puestos en funciones los secretarios de la Presidencia de la Nación que se indican a continuación: Secretaría General, general de Brigada Alberto Villarreal; Secretaría de Prensa y Difusión, capitán de navío Carlos Pablo Caporale; Secretaría Técnica, coronel José Miró.

■ El presidente de la Cámara Nacional de Apelaciones Capital en lo Civil y Comercial de la Capital Federal, ministro habilitado y designado a los efectos de la feria económica a las siguientes autoridades: a) Jueces de Cámara que formarán la Sala de Fianza: presidente, doctor Manuel A. Pellegrini y los doctores Jorge Pérez Delgado y Héctor Caporale; juez de Fianza, doctor, doctor Eduardo G. Martín; la Sala funcionará en Paraguay 246, 10º piso, de 9 a 12.

■ La parte, el presidente de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Civil en la Capital Federal, ministro habilitado para autoridad de fe en los siguientes: Cámara de Apelaciones: presidente, doctor Juan Carlos Bardi, juez de fe en lo Civil y Comercial, doctor Benjamín Gual, doctor Juan F. Pardo, juez de Muevas, doctor Agustín J. G. Barón y Tello, secretario, doctor Horacio C. Perito.



Desde la Plaza de Mayo grupos de ciudadanos siguen ayer la ceremonia de asunción del nuevo Presidente y sus ministros

ADHESION ESPONTANEA DE UN GRUPO DE CIUDADANOS

Aunque no se produjeron manifestaciones «de tipo» para atraer hacia la Plaza de Mayo a los ciudadanos que respondieron a las nuevas autoridades, durante la tarde de posesión del cargo general Jorge Rafael Videla pudo observarse el acto en las inmediaciones de la Casa de Gobierno.

Desde temprano se hizo en agrupamientos «en la plaza» de la Plaza de Mayo y en las inmediaciones del edificio. A partir de las 15 el tránsito de vehículos quedó interrumpido en

todo el sector céntrico. Sin embargo, la actividad comercial y turística prosiguió en forma silenciosa y normal.

Poco después de las 17, numerosos personas se acercaron hasta la Casa Blanca para expresarle su beneplácito. Ya por entonces se vio a los militares que habían sido designados para ocupar los distintos cargos de la administración.

En la tarde, el presidente de la Nación, el teniente general Jorge Rafael Videla, se reunió con los ministros y secretarios de Estado en la Casa de Gobierno.

por el nuevo gobierno, los comandantes en los servicios se efectuaron en forma moderada. En ningún momento se produjo un aumento de la actividad en los alrededores de la Casa de Gobierno.

Al iniciar la ceremonia, los asistentes se abanicaban al lugar de la formación, rodeando el espacio de la plaza. La mayoría de los asistentes que se concentraron en la plaza produjeron un momento de silencio y respeto.

En la tarde, el presidente de la Nación, el teniente general Jorge Rafael Videla, se reunió con los ministros y secretarios de Estado en la Casa de Gobierno.

Tapa de El Cronista Comercial en su edición del 30 de marzo de 1976, a una semana del golpe de estado.

✻ CORRESPONDENCIA ✻

Ejército Argentino
Estado Mayor General del Ejército
Jefe III (Operacional)

Estimado cacho:
De acuerdo a lo
comunicado ayer te hago llegar una
síntesis del problema de la "reincor-
poración" de promistas.

En el año 1958
Tronchetti promulgó una ley de ammis-
tia que bonaba la causa y el casti-
go pero no restituía el grado.

En el año 1967, Cu-
garrá dispuso a ampliar esa ley en los antecedentes
estableciendo como límites la restitución a escalón en def.
del grado, pero en retro, es decir que
en ningún caso era a prestar servicio los solicitantes
activo, además el presunto beneficiario - o que hubieran
debía solicitarlo y la junta superior de tas después de
calificación de oficiales (los generales de
medida. morales fundamentales en firmes
morales al poder subir el gra-
do militar y materiales porque la "re-
da" restituir menor al considerar al
mandado como "fallido".

De los acontecimientos de los años
62 y 63, solo queda sin su grado el ex-
tituyente coronel De la Vega, que volvió su
regimiento en Jujuy, por la exclusión en su
de no haber solicitado la reincorporación,
condición indispensable para establecer su
caso.

Es decir que en este momento,
salvo los ex-oficiales son debidos comunes
o dirigentes promistas, están todos con
su grado y hecho en retro.
Muy cabrego P. L.

Carta del
general Alcides
López Aufranc,
comandante del
III Cuerpo de
Ejército, a Rafael
"Cacho" Perrotta.

THE WALL STREET JOURNAL

BERNARD KILGORE
Chairman of the Board

January 11, 1967

Mr. Rafael Perrotta
Av. Quintana PO 9/D
Buenos Aires
Argentina

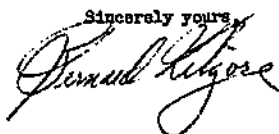
Dear Friend:

Mrs. Kilgore and I were delighted to have greetings from you and Mrs. Perrotta for Christmas and we hope our paths will cross again somewhere before too long.

Be sure to let me know if you or any of your associates are coming to New York.

With all good wishes,

Sincerely yours,



Carta de Bernard Kilgore, director de *The Wall Street Journal*, a Rafael "Cacho" Perrotta, del 11 de enero de 1967.

Carta del entonces
embajador en Viena
Carlos Ortiz de Rozas
a Rafael "Cacho"
Perrotta, del 12 de
septiembre de 1968.

EMBAJADOR
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

Viena, Septiembre 12 de 1968

Mi querido Cacho:

Recibí tu carta del 10. de septiembre en medio del tráfego de una reunión regional de embajadores argentinos, convocada para examinar la situación en Europa oriental. Mis deberes de "dueño de casa", unido a lo que tenía que informar en esa oportunidad, fueron lo suficiente como para impedirme contestarte antes. Lo hago ahora apresuradamente para que te alcance antes de tu viaje. Perdónaras pues que esta vez mi literatura sea más "telegráfica" y mis noticias menos "noticiosas".

Lamento que tu itinerario no te traiga ahora hasta Viena. Quizás sea mejor así. Nos gustaría recibirlos con Beba y por lo visto ella no te traiga vuelta. Cuando digo "recibirlos" quiero significar, como se merecen. Ocurre sin embargo que todavía no he recibido un penique para la adquisición de muebles y por ende, la Residencia del Señor Embajador de la República en Austria es simplemente una casa vacía que no está en condiciones de hospedar a nadie. Lo único que tiene es aquella resonante denominación. Como calzas vara alta en nuestra Cancillería y en los círculos oficiales del Superior Gobierno, te estaría muy agradecido si utilizaras tus múltiples recursos para darle el impulso final a esta demarche. Se que cuento con la buena voluntad de Jorge (Maximigli) que se ha ocupado de empujar la cosa; se por un telegrama de Cancillería que la "Resolución está a la firma del Sr. Ministro"; sé que S.E. ha de firmar, pero

después informe de Cuentas; representante Personal cuación en Viena son minucias sin mayor demora el trámite unos meses más. Y francamente, de estar harto de vivir como gitano, el prestigio de mi Embajada no aguanta más estar atendiendo mis obligaciones sociales y protocolares en restaurantes. Es poco serio. O habilitamos la residencia de una buena vez y como corresponde o pasaremos a ser el último ovejón del terro diplomático. No se puede continuar a fuerza de "té y simpatía". Tal vez una gestión o un susurro al oído de Krieger o Bunge, ambos buenos amigos míos, serviría para que me quite a la brevedad con los \$\$.

Así que tenemos compromisos para el 31 de octubre? Si la Cancillería tuviera el buen sentido de hacerme bajar a informar (aparte de todo lo que tengo que exponer todavía no me he presentado oficialmente al Presidente) podría aprovechar la coyuntura para estar presente en el acontecimiento. Creo que estos chicos van a andar muy bien.

Me alegro que tu primer contacto con Macacho e Irene haya sido de plena simpatía. No podía ser de otra manera. Siempre he dicho que él es lo mejor que tiene la familia. Además, según voceros bien informados, su paso al generalato a fin de año es un hecho. De manera que podrá compartir tu mesa con tus cuantiosos amigos y jefes de las FF.AA. Mis teléfonos, para que puedas llamarme desde París, son: 63 84 63 ó 63 75 47 (Cancillería) de 9.30 a 17.00 82 83 19 (Residencia) el resto del día. Los fines de semana normalmente los paso en un bungalow del Country Club Ennsfeld, cuyo No. es: 02256/2685. No dejes de ponerte en contacto conmigo. A falta de verte me gustaría oírte.

Caríños para Beba y los chicos con un fuerte abrazo de tu siempre affmo.

Carlos

pag 5



Secretaría de Hacienda
de la Nación

Buenos Aires, 29 de octubre de 1968.-

Al señor Director de
"El Cronista Comercial"
Doctor Rafael A. PERROTTA
S/D.-

Tengo el agrado de dirigirme a Vd. con motivo de cumplirse el 60 aniversario de "El Cronista Comercial" prestigioso diario de nuestra Capital que Vd. tan acertadamente dirige.

En tan grata circunstancia me complace en expresarle mis mejores votos para el diario y su ventura personal.-

César Bunge
CESAR A. BUNGE

← 10 1/2 cm →

Carta de César Bunge,
secretario de Hacienda,
a Rafael "Cacho"
Perrotta, con motivo
del 60° aniversario de
El Cronista Comercial.



Presidente de la Nación Argentina

Los sesenta años de EL CRONISTA COMERCIAL representan para el periodismo argentino un aporte significativo y veraz, sobre todo porque ese diario especializado en los aspectos económicos, comerciales e industriales del país, ha sabido imprimir a sus páginas el ritmo ágil y objetivo que la información requiere.

A través de este Suplemento Extraordinario que contiene evocativamente el ayer, y también el presente y futuro de la vida económica de la República, hago llegar a EL CRONISTA COMERCIAL mi saludo en este aniversario que lo encuentra en plena etapa de superación.

J. Onganía

Igual Tuviente
LINAL

TRADA

Carta del dictador
Juan Carlos Onganía
a Rafael "Cacho"
Perrotta, con motivo
del 60° aniversario de
El Cronista Comercial.

Buenos Aires, 2 de diciembre de 1968

Doctor
Eduardo Roca
Embajada Argentina
WASHINGTON

Querido Eduardo:

Contesto tu carta del 14 de noviembre y te agradezco tu felicitación por nuestro 60° aniversario, que en parte nos es común.

Si hoy puedo festejar este aniversario en plena marcha ascendente, en mucho lo debo a amigos como vos que me alentaron y me dieron su apoyo cuando lo necesité.

Estoy interesado en recibir tus noticias sobre la exposición de New York. No quisiera dejarme embarcar en algo que por su poca trascendencia pueda resultar ridículo. Me gustaría hacerlo si la cosa es seria y tiene repercusión allí entre los importadores.

Me alegré mucho ante la perspectiva de recibir los palos de golf. Te recuerdo que la marca para los 10 Piarros es: Spalding Executive - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 Pitching-Wedge y Sand-Wedge. Flexible professional (vara 2) Putt - Slezenger Eaglet.

Maderas - Mac Gregor - Tournay W D x 2.

Maderas - 1 - 3 - 4 - 5 - Vero - Tournay-action 2.

Esto implica una modificación de marca sobre el anterior pedido pero me han aconsejado, si todavía no los has comprado, que haga esa combinación.

Tu discurso, como te anticipé por teléfono, me pareció excelente y aquí produjo muy buena impresión. Es claro y valiente.

El martes pasado invité a almorzar a Mario Díaz, Mariano, Eduardo Miguel, Jorge Mezzinghi, Angel Centeno y Quique Peltzer. Resultó tan agradable como en los good old time's y las propuse repetirlo todos los meses. Se te recordó dejando un lugar preparado pero vacío, esperando que lo ocupes en tu próxima visita.

Mario me había invitado unos días antes a almorzar en su despacho y nuestra amistad ha vuelto a ser lo de antes despididos los malos entendidos.

Hasta pronto. Un abrazo

Carta del embajador en Washington, Eduardo Roca, a
Rafael "Cacho" Perrotta, el 2 de diciembre de 1968.



ASOCIACION DE ENTIDADES PERIODISTICAS ARGENTINAS ADEPA

octubre 28 de 1969.-

Señor Director de
"El Cronista Comercial"
Dr. Alfredo A. Perrotta
Alcorno 547
Capital

Estimado consocio:

Un año más agrega ese prestigioso diario a las seis décadas que con todo brillo celebró en 1968. La alta edad ha visto a "El Cronista Comercial" ampliar sus horizontes informativos, agregando a los servicios especializados que sufre en título las nuevas secciones de interés más general y cuidadosas expresiones de su preocupación por las más diversas manifestaciones de la vida nacional, artísticas y literarias. Ha extendido así los sectores a que alcanza su acción, al mismo tiempo que llevaba a los que ya buscaban en sus columnas la ahondada y objetiva información económica, nuevos alicientes de otra índole. La Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) - que tiene el honor de contar a "El Cronista Comercial" en el número de sus miembros - se complace en señalar tan auspiciosos progresos, felicita a esa dirección por la obra cumplida en estos sesenta y un años y formula sus mejores votos por el futuro de ese órgano de prensa.

Aprovechamos la oportunidad para reiterarle las seguridades de nuestra mayor consideración y estima.-

ANTONIO M. MACIEL
Secretario General

Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA)

Juan S. Valmaggi
Presidente

J/t.

Carta de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA)
a Rafael "Cacho" Perrotta con motivo de un nuevo aniversario de
El Cronista Comercial.



OFFICE OF THE
UNITED STATES AMBASSADOR

Buenos Aires, Argentina

January 3, 1969

Dr. Rafael Perrotta
Aleina 547
Buenos Aires

Dear Rafael:

Thank you very much for your thoughtful letter of congratulations on the accomplishment of our astronauts and the Apollo 8. All of us are very proud of their achievement and we greatly appreciate that you and so many of our Argentine friends share this pride with us.

My sincere best wishes to you for the New Year. I look forward to meeting with you again soon.

Faithfully,

Carter L. Burgess
Ambassador

*I am writing you another note
with the book I promised and will
get it off to you soon. Thanks for all
of your thoughtfulness*

Carta del embajador de los Estados Unidos en Argentina Carter Lane
Burguess a Rafael "Cacho" Perrotta, el 3 de enero de 1969.

Form. N° 1003

1988

REPUBLICA ARGENTINA
TELECOMUNICACIONES DE LA NACION
SECRETARIA DE COMUNICACIONES

Categoría _____
Destinatario **Rafael Perrotta Cámara de Exportadores**
Domicilio **Avda. de Mayo 633 segundo piso**
Destino **Capital**

PROCEDENCIA	RT	F	Hora Origen	INDICACIONES
Telex Entel Bas	1353	45	14/1220	
Por	F	AP	Hora Recepción	FECHA
Alonso	copiado		1400	14-4-69

Mucho me complace expresarle mis votos de adhesión y mejoras
sugurios por la continua prosperidad y ejemplo de inquebrantables
principios que representan los setenta años de honrosa trayectoria
del cronista comercial

Jorge Born

Telegrama del empresario Jorge Born a Rafael "Cacho" Perrotta, el 14
de abril de 1969.

Ministro de Economía y Empleo de la Nación

Buenos Aires, 11 de junio de 1969.

Señor Director de
"El Cronista Comercial"
Dr. Rafael Perrotta
S / D

Por la presente deseo manifestarle mi reconocimiento por la colaboración prestada durante casi dos años y medio, a través de la difusión y el comentario de los actos relativos al programa económico del gobierno de la Revolución Argentina.

Sin esa valiosa colaboración, indispensable para informar y orientar a la opinión pública, la labor del hombre de gobierno sería imposible. Por ello he considerado que era una obligación expresarle hoy mi agradecimiento.

Sin otro particular, salúdole muy atentamente.



ADALBERT KRIEGER VASENA

Carta del ministro de Economía Adalbert Krieger Vasena a Rafael "Cacho" Perrotta, en agradecimiento al apoyo brindado por *El Cronista Comercial* a su gestión, del 11 de junio de 1969.

Oberdan Sallustro

Buenos Aires, Setiembre 29 de 1969

Al
Señor Director del diario
El Cronista Comercial
Sr. RAFAEL A. BERRIOTA
P R E S E N T E

De mi mayor consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Usted a fin de hacerle llegar, junto con la presente, un ejemplar del libro del que es autor el Dr. Aurelio Peccei, Presidente de Fiat - Concord, que lleva por título "The Chasma Ahead" y que fuera recientemente editado por Mac Millan Company de New York.

Como Usted apreciará, el tema de la obra se centra en un análisis de la brecha tecnológica existente entre los Estados Unidos y los restantes países del mundo y de las consecuencias que este problema trae aparejadas. En tal perspectiva, el Dr. Peccei auspicia una metodología inspirada en planeamientos de alcance mundial y a largo plazo.

Este libro representa, asimismo, un desarrollo orgánico de las ideas debatidas en el ámbito del Club de Roma, sobre cuyos objetivos y trayectoria le ilustraré el breve resumen que también le acompaña.

En la seguridad que Usted comparte las preocupaciones por el mundo del futuro y que, en consecuencia, la lectura de este libro resultará de su especial interés, saludo a Usted con las expresiones de mi mayor estima.

Oberdan Sallustro

Carta de Oberdan Sallustro, responsable de Fiat para Latinoamérica,
a Rafael "Cacho" Perrotta, el 29 de septiembre de 1969.

Buenos Aires, 24 de Marzo de 1970

Señor Ministro del Interior
General FRANCISCO A. IMAZ
S / D

De mi mayor consideración:

He recibido su amable invitación para presenciar, en carácter personal y como observador, las sesiones de la próxima Reunión de Gobernadores, que ha de realizarse en el Salón de Conferencias del Teatro Municipal General San Martín, del 31 de marzo al 2 de abril próximo.

Los temas que Ud. menciona, y que han de tratarse en esa oportunidad, son del más alto interés, y no dudo que habría sido para mí de sumo provecho, participar de las reuniones que los congregaran en esa oportunidad.

Lamentablemente no podré hacerlo, pues para esa fecha me hallaré ausente de la capital. No obstante he designado al Doctor Luis Garasino, como representante en el mencionado encuentro.

Desearándole el mayor éxito en la realización de la reunión de Gobernadores, lo saluda con el más atento consideración.

RAP/cap.

Carta de Rafael "Cacho" Perrotta al ministro del Interior,
general Francisco Imaz, el 24 de marzo de 1970.

Buenos Aires, 7 de Abril de 1970

Brigadier Mayor
Ezequiel A. Martínez
2136 R.St. N.W.
Washington D.C. 20008
U. S. A.

Muy estimado amigo:

Ya enteré Ud. al corriente por mis cables del almuerzo que se realizará el día 17 de Abril en nuestro diario para homenajear al Sr. Joseph W. Barr que nos honrará próximamente con su visita.

Hablé personalmente con el Secretario de Hacienda, Dr. Luis Rey, quien tendrá el gusto de acompañarnos en esa oportunidad. Han sido también invitadas las siguientes personas:

Mr. Peter Jones - Vice Presidente de IIT
Dr. Martín Aberg Cobo - Presidente del Banco Tornquist y
Vice Presidente de la Asoc. de Bancos
Ing. Hernando Campos Menéndez - Vice Pte. del Banco Central
Dr. Eduardo Reza - Ex Embajador Arg. en los E.E.U.U., Director
del Banco Supervielle Societe Generale
Dr. Horacio García Belsunce - Ex Pte. de la Cámara Arg. de
Comercio, Vice Pte. de la Cámara
Financiera.
Dr. Jorge Orta - Pte. de la Cámara Arg. de Comercio
Dr. Carlos Perez Caspary - Pte. del Banco Industrial
Dr. Francisco Soldati (H) - Director Nacional de Finanzas
Dr. José Heriberto Martínez - Pte. de la Asociación de Bancos.

Por supuesto tendré un gran gusto por mi parte en asistir al cocktail que el Sr. Barr ofrecerá aquí en Buenos Aires.

Le estoy muy agradecido por haberme dado la oportunidad de ponerme en contacto con el Sr. Barr y espero tener el gusto de visitarlo a Ud. en Washington.

Con muy especiales saludos a la Sra. de Martínez, reciba un cordial abrazo.

Carta de Rafael "Cacho" Perrotta al brigadier mayor Ezequiel
Martínez, el 7 de abril de 1970.

Alejandro Shaw

Alejandro Shaw
Buenos Aires, Abril 17 de 1970

Señor
Dr. Rafael Perrotta y Señora
Aleina 347 Pista 6°
Presente

Queridos Cacho y Deda:

Me envío estas líneas para decirte que lamentamos profundamente no haber podido ir ayer al pasaje pero la chiquita nuestra estaba al final del día con una fiebre muy alta y el médico no pudo llegar hasta tarde. Hoy está algo mejor pero por ese motivo he tenido que suspender el viaje hoy al Uruguay hasta mañana o pasado.

Inda y yo les deseamos la mayor felicidad a la nueva pareja y les enviamos a Uds. un muy cariñoso abrazo,

Alec

AC.

Carta de Alejandro Shaw (h) a Rafael "Cacho" Perrotta
y Elena Bengolea, el 17 de abril de 1970.

PROFIMA CONSULTORES S. A.

Buenos Aires, julio 29 de 1970.

Estimado amigo Perrotta:

No imagina Ud. cuánto hemos disfrutado con el Comodoro al almorzar en su diario. A la luz de cosas que han estado ocurriendo, creo que muy pronto seremos, además de amigos, buenos clientes.

Por otra parte, quedó un tema pendiente: el del diario tipo "Le Monde". Tengo algunos estudios hechos, y otros en camino. Espero que podamos pronto volver sobre esta obsesión de toda periodista.

Lo molesto ahora para presentarle el curriculum de un colega que aspira a ser corresponsal del Cronista en La Plata. Unicamente le ruego que lo mire con algún detenimiento y, si fuera posible, convenga unos minutos con esta persona. Creo que puede serle sumamente útil a su empresa tanto desde el ángulo informativo como del comercial, ya que está muy conectada con numerosas empresas de La Plata.

Descontando su amabilidad, un cordial abrazo y hasta pronto

Jacobo Timmerman

Carta de
Jacobo
Timmerman
a Rafael
"Cacho"
Perrotta,
el 29 de
julio de 1970.

PANAMAY 797 - 4° PISO

SUCROSA AEROS

TEL. 21 - 2300

Buenos Aires, 30 de Julio de 1970

Señor
Jacobo Timerman
Profina Consultoras S.A.
Paraguay 727 - P.4°
CAPITAL

Estimado amigo Timerman:

Le agradezco mucho su recuerdo del almuerzo que compartimos con el Comodoro Giraldo en el diario, así como los exitosos conceptos de su carta.

Sigo teniendo mucho interés en retomar el tema relativo al diario tipo "La Ronda", así como en conocer sus estudios al respecto.

Con relación al interés del señor Walter Zyle por representar al Cronista en La Plata, debo decirle que ya se había puesto en contacto hace algún tiempo con uno de nuestros redactores a quien he indicado lo llamo para conversar sobre temas periodísticos y también presentarle a nuestro administrador para todo lo que este relacionado con el asunto comercial.

Reciba un muy cordial saludo junto con mis mejores deseos de renovados éxitos.

Carta de Rafael "Cacho" Perrotta a Jacobo Timerman,
el 30 de julio de 1970.

18763

*El Poder Ejecutivo
Nacional*



Buenos Aires, 28.ago.1970.

En uso de las atribuciones conferidas por el artículo 5° del Estatuto de la Revolución Argentina,

EL PRESIDENTE DE LA NACION ARGENTINA

SANCIONA Y PROMULGA CON FUERZA DE LEY:

ARTICULO 1°.- Autorízase a los ciudadanos argentinos que se citan a continuación, a aceptar y usar las condecoraciones que en cada caso se mencionan:

A D. Mario Néstor GLAZIONI de la Orden al Mérito de Duarte Sánchez y Mella en el grado de Caballero que le fue conferida por el Gobierno de la República Dominicana.

A D. Francisco A. RIZZUTO de la Orden de Vasco Núñez de Balboa en el grado de Caballero que le fue conferida por el Gobierno de Panamá.

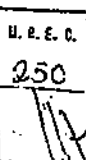
A D. Jorge S. ORLA de la Orden al Mérito de la República Italiana en el grado de Comendador que le fue conferida por el Gobierno de Italia.

A D. Hugo Paul LYORI PERERA de la Orden del Mérito Melitense en el grado Cruz de Gran Oficial que le fue conferida por la Soberana Orden Militar de Malta.

A D. Rafael A. PERROTTA de la Orden al Mérito de la República Italiana en el grado de Comendador que le fue conferida por el Gobierno de Italia.

A D. José María DAGNINO MASTORI de la Orden del Cóndor de los Andes en el grado de Gran Cruz que le fue conferida por el Gobierno de Bolivia y de la Orden de la Corona en el grado de Gran Cruz que le fue conferida por el Gobierno de Bélgica.

A D. Elvio BALDINETTI de la Orden Nacional del Cruzeiro do Sul



Decreto del dictador Juan Carlos Onganía que autoriza a Rafael "Cacho" Perrotta a recibir la Orden al Mérito de la República Italiana en el grado de Comendador que le fue conferida por el Gobierno de Italia, del 28 de agosto de 1970.

Buenos Aires, Argentina

5 de enero de 1971

Dr. Rafael Perrotta
Director
El Cronista Comercial
Alcorta 547
Buenos Aires

Querido amigo:

El almuerzo en Cuzelén fue delicioso y encantador. Tí y Elena sois unos anfitriones espléndidos. El lugar nos parecía bellísimo, y Francesca y yo deseamos poder regresar allí para pasar algunos días.

Ella y la familia viajaron a Chapalmalal ayer, y yo lo haré mañana - por unas dos semanas.

Espero encontrarnos contigo muy pronto en Buenos Aires. Quizás podamos almorzar juntos cualquier día de éstos.

Mientras tanto, un millón de gracias y afectuosos saludos de Francesca y míos para tí y Elena.

John Davis

John Davis Lodge
Embajador

Un fuerte abrazo!

Carta del embajador de Estados Unidos en Argentina John Davis
Lodge a Rafael "Cacho" Perrotta, el 5 de enero de 1971.

RAFAEL A. PERROTTA

Alfredo

Buenos Aires, 15 de Junio de 1972

Querido Pibe:

Como te anticipé telefónicamente, el lunes 12 fui invitado a almorzar por mi amigo el Alto. Emilio Massera, Secretario General del Comando en Jefe de la Armada.

Durante el almuerzo conversamos muy francamente sobre temas institucionales y políticos de actualidad. A raíz de esa conversación, y del interés del Alto. Massera en conversar contigo para exponerte la posición de la Marina, surgió la iniciativa de preguntarte si querías participar de una comida con señores en mi casa, a la que de acuerdo con lo sugerido por él, asistirían los almirantes Gonzalo Bustamante, Berisso y Pereyra Murray, con quienes, según me manifestara el Alto. Massera, comparto muchos enfoques sobre la situación.

La idea de realizar un encuentro de tipo social tiene por objeto evitar toda rigidez y facilitar el intercambio de ideas. Me ha parecido oportuno transmitirti esta información porque de mi diálogo con Massera recogí la impresión muy clara de la importancia que puede tener para el país que puedan Uds. ponerse en contacto.

Con posterioridad a la conversación de referencia según me informó esta mañana el mismo Alto. Massera, el Jefe de Estado Mayor Naval Alto. Fuenteterra, conversó con el Gral Herrera para invitarte a una reunión análoga. Ello no obstante, me dijo que te transmitiera igualmente esta invitación.

Por supuesto queda a tu entera criterio el recoger o no esta sugerencia. Debo aclararte que el Alto. Massera me ha autorizado a transmitirti lo que aquí te expreso.

Te agradeceré respuesta por el medio que tu juzgues más oportuno, y si te parece, proceder a fijar fecha para la reunión.

Un cariñoso saludo para Aixa, y para vos un abrazo de tu amigo

Carta de Rafael "Cacho" Perrotta al general Alcides López Aufranc,
el 15 de junio de 1972.

UNITED NATIONS NATIONS UNIES
NEW YORK

UNITED NATIONS TELETYPE UNIT, NEW YORK

EXECUTIVE OFFICE OF THE SECRETARY-GENERAL

CABINET DU SECRÉTAIRE GÉNÉRAL

1 de agosto 1972

Mi querido Cacho:

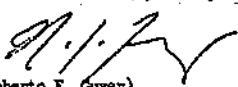
El 19 de agosto viajaré a Buenos Aires para asistir a una conferencia regional de Organismos No Gubernamentales. Por supuesto tendré gran placer en verte en esos días ya que hasta ahora no he tenido oportunidad de recibirte aquí en Nueva York.

La vez pasada tuviste la gentileza de sugerirme un almuerzo que en esa oportunidad no se realizó. Si no te fuera demasiado inconveniente te aceptaría gustoso ahora esa sugerencia.

El almuerzo podría tener lugar el 24 o el 25 de agosto. Si estás de acuerdo podrías invitar a unos conocidos tuyos como por ejemplo al General Dubra,^{en} Barberis, los Almirantes Bustamante, Massera. La vez pasada en mi almuerzo de despedida lo invitaste al Brigadier Cacciatore. En fin estas son meras sugerencias y puedes reemplazarlas como te parezca mejor incluyendo también, por supuesto, a civiles. En fin, no tengo porque darte nombres ya que tu siempre te has caracterizado por tener las cosas por donde bien balanceadas. Como se decía en Buenos Aires cuando partí, al que no almuerza en el Cronista es porque está definitivamente "out".

Te ruego que me contestes con toda franqueza si el asunto es posible, qué gente sugieres, cuál fecha es la conveniente, etc.

Se despide con un cordial abrazo, *su invariable amigo*


(Roberto E. Guyer)

Sr. Dr. Rafael Perrotta
El Cronista Comercial
Alvina 547
Buenos Aires

Carta del embajador en Naciones Unidas Roberto Guyer a
Rafael "Cacho" Perrotta, el 1 de agosto de 1972.

JORGE FEDERICO VON STECHER
Embajador de la República Argentina

México, D. F., 4 de agosto de 1972.

Al señor doctor
RAFAEL PERROTTA
Avenida 457
Buenos Aires, Argentina

Querido amigo:

Regresé de Buenos Aires con la gran preocupación de no haber conversado largamente contigo. Esto ha contrariado una actitud que desde hace varios años mantenemos, que en lo que a mi respecto me ha producido los saldos positivos de la amistad y de la información de nuestros problemas siempre serios. Recibo en primer término mis disculpas en razón de esa ausencia que te ruego transmitas también a Beba, pese habérsele expresado personalmente.

La verdad es que en estos viajes a Buenos Aires se juntan una gran cantidad de problemas que obligan regresar cansado y en busca de unos días de quietud.

Los últimos acontecimientos y discursos darán amplia acción a tu imaginación y a tu diario, el cual permanentemente agradezco recibir. Per cierto hay muchos motivos para aguzar el ingenio y el tanto político ya que muchas de las concepciones de un cercano pasado han quedado ampliamente superadas y exigen una actuación urgente de métodos y actitudes.

Este proceso continuará con toda intensidad por parte del Gobierno hasta el 25 de Agosto, fecha sin duda de singular importancia por las prescripciones que significa en el orden de nuestra conducción política actual. A partir de entonces quizá disminuya ese ritmo gubernamental para orientarse exclusivamente en la dirección del proceso.

Tu diario me ayuda mucho en aclarar ideas, mucho más sin duda hubiera sido una larga conversación contigo, pero queda ella para algún futuro cercano en que te visite o lo recibamos en México a pasar una temporada con nosotros.

Un fuerte abrazo.

Jorge

Carta del embajador en México Jorge Federico von Stecher a
Rafael "Cacho" Perrotta, el 4 de agosto de 1972.

Ejército Argentino
Comando de Institutos Militares
2. Comandante y Jefe del Estado Mayor

CAMPO DE MAYO, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1972.

Señor
Director del Diario
El Cronista Comercial
Dr. RAFAEL ANDRÉS PERROTTA
Alsina 347
BUENOS AIRES

Estimado Perrotta:

Te remito copia de la carta que envié con motivo del pedido que me formularas.

Si el interesado o vos advirtieran que las cosas no van saliendo tal cual son sus deseos, hacémele saber de inmediato.

Un afectuoso abrazo.

*Que la primavera sea tam-
bién generosa contigo en mi
deseo. En amigo*

General de Brigada
LEANDRO ENRIQUE ANAYA
CAMPO DE MAYO

Leandro Anaya

Carta del general de brigada Leandro Anaya a Rafael "Cacho" Perrotta, el 21 de septiembre de 1972.

Estoy bien; cumplí instrucciones recibidas a recibir. Estoy tranquilo. Cacho Melus

PASADO MANANA VA A URNAS EL PUEBLO ESPA

Después de
40 Años de
Dictadura

6^a LA RAZO

Madrid, 13 de junio de 1977. Lunes 13 de Junio de 1977. Año LXIV. No. 24.000.

El Último Intento Extrem

Una nueva ola de atentados con bombas y granadas de mano en distintas ciudades españolas intensificó los temores de una campaña extremista destinada a sabotear las elecciones. Hubo hoy un muerto, fueron dañados torres y edificios de transmisión de señales de televisión y destruido un tramo de la vía férrea que une

Madrid con la región vasca y el bierno ordenó al ejército y a la policía la segunda etapa de la Operación que comprende el refuerzo de los puntos estratégicos del país, mínimo la detención de 15 miembros. Fuerza Nueva, requir

MADRID (UP, AFP y E-L). Pasado mañana, miércoles, 23 millones de españoles irán a las urnas para elegir los diputados y 200 senadores al primer congreso bicameral democráticamente elegido desde la última consulta celebrada el 12 de febrero de 1975. La campaña para las elecciones generales del miércoles entró hoy en su etapa final con una serie de atentados y delitos políticos por todo el país y una espectacular programación televisiva que incluye la participación de las principales autoridades desde el presidente del gobierno, Adolfo Suárez, hasta el secretario de Estado del Interior, Camilo de Cossío, y el jefe de la policía, Juan José Carrillo. El programa de televisión en el que aparecen una tras otra las caras de los principales políticos, como si fuera el cierre de la campaña electoral de 3 semanas: A partir de mañana entrará en vigencia una especie de toque de queda político para permitir a los electores recuperar el silencio antes de ir a los lugares de votación. Las últimas encuestas dan a la Unión Centro Democrática, de Suárez, una leve ventaja sobre los socialistas, con la Alianza Popular (Agrupación) y los comunistas lejos en el tercer lugar.

La encuesta fue publicada por el diario "El País" y se basa en la investigación más completa que se ha hecho sobre el particular. Los resultados indican que el partido de Suárez no ganará lo suficiente como para gobernar sin tener una coalición con otro partido. Los líderes del gobierno han dicho que el este fuera al caso, Suárez, formaría una coalición de centro-izquierda. Pero Suárez

MADRID (UP). — Grupos terroristas han iniciado hoy bombas y arrojaron granadas de mano en varias ciudades españolas, en un intento de sembrar temores y confusión días antes de las primeras elecciones nacionales libres que se celebrarán en España en el año. Por lo menos una persona murió y consecuencia de los atentados, edificios y torres de transmisión de señales de televisión fueron dañados y destruido un tramo de la vía del ferrocarril Norte-Sur, que une Madrid con la región vasca y el País Vasco. El gobierno ordenó al ejército y la policía que iniciara la práctica segunda etapa de la "Operación Asalto", un gran despliegue de fuerzas diseñado para desalojar al terrorismo y salvaguardar el orden para las elecciones del miércoles. En la primera etapa del plan, todas las fuerzas militares y policíacas fueron concentradas en la zona pesada. La segunda etapa incluye hoy comprende la eliminación de puntos estratégicos, incluidos edificios gubernamentales, centros de comunicación y plantas de energía. Las bombas estallaron en las primeras horas de la mañana en la región vasca, Valencia y Barcelona. En Pamplona, los terroristas arrojaron dos granadas de mano dentro de un edificio público. Los atentados en Pamplona, los

atentados al grupo guerrillero Euzko Luta (ETA). Una mujer murió por teléfono al intentar gobernar de la policía y afirmó que la organización nacionalista vasca ETA era la responsable. Una serie de atentados con bombas registraron la semana pasada se le atribuyeron al ETA, grupo de ultra derecha y el GRAPO, una organización de guerrilla urbana de extrema izquierda. Los dos grupos han declarado su lealtad a las elecciones, que incluyen el sistema de España a la democracia, luego de una sangrienta guerra civil y casi un siglo de dictadura del ex generalísimo Francisco Franco. En la localidad vasca de Baracaldo, un transeúnte no identificado inicialmente fue muerto al salir a la calle. Un hombre que había sido capturado en la localidad de Euzko, del movimiento estudiantil de la policía. En Barcelona, una poderosa carga de dinamita dañó el edificio de los tribunales, otro cercano y se le atribuyeron a los terroristas. En la ciudad oriental de Valencia, una bomba destruyó partes de un edificio que albergaba los tribunales juveniles. Asimismo, una bomba explosiva que reventó en la principal vía férrea entre Madrid y la región vasca, destruyó cubiertas y vías de la línea de Valencia, la cual

de la provincia valenciana, otra bomba que estalló entre víctimas, causando al menos víctimas. Entre la policía anunció presuntas amenazas. Fuerza Nueva, oportunista gran cal por haber atacado a los partidos políticos en primer ministro. Adolfo Suárez ante el gobierno y planes de las fuerzas armadas del primer ministro de los cambios y de ideas que quieren Suárez tiene asegurada con el apoyo errando, la policía en la que millas, franquista. Precisa, armadas que en un que imitación al principal "genio" de los cambios de la obediencia, pose a través, el terrorismo "convendría" sobre "fundación" que su "corrucción" de mudanza por millón a que destruyeron el borde la banda de

por su parte, ha advertido que renunciará si no obtiene el respaldo necesario para gobernar eficazmente. La encuesta muestra al partido de Suárez con el 30,5 por ciento

de los votos y 181.360 por ciento. Los diputados, según por los dos partidos socialistas, con 23,5 por ciento y 122.000 votos. Luego viene la Alianza Popular, de derecha, con el 12

por ciento, y 25 representantes. En los dos partidos con 10.000 votos y 25 representantes. En los dos partidos con 10.000 votos y 25 representantes. En los dos partidos con 10.000 votos y 25 representantes.

Prueba de vida N° 1. En un ejemplar de la sexta edición de *La Razon* del 13 de junio de 1977, el mismo día que lo secuestraron, Rafael "Cacho" Perrotta escribió: "Rafa: estoy bien; cumplí instrucciones recibidas y a recibir. Estoy tranquilo. Cacho".

con Cyrus Vance

En una visita de los ministros de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, el secretario de Estado Cyrus Vance se reunió con el primer ministro soviético Leonid Brezhnev en la ciudad de Moscú.

La reunión se celebró en un momento crucial de las negociaciones para la reducción de las armas nucleares. Vance expresó su esperanza de que la visita ayudara a superar las diferencias entre las dos superpotencias.

Los dos líderes mundiales discutieron temas como la seguridad internacional y el papel de la Organización de las Naciones Unidas. Brezhnev destacó la importancia de la cooperación entre las naciones.

Torrentes en las calles y hoteles sin agua en Grenada

GRENADA, 16 JUN (UPI). — El centro del primer ministro de Grenada, Eric Gairy, de Grenada, se inundó por las fuertes lluvias de la noche de la OEA. Los residentes de la zona se vieron obligados a abandonar sus hogares y buscar refugio en los edificios públicos.

Las autoridades locales reportaron que las inundaciones causaron daños significativos a la infraestructura y a las propiedades. Se están realizando esfuerzos para evacuar a los afectados.

Se espera que las lluvias continúen durante las próximas horas, lo que podría agravar la situación. Los servicios de emergencia están trabajando para brindar asistencia a la población.

CIFRA 111
\$ 79.000.-
 + I.V.A.
 Tel. 88-1016

Una visita al Brasil

El secretario de Estado Cyrus Vance visitará a Brasil el próximo mes para discutir temas de seguridad y cooperación internacional. La visita es parte de una gira por América Latina.

AL CUERPO MEDICO

HOY A LAS 19.30 HS.

Hipertensión Arterial

Prueba de vida N° 2. En un ejemplar de Clarín del 17 de junio de 1977, Rafael "Cacho" Perrotta escribió: "Rafa: estoy bien. Cacho".

Querida Beba: Estoy bien y recibo todos los medicamentos
receptados por el médico a poca 4 tomas de 3 compa-
rinas diarias, 4 de Trimebutina, 3 de Alvogest 5500
de Adalat; dispongo asimismo de Trimebutina por
tomado un par de veces así como también cuando
lo he necesitado de Adalat está que lo indico al
médico, lo ~~receto~~ receto que, de je disolver y tragárselo
apenas; dispongo de supositorios que me permiten
una buena evacuación y también de Laxol 25.

Desearía verlos a todos chicos y grandes pequeños y
niños lo más pronto posible. Pienso mudarme
en todo y esperar que sean todos ellos tan perma-
nente compañía y cariñosos amigos. No hea falta
para te diga todo mi amor que que desde tantos
años de vivir contigo he creído hasta un pun-
to que nunca pense posible. Un beso muy por-
do, perdón por todas las molestias y dolores que
les doy y un beso muy grande para todos.

20 de junio de 1977

Cacho

Rafael Perrotta

Carta de Rafael "Cacho" Perrotta a su esposa Elena "Beba" Bengolea
mientras estaba secuestrado, el 20 de junio de 1977.

Julieta Beba, te escribo sin antes por que me
 está muy linda la letra. Espero sea digna.
 Estoy muy bien y convida y amablemente tratado.
 Te recuerdo permanentemente con un gran cariño
 lo mismo que ~~est~~ a nuestros hijos, nuevos y
especialmente mioto y miotas. Tengo mucho
 tiempo para pasar de mundo por estar ocu-
 dando los casos de Luciana y Nicolás y los fu-
 e juzgando para ver como serian cuando
 tengan 22 y 20 años respectivamente. Me siguen
 lindisimos; e le jube pata como ~~est~~ es tan
 divertida como tu forma de hacerlo. En
 muchos deseos de poder verlo a todos lo
 mis rápidamente posible, y en un beso muy
 grande para todos y uno aun más grande para
 no me despidas recordándote siempre

Cacho

Buenos Aires, junio de 1977

Carta de Rafael "Cacho" Perrotta a su esposa Elena "Beba" Bengolea
 mientras estaba secuestrado, el 23 de junio de 1977. Fue la última carta
 que recibió la familia.

ALTURA NUMERO 1 183

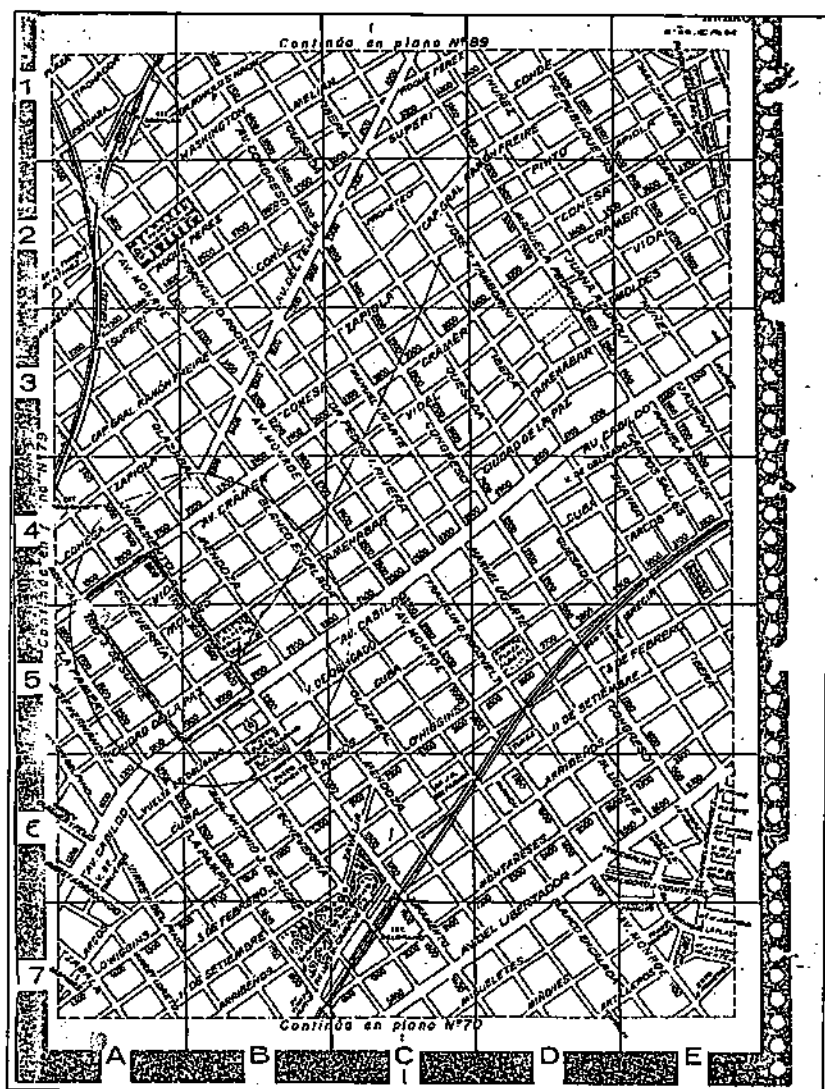
ALTURA NUMERO 2..... 3101

ESTE PIPEL LO TIENE QUE TENER SIEMPRE
EN UN BOLSILLO/

Instrucción para el pago del rescate N° 1, recibida por la familia
el 15 de julio de 1977.

INICIAR EL RECORRIDO EN AVDA DE LA PLATA Y ASANBLEA <u>OJO</u> TRATAR DE MANTENER 30 km por hora NUNCA MAS CUANDO SE LE ACERQUE UN AUTO Y LE DIGA <u>RAPASLICO</u> Ua entrega el helco. AVENIDA LA PLATA AVENIDA ASANBLEA OCHO SEPTENARIA HAGA EL RECORRIDO 45 minutos si no tiene contacto vuelva al TE 35.....	ANEXO 8 36
--	--------------------------

Instrucción para el pago del rescate N° 2, recibida por la familia
el 15 de julio de 1977.



Instrucción para el pago del rescate N° 3, recibida por la familia
el 16 de julio de 1977.

1: HAGA A 30 Km por HORA EL RECORRIDO
MARCADO EN LA CUADRICULA A:5 HASTA
LAS 9 horas 50 minutos.

2: A LAS 9 horas 50 minutos lo más RAPIDO
QUE PUEDA VAYA HASTA EL BAR DE LIBERTA-
DOR 118 (RETIRO) Y RETIRE UN COMUNICADO
DEL BAÑO INDIVIDUAL. SE ENCUENTRA EN
UNA TAPA DE CHAPA DEL DEPOSITO DE AGUA
DEL BAÑO INDIVIDUAL DE LA IZQUIERDA/

OJO: CUMPLA BIEN LAS INSTRUCCIONES/

Instrucción para el pago del rescate N° 4, recibida por la familia
el 16 de julio de 1977.

VIAJE EN EL ULTIMO VAGON SI ES POSIBLE ...
EL LA ULTIMA VENTANILLA DEL LADO IZQUIERDO

DEBE VIAJAR CON LA VENTANILLA ABIERTA
Y CON LA CABEZA AFUERA/

EN UN PUNTO DEL VIAJE UNA PERSONA LE VA
A HACER SEÑALES CON UN PAÑUELO EN ESE
MOMENTO TIRE EL BOLSO CONTRA ESA PERSONA/
PUEDE SER DE IDA O DE VUELTA/

NO HAGA TRAMPAS POR SU VIDA Y OTRAS VIDAS/

Instrucción para el pago del rescate N° 5, recibida por la familia
el 16 de julio de 1977.

EL INTERROGATORIO

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

INTERROGATORIO DEL EL DIRECTOR DEL SERVICIO COMERCIAL RAFAEL ANDRÉS PERROTTA. (Anexo 14)

El presente interrogatorio es copia textual del contenido de una cinta grabada.

INTERROGATORIO:

Nº 1 : Interrogador.

Nº 2 : Sr. PERROTTA.

Nº 1 : - Comience

Nº 2 : - Con mucha pena y vergüenza yo RAFAEL ANDRÉS PERROTTA, voy a hacer una declaración espontánea, con respecto a la relación que tuve a las personas del PNT, desde que comencé a que termina.....

Nº 1 : - El comienzo de la reunión que es a través de MARIO o MARTÍ AVALOS

Nº 2 : - Ya me acuerdo este ... por un redactor del diario de nombre CARLOS AVALOS, intentó varias veces que se conversara con 2 ó 3 jóvenes amigos de él, sin mencionar el motivo o el interés de la conversación, simplemente que eran gente joven interesada en conocerme, él alentaba que hiciera esta reunión; el Sr. AVALOS... era la persona que en ese momento guiaba la conversación de todo el mundo, por ser una persona muy simpática y cooperativa, en eso se rechazó la reunión por varias veces hasta que un día estas personas me abordaron allí y

Nº 1 : - En dónde fue la reunión ?

Nº 2 : - En el diario estos jóvenes me abordaron allí.

Nº 1 : - Cuántos jóvenes ? - Rabe los nombres ?

Nº 2 : - Dos ó tres, no recuerdo los nombres.

Nº 1 : - ¿Estaba JUAN PABLO entre ellos ? ...

Pág 1-14.

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

Fragmento de la desgrabación del interrogatorio a Rafael "Cacho" Perrotta en el Batallón 601 de Inteligencia, del 16 de junio de 1977.

Análisis
militar del
interrogatorio
a Rafael
"Cacho"
Perrotta,
el 17 de junio
de 1977.

- CONFIDENTIAL
11. que la relación entre él y el "Tío FANGUO" duró desde mediados del año 1973 hasta la fecha, salvo un período de ausencia del contacto, por haber viajado al sur del país.
 12. que conoce que el periodista DE BARRIO, que trabajaba en un diario, era del "FRT" y que también sospechaba que otro personal también pertenecía a la célula RBE.
 13. que reconoce que durante su gestión en el periódico, se publicaron, en el mismo, artículos de nota sobre subversivos marxistas.
 14. que en una ocasión le manifestó al "Tío FANGUO", que se consideraba un "combatiente" del "FRT".

SUCESOS AEROS, 17 de junio de 1977.

CONFIDENTIAL

ASUNTO: CASO "REXUSCO" - (Informa Bro 9)

- AVANCE DE LAS PREPARACIONES DE PERROTTA QUE PERMITIERA CONTINUAR EN SU VINCULACIÓN AL "FRT-RF" (Anexo 14)

1. Se contacta con el "FRT-RF" a través del "Tío FANGUO", a partir de mediados del año 1975.
2. Reconoce que se realizaron tratativas para la compra del Diario "EL CRONISTA COMERCIAL" por parte del "FRT".
3. Que se demostró interés en relacionarse con el "FRT", y por más con el "Tío FANGUO", porque deja constancia de que lo había para solucionar los problemas laborales y económicos del diario.
4. Que también mantuvo negociaciones con el Grupo GELMARD, a fin de obtener dinero para continuar la financiación del diario.
5. Que reconoce haber proporcionado muy buena información de todo tipo del quehacer nacional al "FRT".
6. Que a requerimiento del "FRT", llevó a cabo dos reuniones con embajadores de países extranjeros acreditados en nuestro país, a fin de obtener información sobre la repercusión de la toma del poder por parte de las FF.AA. el 24 MAR 76. A dichas reuniones concurrió en carácter de invitado el señor DIRECTOR DE ECONOMÍA Doctor MARTINEZ DE HUE.
7. Que también dio información sobre conversaciones que mantuvo con el Almirante MAURER, Tte. Oral ARATA, Orl. OLIVERA ROYERE y personalidades del Cuerpo Diplomático.
8. Que estaba muy vinculado con diplomáticos de la Embajada Cubana en nuestro país, fundamentalmente con GUSTAVO HERNANDEZ, Consejero de la Misión, quien especifica sus relaciones con el "FRT" y a quién le confirió una cita con el "Tío FANGUO". También declaró que cree que el Subjefe Orl. basó conocer sus vinculaciones con el "FRT".
9. Que reconoce haber mantenido numerosas entrevistas con el "Tío FANGUO", algunas de ellas en el departamento de su sueldo y otras en distintos domicilios y bares de esta Capital.
10. Que reconoce haber proporcionado información de carácter político y de entregar "cheques" de las siguientes personalidades:
 - El señor ENTHAL, Gerente de CENTELA.
 - El Presidente del Directorio de ALFANGATAS.
 - El Presidente de ICA-MICHAULT, señor LUNGUO.
 - El subcomandante PAZ ANCHU S.A.

Pág 1-2

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

ASUNTO: CASO "REDUCCION" - (Informe Nro. 12)

Interrogatorio efectuado por RAFAEL ANDRÉS PERROTTA. (Anexo 14)

- Cuando estuvo en MEXICO, se entrevistó con CARLOS AVALOS (ex-redactor del "CRONISTA COMERCIAL", integrante del "FRT"), quien le entregó una tarjeta, donde figura una dirección, de donde se envía y recibe correspondencia clandestina al exterior.
- Dicha dirección es MAIPU 42 - Oficina 122 - Cas. Fed. TL 30-3377. Figura a nombre de PEDRO ERNESTO FLORES, representante de F. & S. REPORTER.
- En la citada dirección exterior se tal INOVIKOS (fonética), quien habría sido uno de los jefes del TPL (Comando Popular de Liberación), de tendencia Marxista-Leninista, con vinculaciones para las "FAL".

PROPOSICION

Realizar control telefónico sobre el citado número telefónico, a fin de profundizar la investigación.

BUENOS AIRES, 21 JUN 77

ESTRATEGIA DE SEGURIDAD

Análisis militar del interrogatorio a Rafael "Cacho" Perrotta, el 21 de junio de 1977.

NO DIFUNDIR

ASUNTO: CASO "CACHO" - (Informe Bro 15)

- Investigación del Dr. RAFAEL ANTONIO PERROTTA con la Organización "FROA"
(Amplía en parte el Informe Bro 12)

- Se ha tomado conocimiento que la Pol Fola de As ha prácticamente enajenado a la Organización "FROA", cuya responsabilidad es del G T J.
- Por la misma fuente se sabe:
 1. Que fueron detenidos 12 (doce) integrantes de esa Organización.
 2. Que fueron abatidos 7 (siete) integrantes de la misma.
 3. Que "FROA" contaba con aproximadamente 24 (veinticuatro) integrantes.
 4. Que uno de los que fue detenido es un tal ICHNIKOV (fanzón), y que declaró que el Dr. PERROTTA, es miembro de "FROA".
 5. Que entre los detenidos se encuentra el abogado VARELA, hijo del Genl VARELA que es funcionario del Ministerio del Interior. Al mencionado abogado se le encontró un "cheque" del hijo del Jefe de la Policía de la Fola de As As, Genl CAMPOS.

- PROPUESTA:

Se solicita entregar al detenido PERROTTA a la Policía de la Fola de As As y G T J, (quienes trabajan el Caso "FROA" en conjunto), a efectos de integrar la información con el objeto de obtener nuevos resultados de la investigación.

Asimismo se solicita se determine la "DISPOSICIÓN FINAL", para el detenido PERROTTA.

BUEENOS AIRES, 23 JUN 77

VEN 1-1

NO DIFUNDIR

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

Análisis militar del interrogatorio a Rafael "Cacho" Perrotta,
el 23 de junio de 1977.

NO CONFIDENCIAL



ASUNTO: "CACHO REDONDO" - (Informe E° 79)

Información relacionada con RAFAEL ALEJANDRO PERROTTA (Anexo 14)

- Se ha tomado conocimiento de que a los familiares del causante, personas desconocidas le habrían requerido la suma de 250.000 dólares en concepto de rescate.
- Que la familia de PERROTTA, informó a los presuntos secuestradores que no le había reunido la suma de 85.000 dólares; sum: que en definitiva fue aceptada por estos.
- Que un hijo del citado PERROTTA, le solicitó a un amigo de la familia, dinero, entrega del dinero, siguiendo las instrucciones de los presuntos secuestradores, quienes ya habrían recibido la suma acordada. (Origen: S.I.N.)
- Que la SIDE y SSP están en conocimiento de la presente extorsión a través de los controles telefónicos del domicilio del causante.

NOTA: Se deja constancia que esta Unidad dejó en suspenso las llamadas telefónicas al domicilio de PERROTTA (con el fin de simular un secuestro), desde el momento en que el mismo fue entregado a la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a fin de que proporcionara toda la información relacionada con la Organización "PROA", sobre la que está aportando importantes datos.

PROPUESTA:

Autorizar a esta Unidad, a efectuar una investigación abierta, con el fin de poder determinar quién o quiénes son los responsables del cobro del rescate, citado en este informe.

Buenos Aires, 26 de julio de 1976

Pág. 1-1

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

Análisis militar del interrogatorio a Rafael "Cacho" Perrotta,
el 26 de julio de 1977.

ANUNTO: "CACHO PERROTTA" - (Informe N° 1.)

Información relacionada con RAFAEL ANDRÉS PERROTTA (Anexo 14)

1. Se ha tomado conocimiento de que a los familiares del causante, personas desconocidas le habrían requerido la suma de 250.000 dólares en concepto de rescate.
- Que la familia de PERROTTA, informó a los presuntos secuestradores que no lo había reunido la suma de 85.000 dólares; suma que en definitiva fue aceptada por estos.
 - Que un hijo del citado PERROTTA, le solicitó a un amigo de la familia, hiciera entrega del dinero, siguiendo las instrucciones de los presuntos secuestradores, quienes ya habrían recibido la suma acordada. (Origen: S.I.N.)
 - Que la SIDE y SEF están en conocimiento de la presente extorsión a través de los controles telefónicos del domicilio del causante.

NOTA: Se deja constancia que esta Unidad dejó en suspenso las llamadas telefónicas al domicilio de PERROTTA (con el fin de simular un secuestro), desde el momento en que el mismo fue entregado a la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a fin de que proporcionara toda la información relacionada con la Organización "PROA", sobre la que está aportando importantes datos.

PROPÓSICIÓN:

Autorizar a esta Unidad, a efectuar una investigación abierta, con el fin de poder determinar quién o quienes son los responsables del cobro del rescate, citado en este informe.

Buenos Aires, 26 de julio de 1976

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

Análisis militar del interrogatorio a Rafael "Cacho" Perrotta,
el 26 de julio de 1977.

APENDICE 2 al Anexo 14

Relación de PERROTTA con el "Tío PANCHO"

- A mediados del año 1975 un integrante del "PET" (NO) "MARIO", lo recluta para el Partido al periodista AVALOS, del CRONISTA COMERCIAL.
- Después de una cena a la que concurrió AVALOS, PERROTTA, "MARIO", y otros periodistas, el causante manifestó al mencionado "MARIO" que tenía información para proporcionar por la que "MARIO" se dio a conocer como miembro del "PET".
- "MARIO" le informa al "Tío PANCHO" de la posibilidad de la colaboración de PERROTTA, a la vez que el "Tío PANCHO" informa al "Cap PEPE", quien da la orden de iniciar la relación.
- Por otra parte PERROTTA, consultó con los cubanos si era cierto que gente del "PET" quería mantener una relación con él; los cubanos contactaron a PERROTTA que era gente de la Dirección del "PET" la que quería llevar adelante dicha relación.
- La primera entrevista entre el "Tío PANCHO" y PERROTTA se realizó a mediados del año 1975 en el Bar PHILIPPO, a la que concurrieron: PERROTTA, "MARIO" y el "Tío PANCHO"; éste por la Dirección Nacional del "PET".
- Las entrevistas entre el "Tío PANCHO" y PERROTTA se hicieron 5 veces en el departamento de una agente de PERROTTA, de apellido RIVERO, que queda en la calle Lavado, otras entrevistas que fueron 10 en total se realizaron en el Bar LAS VIOLETAS, Bar PHILIPPO, Plaza de TO NIOOTE y otros que no recuerda.
- El "Tío PANCHO", manifiesta que la información que suministraba PERROTTA era de carácter político y caracterizaciones de personalidades, y una vez le proporcionó el "obsequio" del dueño de CRISTALI que vive en su casa y que él mismo lo había realizado.
- La relación del "Tío PANCHO" y PERROTTA duró, desde mediados del año 1975 a mediados del año 1976, cortándose porque PERROTTA viajó al extranjero, y volvió a reiniciarla en Enero ó Febrero de 1977 cuando regresó, pero solamente por teléfono, desde Madrid hasta pocas días antes de la caída del "Tío PANCHO".
- Recuerda el interrogado que una vez PERROTTA, le pidió una cita con un cubano de nombre "GUSTAVO", a la que concurrió y solo habló de política.
- El periodista "MARIO" de NARCHI (PET), que es del CRONISTA COMERCIAL, al conocer la relación de PERROTTA con el "Tío PANCHO".
- No debe olvidar que "MARIO", es un integrante del "PET", que el "Tío PANCHO" entregará cuando salga del país.

Pág. 141

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

Análisis militar del interrogatorio a Rafael "Cacho" Perrotta, sin fecha.

DESGRABACION TEXTUAL DE LOS INTERROGATORIOS

Rafael Perrotta fue secuestrado el 13 de junio por la tarde. A los dos días, fue interrogado en el Batallón de Inteligencia 601. Las desgrabaciones de esos interrogatorios ocupan catorce páginas, numeradas en la parte inferior (1-14; 2-14, etc...), todas con el sello de ESTRUCTAMENTE CONFIDENCIAL y NO DIFUNDIR. De las mismas se desprenden muchos datos respecto a las vinculaciones de Perrotta. También se descubre que hubo dos interrogadores, ya que está repetido el N° 1, correspondiente al interrogador, en forma sucesiva en varias oportunidades.

Los documentos clasificados, transcritos con sus errores de ortografía y gramática y los mismos resaltados, subrayados, etc., que en el original, dicen:

Interrogatorio N° 1

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL
NO DIFUNDIR

ASUNTO: "CASO REDONDO" – (Informe N° 6)

INTERROGATORIO DEL EX DIRECTOR DEL CRONISTA COMERCIAL RAFAEL ANDRÉS PERROTTA (Anexo 14)

El presente interrogatorio es copia textual del contenido de una cinta grabada.

REFERENCIAS:

Nº 1: Interrogador

Nº 2: Sr. PERROTTA

Nº 1: - Comencemos....

Nº 2: - Con mucha pena y vergüenza... yo RAFAEL ANDRÉS PERROTTA, voy a hacer una declaración espontánea, con respecto a la relación que tuve a las personas del PRT, desde que comienza a que termina...

Nº 1: - El comienzo Dr. le recuerdo... que es a través de MARIO o MARVI AVALOS....

Nº 2: - Ya me acuerdo.... este.... Por un redactor del diario de nombre CARLOS AVALOS¹, intentó varias veces que yo conversara con 2 o 3 jóvenes amigos de él, sin mencionarme el motivo ó del interés de la conversación, simplemente que eran gente joven interesada en conocerme, él alentaba que hiciera esta reunión, el Sr. AVALOS ... era la persona que en ese momento gozaba la confianza de todo el mundo, por ser una persona muy simpática y operativa, es eso yo rechacé la reunión por varias veces... hasta que un día estas personas me abordaron allí y....
Nº

Nº 1: - En dónde fue la reunión?

Nº 2: - En el diario estos jóvenes me abordaron allí.

Nº 1: - Cuántos jóvenes? – Sabe los nombres?

Nº 2: - Dos ó tres, no recuerdo los nombres.

Nº 1: - Estaba JUAN PABLO entre ellos?

Nº 2: - No.... Estaba JUAN PABLO entre ellos... después apareció JUAN PABLO.... Fue bastante molesto todo esto lo que hicieron, no lo quise atender por lo menos un mes ó más, es que un día aparecieron con una bandera de paz y arrepentimiento, que era una cosa puramente diferenciada de todo este Me dijeron que en desagravio por las palabras que habían dicho me querían invitar a una comida con el Sr AVALOS Y me parece que vino también el Sr JUAN PABLO no lo podría jurar ... pero creo que es así.

Nº 1: - Mario, recuerda si estaba MARIO?

Nº 2: - Contesto², creo que estaba la persona que Ud dice.

Nº 1: - JUAN PABLO no estaba? ... a JUAN PABLO lo conoce en un bar? ..

Nº 2: - Ah Bueno ... está bien ... estaba ese con otro más y con AVALOS, la comida transcurre en forma normal ... se habla de diversas cosas y no en la comida Sino que éste Sr yo con mi automóvil fui llevando a las personas y éste me hizo dejar por último, y allí me dijo palabras textuales no las puedo recordar ... pero me dijo que él ... tenía interés en que yo ..., conociera algunas personas del PRT ... en ese momento le digo que lo iba a pensar

Nº 1: - Fecha de todo este relato que está haciendo Ud más ó menos mediados del 75?

Nº 2: - Creo pasado la mitad del 75 me parece bastante más sobre el fin que el principio.

Nº 1: - Perfecto, de acuerdo.

Nº 1: - Por qué precisamente recuerda este detalle? ...

Nº 2: - Fue muy larga hasta que yo acepté la comida, para esto pasó más o menos un mes y medio a dos cuando éste hombre me deja ... sumamente perturbado, y allí lo consulto a AVALOS, al cuál le digo ha pasado tal cosa, vos lo sabías que iba a llegar a esto y me dice bueno mirá aquí en este diario ... vos sabés que hay gente Además era la pura verdad, hay gente metida en diversos grupos políticos que están perturbando la vida de la empresa y la publicación esta gente sería un elemento compensatorio vio? fue el enganche todavía tardé mucho en engancharme.

Nº 1: - Cuando Ud se engancha y acepta la relación con JUAN PABLO, viene la consulta con los amigos de Cuba? ----- no es cierto, eso también quiero que me lo relate ...

Nº 2: - La consulta fue hecha en función de saber si quien era esta gente.

Nº 1: - Si realmente eran del PRT?

Nº 2: - En función quien era esta gente.

Nº 1: - Lo consulta? con quién consulta? ...

Nº 2: - Lo consulto con el Sr GUSTAVO HERNANDEZ.

Nº 1: - GUSTAVO HERNANDEZ de la Embajada Cubana?

Nº 2: - Sí.

Nº 1: - Qué relación tiene Ud con GUSTAVO HERNANDEZ?...

Nº 2: - Espere un cachito le estoy mintiendo pues ya no estaba aquí en ese momento, estaba el otro que se llamaba AURELIO SILVEIRO³ Este fue quien vino a visitar.

Nº 1: - Ud consulta que esta gente que lo quería ver era del PRT?

Nº 2: - Mira, aquí ha pasado tal cosa tenga mucho cuidado no se que clase de gente es yo no le puedo dar nombres, no sabría si eran verdaderos o no con respecto a éste, si yo le hubiera hecho caso a ese Sr nunca hubiera hecho esa relación se lo puedo asegurar, porque me dijo una persona Mire Dr Ud quiere compensar un grupo ... con otro grupo que al final no va a poder con ninguno tenía toda la razón del mundo yo creí que hacía una gran piolada y fue la gran desigualdad del siglo ahí empezó mi dependencia de este Sr fue muy corta pero fue,

Nº 1: - Casi un año no? ...

Nº 2: - No porque empezaron a hablar a mediados del 75 ... en realidad el primer enlace fue en octubre ó setiembre del 75 ... le puedo decir que este Sr un poco negativo con respecto a esto, yo le dije a CARLOS, ahora tengo huelga tras huelga la pura verdad que me la hacen los trozkistas, que me la hacen los montoneros, que la hacen mingo Aurelio, esta huelga es un retroceso totalno tenía forma de controlar la empresa prácticamente estaba prisionero de estos Sres no del valor pero sí --- de los problemas salariales, trabajo a desgano trabajo a mala voluntad

Nº 1: - Pero Ud aceptó y ese no es el problema ó Kit de la cuestión? ... eso era alg que Ud pensó vamos al Kit de la cuestión el Sr AVALOS, lo llevó a Ud a una reunión con personas importante del PRT?

Nº 2: - Importante no, una persona que tenía interes en hablar

conmigo del PRT, se acepta la reunión y ahí empieza la relación que Ud ... menciona

Nº 1: - Con quién? ... Con el Sr. PABLO? en donde? en un bar?.

Nº 2: - No me acuerdo adonde ...

Nº 1: - Callao y Sta Fé puede ser? ... desde ahí viene en relación con JUAN PABLO, ahí empieza una relación que se torna bastante estrecha porque él lo tuteaba, le decía PANCHO ó CACHO.

Nº 2: - A mí me tuteaba todo el mundo

Nº 1: - Ud no se acuerda del tema que tocaron ¿ era un tema muy importante, por el estado deficitario de su diario en la primera reunión ya lo tocaron con JUAN PABLO?

...

Nº 2: - Si, Sr el tema era fundamental.

Nº 1: - La venta del diario al (*palabra tachada y encima PRT*)?

Nº 2: - NO, Sr no era la venta del diario al (*palabra tachada y encima PRT*), era la venta del diario.

Nº 1: - Pero lo compraba el PRT? Ud quedaba como director.

Nº 2: - NO, Sr yo no quedaba como director, ni nada

Nº 1: - No, cambiemos las cosas JUAN PABLO dice que Ud quedaba como director.

Nº 2: - No, no así no

Nº 1: - JUAN PABLO dice que arregló con Ud de pagar toda la deuda que tenía el diario.

Nº 2: - Yo, ... arreglo no hice ninguno.

Nº 1: - No se terminó el arreglo por falta de dinero del PRT?

Nº 2: - Yo no quería arreglo y procure que no se terminara el arreglo Sr ... porque era no era para arreglo, era para la terminación y para el desorden yo procuré que no se llegara a un arreglo y al mismo tiempo ... hablaba con este Sr me la agenció para hablar con el Sr GELBARD⁴ y conseguir que me prestaran las personas que fueron los que trataron con ellos.....

Nº 1: - Dr Ud tendría es decir ... si no hubiera sido proclive a un arreglo a través de un arreglo con el PRT ... una cuestión así la habría cortado de llano es un pecado gravísimo.

Nº 2: - Yo no le voy a negar que mi pecado es gravísimo pero si también lo voy a afirmar si es que Ud lo puede llegar a comprender que la relación con estas personas, cuando uno no pertenece a una mentalidad de formación o modalidad es una relación directamente del infierno ... en cuya relación trata primero que no lo maten

Nº 1: - Ud sabía que el PRT ... no lo iba a matar

Nº 2: - Está seguro Ud, pero de toda manera trataba de que no sea comparado con nadie porque el contador final ... no podía ser del PRT.

Nº 1: - Pero Ud conocía ... que venía dinero, que ese dinero era producto de secuestros.

Nº 2: - Pero Sr .. yo no lo acepté nunca, simplemente converse ... le voy a decir una palabra más vulgar simplemente franeleé para que eso durara, yo rezaba a todos los santos para que no llegara esa situación, por eso fijese la fechaen ese momento recorro al único que me dio dinero.

Nº 1: - Sigamos con la relación con PABLO

Nº 2: - Este Sr era todo amabilidad.

Nº 1: - En que lugares se reunió nómbreme algunos lugares

Nº 2: - Yo le puedo nombrar no los se los nomnbres ... trataré de recorda dos por caballito

Nº 1: - Bar Rivadavia?.

Nº 2: - No ... lo puedo recordar.

Nº 1: - Las Violetas ... puede ser?

Nº 2: - Por Corrientes y Medrano ó algo así ...

Nº 1: - Cuantas veces en la casa de la Sta RIVAROLA?

Nº 2: - Eso tengo que hacer fé a lo que dice yo no recuerdo que fueran 5 veces ... lo que le puedo decir ... que fueron pocas veces, las veces que me reuní en esa casa tenía por objeto discutir cosas al grupo GELBARD que ya había entrado PALIETI todo ese grupo ya habían puesto la plata ... las conversaciones no eran fáciles muy amables pero él quería de alguna manera imponer criterios y eran imposibles.

Nº 1: - La Sta RIVAROLA tenía conocimiento de esto? ...

Nº 2: - NO, Sr la Sta RIVAROLA ... es totalmente ajena, lo único que hice es pedirle el Dpto me costará la relación seguramente con esta persona incluso no sabía para que era.

Nº 1: - Fundamentalmente la entrevista con JUAN PABLO quisiera que me diera los temas que Ud informó la cantidad me parece que fueron como 30

Nº 2: - No se me parece que no fueron arriba de 30 por las épocas

Nº 1: - Fundamentalmente Ud le daba información política a esta gente detalle un poco más esta gente esta proclive a una revolución o golpe de estado ..

Nº 2: - Yo sostenía que no era tan posible un golpe de estado, que no era tan fácil que había otras soluciones de alternativas

Nº 1: - Además de información política Ud le daba a JUAN PABLO caracterizaciones de personas?

Nº 2: - Me preguntaba sobre personas que yo conocía Ud me dio un nombre que era ARMANDO ESTRADA ...

Nº 1: - Qué personas caracterizadas le dio?

Nº 2: - Bueno él me la pidió yo procuré demorar ... procuré ver aquellas personas que eran insecuestrables ... ARMANDO ESTRADA⁵insecuestrable ejecutivo de Crysler JUAN PABLO le hacía chequeo a pedido de él ... yo le di 4 o 5 nombre de personas que yo juzgaba que podrían secuestrar y allí le di nombre y apellido voy a tratar de recordar a algunos ESTRADA, es más a los otros no los recuerdo.

Nº 1: - De que personas hizo caracterizaciones así para el PRT ... no le pidieron de algún funcionario o algo así?

Nº 2: - No ... no lo hice.

Nº 1: - Hablando de la reunión con JUAN PABLO ... los dos comparten la idea de hacer una reunión en su casa con Embajadores?

Nº 2: - La idea la di yo primero.

Nº 1: - La finalidad de la reunión para el PRT era para saber que decían los países del golpe Ud hizo dos reuniones(No se entiende)

Nº 2: - Las reuniones se hicieron en mi casa

Nº 1: - Quienes concurrieron?

Nº 2: - Eran 10 (diez) Embajadores estaba la India, por ejemplo ... estaban todos mezclados

Nº 1: - A las dos reuniones concurrió el Ministro MARTINEZ DE HOZ? ...

Nº 2: - Si en las dos reuniones YO no abrí la boca YO le informe a JUAN PABLO del PRT.

Nº 1: - Fue una relación positiva para el PRT?

Nº 2: - No, fue positiva pero veras es cierto además si me permite que le diga ... no fue una información negativa para la Argentina lo pensé muchas veces toda la información que le di a JUAN PABLO aunque ahora Ud lo pueda dudar de mi palabra trataba de dar o hacer menos de aquellas cosas que podían hacer daño al país YO lo quier a mi país y si hubiera dado esa miseria, esa desgracia, ese incorrectísimo proceder del cuál estoy profundamente arrepentido ... no se si alguna vez tendré oportunidad de hacer algo por mi país .. aunque sea morir por mi país no me voy a desplomar soy consiente de que he hecho una cosa espantosa, soy consiente que la hice arrastrado por una circunstancia maldita que no la generé yo ...

Nº 1: - Lo presionó la situación económica? ...

Nº 2: - Enormemente YO hubiera vendido la empresa, la empresa no era vendible por las deudas y había que poner mucha plata adentro sino no se podía seguir adelante ... había que despedir a 250 personas por lo menos.

Nº 1: - Bueno ... Dr me gustaría que Ud me contara esa cita ... que Ud le hizo a JUAN PABLO con GUSTAVO de la Embajada Cubana ...

Nº 2: - YO ... no participé de esto.

Nº 1: - Relate el hecho

Nº 2: - Me pidió la reunión le hable a este Sr y le dije que este Sr que yo conocía ... que era de este grupo quería conversar con él punto aparte yo me fui.

Nº 1: - Ud lo conversó a GUSTAVO que gente del PRT ... querían hablar con él? ..

Nº 2: - YO ... le comuniqué, lo que no sé si se hizo la reunión .. supongo que sí.

Nº 1: - Si se hizo ... y la concretó el periodista suyo

Nº 2: - Bueno eso es otro problema estoy fuera del contexto ..

Nº 1: - También era miembro del PRT?

Nº 2: - Supongo ... que sí.

Nº 1: - Y DEMARCHI⁶, su relación con el PRT?

Nº 2: - A DEMARCHI lo conocí a través de JUAN PABLO.... YO si lo permite .. le dije que iba a decir algunas cosas no se si puedo decir.

Nº 1: - De acuerdo el grabador está funcionando

Nº 2: - No se si está funcionando creo en su palabra.

Nº 1: - Lo vamos a escuchar si quiere.

Nº 2: - Hay una cosa que falta decir ... que es esta relación no impidió que yo buscara soluciones de venta del diario a personas ajenas a este grupo del PRT se da cuenta ...

Nº 1: - Claro Ud la buscaba a través del grupo del PRT y buscaba otras? ...

Nº 2: - Ud quiere que yo le diga eso ... y no es cierto no yo buscaba que el grupo del PRT no me jodiera, que me continuara marchando las cosas pero no marchaban un corno no armado despelote interno ... entonces yo sabía positivamente que usos me hubiera dado yo no le pudiera tomar porque yo no lo podía venderse a la

Nº 1: - Yo dudo bastante porque? ...

Nº 2: - Si ... me permite un segundo aunque yo hubiera querido vender porque los Sr que tenían las acciones el 70% de las acciones, no era yo se da cuenta esas acciones no estaban en mi poder yo no hubiera podido vender nunca al PRT.

Nº 1: - De acuerdo.

Nº 2: - Entonces lo dejé a este Sr.

Nº 1: - De acuerdo per la charla giro alrededor de que

Nº 2: - Pero Ud, auer me dijo una cosa que es real, cuando uno esta en estas situaciones, mientras muchas veces para salvar la ropa para poder seguir adelante las cosas se van haciendo cada vez más difíciles la prueba que yo no podía vender al PRT ... es que yo no tenías las acciones, esa es la prueba más fehaciente.

Nº 1: - Dr yo le voy a hacer una pregunta que

Nº 2: - Yo le voy a pedir que me deje grabar lo otro.

Nº 1: - No, ... no lo vamos a grabar si comience el cassette del otro lado

Nº 1: - Le voy a hacer una pregunta y quiero que me la conteste Quiero saber ayer cuando Ud cayo detenido sin duda por experiencia propia por compañero y por actitud suya estaba alertado ... de que iba a ser detenido?

Nº 2: - Le voy a explicar muy bien en el momento que Ud menciona no hice ningún tipo de alerta yo estaba convencido que esta llamada de este hombre respondía a una cuestión de que esto estaba en una intención de conflicto sin embargo Sr no me fui del país vió no me fui . Tenía el pasaporte y todo ... no me fui de la Argentina

Nº 1: - Nadie lo alertó?

Nº 2: - Nadie me alertó ... ni una palabra lo juro Dios además de que nadie me alertó, yo mismo me alerte porque esa sucesión de llamadas era totalmente anormal una persona a la que Ud la niega la presencia no insiste tantas veces además lo pensé muchas veces "vos tenés que elegir entre dos cosas, una es seguir en esta miseria a la cual ya te arruinaste ... yo hacía un año que había arrancado me fui al Sur ... me arranque de esa miseria todo esos pensamientos espantosos ... de la angustia que nace con mi consciencia yo no soy una persona que haya hecho esto por impulso natural o que me gustaba hacerlo.

Nº 1: - Ideológicamente como se definiría Ud?

Nº 2: - Si Ud ... quiere que me defina como marxista no soy marxista.

Nº 1: - Que ideología tiene el PRT?

Nº 2: - Reconozco muy bien la ideología del PRT.

Nº 1: - Entonces porqué colaboraba con el PRT?

Nº 2: - Sr ... ya se lo expliqué quiere que se lo diga de nuevo...

Nº 2: - Está grabando esto?

Nº 1: - Si estamos grabando

Nº 2: - Grabelo.

Nº 1: - Ya está grabando me va a hablar de la arterio esclerosis, de su edad, de su enfermedad una persona tan inteligente como Ud? Se debe definirse ideológicamente, y yo creo que debe definirse

Nº 2: - Si ... Sr yo era una persona que tuve la más firme convicción democrática en el sentido más auténtico de la palabra, democrática y liberal en ambos casos, cuando vino todo esto esta situación en la cuál me empecé a meter a meter ... empecé a tener conflictos y empecé a hacerme el ... bueno con la gente para que la gente no me jodiera, empezar en el trabajo ideológico esa es la verdad se da cuenta?

Nº 1: - Y le pido que se defina

Nº 2: - Actualmente soy profundamente democrático y profundamente liberal.

Nº 1: - Cómo era ideológicamente cuando mantenía relación con JUAN PABLO?

Nº 2: - Y no cuando sostenía relación con JUAN PABLO era el mismo de antes pero con una careta de otro

Nº 1: - Careta marxista digamos ...

Nº 2: - Careta semimarxista careta de amar al prójimo, de (*No se entiende*) bueno pero mire Sr esa careta que empieza a formarse a través de toda esta relación, de toda esta cosa Ud va llenándose la cabeza de cosas que son

Nº 1: - Ud Dr tiene dimensión de la falta que ha cometido?

Nº 2: - Es lo que le iba a hablar.

Nº 1: - Sí me gustaría que Ud (*No se entiende*) su falta y se imponga la pena ...

Nº 2: - Mire, Sr yo no conosco a nadie yo no conozco a nadie que sea juez y parte al mismo tiempo yo le voy a

decir todo lo que he pensado en la noche de ayer para decirse esta noche

Nº 1: - Lo grabamos?

Nº 2: - Lo está grabando Sr?

Nº 1: - Si.

Nº 2: - ... Fue que pense en lo siguiente vos has sufrido muchísimo este periodo que pasó, no estoy haciendo ninguna clase de verso, soy profundamente sincero y han sufrido por culpa tuya, primero las ambiciones de querer que la publicación que no daba para más para esta necesitaba brillo circulación en la calle, y (*No se entiende*) con la Opinión una cantidad de cosas de esa naturaleza, entonces que necesitaba para hacer todo eso? periodista, periodistas capaces y que tuvieran experiencia de diarios bien hechos, entonces que hizo este imbécil lo digo con todo conocimiento de causas, busco periodistas por todos lados y quien me presentó los periodistas que salían de la Opinión, exacto pero yo antecedentes de estos periodistas no lo pregunté tampoco, pero como no tenía relación con los Sr de la Opinión tomé 2 o 3 que eran optimos periodistas pero que pasa?

Nº 1: - Quienes eran?

Nº 2: - Uno que se llamaba BURGOS, es fue el 1ro que tomé este hombre no está en el país y es más le voy a decir porque de alguna manera tiene relación con mi nueva actitud ... y aunque no tuviera lo mismo se lo diría ... este Sr BURGOS hace no demasiado tiempo un par de meses, cuando yo regresé del Sur y entrando a mi casa entré al ascensor de mi casa con mi hijo subo al ascensor y había una persona ya en el mismo era joven y corpulento ya en el ascensor mi hijo le pregunta a que piso iba y el joven le respondió al piso 11, entonces mi hijo le preguntó a quién buscaba y el joven respondió al Dr PERROTTA, para que? para entregarle una carta de parte del Sr BURGOS,⁷ entonces yo le respondí que era el Dr PERROTTA me entregó la carta .. la cuál me explicaba entre otras cosas que me proponía que

dirijiera una publicación fuera del país de carácter anti-visión
vió la revista visión?

Nº 1: - SI, ... sí.

Nº 2: - Entonces le dije al Sr que me esperara un momento
para reflexionar al ratito salí y le dije que yo no podía
aceptar ese ofrecimiento ya que yo tengo mi familia y todo aquí
... en mi país y ... pensaba como nací acá morir también en
la Argentina, el Sr éste me dijo que el Sr BURGOS lamentaría
que me no tomara el ofrecimiento y tengo de testigo a mi hijo.

Nº 1: - Bueno, terminemos con la propuesta de la revista
anti-visión.

Nº 2: - No se si se publica creo que la pretendía publicar en
Caracas me parece.

Nº 1: - Bueno sigamos con lo que había pensado

Nº 2: - Ud me preguntaba cual era mi ideología política? ...

Nº 1: - Correcto eso quedó aclarado.

Nº 2: - Mi ideología política? ..

Nº 1: - Eso ya quedó aclarado.

Nº 2: - Yo había pensado con lo que acabo de manifestar
que no quería salir del país que me fuera por razones de
descanso o otras cosas por el estilo no para irme del país
pense que este Sr llamaba tantas veces, que yo iba a tener que
terminar que .. perder todo mi decoro exterior que siempre
lo cuidé bastante y tener que ser sumamente humildemente
para decir lo que estoy diciendo ... y decirlo con el corazón
y decir que yo que faltado contra mi país es una medida

Nº 1: - Muy grave muy grave

Nº 2: - En una medida que no me toca a mi justipreciar no
conozco ... a nadie que sea juez y parte ... lo que le estoy
diciendo es que desearía tener como todo hombre que sea
tener la oportunidad de demostrar que lo que estoy diciendo es
cierto estaría dispuesto a cualquier cosa que no fuera
una cosa deshonesto ... en mi vida ... y si tengo vida le
voy a decir otra cosa Sr si se dispone a que esto que yo he
hecho, y no es un verso es pura verdad debo pagar esto
con mi vida no se traduzca en un ataque a mi país estoy

dispuesto a hacer una carta dirigida a mi familia a mi mujer a mis hijos a mis nietos en la cual le diga no se si todo lo que dije acá pero algunas cosas pedirles perdón y decirles que pierdo mi vida porque merezco perderla, se da cuenta Sr?es muy difícil decirlo pero lo estoy diciendo lo único que les pido es que no crean que estoy haciendo teatro porque estoy diciendo la verdad y lo que siento, así, como ven a un hombre de 57 años para salvar una cosa tan pequeña como es su orgullo de ser Director de un diario aunque fuera un diario venido a menos para llegar al término de la carrera que eseo fue lo que quería hacer llegar al término de la carrera bueno ... llegar al punto que yo dijera le paso la antorcha a alguien que lo pueda seguir Dios operaciones que fueron terribles para mí terribles conflictos jodidos que arruinaron mi salud ... mi vida y ahora van a arruinar mi futuro porque considero honestamente que después de esto que he dicho acá si esto se hace público yo hombrar bolsas ... por mi salud no puedo ... como no siendo de maestro en una escuela en un lugar escondido ... no podré nunca dar la cara ... se da cuenta ... Sr? no temo perder mi cara porque le estoy he desnudado mi alma y las cosas que tanto me pesaban y eso que le estoy diciendo tiene validez tanto cualquier sea el resultado de esta situación si alguien considera que tengo algún valor para hacer alguna tarea que sirva para la República aunque con riesgo de mi vida estoy dispuesto a hacerlo más aún no puedo decir lo que pido es perdón a todos y cada uno de mis amigos que han tenido confianza en mí y no lo merecía.

BUENOS AIRES, 15 JUN 77

Interrogatorio N° 2
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL
NO DIFUNDIR

ASUNTO: "CASO REDONDO" – (Informe N° 7)

**SEGUNDO INTERROGATORIO DEL EX DIRECTOR DEL
CRONISTA COMERCIAL RAFAEL ANDRÉS PERROTTA**
(Anexo 14)

El presente interrogatorio es copia textual del contenido de una cinta grabada.

REFERENCIAS:

N° 1: Interrogador

N° 2: Sr. PERROTTA

N° 1: - En forma bien concreta quiero que me conteste, primero
.... si sabía que JUAN PABLO era del PRT ...

N° 2: - Si, Sr sabía

N° 1: - Sabía perfectamente? ...

N° 2: - Sí, Sr cuando lo conocía sabía ...

N° 1: - Segunda pregunta A cuántos más del PRT conoció?
...

N° 2: - Conocía puedo dar los nombres ... si me acuerdo ...
al Sr DEMARCHI que yo supiera que era ...

N° 1: - A DEMARCHI qué fuera periodista de su diario? ...

N° 2: - Sí de él lo supe por JUAN PABLO, no lo sabía antes
yo ... y sospechar que fueran otros pero saberlo no ... porque
nadie me lo dijo ...

N° 1: - Y qué otro? ...

N° 2: - Había una Srta SUSANA VIAU quiero una ayuda
que era una redactora cronista

N° 1: - Dónde está esa chica=

N° 2: - No lo sé Sr fue despedida del diario hace mucho

N° 1: - Algún otro más?

Nº 2: - No sé

Nº 1: - Sr recuerde bien quiera una ayuda?

Nº 2: - Si Ud puede

Nº 1: - Mario

Nº 2: - Ese n o trabajó nunca en el diario yo lo conocí

Nº 1: - Ud sabía que era del PRT?

Nº 2: - Si, Sr me lo dijo el mismo ...

Nº 1: - Tercera pregunta Si tiene relaciones con los cubano
.... con que gente de la Embajada?

Nº 2: - Si Sr.

Nº 1: - Nómbrelos

Nº 2: - El embajador se llama EMILIO ARAGONEZ⁸, el ministro
consejero se llama COLL⁹ ... el nombre ... no lo recuerdo
... y el otro ... el consejero de defensa ... se llama GUSTAVO
HERNANDEZ.

Nº 1: - Este conocía su relación con el PRT? ...

Nº 2: - Ese conocía mi relación con el PRT (se refiere a GUS-
TAVO HERNANDEZ)

Nº 1: - Qué otro cubano conocía su relación con el PRT? ---

Nº 2: - El embajador ...

Nº 1: - El embajador? ----

Nº 2: - Si, Sr ese sí el otro no.

Nº 1: - O sea el embajador y GUSTAVO HERNANDEZ?

Nº 2: - al embajador no se lo dije nunca yo se le dije a GUS-
TAVO HERNANDEZ ...

Nº 1: - A Ud le consta?

Nº 2: - Estoy casi seguro ... que lo sabía.

Nº 1: - Está seguro? ...

Nº 2: - Sí .. señor totalmente.

Nº 1: - CUARTO ... Qué información concreta pasó al PRT ... y
sus fechas , de militares qué información pasó?

Nº 2: - De militares no pasé información al PRT, simplemente
lo que pasó

Nº 1: - Al Sr JUAN PABLO

Nº 2: - Los análisis de situación lo que le pasé ----

Nº 1: - Los análisis de situación militar?

Nº 2: - simplemente lo que le pasé sobre los hechos que se presentaban, pero no y referido fundamentalmente al tema del pronunciamiento posible de Revolución Militar que se dio ... en el mes de marzo ese era el tema que a él le interesaba .. más conocer ... las otras preguntas que me hizo se refieren a contacto sociales que yo pude tener ... pero no tenía relación con digamos actividades militares en sí ... sino simplemente ... la posición de esos militares ... con respecto a la situación.

Nº 1: - De qué militares concretamente? ...

Nº 2: - bueno me preguntaba por ejemplo

Nº 1: - Concreto

Nº 2: - ... bueno, conocía yo al General ANAYA¹⁰ ... que ya no era .. Cte pero

Nº 1: - Pero Ud una vez se lo presentó en un bar?

Nº 2: - El dice que se lo presente pero yo ... no lo recuerdo pero es posible que sea así y eso debe haber sido la primera vez o la segunda vez que yo lo vi

Nº 1: - Ud se lo presentó como un amigo?

Nº 2: - Sí .. Sr como un periodista ... le dije.

Nº 1: - De qué otro militar?

Nº 2: - este pero referido simplemente a la posición con respecto a al golpe bueno del almirante MAS-SERA¹¹ por ejemplo yo no sabía de manera que no podía ... ser muy preciso y del general eso fue casi ... sobre los finales y ni siquiera estoy segur de haberlo dicho del general OLIVERA ROVERA¹² ... que ya era esto una evidencia del golpe.

Nº 1: - De policías pasó algún informe? ...

Nº 2: - No Sr ... no conozco a policías.

Nº 1: - De empresarios? Ud no nombró alguno ayer?

Nº 2: - Le nombré uno Sr

Nº 1: - Haga memoria y nombre el resto ...

Nº 2: - No me acuerdo trato de hacer memoria el Sr OS-ENFOR¹³ ... presidente de Alpargatas ...

Nº 1: - Un momentito comience por el que nombró ayer

Nº 2: - El Sr ESTRADA presidente de Crysler.

Nº 1: - Qué pasó de él al PRT?

Nº 2: - Simplemente su dirección y el número de la patente de un automóvil ... que estaba parado frente a su puerta y era de la custodia ...

Nº 1: - Qué otro empresario?

Nº 2: - El Sr OSENFOR¹⁴ que es presidente de Alpargatas ...

Nº 1: - Qué pasó?

Nº 2: - El domicilio que tenía y su posición y cargo ...

Nº 1: - De qué otro *(No se entiende)*

Nº 2: - del señor PAZ ANCHORENA¹⁵ cuyo nombre en éstos momentos no recuerdo

Nº 1: - Qué pasó de él? ...

Nº 2: - Simplemente le pasé la dirección de él

Nº 1: - Y qué puesto?

Nº 2: - puesto no tiene ... ninguno porque es estanciero

Nº 1: - Qué otros?

Nº 2: - Les pasé el nombre del Sr HUERGO¹⁶ presidente de IKA RENAULT ...

Nº 1: - Qué más le pasó? ...

Nº 2: - El nombre y la dirección ...

Nº 1: - De qué otros pasó la dirección? diganos funcionarios

Nº 2: - De ningún funcionario ..

Nº 1: - De alguna otra persona? ...

Nº 2: - nada más Sr.

Nº 1: - Quinta pregunta ... Si cuando era Director del diario había periodista del PRT u otras organizaciones en el mismo?

Nº 2: - le expliqué Sr

Nº 1: - Si hablamos del Sr DEMARCHI quién más? ...

Nº 2: - La Srta lo supuse mucho después ...

Nº 1: - Cómo se llamaba? ...

Nº 2: - SUSANA RIAUT¹⁷ y de otras organizaciones no lo supuse concretamente pero sí me consta que uno era el Sr LUIS GUAGNINI¹⁸ .. a quién yo quise despedir

Nº 1: - Ud ... no se olvida de un periodista?

Nº 2: - El Sr CARLOS AVALOS ... pero nunca supe que fuera del PRT.

Nº 1: - Lo supo después cuando ya AVALOS se fue del país?.

Nº 2: - Sí, sin embargo dudé cuando lo ví afuera ... sin embargo pareciera que el PRT cuando me presentó a otras personas del partido.

Nº 1: - Sí dejó publicar a sabiendas artículos marxistas en su diario ...

Nº 2: - NO, Sr a sabiendas no .. yo dejé publicar artículos que a mí me parecieron artículos que no era marxistas sin embargo hoy al haberlos visto que esos artículos eran de contenido marxista.

Nº 1: - Quienes eran los periodistas que los publicaban? ...

Nº 2: - Los periodistas que escribían estos eran fundamentalmente se referían muy sutilmente en el tema del trabajo había un Sr SUAREZ¹⁹ que era ...

Nº 1: - Cómo se llamaba el nombre completo ...

Nº 2: - Mire ... creo que se llamaba EDUARDO SUAREZ.

Nº 1: - Dónde está? Se fue del país?

Nº 2: - No, no creo tenía un sobrenombre que yo no lo recuerdo ... creo que trabajaba o lo toman preso por un boletín que escribía de información de MONTONEROS, eso me lo dijeron muchas veces ... después

Nº 1: - Quién se lo dijo?

Nº 2: - Me lo dijeron cuando yo fui de viaje

Nº 1: - Ud recibió alguna paga? ..

Nº 2: - No, Sr no recibí ninguna paga además si me permite agregar cuando yo conocí a esas personas yo no sabía que eran de esas organizaciones en ningún caso en el caso del Sr GUAGNINI cuando sospeché que era aproveché un viaje que hizo a Panamá y le mandé un telegrama de despido por no presentación ... pero cuando volvió prácticamente me ví obligado a retomarlo por la presión que recibí en ese momento.

Nº 1: - Ud dígame si dijo alguna vez a JUAN PABLO en broma o en serio que se consideraba un combatiente del PRT.

Nº 2: - Si, Sr se lo dije y nunca fue en serio.

Nº 1: - Suponga que yo soy JUAN PABLO, dígalo en el tono dígalo Ud ...

Nº 2: - El tono no puedo recordarlo ... si le dije que yo me constanciaba con lo que el me decía que eran los ideales del PRT, y que me consideraba un combatiente claro no combatiente porque no lo era ... eso lo usé como un elemento de

BUENOS AIRES, 16 JUN 77

NOTAS

1. Se refiere a Carlos Abalo, periodista de *El Cronista Comercial*.
2. El subrayado está en el original.
3. Aurelio Silveiro era un periodista cubano, fundador de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC).
4. Se refiere a José Ber Gelbard, líder de la Confederación General Económica (CGE) y ministro de Economía de los gobiernos de Héctor Cámpora, Juan Perón y María Estela Martínez de Perón.
5. Se refiere a Armando Estrada, gerente de Chrysler.
6. Se refiere a Héctor Demarchi, periodista de *El Cronista Comercial*.
7. Se refiere a Carlos "Quito" Burgos, periodista de *El Cronista Comercial*.
8. Se refiere al comandante Emilio Aragonés Navarro, embajador cubano en Argentina.
9. Se refiere a Raúl Coll, adjunto del embajador Emilio Aragonés Navarro.
10. Se refiere al general Leandro Anaya.
11. Se refiere al almirante Emilio Eduardo Massera.
12. Se refiere al general Jorge Carlos Olivera Róvere.

13. Se refiere a Eduardo Oxenford, empresario, presidente de Alpar-gatas, interventor de la UIA y ministro de Industria y Minería du-rante la presidencia de facto del general Roberto Viola. En 1978 fue secuestrado y asesinado, a pesar de que se pagó un rescate.
14. Ídem.
15. Los Paz Anchorena eran una familia típica de la oligarquía terrate-niente argentina. Es posible que se refiriera a Arturo Zacarías Paz Anchorena, que había sido compañero suyo del colegio Champagnat.
16. Se refiere a Eduardo M. Huergo, presidente de la IKA-RENAULT.
17. Se refiere a Susana Viau.
18. Se refiere a Luis Guagnini, que fue secuestrado meses después, el 21 de diciembre de 1977.
19. Se refiere a Eduardo Suárez, que había desaparecido junto a su compañera el 14 de agosto de 1976.

EL OFICIO DE ESCRIBIR

Ari Lijalad fue el investigador principal de esta historia, y sin su inteligencia, pasión profesional, dedicación y afecto incondicional este libro no hubiera existido. Mis amigos Hugo Muleiro y Silvia Silberstein cuidaron este texto como si fuera propio. Isidoro Gilbert, gran maestro del periodismo y amigo entrañable, revisó la obra y me aconsejó con sabiduría. Tomás Pont Vergés me asistió con paciencia y afecto durante estos años. Silvia Hodgers, desde la distancia, me entregó su tiempo, su cariño y su memoria. También lo hizo María Cristina Zamponi. La familia Perrotta, especialmente Rafael y Elena Bengolea, confiaron y facilitaron la documentación necesaria para reconstruir esta historia, así como Clelia Pan y María Luisa Clauret y los amigos de Perrotta que acercaron informaciones valiosas para comprender lo ocurrido. La Comisión Provincial por la Memoria y sus trabajadores y la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación colaboraron con dedicación en la reconstrucción de la historia, en especial el valioso aporte del secretario de Derechos Humanos de la Nación, Eduardo Luis Duhalde, que me confirmó el camino de la investigación. Los periodistas Gisela Busaniche, Carlos Castro, Alberto Dearriba, Carlos Abalo, Norberto Colominas, Oscar González, Roberto Guareschi, y otros colegas fueron generosos con su tiempo y su memoria. Tristán Bauer y Víctor Santa María me respaldaron con

paciencia, como también lo hicieron mis colegas de Radio Nacional. Fernando González, director de *El Cronista Comercial*, Hernán De Goñi, el juez Alejo Ramos Padilla, la secretaria del juzgado del doctor Norberto Oyarbide, Patricia Palmisano, José Luis Boquete (jefe de la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional), Ariel Soraggi (Hemeroteca del Congreso Nacional), Mirta Urdiales y Matías Di Santi colaboraron revisando archivos con paciencia. Mis amigos Ana Jusid, Vicente Muleiro, Orlando Rosenberg, Telma Luzzani, Beatriz Castillo, Lucía Capozzo y Teresa Pacitti, así como mi familia y mi asistente Verónica Mucha, padecieron mis obsesiones y me acompañaron con un afecto irreductible.

A todos ellos, muchas gracias.

Índice onomástico

- Abal Medina, Fernando 140, 145
 Abal Medina, Juan Manuel 199
 Abalo, Carlos 445, 258, 259, 260,
 262, 269, 284, 308, 309, 342,
 374, 442
 Abeledo, Fernando 186, 190, 191,
 230, 258, 284, 301
 Abeledo, Horacio 301
 Aberg Cobo, Martín 138
 Abramovich, Eduardo 190
 Abras, Emilio 237
 Acevedo, Arturo 130
 Acosta, Jorge "Tigre" 176
 Acosta, Nieves Luján 353, 355
 Agosti, Orlando Ramón 276, 359
 Agulla, Horacio 356
 Albanese, Virgilio 75
 Alcón, Alfredo 256
 Alemann, Juan 375
 Alemann, Roberto 71, 74, 99, 125,
 131, 337, 375
 Alemián, Carlos 78
 Alende, Oscar 206, 223
 Alfonsín, Raúl 206, 223, 347, 357
 Algañaraz, Juan Carlos 154, 155
 Algañaraz, Julio 155
 All, Carlos Emilio 249, 253, 285,
 335, 346
 Alliaud, Jorge 335, 357
 Alonso, José 87, 145,
 Alsogaray, Álvaro 71, 74, 88, 89, 90
 Alsogaray, Julio 93, 98, 99, 118, 125
 Alsogaray, María Julia 9
 Alterio, Héctor 239
 Álvarez, Adolfo Teodoro 93
 Álvarez, Julio 113
 Amadeo, Eduardo 270, 370
 Amadeo, Héctor "Tito" 78, 79, 149,
 185, 189, 201, 275
 Amadeo, Mario 57, 62, 63, 111,
 139, 370
 Anaya, Leandro 255, 261, 272, 309,
 341, 439, 442
 Anaya, Jorge Isaac 359
 Angelelli, Enrique 303, 331
 Anguita, Eduardo 302, 365
 Antonio, Jorge 52, 53, 205, 270
 Anzisi, Duilio 35, 39, 43, 53, 62, 63,
 65, 71, 77, 80, 82, 86, 95, 96, 106
 Aragonés Navarro, Emilio 242,
 261, 265, 270, 442
 Aramburu, Pedro Eugenio 34, 60,
 63, 81, 120, 140, 141, 142, 145,
 148, 237, 239
 Arata de Erize, Jeanette 132
 Armelin, Carlos 78
 Arriazu, Ricardo Héctor 318, 319,
 320
 Arrostito, Norma 140, 237, 367
 Ascone, Juan José 159, 201
 Astigueta, José Mariano 38, 71, 74,
 77, 369
 Astiz, Alfredo 360
 Astudillo, Carlos Heriberto 166

- Augier, Nélida "Pola" 252, 253, 365
 Azpitarte, Osvaldo René 275
- Bagnasco, Adolfo 361
 Baker Eddy, Mary 152
 Balbín, Ricardo 186, 200
 Baldinelli, Elvio 122, 123
 Baldú, Alejandro 134
 Ballent, Héctor Mario 331, 351
 Ballesterio, María Julia 38
 Barr, Joseph 137
 Basombrio, Guillermo Eduardo 63, 64
 Batista, Fulgencio 266
 Bauer, Tristán 445
 Beccar Varela, Horacio 131
 Beccar Varela, Mariano 131
 Bedoian, María 255
 Bendolini, Lino 246, 289, 291, 292, 325, 326
 Bengolea, María 80
 Bengolea, María Rosa 63, 64, 110
 Bengolea de Perrotta, Elena Josefina 15, 16, 17, 22, 23, 35, 36, 37, 38, 51, 84, 129, 146, 153, 175, 298, 307, 352, 357, 363, 373, 374, 400, 410, 411, 445
 Benítez, Antonio Juan 193
 Benítez, Hernán 145, 241
 Berger, María Antonia 166
 Bergés, René (Ignoto Pastor) 102
 Bergés, Jorge Antonio 348, 349
 Berisso, Emilio 162
 Bernal, Manuel José 62
 Bernetti, Jorge 159, 229, 300
 Berzins, Silvia 63, 64
 Biedma, Juan Martín 38
 Blajaquis, Domingo 91
 Blanco, José Eugenio 112
- Boero, Alejandra 79
 Boeschstein, Harold 119, 120
 Bonanni, Pedro José 265
 Bonasso, Miguel 155, 159, 185, 186, 198, 205, 208, 219, 222, 365
 Bonet, Rubén Pedro 166
 Boquete, José Luis 446
 Borda, Guillermo 111, 113
 Born, Jorge 123, 131, 395
 Born, Juan 131
 Borrás, Raúl Antonio 358
 Borrini, Alberto 297, 299, 302
 Borro, Sebastián 223
 Botana, Natalio 145, 365
 Bracht, Alfredo 131
 Braden, Spruille 58
 Braga Menéndez, Aníbal 62, 63, 64, 65, 71, 76
 Brailovsky, Antonio 189
 Brandi, Carlos 186, 187
 Brando, Luisina 256
 Brandoni, Luis 239
 Braun, Armando 131
 Braun, Rafael 145
 Brea, Teodosio 131
 Brezhnev, Leonid 220
 Brignone, Carlos (Julio Verde) 97, 102, 103, 170
 Briski, Norman 239
 Broner, Julio 78, 149, 183, 188, 211, 215, 217
 Brunello, Duilio 219
 Brusco (hermanos) 81
 Bunge, César 118, 123, 391,
 Burgess, Carter Lane 118, 119, 120, 123, 125, 132
 Burgos, Carlos 231, 232, 241, 300, 301, 434, 442
 Busaniche, Gisela 445

- Bussi, Domingo 266
 Bustamante, Gonzalo 162
 Bustillo, Alejandro 50, 51

 Cabanna, Alejandro 38
 Cabo, Dardo 104, 159, 205
 Cabral, Juan José 128
 Cacciatore, Osvaldo 157
 Cáceres, Alberto 250
 Cafiero, Antonio 241, 265, 269, 270
 Caggiano, Antonio 32, 160
 Calabró, Victorio 271, 331, 350,
 Calveiro, Pilar 283, 365
 Campiglia, Horacio 224
 Cámpora, Héctor 165, 167, 170,
 173, 185, 186, 187, 188, 191, 192,
 194, 199, 200, 201, 105, 210,
 231, 260, 314, 359, 442
 Campos Menéndez, Hernando
 138
 Camps, Alberto Miguel 166
 Camps, Ramón 331, 351, 353, 359
 Cánepa, Enrique 64, 65, 95, 96,
 228
 Capanegra, Julián Eduardo 329
 Caparrós, Antonio 150, 180
 Caparrós, Martín 302, 365
 Capdevila, José "Pepe" 275
 Capellini, Orlando 276
 Capello, Eduardo Adolfo 166
 Capozzo, Lucía 446
 Caputto, Riobó 75
 Caraballo, Gustavo 359
 Carcagno, Jorge 164
 Carmona, Ernesto 189
 Caro, Carlos Augusto 93
 Carpintero, Carlos Pablo 286
 Carrillo, Ramón 332
 Carter, James 356

 Casariego del Bel, Juan Carlos 336,
 337, 338, 339, 362, 363, 364, 372
 Casariego del Bel, María 337
 Caserta, Guido 17, 18
 Castiglione, José F. L. 75
 Castillo, Beatriz 446
 Castillo, Ramón 332
 Castro Sánchez, Eduardo 93
 Castro, Carlos 445
 Castro, Fidel 126, 270, 366
 Castro, Irmay 121
 Centeno, Ángel 124, 371
 Cerón, Sergio 78
 Cerro, José Antonio 319
 Cerutti Costa, Luis 205
 Champagnat, Marcelino 31
 Chávez, Fermín 223
 Chegoriansky, Noé Ernesto 338
 Cívita, Carlos 256
 Cívita, César 256
 Cívita, Mina 256
 Clauret, María Luisa 190, 221, 375,
 445
 Clur, Luis 75
 Coccoz, Javier Ramón 252, 253,
 260, 261, 267, 28, 272, 304, 305,
 306, 311, 312, 31, 314, 315, 316,
 318, 321, 335, 336, 338, 339,
 344, 345, 346, 361, 362 363, 364
 Coccoz, Julián Ramón 311, 316,
 317, 318
 Coccoz, María Yolanda 317
 Coccoz, Mario Raúl 311
 Coccoz, Víctor 317, 318
 Coll Benegas, Carlos 62, 90
 Coll Benegas, Sofía 90, 228
 Coll, Raúl 242, 261, 438, 442
 Colom, Eduardo 39
 Colombo, Susana 189

- Colominas, Norberto 197, 235, 236, 256, 370, 375, 445
- Colotto, Jorge Silvio 22, 69
- Conte Mac Donell, Augusto María 308
- Conti, Haroldo 22
- Conti, Jorge 205
- Cooke, John William 333, 334
- Copello, Santiago Luis 56
- Corbetta, Arturo 359
- Cordón Aguirre, Arturo Armando 146, 148
- Cornicelli, Francisco 163
- Corti, Carlos Alberto 286
- Cossa, Roberto "Tito" 182, 189, 231, 236, 256, 275, 282, 283, 284, 375
- Costa Méndez, Nicanor 94, 110, 111, 114, 116, 122, 124, 125
- Costa, Eduardo 38
- Costa, Emiliano 71, 153,
- Cox, Robert 307, 322, 323, 356, 366, 370, 375
- Croatto, Armando 214
- Cuadern, José 64
- Curutchet, Ricardo 204
- D'Apice, Oscar 62, 81, 91, 92, 110, 149, 151, 193
- Dagnino Pastore, José María 128
- Dallatea, Carlos Alberto 276
- Dankert, Guillermo 24, 25
- Daverio, Maud 322, 323, 366
- De Alvear, Marcelo Torcuato 30
- De Casabellas, Ramiro 79
- De Estrada, José María 111
- De Estrada, Santiago 111, 124
- De Gainza, Alicia 338, 339
- De Goñi, Hernán 446
- De Guébriant, Jean 123
- De la Rúa, Fernando 200
- De Laferrere, Alfonso Carlos 64
- De Nevares, Jaime 135, 136, 160
- De Olaso, Ezequiel 145
- De Pablo Pardo, Luis María 57, 139
- Dearriba, Alberto 150, 154, 168, 182, 183, 186, 189, 194, 195, 198, 210, 213, 242, 275, 281, 284, 301, 375, 445
- Del Rey, Alberto Carlos 166
- Delfino, Liliana 294
- Delfino, Mario Emilio 166
- Delgado, Julián 79, 297, 299, 302, 303, 359
- Delgado, Manuel Héctor 214
- Della Nave, Carlos 134
- Demarchi, Héctor 194, 195, 229, 232, 233, 242, 259, 278, 279, 300, 301, 302, 342, 431, 438, 440, 443
- Di Pucci, Roberto 98, 371
- Di Santi, Matías 446
- Di Vietri, Antonio 358
- Díaz Bessone, Ramón Genaro 275, 335
- Díaz Colodrero, Mario 38, 111, 114, 138
- Díaz Ortiz, Santiago 214
- Dietl, Carlos 131
- Diez, Rolando 252, 253, 314, 315, 366
- Diviesti, Francisco 81
- Diz, Adolfo 318, 319
- Dold, Ricardo 136
- Doman, Fabián 9, 362, 363
- Dorticós, Osvaldo 191
- Duhalde, Eduardo Luis 161, 204, 254, 350, 445

- Eguía, Jorge 75
 Eguren, Alicia 334
 El Kadri, Envar 277
 Elizalde, Félix Gilberto 82
 Escribano, José Claudio 134, 135
 Esmerode, Benito 131
 Española, Carlos Antonio
 Esparis, Ricardo 277
 Espejo, José 46
 Esteban, Enrique 356
 Estrada, Armando 430, 440, 442
 Etchebarne, Conrado 94
 Etchecopar, Máximo 11

 Farías, Ricardo Luis 364
 Fernández Baños, Héctor Hugo
 314, 335, 337
 Fernández Long, Hilario 100
 Fernández Pondal, Rodolfo 356
 Fernández Taboada, Roberto 121
 Fernández, Antonio del Carmen
 237, 248
 Ferrari, Élide 337
 Ferrer, Aldo 89, 140, 146, 371
 Ferreyra, Lilia 229
 Fidanza, Amílcar 121, 190, 232, 275
 Figueroa Alcorta, José 28
 Finoli, Horacio 121, 166, 374
 Firmenich, Mario Eduardo 140,
 223, 224, 237, 238, 264
 Firpo Miró, Luis 131
 Flores Jouvett, Ricardo 23
 Floria, Carlos 78, 88, 89, 145, 221,
 222, 374, 382
 Fonseca, Mario Adolfo 100
 Fontán, Pablo 237
 Framini, Andrés 74, 104, 223
 Franco, Carlos Hernán 357
 Franco, Francisco 275

 Fridman, Felipe 189
 Frigerio, Rogelio 61, 62, 113, 149, 172
 Frischknecht, Federico 113
 Frondizi, Arturo 61, 62, 64, 71, 72,
 73, 74, 77, 82, 86, 90, 104, 124,
 170, 172, 239
 Frondizi, Silvio 154, 205, 227, 239

 Gaggero, Miguel 205
 Gaillard, Juan Carlos 78, 79, 149, 189
 Gainza Paz, Alberto 75
 Gainza, Máximo 340
 Galasso, Norberto 52, 198, 366
 Galeano, Eduardo 49
 Galetti, Liliana 255
 Galimberti, Rodolfo 219, 238
 Gallego Soto, Julio 318, 332, 333,
 334, 335, 336, 337, 338, 339,
 357, 358, 362 363, 364
 Galliard, Juan Carlos 275
 Gallo, Guillermo 96
 Gallo, María Rosa 256
 Galtieri, Leopoldo Fortunato 275,
 359
 Gamond, Eduardo 186
 Garasino, Alberto 133
 Garasino, Luis 121, 132, 133, 134,
 135, 189
 Garaycochea, Carlos 152
 García Belsunce, Horacio (padre)
 138
 García Elorrio, Juan 140
 García Lupo, Rogelio 127, 223,
 233, 333, 366, 370
 García Mata, Rafael 111, 123
 García, Rosendo 91
 Gaya, Gustavo 305
 Gaya, Ricardo 304, 305, 306
 Gayoso, Gaspar 195

- Gelbard, José Ber 78, 81, 90, 127,
 149, 181, 188, 199, 202, 210, 211,
 212, 213, 214, 215, 216, 217,
 219, 220, 226, 227, 237, 238,
 239, 242, 258, 267, 277, 341,
 344, 345, 359, 368, 382, 427, 442
 Gelli, Licio 192
 Gelman, Juan 155, 208
 Gené, Juan Carlos 257
 Gilbert, Isidoro 12, 445
 Giménez, Antonio Martín 24, 25,
 27, 28
 Ginastera, Alberto 105
 Giordano, Norberto 335
 Giovenco, Alejandro 104
 Gllell, Jorge 215
 Gnavi, Pedro 120
 Godio, Julio 128
 Gómez, Alejandro 61
 Gómez Morales, Alfredo 239, 257,
 319
 González O'Donnell, Luis 79
 González, Carlos 72
 González, Fernando 446
 González, Oscar 196, 229, 232,
 233, 235, 242, 300, 301, 308,
 309, 375, 445
 Gorriarán Merlo, Enrique Ha-
 roldo 165, 232, 148, 273, 366
 Gotelli, Luis María 123, 132, 280
 Gowland, Pablo 125, 143, 144, 370
 Graffigna, Omar 359
 Graiver, David 267, 303, 350, 359
 Gramano, Juan Amadeo 350
 Granados, Osvaldo 256
 Grinspun, Bernardo 88
 Grondona, Carlos 103
 Grondona, Mariano 19, 96, 262,
 263, 375
 Grossman, Ernesto 71, 80, 81
 Guagnini, Luis 155, 198, 275, 356,
 440, 441, 443
 Guarany, Horacio 239
 Guareschi, Roberto Pablo 9, 11,
 153, 159, 182, 189, 201, 22, 231,
 232, 241, 264, 280, 284, 375, 445
 Guerrero de Molina, Hilda Natalia
 104
 Guevara, Ernesto "Che" 72, 73,
 248, 333
 Guevara, Juan Francisco 98
 Guevara, Nacha 239
 Guido, José María 74, 82, 96
 Güiraldes, Juan José 142
 Gutheim, Federico 334
 Gutheim, Miguel 334
 Gutiérrez Ruiz, Héctor 295
 Guyer, Roberto 157, 268, 269, 271,
 272, 405
 Habegger, Norberto 141, 198, 205,
 208
 Hadow, Michael 129
 Haidar, Ricardo René 166
 Halac, Ricardo 256
 Harguindeguy, Albano 18, 21, 284,
 319, 320
 Hartridge de Videla, Alicia 72, 302
 Hernández, Gustavo 242, 342
 Hernández, Mario 205
 Herrera Vegas, Jorge Hugo 99
 Herrera, Casildo 190
 Hill, Robert 269
 Hirsh, Mario 130
 Hitler, Adolf 242, 250
 Hodggers, Silvia 9, 313, 314, 375, 445
 Howard, Jack 88
 Huergo, Eduardo 34, 341, 443

- Ikonickoff, Ignacio 254, 255
 Illia, Arturo Humberto 82, 86, 87,
 89, 90, 91, 93, 95, 97, 104, 105,
 114, 118, 124, 172
 Imaz, Armando "Héctor" 310
 Imaz, Francisco 112, 398
 Imbellone, Oscar 132
 Invierno, Eduardo 176
 Iturrieta, Aníbal 214
 Itzcovich, Mabel 155

 Jacovella, Tulio 205
 Jaureche, Arturo 332
 Jepsen, Martín 210
 Johnson, Lyndon 137
 Jones, Peter 138
 Jusid, Ana 446
 Justo, Agustín P. 32, 35, 248

 Kahn, Heriberto 218
 Keidel, Juan 65
 Kennedy, Norma 199, 204
 Kilgore, Bernard 77, 13, 119, 389
 Kirchner, Néstor 362
 Kirschbaum, Ricardo Luis 9, 11,
 13, 189, 222, 275, 284, 301, 307,
 375
 Kissinger, Henry 215
 Klein, Guillermo Walter 338, 339
 Klimovsky, Gregorio 361
 Kohanoff, Rafael 213, 375
 Kohon, Alfredo Elías 166
 Kosyguin, Alexei 220
 Kraiselburd, David 227
 Kremer, Arnold (Luis Mattini)
 248, 296, 254, 267, 268, 296,
 310, 314, 375
 Krieger Vasena, Adalbert 101, 102,
 115, 118, 122, 125, 128, 140,
 170, 396
 Kunkel, Carlos 214

 Laghi, Pío 269
 Lamarque, Alejandro Raúl 63, 64
 Lamborghini, Osvaldo 238, 275
 Lambruschini, Armando 359
 Lanusse, Alejandro 121, 129, 149,
 157, 158, 161, 162, 163, 164,
 165, 167, 170, 172, 173, 185,
 188, 191, 269, 366
 Lanusse, Antonio 94, 113
 Lanzillotto, Ana María 293
 Larriqueta, Daniel 78, 80, 82, 91,
 149, 157, 210, 211
 Lastiri, Raúl 200, 203, 205, 210 263
 Lea Place, Clarisa 167
 Ledesma, Juan Eliseo 277, 278, 248
 Leonetti, Juan Carlos 265, 295,
 294
 Lera, Francisco 86
 Lesgart, Susana Graciela 166
 Levingston, Roberto Marcelo 139,
 140, 146, 148, 172
 Lezcano, Héctor Aldo 21, 107, 358
 Liberatore, Carlos 24, 25, 34, 39
 Liberman, Alberto Salomón 350
 Lijalad, Ari 445
 Lisak, Oscar 191
 Llambí, Benito 200, 237
 Llorente, Saturnino 123
 Lodge, Francesca 146
 Lodge, John Davis 19, 125, 146,
 147, 403
 Loiurato, Edgardo 255
 Lonardi, Eduardo 58, 60, 63
 López, Atilio 219
 López Aufranc, Alcides 19, 112,

- 162, 168, 169, 170, 171, 172,
173, 261, 271, 375, 388, 404
- López Recalde, Jaime 81, 151, 156,
371, 374
- López Rega, José 22, 190, 192, 193,
199, 200, 209, 214, 218, 224,
226, 227, 236, 237, 239, 241,
257, 264, 265
- López Rega de Lastiri, Norma
200, 205
- Loza Semprun, Enrique 17
- Luchía-Puig, Luis 204
- Lumumba, Patrice 183
- Luzzani, Telma 446
- Mac Kay, Luis Rafael 64
- Maciel, Antonio 75, 123
- Madanes (hermanos) 188
- Magnetto, Héctor 233
- Magrini, César 78, 187
- Maguid, Carlos 140
- Malagarriaga, Carlos 30, 34, 39
- Mangini, Juan 249, 253, 255, 261,
273, 285, 304, 335, 346
- Manrique, Francisco "Paco" 81,
164, 186, 204, 359
- Manso, Leonor 256
- Mantilla García, Beatriz 38
- Maradona, Diego Armando 356
- Margaride, Luis 314
- Marighella, Carlos 183
- Markley, Rod 120
- Martelli, Rodolfo 117, 132
- Martin, Edwin 118
- Martínez, César Alberto 265
- Martínez, Ezequiel 112, 137
- Martínez, Isabelino 36
- Martínez, José Heriberto 138
- Martínez, Rodolfo 74
- Martínez, Tomás Eloy 79, 256
- Martínez de Hoz, José Alfredo
12, 15, 17, 18, 19, 21, 50, 75, 99,
130, 131, 132, 184, 256, 262,
273, 275, 276, 280, 282, 284,
285, 297, 309, 318, 319, 320,
332, 334, 337, 339, 341, 344,
345, 353, 375
- Martínez de Perón, María Estela
190, 200, 226, 442
- Martínez Paz, Enrique 94
- Martínez Raymonda, Rafael 186
- Martínez Zemborain, Oscar 232,
233, 375
- Martínez Zubiría, Jorge 120
- Mas, Fernando 121, 153
- Masetti, Jorge Ricardo 332
- Massera, Emilio 15, 17, 19, 157,
162, 176, 184, 255, 261, 263,
264, 271, 272, 275, 276, 279,
284, 303, 309, 322, 341, 345,
346, 359, 360, 439, 442
- Mattarollo, Rodolfo 205
- Mattini, Luis (véase Kremer, Ar-
nold) 248, 296, 254, 267, 268,
296, 310, 314, 375
- Mauricio, Ricardo 222, 335
- Mazzinghi, Jorge Alberto 124
- Mc Loughlin, Eduardo 140, 146
- Medeiros Querejazu, Gustavo 123
- Medrano, Luis 103
- Mejía, Alejandro Jaime 62, 64,
- Mejía, Jorge 22, 84, 144, 145, 204,
221, 374
- Mena, José Ricardo 166
- Mendizábal, Horacio 141
- Menem, Carlos Saúl 10
- Menéndez, Luciano Benjamín 46,
275

- Menna, Domingo 165, 248, 261, 293, 294, 310
 Merbilhaá, Eduardo Alberto (Alberto Vega) 248, 296, 310
 Mestre, Goar 266, 267, 280, 281, 297
 Mey, Luis 138
 Michelini, Zelmar 295
 Miguel, Eduardo 124
 Miguel, Lorenzo 182, 192, 199, 263
 Míguez Górgolas, Leopoldo Manuel 36
 Mingorance, Antonio 21, 107, 358
 Miralles, Julio César 350
 Miralles, Ramón 350
 Miranda, Miguel 211
 Mitre, Bartolomé 27, 75, 197,
 Mochkofsky, Graciela 143, 231, 366
 Moledo, Manuel 36
 Moltedo, Rodolfo 116
 Montero, Carlos 280, 281
 Mor Roig, Arturo 148, 158, 185, 227, 263
 Morales, Jorge 121
 Morduchowicz, Fernando 134
 Morelli, Manuel Alejandro 23, 67, 69, 107, 176, 146, 289, 290, 326, 358
 Moreno, Julio Raúl 63, 64
 Mosca, Enrique 39
 Moya Saravia, Estela 305
 Moyano Llerena, Carlos 140, 146
 Mucha, Verónica 446
 Muchnik, Daniel 77
 Mugica, Carlos 122, 145, 160, 172, 221, 371
 Mujica Lainez, Manuel
 Muleiro, Hugo 445
 Muleiro, Vicente 446
 Muñiz, Carlos 139
 Muñiz Barreto, Diego 215
 Murno, Hugo 207, 215, 218, 235, 275, 284, 301, 374
 Murray, Santiago 78
 Mussolini, Benito 32
 Nadra, Fernando 205
 Nágera, Jorge 80
 Natucci, Osvaldo 205
 Navarro, Antonio Domingo 219
 Navarro, José Sabino 145
 Nazar, Juan 351, 375
 Negri, Mario 297
 Nelky Martínez, Ángel 361
 Neustadt, Bernardo 134, 135, 137
 Niethardt, Ernesto Axel 112
 Nieto, Juan 112
 Nixon, Richard 218
 Noble, Roberto 75
 Novara, Orlando 232, 242, 375
 Numa Laplane, Alberto 256
 Obregón Cano, Ricardo 219
 Ocampo, Victoria 34, 50
 Okita, Ricardo 96, 110, 228,
 Olivera Róvere, Jorge Carlos 17, 22, 13, 342
 Olivieri, Aníbal 56, 184
 Olmos, Amado 87, 115
 Onganía, Juan Carlos 88, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 99, 100, 102, 104, 105, 109, 110, 113, 114, 115, 116, 118, 122, 124, 125, 128, 129, 131, 132, 134, 135, 136, 37, 139, 140, 142, 146, 158, 297
 Onganía, Sara Elsa 136
 Ongaro, Raimundo 115, 128
 Orecchia, Adalberto 110, 184, 190, 193, 208, 280, 281, 374
 Orfila, Jorge Raúl 171

- Oría, Jorge 123, 138
 Ortega Peña, Rodolfo 202, 204, 227, 254
 Ortiz de Rosas, Carlos 109, 110, 111, 112, 113, 114, 118, 124, 388
 Osatinsky, Marcos 141, 165, 265
 Osinde, Jorge 199
 Otero, Ricardo 193, 198
 Otero, Rodolfo Pío 93
 Otero Monsegur, Luis María 82
 Ovide, Alberto Washington 335
 Oyarbide, Norberto Mario 363, 446

 Pacelli, Eugenio 32
 Pacitti, Teresa 446
 Pallí, Juan 267, 281, 298
 Palmero, Juan 92
 Palmisano, Patricia 363, 446
 Pampillón, Santiago
 Pan, Clelia 131, 139, 189, 254, 374, 445
 Pandolfi, Rodolfo 79, 134, 136
 Papaleo, Lidia 303
 Papaleo, Osvaldo 351
 Papite, José 24
 Pasman, Alberto 267, 281, 298, 302
 Pasquini Durán, José María 155, 189, 301
 Pastor, Ignoto (véase Bergés, René) 102
 Pauwels, Louis 134
 Paz Anchorena, Arturo Zacarías 34, 36, 342, 440, 443
 Pearson, Enrique 111
 Peccei, Aurelio 129, 130, 131, 161
 Peco, Ángel "el Cholo" 163, 170
 Peltzer, Enrique 36, 63, 63, 70, 77, 124, 374
 Pelzmajer, Jorge 206, 207, 216, 217, 375
 Peña, Federico 123, 127
 Peña, Félix 145
 Peña, Oscar 189
 Pepe, Lorenzo 87
 Peralta Ramos, Ricardo 75
 Perette, Carlos 82
 Pereyra de Perrotta, María Ana 29, 34, 39
 Pereyra Murray, Víctor 162
 Pérez Companc, Carlos 138, 206, 207
 Pérez Companc, Gregorio 184
 Pérez Companc, Joaquín 206
 Pérez de Gaya, Ana María del Carmen 304
 Pérez Guilhou, Dardo 94
 Pérez, Humberto 75
 Perlinger, Luis 93
 Perón, Eva 45, 50, 120, 140, 148, 380
 Perón, Juan Domingo 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 63, 70, 87, 105, 111, 120, 124, 139, 145, 148, 150, 153, 158, 161, 163, 164, 165, 167, 168, 170, 172, 173, 181, 185, 188, 192, 193, 198, 199, 200, 202, 203, 209, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 218, 219, 220 222, 224, 225, 226, 240, 242, 263, 332, 333, 334, 381, 383, 442
 Perrault, Giles 249, 367
 Perrotta Pereyra, Ana María 29, 30, 35, 310, 322, 374
 Perrotta, Giovanni 83
 Perrotta, Luciana 179
 Perrotta, Nicolás 179
 Perrotta, Patricia "Pata" 179

- Perrotta, Rafael María 107, 108,
 129, 139, 144, 153, 156, 175,
 176, 177, 178, 179, 180, 184,
 201, 210, 228, 240, 245, 246,
 247, 259, 270, 279, 285, 289,
 290, 291, 292, 293, 297, 298,
 299, 302, 307, 325, 326, 327,
 328, 329, 330, 342, 355, 445
 Perrotta, Rafael Severino 24, 25,
 26, 28, 29, 30, 31, 34, 101
 Perrotta, Santiago Alfonso 16, 17,
 18, 21, 22, 43, 107, 176, 179,
 228, 240, 245, 246, 290, 326,
 327, 329
 Petracca, Roberto 94
 Peyceré, Raúl 123
 Pi de la Serra, Miguel 121
 Pichon-Rivière, Enrique 150
 Pico, César 111
 Pierini, Alicia 362
 Pinedo, Federico 35, 74
 Pinochet, Augusto 203
 Pistarini, Pacual 92, 93
 Pita Romero, Santiago 103, 105
 Plá Cárdenas, Ramón 228
 Plis-Sterenbergh, Gustavo 254, 277,
 367
 Podestá Wilmart, Clara 291
 Podestá, Jerónimo 223, 131
 Podgorny, Nicolai 220
 Polti, Miguel Ángel 166
 Pont Vergés, Tomás 445
 Pozo, Héctor Vicente 64
 Prats González, Carlos 203
 Prémoli, Luis 137
 Pretti, Valentín Milton 348, 349, 358
 Pueyrredón, Julio 132
 Pugliese, Juan Carlos 90
 Puig, Juan Carlos 193, 200
 Puiggrós, Oscar 111, 223, 239
 Pujadas, Mariano 166, 265
 Queraltó, Juan 204
 Quieto, Roberto "el Negro" 141,
 165, 208, 224
 Quijano, Hortensio 39
 Quijano, Ismael Bruno 62, 163
 Raab, Enrique 155
 Rabossi, Eduardo 358
 Raggio, Lorenzo 111
 Ramos Padilla, Alejo 446
 Ramos, Abelardo 205
 Ramus, Carlos Gustavo 140, 145
 Ranier, Jesús Ramés "el Oso" 277,
 279
 Rapoport, Mario 55, 367
 Ratto, David 125
 Rawson, Guillermo Jorge 112
 Rébora, Alejandro 326
 Remonda Ruibal, Jorge 75
 Renán, Sergio 256
 Renaud, Alejandra Magdalena
 "Cecilia" o "la Gringa" 310
 Repetti, Héctor 81
 Repetto, Héctor 112
 Reyna, Roberto Raúl 213, 222
 Riaboi, Jorge 77, 78, 79, 86, 88, 91,
 92, 95, 96, 102, 110, 149, 152,
 156, 375
 Righi, Esteban 193, 200, 239
 Ríos, Héctor 81, 126
 Rivarola, Carmen 121, 189, 197
 Rivarola, Elena Cecilia 201, 202,
 267, 290, 346, 429, 430
 Rivas, Daniel Horacio 359, 360
 Rivera, Andrés 237, 238, 284, 374
 Riveros, Santiago Omar 275, 295, 310

- Rizzuto, Francisco 75, 76, 123
 Robledo, Ángel Federico 193, 237, 263, 269
 Roca, Eduardo 63, 64, 111, 116, 118, 139, 374, 393
 Roca, Julio Argentino 25, 31
 Rocamora, Alberto 237, 241
 Rocca, Agustín 50, 132
 Rodrigo, Celestino 257
 Rodríguez, Emilio 150
 Rodríguez Galán, Alberto 80
 Rodríguez Larreta, Enrique 295
 Rojas, Isaac 60
 Romero, Felipe 205
 Romero, Roberto 75
 Rosa Olmos, Ramón 75
 Rosemberg, Orlando 446
 Rotemberg, Abrasha 142, 231
 Roth, Roberto 113
 Rucci, José Ignacio 199, 202, 241
 Ruiz, Ofelia 279

 Sábat, Hermenegildo 155
 Sabelli, María Angélica 166
 Saccio, Leonard 125
 Sajón, Edgardo 163, 356
 Salazar, Juan José 91
 Salimei, Jorge Néstor 94, 97, 98, 99, 101, 297, 344
 Sallustro, Oberdan 130, 131, 161, 162, 397
 Samek, Alejandro 79, 103, 126, 127, 147, 149, 150, 151, 152, 155, 181, 184, 193, 198, 202, 203, 204, 208, 210, 211, 218, 224, 228, 240
 Sampay, Arturo Enrique 223
 San Sebastián, Rubens 113
 Sánchez, Juan Carlos 161, 260
 Sánchez, Pedro 75
 Sánchez, Waldemar Joaquín 134
 Sánchez Sorondo, Marcelo 34, 105, 118
 Santa María, Víctor 445
 Santas, Jorge Manuel 36
 Santucho, Amílcar 334
 Santucho, Asdrúbal 274
 Santucho, Mario Roberto 9, 19, 141, 142, 158, 161, 165, 166, 195, 205, 231, 238, 246, 248, 249, 252, 254, 259, 260, 261, 264, 265, 267, 268, 273, 274, 277, 278, 279, 285, 293, 294, 295, 296, 302, 309, 310, 319, 340
 Sarmiento, Raúl 297, 299, 302,
 Savino, Adolfo Mario 237
 Scalabrini Ortiz, Raúl 332
 Scaramella, Julio 121, 376
 Schimmelpfeng, Guillermo 24, 25
 Schiro, Heriberto 78
 Sdrech, Enrique 360, 361, 371
 Seitún, Juan Ángel 297, 298
 Sekiguchi, Mario 297, 299, 302
 Señorans, Eduardo 98, 100, 113
 Sercovich, Francisco 78
 Serguera, Jorge "Papito" 333
 Sfeir, Carlos Miguel 191
 Silberstein, Silvia 445
 Silveiro, Aurelio 261, 346, 342
 Solano Lima, Vicente 172, 173, 186, 200
 Solari Yrigoyen, Hipólito 209
 Soldati, Francisco 130, 132
 Soldati, Francisco (hijo) 138
 Somigliana, Carlos 189, 256, 275, 284
 Soraggi, Ariel 446
 Sorge, Richard 249
 Soriano, Osvaldo 189, 238

- Sosa, Alberto Oscar "Osvaldo" 310
 Sosa, Luis Emilio 166
 Sozio, Torcuato 270
 Stalin, José 249, 250
 Stefanini, Walter Rubén 358
 Stivel, David 256
 Suárez, Eduardo "el Negro" 225
 Suárez, Humberto Segundo 156
 Suárez, Leopoldo 90
 Suárez Mason, Carlos Guillermo
 22, 251, 252, 275, 331, 347, 348,
 353, 343
 Sueldo, Horacio 172
- Taiana, Jorge 193, 237
 Tallarigo, Paolo 123
 Tamborini, José 39
 Tarela, Eros Amílcar 348, 349
 Tcherkaski, Osvaldo 134, 155
 Teilhard de Chardin, Pierre 83
 Telleldín, Carlos 363
 Terragno, Rodolfo 205, 375
 Timerman, Jacobo 10, 79, 80, 87,
 88, 142, 143, 144, 145, 149, 155,
 191, 196, 230, 231, 307, 321,
 322, 348, 349, 350, 355, 356,
 357, 359, 368, 400, 401
 Tolosa, Eustaquio 104
 Torbidoni, Carlos 350
 Torres, Camilo 139, 133
 Torres, Elpidio 128
 Torres, Juan José 189
 Toschi, Humberto Adrián 166
 Tosco, Agustín 128
 Trentadue, Juan José 21
 Trepper, Leopold 249
 Treviño, José 121
 Tróccoli, Antonio 223, 358
 Troiani, Osiris 79
- Troxler, Julio 238, 239
 Trucco Aguinaga, Jorge 97, 298
- Uchitelle, Luis 123
 Ulla, Jorge Alejandro 166
 Urdiales, Mirta 446
 Uriarte, Claudio 133, 263, 368
 Uriburu, José Camilo 148
 Uriburu, José Félix 248
 Urondo, Francisco "Paco" 155,
 185, 109
 Urteaga, Benito 248, 252, 294, 310
 Urtega, José 294
- Vaca Narvaja, Fernando 165
 Vago, Jorge 105, 118
 Valin, Alberto Alfredo 277
 Valmaggia, Juan Santos 65, 123, 357
 Van der Kooy, Eduardo 189
 Van Peborgh, Emilio Federico 113
 Vandor, Augusto Timoteo 87, 91,
 115, 129
 Varas, Juan José 238
 Varela, Gustavo 343
 Varela, Benigno 93
 Velasco, Luis Enrique 359
 Veltrone, Mario 123
 Verbitsky, Horacio 155, 369
 Verde, Julio (véase Brignone,
 Carlos) 97, 102, 103, 170
 Vergez, Héctor 306, 312, 313, 314,
 315, 316, 317, 318, 319, 320,
 321, 336, 339, 358, 351, 362,
 363, 369, 373
 Verplaetsen, Fernando 310
 Verrier, Cristina 104
 Viale, Mauro 9, 11, 361, 362
 Viau, Susana 215, 224, 259, 262, 279,
 294, 195, 196, 302, 375, 437, 443

- Vidal, José Víctor 306, 375
 Vidaña, Roberto 214
 Videla, Jorge Rafael 12, 15, 21, 262, 264, 265, 269, 271, 272, 274, 275, 282, 283, 284, 285, 302, 309, 310, 332, 334, 346, 353, 359
 Videla Palacios, Eduardo 91, 92
 Vieyra, Delia Esther 263
 Vignes, Alberto Juan 200
 Vilas, Acdel 266
 Vilaseca, Rafael 326
 Villa, Alfredo 159
 Villar, Alberto 22, 214, 228, 239
 Villarreal, José Rogelio 276, 282, 284, 309, 345, 346
 Villarreal de Santucho, Ana 166
 Villegas, Osiris 249
 Villone, José María 237
 Viola, Roberto 261, 262, 271, 272, 273, 275, 276, 284, 259, 443
 Vittar, Rodolfo 215
 Voloch, José 254
 Von Hayek, Friedrich 98
 Von Stecher, Jorge Federico 17, 22, 167, 406
 Von Wernich, Christian 285, 350, 351, 373
 Walker, Enrique 205
 Walsh, Rodolfo 70, 117, 224, 225, 369
 Walsh, Victoria 70
 Wilde, Eduardo 323, 359
 Wojtyla, Karol 84
 Yessi, Julio 214
 Yofre, Juan Bautista "Tata" 10, 362, 369
 Yrigoyen, Hipólito 27
 Zambrano, Liliana 353, 354, 375
 Zambrini, Luis María 24, 25, 34, 39
 Zamit, Diego 75
 Zampini Davies, Eduardo 297
 Zamponi, María Cristina "Pelusa" (Alicia Loguancio) 310, 312, 318, 320, 322, 362, 375, 445
 Zannini, Orlando Heriberto 21, 107
 Zavala Ortiz, Miguel Ángel 124
 Zimmerman, Christian 320
 Zorraquín Becú, Ricardo 123
 Zubarán, Guillermo 309

ÍNDICE GENERAL

De profesión, periodista	9
Uno: El laberinto.....	15
Dos: Tinta del Centenario	21
Tres: En nombre del padre	67
Cuatro: Un cronista para el poder.....	107
Cinco: El compañero patrón.....	175
Seis: Un burgués en la orquesta roja.....	245
Siete: El cerco.....	289
Ocho: Crímenes tarifados y otros relatos.....	325
Nueve: Detrás de la <i>deadline</i>	353
Bibliografía.....	365
Fuentes y testimonios	373
Anexo documental	377
Desgrabación textual de los interrogatorios	423
El oficio de escribir	445
Índice onomástico	447

Composición de originales

Composición de originales;
MORA DIGIOVANNI - LITERARIS